

A woman with dark hair and purple lipstick is shown from the chest up. She is wearing a blue dress with a wide, ornate white lace collar and matching lace on the sleeves. She holds a light-colored parasol with a wooden handle. The background is a textured, light-colored wall.

Hermanos Wainhouse 3

Una atracción
INCONVENIENTE

CLAUDIA CARDOZO

UNA ATRACCIÓN INCONVENIENTE

Amor, misterio y pasión en la Era Victoriana

Serie Hermanos Wainhouse

Libro #3

CLAUDIA CARDOZO

© Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta historia es una obra de ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia. Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Título: Una atracción inconveniente
Copyright © 2024 – Claudia Cardozo

1ª Edición, enero 2024

Historia: © Claudia Cardozo

Contacto: aglaiacallia@gmail.com

Diseño de portada: © LoEs Servicios Editoriales

Imágen de portada: Kladyk, Головина Ксения Александровна - Istock

Maquetación: © LoEs Servicios Editoriales

Gracias por adquirir esta novela

A Gladys, por todo lo que fuiste y serás. Te extraño

*«Hay un encanto sobre lo prohibido que hace
que sea indescriptiblemente deseable.»*

Mark Twain

UNA ATRACCIÓN INCONVENIENTE

Amor, misterio y pasión en la Era Victoriana

Serie Hermanos Wainhouse

Libro #3

CLAUDIA CARDOZO

Prólogo

Londres 1898

La mañana en que la vida del honorable Drake Hayward habría de cambiar para siempre amaneció con un cielo despejado, una brisa cálida, y el constante piar de unos pajarillos particularmente animados.

Pero eso él no lo supo entonces porque se encontraba sepultado bajo un fardo de mantas, llevaba auestas una resaca monumental y, en realidad, cuando abrió los ojos esa mañana no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba.

Sentía la boca como si la tuviese recubierta de aserrín, le escocían los ojos y no había un punto de su cuerpo que no pareciera doler; como si alguien le hubiera dado una buena paliza o todo el alcohol que parecía haber consumido la noche anterior le hubiese adormecido cada nervio.

Primero movió una mano; luego un pie; no se atrevió a hacer lo mismo con su cabeza de inmediato hasta que el contingente de hombrecillos que parecían estar tocando una cuadrilla en su interior no se detuvieran.

Habría podido permanecer así por mucho, mucho tiempo; pero entonces cayó en la cuenta de otras cosas que lo pusieron en alerta.

Lo primero fue el olor.

Era profundo y viscoso, si es posible que un olor despierte esas sensaciones en una persona. No desagradable, o al menos no demasiado; le recordó al que lo inundaba cuando limpiaba su arma y lijaba el cañón con una lima acerada; metal contra metal.

Luego, fue la certeza de que había alguien más en esa cama.

Estaba allí, muy presente; tanto que de pronto le pareció absurdo que no se diera cuenta de inmediato.

Entonces, percibió otra cosa; algo le calentaba la cara.

Al levantar la cabeza hacia arriba, finalmente entreabrió los ojos y reparó en que se hallaba en una habitación descuidada en la que alguien había dejado las ventanas corridas, de modo que un rayo solar le daba de lleno sobre el rostro.

Fue casi agradable sentir ese calor porque le ayudó a cobrar consciencia del todo, llevándolo a abrir los ojos por completo; el problema fue que entre todo lo que logró entender entonces se halló también el hecho de que aquel cuerpo a su lado parecía extraordinariamente frío.

Temeroso sin saber por qué, apartó las mantas con cuidado y giró la cabeza para encontrarse con una mata de cabello cenizo y unos hombros níveos y redondeados; un busto de mujer expuesto que lo llevó a mirarse a sí mismo un segundo para comprobar que, efectivamente, él se hallaba desnudo también.

¿Pero qué diablos...?

Aun más inquieto, extendió una mano y la apoyó sobre ese hombro, sacudiendo con suavidad. La mujer tenía el rostro ladeado, pero esperaba que se girase a mirarlo en cuanto sintiera su toque.

No fue así.

Lo único que Drake percibió fue que el olor se hacía más intenso y, al incorporarse con dificultad, aun aletargado y confuso; sus miembros pesando como si hubiera ganado una

tonelada durante la noche, descubrió también algo que le detuvo el corazón durante todo un segundo.

Había sangre por todos lados.

Sobre las sábanas; alrededor de él, de ella.

Su mano resbaló sobre el cuello de la mujer y al tirar de ella para apartarse jaló también de su nuca y su rostro giró para devolverle una mirada carente de vida.

Con los oídos tronándole como un tambor, intentó levantarse, pero antes de que lograra apoyar los pies sobre el suelo, el sonido de unos pasos corriendo a toda velocidad lo dejaron inmóvil.

Una puerta se abrió, y al llevar la mirada en dirección al sonido reparó en que había una entrada al otro lado de la estrecha habitación y allí, de pie en el umbral, se hallaba una figura flacucha y pálida que tan pronto como vio la escena ante ella, y sin darle tiempo de decir una sola palabra, dejó escapar un grito que retumbó en las paredes.

Luego de aquello, fue poco lo que Drake pudo hacer o siquiera entender del lío en que parecía haberse metido sin saber cómo.

El grito de la chiquilla atrajo a un grupo de gente de lo más variopinta; tres mujeres pintarrajeadas y a medio vestir, cuatro hombres que no se hallaban en mejores condiciones; una vieja de ademanes enérgicos y un hombretón del tamaño de una montaña.

Todos ellos empezaron a gritar al mismo tiempo y si Drake no los mandó a callar fue porque, cuando al fin logró recuperar parte del autodomínio, una nueva andanada de pasos se fue acercando a la habitación y se vio confrontado por tres agentes de policía, que se unieron a la retahíla de gritos, aunque con una mayor autoridad.

Sin saber cómo, Drake se vio puesto de pie, apenas cubierto por una sábana salida de no sabía dónde y con los agentes rodeándolo como si pretendieran tanto reducirlo como mantenerlo apartado del resto de la gente, que iba hacia él con las manos en alto; supuso que para lincharlo.

Apenas fue consciente del momento en que empezaron a tirar de él hacia fuera de la habitación mientras él se mantenía con la mirada fija en el cuerpo de la mujer que ahora se veía desmadejado sobre las sábanas; su figura en una postura grotesca y con un gran tajo de lado a lado a la altura del cuello.

Lo único que atinó a decir a los agentes mientras lo introducían en un carro tirado por un par de caballos nerviosos, con los gritos de la gente que los flanqueaban en tanto lo señalaban con ademanes furiosos resonando en sus oídos, fueron cuatro palabras que se le antojaron casi incomprensibles; tan enredada sentía la lengua.

—Busquen a Sebastian Wainhouse.

Capítulo 1

Drake supo exactamente el momento en que Sebastian llegó a la sede de Scotland Yard porque pudo oír su voz en la entrada por encima de los murmullos del resto de la gente y habría podido jurar que lo escuchó también pegarle un grito a algún agente distraído.

Aquello le hizo esbozar una mueca.

A Sebastian siempre se le había dado bien remarcar su autoridad cuando le convenía, pese a que por lo general acostumbraba asegurar que era un caballero en todo el sentido de la palabra y que jamás sentía la necesidad de perder las formas.

Que hubieran encontrado a su mejor amigo en la cama de una mujer que había sido brutalmente asesinada debía de alterar a cualquiera, supuso con un suspiro mientras apoyaba la cabeza contra la fría pared en la celda en que lo habían encerrado.

Si lo viera su madre...

Pero eso no iba a ocurrir, se prometió endureciendo el gesto. Nadie en su familia iba a verlo en esa situación; por eso había pedido que fuese a Sebastian a quien avisaran; por eso y porque si alguien podía sacarlo de tamaño enredo, ese era él.

—¿Dónde está Rivers? Vaya y dígame que me encuentro aquí; él le explicará que tengo todo el derecho... no me ponga una mano encima, oficial, le recuerdo que el uso de la violencia de parte del cuerpo está estrictamente prohibido y le aseguro también que encontrará una respuesta.

—¿Sebastian?

Drake alzó la voz para indicar a su amigo donde se encontraba, aunque visto lo poco que tardó en llegar, supuso que él ya se dirigía hacia allí.

Sebastian conocía al dedillo la distribución de la sede de Scotland Yard en Londres por su labor como detective privado. Drake sabía que pasaba por el edificio al menos un par de veces por semana y que había pocos de sus rincones que no hubiese visitado ya.

Al verlo de pie con su traje impoluto y esa expresión despierta que le era tan natural, no pudo evitar el ramalazo de alivio que sacudió cada partícula de su cuerpo. Solo entonces fue consciente de lo asustado que había estado.

—Drake, algún día tendremos que hablar de tu mala elección de lugares para sostener una charla —Sebastian se apresuró a ir hacia él en cuanto lo vio en un extremo del estrecho cubículo rodeado por barrotes en que lo habían recluido—; pero temo que ese día no será hoy.

Drake sacudió la cabeza de un lado a otro. Sebastian casi nunca hacía bromas; era tan serio que le salían fatal, pero supuso que solo se esforzaba por aligerar en algo esa terrible situación en que se encontraban.

Lo que solo incrementó su inquietud.

—Recibiste mi mensaje —dijo tras asentir.

—Me encontraba aun en la oficina, por suerte. El agente... —Sebastian dio una mirada airada al policía que se había detenido tras él con un resuello— Bryce me explicó lo ocurrido.

—Eso hice, sí, pero no esperaba que se presentara aquí de esta forma; ya le he dicho que no tiene autorización...

—Y yo le respondí muy claramente que el agente inspector Rivers jamás me ha vetado la entrada a ninguna dependencia de Scotland Yard; de modo que no pienso consentir que lo haga usted —Sebastian lo cortó antes de que pudiera continuar— ¿Y bien? ¿Va a ir por su superior o

no? Le aseguro que no tengo intención de ayudar a escapar a este hombre.

El hombre pareció intimidado y ofendido a partes iguales, pero debió de ganar lo primero porque, tras dirigirles una mirada de resentimiento y asegurarse de que el enorme candado de la celda se hallaba bien cerrado, dio media vuelta y se marchó con paso marcial.

—Y después me pregunto por qué te cuesta tanto hacer amigos.

Sebastian recibió el comentario de Drake con un gesto torcido.

—No es momento para bromas, Drake; este es un asunto serio —espetó él.

Drake suspiró y, tras lanzar una larga mirada a su amigo, de su cabello castaño descubierto y recientemente cortado hasta sus sólidos y elegantes zapatos, inclinó el cuerpo hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Estoy muy consciente de cuán serio es esto, Sebastian —respondió él mirándolo de reojo y con una desagradable sensación asentada en el pecho— ¿Ya saben quién es ella?

—¿No lo sabes tú?

Drake tomó una larga bocanada de aire, lo que no fue una gran idea porque allí, en el sótano destinado a las celdas, el ambiente era tan enrarecido que le resultó casi vomitivo.

—Les dije a los agentes que no —indicó él.

—¿Y era verdad?

—¡Por supuesto que era verdad!

Sebastian llevó las manos a los bolsillos del traje y Drake notó que asumía esa expresión pensativa que mostraba siempre cuando se hallaba concentrado en sus pensamientos. Como detective, su amigo tenía muchas particularidades propias de los hombres de su profesión: era reflexivo por naturaleza; desconfiaba hasta de su sombra, y jamás se apresuraba a dar su opinión.

Drake supuso que ahora que estaba allí y que había dejado de lado parte de su preocupación por su bienestar al verlo de una pieza, al fin se disponía a analizar lo ocurrido a conciencia.

—Su nombre era Kate March, o al menos era así como la conocían en aquel lugar —su amigo habló sin apartar la mirada de su rostro— ¿Tampoco sabes en dónde te encontrabas?

Drake negó con brusquedad, lo que arrancó a su amigo un suspiro. Seguro que debía de morir de ganas por decirle que era un imbécil al haber llegado a un estado que le impidiera siquiera saber en dónde había pasado la noche; pero tuvo el buen tino de guardarse sus recriminaciones para otra ocasión.

—El lugar está en los límites de Whitechapel; es un burdel bastante conocido, según me explicó el agente que fue a la oficina —Sebastian se encogió de hombros—. Dijo que acude todo tipo de gente.

Drake hizo una mueca al recordar al extraño grupo que había acudido a la habitación cuando la chica dio la voz de alarma; pero no quiso pensar demasiado en ellos en ese momento.

—Al parecer, entre esa gente me encontraba yo —respondió él al cabo de un momento—; pero lo cierto es que no recuerdo haber estado nunca en un lugar como ese. Sabes que no soy quisquilloso, pero...

—Es demasiado; incluso para ti —completó su amigo antes de que él pudiera terminar—. Como sea, anoche fuiste allí; eso es indudable.

—¿Y qué ocurrió?

—Tenía la esperanza de que fueras tú quien me lo dijera.

—Bueno, ya ves que es no va a ocurrir, porque no puedo recordarlo.

Drake se dio un leve apretón en la rodilla al notar cuán brusco había sonado. No podía

permitir que sus nervios le ganaran la partida; tenía que conservar el autocontrol. Sebastian había ido para ayudarlo y él no podía ponerle las cosas más difíciles.

Por suerte, su amigo pareció hacerse una idea de lo que pensaba porque dio un paso hacia él y, tras apoyar un hombro sobre los barrotes, habló en tono tranquilo y sin ápice de resentimiento.

—¿Qué es exactamente lo que recuerdas, Drake? Antes de esta mañana.

Drake cerró los ojos y forzó a su mente a trabajar.

«¿Qué era lo que recordaba?», se preguntó también con su cerebro sumido en una maraña de ideas y voces que no le resultaron conocidas.

Al fin, echó los hombros hacia adelante y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Muy poco —reconoció en tono inseguro—. Y lo que sí, dudo que vaya a servir para algo.

—Todo sirve, Drake —la voz de su amigo llegó a él con esa inflexión firme y confiada que le era tan familiar—. Hasta el más mínimo detalle. Piensa con calma y cuéntamelo todo.

Drake asintió y no volvió a hablar hasta un par de minutos después.

—Richard Jenkins... ¿te acuerdas de él? Iba un año detrás de nosotros en Eton —explicó, y reanudó su historia cuando vio a su amigo asentir—. Llegó a media tarde a casa para decirme que tenía entradas para un espectáculo muy interesante; algo que con seguridad nunca había visto, recuerdo que dijo. No pensaba aceptar, pero me picó la curiosidad y le prometí que iría con él, así que quedamos en vernos en el club a las siete.

—¿Y luego?

—Pasé un momento a casa de Norton para saludar —Drake se refirió a su hermano mayor con un tono que se le antojó atormentado—. Ellos no saben nada ¿no?

Sebastian tardó un segundo en responder.

—No lo creo. El agente que fue a buscarme indicó que solo me habían avisado a mí; pero nada nos asegura que no se enteren en algún momento. No eres un hombre cualquiera, Drake.

Él asintió porque sabía que su amigo tenía razón.

No. No era un hombre cualquiera. Como hijo de un barón bastante conocido en la sociedad londinense por sus antecedentes y su fortuna, todo lo que hacía terminaba convirtiéndose en la comidilla de los salones.

Que lo encontraran junto a una prostituta muerta acapararía las conversaciones durante semanas en cuanto alguien se enterara. Solo cabía esperar que su familia no lo supiera aun; y, sobre todo, que le dieran tiempo para que fuera él quien se los explicara.

Eso si lograba siquiera explicárselo a sí mismo, reconoció con una oleada de furia revoloteando en su pecho.

—Luego de dejar a Norton, me dirigí al club —continuó su relato consciente de que lo único útil que podía hacer en ese momento era intentar ordenar sus recuerdos—. Richard ya estaba esperando por mí, y bebimos algo mientras daba la hora de salir.

—¿Qué tanto?

—¿Qué?

—¿Qué tanto bebiste?

Drake se encogió de hombros.

—No mucho; sabes que tengo muchos defectos, pero no me gusta abusar del alcohol. Me nubla las ideas.

Sebastian asintió y Drake se hizo una idea de lo que debía estar pensando: que era

evidente que había decidido saltarse esa regla la noche anterior porque solo eso explicaba el problema en que había terminado metido.

—En fin, no recuerdo dónde se hallaba el teatro, supongo que en el East End; es una zona que a Jenkins siempre le ha gustado especialmente. Por cierto, no habría rastros de él en ese lugar en que me encontraron ¿no?

Sebastian negó con suavidad.

—No; según el agente Bryce los otros... clientes no eran personas conocidas; todos aseguraron que era la primera vez que te veían —informó él—. Pero me ocuparé de hablar con Jenkins hoy mismo. Continúa.

—No tengo idea de qué trataba el espectáculo salvo que no me pareció tan exótico como Jenkins había prometido. Había bailarinas, un par de actos de circo... nada del otro mundo —explicó Drake.

—¿Jenkins permaneció contigo todo el tiempo?

—No. Aunque él tenía un palco a su disposición, me dejó allí poco antes del tercer acto; dijo que iba a reunirse con una amiga que formaba parte del cuerpo de baile.

—Ya —Sebastian se inclinó un poco más hacia él y bajó la voz— ¿Y no recuerdas si alguien más se reunió contigo luego? ¿Quizá esta mujer, Kate March?

Drake hizo un gesto de desagrado al recordar el rostro de aquella pobre desgraciada; había sido hermosa en vida, no lo dudaba, pero solo de pensar en su triste fin y en el papel que podría haber tenido él en aquello, se le revolvía el estómago.

—No. No puedo recordar haberla visto antes. Nunca —respondió al fin tras pasarse una mano por la frente.

Los agentes le habían permitido lavarse tan pronto como llegó al edificio para que pudiera quitarse los restos de sangre de las manos y los brazos. La sábana con la que había dejado de forma tan indigna el lugar en que lo encontraron estaba echada a perder sin remedio, lo que para él casi fue una suerte porque uno de los agentes ofreció de inmediato dejarle una muda de ropa que tenía guardada para casos como aquel.

Ahora, al ver los pantalones que le iban un poco grandes en la cintura y la camisa de tela basta que le escocía la piel, se dijo que los prefería mil veces a la otra alternativa.

—¿Estás seguro? ¿Nunca? —Sebastian insistió tras permanecer un momento en silencio—. Conoces a muchas mujeres, Drake; podrías haberla olvidado.

Drake hizo una mueca al oír aquello porque, no tenía sentido negarlo, sí que conocía a muchas mujeres; en opinión de su familia, demasiadas, y no era algo por lo que se sintiera particularmente orgulloso en ese momento. Pero sabía que Sebastian no lo mencionaba por molestarlo, sino que era una pregunta válida en esas circunstancias.

—No —aseguró él de nuevo, ahora con voz más firme—. La recordaría, te lo juro.

Sebastian asintió.

—¿Cuál es tu último recuerdo de anoche? —Preguntó él sin apartar la mirada de su rostro.

Drake se forzó a pensar, pero su cerebro parecía envuelto en algodones; buscar información en él era como avanzar en medio de un campo de trigo que le impedía ver más allá de sus narices.

—Estaba en el palco, mirando el espectáculo y bebiendo... no recuerdo qué. Había varias mujeres entrando y saliendo que ofrecían todo tipo de cosas —él se encogió de hombros—. Me sentía un poco aburrido; Jenkins no estaba por ninguna parte y no veía ningún rostro familiar.

Creo que consideré irme, pero me sabía mal hacerlo sin avisar a Jenkins. Busqué a alguien con quien dejarle un mensaje, pero...

—Pero ¿qué?

Drake frunció el ceño.

—Hubo algún tipo de problema en el escenario; no estoy seguro de qué, o si era parte de la función o no. Pero me distraje y me quedé viendo lo que ocurría. Después de eso no puedo recordar nada —culminó.

—¿Estás seguro?

—Sí. Para entonces, creo que ya estaba un poco borracho; es lo único que explica que ahora todo parezca tan lejano. Tenía el cuerpo adormecido y oía voces.

—¿Qué clase de voces?

—Lo normal en un lugar como aquel —Drake se encogió de hombros—. Gente hablando en los pasillos, dando de gritos desde la platea; esas cosas.

Sebastian dejó escapar un suspiro.

—No mentiré: eso no nos ayuda mucho, pero es un inicio. Con un poco de suerte...

—¡Wainhouse!

Su amigo calló de golpe y miró sobre su hombro para luego ahogar un suspiro de resignación al ver al hombre de aspecto enfadado que iba hacia él con las manos en alto.

Drake reconoció de inmediato al agente inspector Rivers.

Era un hombre alto, más bien delgado, y con un bigote tupido que le cubría el labio superior, lo que a Drake siempre le había recordado a una morsa. Él y Sebastian se conocían desde que el segundo fundó la agencia de detectives junto a su hermana, Elara.

En un principio, al joven agente de Scotland Yard no le había hecho gracia verse obligado a interactuar con los que consideraba un par de chiflados; pero con el tiempo había terminado por apreciar a ambos; en especial a Sebastian.

Desde entonces, era habitual que colaboraran en todo tipo de casos y los resultados habían sido muy positivos para ambos. Mientras que los Wainhouse cimentaron su reputación como agentes privados, sus triunfos rebotaban de manera positiva para Rivers y le habían supuesto un par de ascensos, amén de una condecoración gracias a su papel en el arresto de una red de traficantes de valiosas piezas de arte el año anterior.

—Rivers, pensaba que no aparecería nunca —Sebastian recibió la llegada del hombre con una cabezada adusta—. Es imperativo que libere a este hombre de inmediato.

Drake suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro. Quería a Sebastian como a un hermano, pero había varios aspectos de su carácter que nunca podría entender. Como que tratara a la gente que evidentemente se encontraba enfadada con él, como era el caso de Rivers, con semejantes aires autoritarios. Eso solo le aseguraba...

—¿Ha dicho que es «imperativo»? ¿Está loco, Wainhouse? ¿En verdad piensa que puede irrumpir en la sede de uno de los organismos más prestigiosos de nuestro reino dando órdenes?

...enfadarlos más.

Rivers encuadró los hombros huesudos y señaló a Sebastian con un dedo.

—Este hombre fue encontrado en la escena del crimen y todo hace suponer que es el principal sospechoso —continuó el agente inflando el pecho—. No voy a dejarlo marchar solo porque usted me lo pide.

Sebastian no pareció muy impresionado por la actitud del otro; aun más, se veía bastante tranquilo.

—No pretendía restar importancia a la situación; soy muy consciente de lo que ocurre, lo mismo que el señor Hayward —tras señalar a su amigo, el detective miró de nuevo a Rivers con las cejas arqueadas—. Pero no veo razón para que un caballero como él se vea obligado a permanecer encerrado mientras se esclarece todo este asunto. Le prometo que me ocuparé de que permanezca en la ciudad y colabore con las investigaciones hasta que se identifique al verdadero culpable del crimen.

A Drake le bastó con ver la expresión escéptica en el rostro alargado del agente para saber que las cosas no serían tan fáciles como Sebastian parecía esperar.

—Temo que eso no será posible —indicó el policía, confirmando sus sospechas—. La acusación es demasiado delicada como para permitir tal cosa. El señor Hayward deberá permanecer en prisión mientras se resuelva todo, y si resulta ser culpable...

Sebastian lo interrumpió antes de que pudiera terminar.

—No lo es —declaró en tono helado—, y yo personalmente me ocuparé de demostrarlo. Mientras tanto, debe confiar en mi palabra de que no escapará.

—Lo siento, pero eso no es posible.

—¿Duda de mi palabra? —Sebastian miró al agente con expresión iracunda— ¿Cuándo le he dado motivos para ello? Jamás...

Fue esta vez el agente quien lo interrumpió, y a Drake le dio la impresión que lo veía con un pequeñísimo asomo de vergüenza. Debía de estar pensando en las muchas ocasiones en que Sebastian y Elara le habían dado una mano y habían dado muestras, además, de su intachable integridad.

—Lo siento, señor Wainhouse, pero en este caso su palabra, por valiosa que pueda ser, no deja de ser insuficiente —explicó él en tono algo menos belicoso—. Mis superiores jamás lo permitirían. Sería necesario que la reina en persona abogue por el señor Wainhouse; y si no ella, alguien con una mayor influencia que la de un detective que, además, es buen amigo del acusado. Como es natural, su juicio podría verse empañado.

Sebastian abrió la boca para protestar; seguro que para decirle lo que podía hacer con su opinión, ya que cualquiera que lo conociera siquiera un poco sabría que su juicio era tan límpido como el cristal, pero unos pasos resonaron en la entrada y, poco después, una figura menuda se apresuró a ir hacia ellos.

Drake llevó la mirada hacia allí y sintió cómo un cúmulo de bilis se le asentaba en la garganta.

No. Ella no. De todas las personas en el mundo que podrían verlo en una situación tan humillante como aquella, esa mujer era la última a quien habría elegido.

—Ah, señorita Hatley —Rivers obsequió a la joven con una corta cabezada—. No me diga que el director quiere hablar conmigo justamente ahora.

Señorita Hatley.

Ese debía ser el primer dato concreto que Drake conocía acerca de ella. Hasta entonces, se había referido a la joven, al menos en su mente, como «esa bruja endemoniada».

Solo se habían visto dos veces el año anterior. La primera, cuando él y Sebastian se escabulleron en ese mismo lugar para buscar evidencia relevante para el caso del segundo luego de una ácida discusión con el agente Rivers, que le prohibió la entrada. Entonces, Drake se había visto obligado a intentar distraer a esa joven y, bueno, las cosas no habían terminado bien para él; al grado que aún le escocía a recordar el asunto sin sentir el fiero fulgor de la indignación recorriendo su cuerpo.

En la segunda, apenas intercambiaron una mirada airada, con lo que quedó en claro que ninguno sentía mucha simpatía por el otro.

De eso había pasado mucho tiempo y, sin embargo, a Drake le bastó verla para sentir cómo aquella misma indignación se entremezclaba con la vergüenza de que lo viera en semejante situación.

—Temo que sí, señor; y por lo que dijo, parece que lleva mucha prisa —la joven esbozó una expresión de disculpa al dirigirse al agente—. Espera que se reúna con él de inmediato.

Rivers sacudió la cabeza y la joven permaneció en silencio, con las manos tras la espalda. Drake se permitió recorrer su figura, enfundada en un traje oscuro de falda y chaqueta un tanto anticuado; el jirón blanco de su blusa asomaba por el cuello y un cinturón negro ceñía su estrecha cintura.

No era lo que se consideraría una joven muy atractiva, y sin duda no era su tipo, pero Drake pensó, como le había ocurrido la primera vez que la vio, que había algo en ella que le resultaba inexplicablemente atrayente.

Tal vez fuera su rostro ovalado, liso como la seda, o sus labios carnosos; quizá incluso se debiera a esos sorprendentes ojos, tan oscuros como su cabello, que parecían verlo todo con una fijeza perturbadora.

Cualquiera fuera el caso, su cuerpo reaccionó a su presencia, y eso solo incrementó la humillación. De modo que hizo lo único que se le ocurrió: la ignoró.

—Muy bien. Supongo que no tengo alternativa —Rivers suspiró, resignado y se dirigió a Sebastian con expresión compungida—. Ya lo oyó, Wainhouse; debo marcharme.

Sebastian asintió.

—Muy bien, entonces yo haré lo mismo.

Drake fijó la mirada en su amigo.

—¿Te vas? —Preguntó, sin disimular la sorpresa en su voz— ¿A dónde?

Sebastian le dirigió una mirada que sin duda pretendió ser tranquilizadora.

—Visto que mi palabra no parece ser suficiente, no tengo más alternativa que ir en busca de la de alguien más —el detective esbozó una mueca en dirección al oficial—. Tal vez no consiga llegar a la reina, pero se me ocurre alguien que no le queda muy por debajo.

Capítulo 2

—A ver si lo he entendido, Wainhouse. ¿Espera que abogue por la libertad de un hombre al que atraparon *in fraganti* en la escena de un crimen?

Sebastian inclinó la cabeza hacia un lado y procuró que nada en su expresión revelara cuán molesta le pareció la pregunta.

Y no porque el hombre ante él no tuviera todo el derecho de hacerla, sino porque contaba con poco tiempo y odiaba la idea de perderlo dando explicaciones que a su parecer eran innecesarias.

Había ido a pedir un favor a la única persona en el mundo que podría ayudarle, por todos los santos; seguro que él podía hacerse una idea de lo que algo como eso significaba para su orgullo.

Ante su falta de respuesta, el hombre carraspeó y se dirigió a él una vez más.

—Wainhouse...

—Se trata de una situación desesperada, milord; Drake no puede quedarse en prisión, ese no es un sitio para él. Para mañana, los diarios no hablarán de otra cosa y su familia se volverá loca de preocupación. Además, será más útil en las calles para que me ayude a descubrir qué fue exactamente lo que ocurrió.

—Te equivocas allí, Sebastian; lo correcto sería decir que *nos* ayudará a descubrir lo que ocurrió porque has perdido el juicio si piensas que vas a ocuparte de este caso tú solo.

Sebastian tomó una bocanada de aire. Allí estaba. Desde luego que ella iba a intervenir tarde o temprano. En realidad, pensó mientras veía a la joven mujer que lo observaba a su vez con gesto serio, era extraordinario que hubiese permanecido callada durante tanto tiempo.

Pero claro, debía de haber estado pensando, supuso; ella siempre hacía eso para ordenar sus ideas cuando se encontraba ante una situación inesperada. Era, al fin y al cabo, lo que la convertía en una detective tan buena.

—Nada de *nos*; tú no vas a involucrarte en algo como esto; al menos no de manera pública. Te recuerdo que tenemos un acuerdo al respecto.

Elara, recientemente convertida en lady Banfield luego de que, como a ella le gustaba decir, había decidido aceptar que solo podía concebir un futuro junto al hombre que ahora era su marido, miró a este, el distinguido y a veces temible duque de Banfield con una sonrisa sardónica.

—No lo he olvidado —asintió ella—; pero como acaba de mencionar mi hermano, esta es una situación desesperada. Drake es nuestro amigo y tenemos que ayudarlo.

El duque exhaló un hondo suspiro y Sebastian apenas pudo contener la oleada de simpatía que sintió dirigida hacia él.

Banfield no solo era el epítome del caballero inglés, un hombre dueño de una gran fortuna y con intereses en casi todas las órbitas del país. Con el paso del tiempo, y el trato al que se había visto obligado desde que él y su hermana entablaron esa insólita relación que terminó con ella convertida en duquesa, había descubierto también que se trataba de un hombre bastante agradable y que amaba a Elara por encima de todo.

Solo eso explicaba que fuera tan tolerante con el carácter complicado de su esposa, que al mismo Sebastian le había sido tan difícil capear en su papel de hermano mayor.

Banfield respetaba y admiraba el intelecto de Elara, que la había convertido en una

investigadora tan capaz, pero luego de su matrimonio fue muy claro al señalar que debían llegar a un acuerdo respecto a su papel en la agencia.

La duquesa de Banfield no podía correr por los bajos fondos de Londres arriesgando el cuello por las noches; y no solo porque eso pondría su ya débil reputación en boca de toda la ciudad, sino porque al aristócrata le resultaba intolerable saberla en peligro.

Meses antes de su matrimonio, Elara había sido seriamente lastimada durante las investigación de un caso y él no estaba dispuesto a que pasara por ello de nuevo.

Así, acordaron que una vez estuviesen casados, ella asumiría un perfil más discreto en la agencia. Ya no asistía a esta de manera regular, pero recibía a Sebastian con frecuencia para interesarse por los casos que este llevaba y contribuía con sus opiniones respecto a la mejor forma de resolverlos.

Ahora, sin embargo, visto lo ocurrido con Drake, era evidente que pensaba tomar un papel algo más activo sin importar lo que su marido opinara al respecto.

—Creo que deberíamos tomar las cosas con calma —Sebastian intervino al comprender que aquello podría salirse a todos de las manos—. Elara, te prometo que te mantendré al tanto de todo lo que averigüe, y si necesito tu ayuda, lo que es muy posible que ocurra, no dudaré en acudir a ti como he hecho siempre. Ahora, sin embargo, la mejor manera de ayudar a Drake en el más corto plazo es que tu esposo abogue por él ante Scotland Yard para sacarlo de prisión en tanto duren las averiguaciones.

Tal y como imaginó, aquello pareció aplacar los ánimos. El ceño de Banfield se relajó un poco y Elara dejó de mirar de uno a otro como si los desafiara a intentar hacerla cambiar de opinión.

—De acuerdo —masculló ella de mala gana antes de dirigirse a su marido—. Lo harás ¿cierto?

Se señoría se encogió de hombros y miró a Sebastian con severidad. Este ya había notado que aun cuando al duque no le hacía gracia involucrarse en esa clase de asuntos y prefería hacer como que no entendía nada de lo que él y Elara hablaban la mayor parte del tiempo, era un hombre inteligente y acostumbrado a estudiar al milímetro las implicancias de sus actos.

Él nunca tomaría una decisión que considerara equivocada de antemano por mucho que su adorada esposa se lo pidiera.

—¿Está seguro de que es inocente? —Preguntó.

Elara se adelantó antes de que Sebastian pudiese responder.

—Drake no mataría ni a una mosca —aseguró ella sin vacilar—. Puede ser un poco irreflexivo...

—e irresponsable —acotó su hermano.

—Cierto. Pero es un buen hombre, y un excelente amigo. Nos ha ayudado mucho a través de los años, como ya te he contado; ahora es nuestro turno de ayudarlo también. Por favor, Edmund.

El duque sostuvo la mirada de su esposa con fijeza y Sebastian percibió que se entablaba un mudo entendimiento entre ambos; uno que no le competía a él, así que apartó la mirada durante algunos segundos hasta que ella habló nuevamente.

—Vas a tener que confiar en nuestro criterio.

Lord Banfield resopló, lo que a Sebastian dio una idea de lo que pensaba de aquello, pero tras dudar, cabeceó de mala gana para dar a entender que, contrario a su sentido común, estaba dispuesto a ayudarlos.

—Bien —dijo Sebastian con un suspiro de alivio—. Entonces debe acompañarme a Scotland Yard.

—No hará falta.

El duque se dirigió a un elegante escritorio en un extremo de la habitación. Cuando Sebastian llegó, el estirado mayordomo lo condujo a aquella salita que Elara había convertido en una especie de refugio.

Allí estudiaba los casos, redactaba su correspondencia y, según sabía su hermano, había iniciado el aun secreto proyecto de plasmar sus conocimientos respecto al arte de la investigación en un libro que pensaba publicar cuando estuviera terminado y encontrara un editor competente.

Era habitual que Banfield pasara el tiempo con ella en ese lugar, así que no le extrañó que se moviera por él con tanta seguridad y que apenas vacilara al escribir en un papel que le tendió poco después.

—Haga llegar esto al primer ministro —indicó con gesto serio—. Me debe un favor.

Sebastian cabeceó, sin hacer alusión al respecto, aunque se prometió que le preguntaría luego a Rivers si sabía algo de eso.

—Gracias.

—Tiene que ser consciente de que esta es tan solo una solución temporal, Wainhouse —advirtió una vez que se hubo guardado el pliego en el bolsillo de la chaqueta—. Si se descubren pruebas concretas contra su amigo y resulta formalmente acusado, no habrá nada que pueda hacer para ayudarlo.

Sebastian intercambió una rápida mirada con su hermana antes de responder.

—Lo entiendo —dijo—; pero eso no ocurrirá.

Lord Banfield hizo un gesto incierto, como dando a entender que él en su lugar no estaría tan seguro, pero fue lo bastante amable para no decirlo, y cuando Sebastian se marchó poco después, tras prometer a su hermana que la mantendría informada al detalle de todo lo ocurrido, dio una larga mirada sobre su hombro en dirección a la enorme mansión en la que residía ahora Elara, y sacudió la cabeza de un lado a otro.

Lo cierto era que no se sentía tan seguro como había intentado aparentar.

Drake estudió el reloj que sostenía en la mano derecha y contempló el cristal quebrado con expresión de tristeza.

Le gustaba mucho ese reloj porque se lo había obsequiado su padre cuando terminó la escuela. Más allá de su valor material, que era importante, para él simbolizaba el hecho de que sir Edward, su padre, lo había considerado lo bastante maduro para poner un objeto tan importante a su cuidado.

Su hermano Norton recibió uno similar años antes y Drake lo había envidiado un poco antes pese a que hasta entonces jamás tuvo ningún problema con ser el segundo hijo. A su parecer, Norton había nacido para asumir las obligaciones de un primogénito; él, en cambio, prefería una vida más libre.

Aquello, sin embargo, no significaba que no valorara esa clase de detalles. Cuando su padre le entregó ese regalo, se sintió un poco más hombre, algo más listo.

Ahora, sin embargo, al ver el cristal mellado, no pudo evitar sentir que estaba lejos de serlo.

—¿Está seguro de que no encontraron nada más?

Drake se dirigió al agente que había puesto el reloj en sus manos y que permanecía de pie

junto a él con una hoja tendida en espera de que la firmara para servir de testimonio de que se le habían devuelto todos los objetos que se encontraron en la habitación en que, suponían, había ocurrido el crimen.

—Solo eso, y algunas cosas más que, según la gente que vive en la casa, ya estaban allí —el agente, bastante joven, sopló el documento para asegurarse de que la tinta se secaba antes de ponerlo bajo el brazo—. No había nada más suyo.

—Ni siquiera mi ropa.

—Ni siquiera su ropa.

Drake hizo como que no notó el matiz divertido en la voz del muchacho y exhaló un suspiro.

Era raro. Y ya había tenido ocasión de comentarlo con Sebastian, que tras llevar la nota para el director de Scotland Yard aguardaba por él en la entrada con un coche de alquiler.

Se habían llevado todas sus pertenencias menos el reloj, que apareció bajo la cama como si lo hubieran tirado con saña.

—¿Hay algo más que necesite? —Preguntó entonces, ansioso por abandonar ese lugar.

—No, no lo creo. El agente Rivers explicó al señor Wainhouse que deberá acudir cuando se le notifique y que, si hay algo que recuerde o que pueda ser de utilidad para la investigación, deberá informarlo de inmediato.

—De acuerdo.

—Entonces eso sería todo.

Sebastian asintió y dio media vuelta para marcharse, pero entonces una figura delgada llegó trotando hacia él y se detuvo de golpe.

El largo corredor que conducía a la salida se le antojó larguísimo cuando la señorita Hatley se situó en un extremo con el pecho oscilando arriba y abajo con rapidez luego de la carrera. Drake intentó apartar la mirada de ese pecho discreto y grácil, y la fijó en su rostro, lo que resultó no ser tan buena idea porque entonces recordó cuán perturbadora le resultaba la forma que tenía aquella mujer de mirarlo.

Como si lo encontrara extremadamente desagradable y al mismo tiempo le inspirara una curiosidad que la hacía aun más arisca.

—El director me pidió que me asegurara de que lo habían liberado —indicó ella con su voz clara y carente de emoción— ¿Le entregaron todas sus pertenencias?

Drake se llevó el reloj dañado al bolsillo y asintió.

—Sí —dijo tan solo— ¿Necesita comprobar algo más?

Sabía que estaba siendo grosero, y ella debió de notarlo porque lo observó con el ceño fruncido; sus ojos relampaguearon y se apartó con brusquedad un mechón de cabello oscuro como la noche que le había caído sobre la frente.

—No, nada más —respondió ella haciéndose a un lado para que pudiera marcharse—. Informaré al director.

—Bien.

Con esa última palabra, Drake se marchó procurando no mirarla de nuevo; pero aquello no impidió que fuese muy consciente de su mirada fija en su espalda hasta que atravesó la puerta de salida y pudo reunirse con Sebastian.

Lucy hizo a un lado la ornamentada cancela y atravesó el jardín que la señora Harrison cuidaba con tanto esmero hasta llegar a la puerta del discreto edificio que se había convertido en

su hogar desde hacía un par de años.

Cuando empezó a buscar entre los anuncios publicados en el diario una vez que llegó a Londres y consiguió una colocación que le aseguró un ingreso seguro, le tomó al menos un mes dar con ese lugar, y era consciente, luego de su experiencia en la ciudad, de que había sido enormemente afortunada.

De por sí, los hospedajes para mujeres que vivían solas en Londres no eran difíciles de encontrar; en realidad, había descubierto que los había en todas partes y con distintas ofertas. Sin embargo, su búsqueda también le permitió conocer que la mayor parte de estos no eran de fiar.

Había visto lugares ruinosos, encargados abusivos cuando no deshonestos; dos de ellos incluso le hicieron proposiciones indecentes cuando ella se acercó a interesarse por las habitaciones.

Así, cuando estaba a punto de darse por vencida y se planteaba buscar algún hotelucho barato en el que pudiera permanecer mientras encontraba algo más, el agente Rivers le habló de la casa de la señora Harrison.

Según él, aquella mujer se había construido una reputación intachable a través de los años y era cuando menos extraño que contara con una habitación disponible porque estas se ocupaban casi de inmediato. Pero había tenido suerte, le informó el agente cuando la alentó a presentarse en la casa; su última huésped se había marchado de forma imprevista y no había tiempo aun de poner el anuncio.

Lucy no dudó. Nunca lo había hecho y su estancia en la ciudad le había enseñado que era una locura permitirse vacilar porque las oportunidades podían esfumarse como un banco de niebla.

Se presentó en casa de la señora Harrison y, luego de inspeccionar el vecindario en que se hallaba, no muy lejos de Whitehall, lo que para ella suponía una enorme ventaja, y hablar con al dueña, que pareció un poco sorprendida por su llegada, aunque se mostró mucho más afable al saber que el agente Rivers la había recomendado, decidió que tenía que quedarse allí.

El costo era un poco elevado por la ubicación y las comodidades que la señora Harrison ofrecía, como una habitación propia, dos comidas, y el servicio de lavado y planchado, pero no le importó. A su parecer, podría estirar su paga hasta el último penique y no volver a comprarse una sola prenda de ropa en meses si eso le permitía tomar la habitación.

De modo que así lo hizo.

De eso habían pasado casi dos años y, aunque ciertamente se había visto obligada a ahorrar al máximo, estaba muy satisfecha con su decisión.

El lugar se había convertido en una especie de hogar para ella, y sus ocupantes, a cuál más peculiar, en una segunda familia.

Un agudo ladrido la recibió al abrir la puerta y dirigirse al vestíbulo, donde dejó su abrigo, el sombrerito ajado que, se recordó, no podría cambiar hasta el mes siguiente, y sus guantes, que habían sido un obsequio de su madre las últimas Navidades cuando pasó a visitarlos durante unos días en su casa de Bristol.

—¿Lucy? ¿Eres tú?

Lucy sonrió al oír la alegre voz de Johanna y se dirigió al salón con paso enérgico pese a que estaba agotada luego de pasar casi todo el día de pie atendiendo a los requerimientos de su jefe.

La encontró sentada ante la chimenea, lo mismo que a Elise y a Conroy, el entusiasta Corgi de la señora Harrison que saltó a sus faldas tan pronto como la vio aparecer en el umbral.

—¡Conroy! Deja a Lucy en paz; la pobre se ve exhausta —Johanna alzó la voz para llamar al perro, que siempre mostraba debilidad por ella, y señaló a Lucy el asiento a su lado—. Ven a sentarte un momento; te serviré un té.

Lucy sonrió, agradecida, e hizo lo que le pidió. Luego de dejar salir un suspiro de alivio al contacto del calor que emanaba la chimenea, y con una taza humeante entre las manos, dejó caer la cabeza hacia atrás y sonrió a la joven.

—Gracias; lo necesitaba.

—Parece que has tenido un día difícil.

—Nada fuera de lo ordinario.

Lucy comprendió que mentía tan pronto como las palabras salieron de su boca,

No había sido un día ordinario en absoluto; todo lo contrario: había sido extraño, agotador y, sobre todo, terriblemente inquietante. Solo así podía pensar en el efecto que había tenido en ella ver a aquel hombre, el señor Hayward, entre rejas.

Pero como aquello no pensaba mencionarlo a sus amigas, por mucho que las apreciara, decidió mantener la boca cerrada, agachó la cabeza y se llevó la taza a los labios mientras Elise la ponía al corriente de cómo había ido su día en el almacén en que trabajaba, y Johanna se ocupaba de mantener el fuego de la chimenea encendido.

La señora Harrison se les unió poco después con una bandeja de galletas recién horneadas y, tras asegurar que había dejado un plato caliente de estofado para Lucy en la encimera de la cocina, se dejó caer sobre su sillón favorito con Conroy sobre su regazo.

Era una imagen agradable, pensó Lucy al mirar alrededor con un suspiro de placer.

La robusta matrona que se mostraba siempre al pendiente de sus jóvenes huéspedes, el perro un tanto escandaloso pero afectuoso, las chicas a las que había aprendido a querer casi tanto como a las hermanas que dejó en casa... y, lo mejor, la posibilidad a la que se había aferrado con uñas y dientes de buscar una vida con la que se encontrara satisfecha, lo que encontró al dejar su natal Bristol para ir a la gran ciudad.

No lo había hecho nada mal.

El sonido de la puerta principal al cerrarse le provocó un sobresalto y llevó la mirada hacia allí mientras unos pasos apurados se dirigían hacia el salón.

—Por favor, díganme que dejaron un poco de comida para mí.

Lucy sonrió al ver el rostro cansado de la última huésped de la casa, la impetuosa Kate.

Según les había contado ella, al llegar a hospedarse unos meses atrás, provenía de Birmingham y sus padres poseían los suficientes recursos para haber accedido a enviarla a Londres a la escuela de enfermera, lo que había sido su gran sueño desde que podía recordarlo.

Audaz, segura de sí misma, y en absoluto tímida, Kate se había ganado el afecto de las otras ocupantes de la casa con rapidez y en especial el de Lucy, que se veía un tanto reflejada en esa chica resuelta y a veces un tanto brusca en sus maneras pese a que le llevaba algunos años.

—Hay estofado en la cocina —la señora Harrison respondió con voz somnolienta y los ojos entrecerrados— ¿Hasta cuándo te asignaran esos horarios tan espantosos, querida? Saliste al amanecer.

Kate se encogió de hombros al tiempo que se deshacía de la chaqueta, que no se había molestado en dejar en el vestíbulo, y sonrió, lo que acentuó sus facciones delicadas. Era, sin duda, la más guapa de las cuatro huéspedes y también la que mejor sabía sacar provecho de sus encantos.

—No lo sé. Es posible, incluso, que solo empeoren a partir de las próximas semanas —

ella recibió la taza que Elise le tendía con un suspiro de agradecimiento—; pero no me molesta. Al contrario, creo que es divertido.

—Jamás se me habría ocurrido pensar que ver a un montón de gente enferma y al borde de la muerte podría serlo.

Kate recibió el comentario de Johanna con una mueca. La joven no había usado un tono irónico; nunca lo hacía porque era la amabilidad en persona y todas sostenían la teoría de que no poseía ni una partícula de malicia en su cuerpo; pero, aun así, el comentario resultó bastante acertado.

—Bueno, esa parte no lo es, desde luego —reconoció Kate tras esbozar un mohín avergonzado—. Me refería a lo mucho que disfruto aprender cosas nuevas cada día.

—Yo no podría. No soporto ver a gente enferma, ya no digamos sangre —Johanna se estremeció y un rizo de cabello de un rojo encendido osciló bajo su nuca.

—¿Y cómo haces, entonces, cuando alguien tiene un accidente en el taller? ¿Te tapas los ojos?

Lucy sonrió al oír la intervención de Elise, quien sí que era ácida y a veces un poco maliciosa, aunque nada que pudiera considerarse cruel. Como la hija mayor de un par de granjeros de Dorchester, estaba acostumbrada a decir lo que pensaba y a no adornar sus pensamientos, lo que para todas había sido un poco novedoso cuando llegó porque hasta entonces se habían esforzado mucho por ser amables hasta el extremo las unas con las otras.

La llegada de Elise fue refrescante y, con el tiempo, les enseñó que podían hablarse con la misma sinceridad con la que lo habrían hecho con sus propias familias en casa.

—Si te interesa saberlo, sí, eso es precisamente lo que hago —Johanna respondió con su voz suave tras parpadear.

—¿No intentas ayudar?

—¿Cómo podría? ¿Desmayándome? Siempre hay alguien allí mejor capacitada que yo para ayudar. Cuando todo se arregla, sigo cosiendo.

Lucy intercambió una rápida mirada divertida con Kate, que sacudió la cabeza de un lado a otro con semblante exasperado.

Esa era una de las cosas que hacían a Johana tan especial. La mayor parte del tiempo, la joven vivía en un mundo propio en el que las cosas se solucionaban por sí solas en tanto ella no abandonara lo que tenía entre manos en ese momento, lo que por lo general era alguna costura en la que trabajaba con un ahínco sorprendente.

A ninguna le extrañó saber, cuando llegó, que su madre le había conseguido una colocación en un taller de modas muy elegante en el que se había convertido en una de sus empleadas más estimadas.

—Bien, es una suerte que no debas preocuparte por eso —Elise fue mucho más amable al continuar, casi como si diera a su amiga como un caso perdido, y cifró su atención en Lucy—. Oí algo muy curioso hoy en el almacén poco antes del cierre.

Lucy llevó su atención a la joven. Aunque nadie la acusaría de chismosa, era cierto que su trabajo como dependienta en un almacén bastante renombrado de la ciudad le permitía enterarse de las novedades más importantes con relativa rapidez.

—¿Algo relacionado conmigo? —bromeó.

—No exactamente —negó Elise—; pero sí con tu trabajo. O con el lugar en que trabajas, mejor dicho.

—¿Y de qué se trata?

—¿Es verdad que hubo un terrible asesinato y que uno de los sospechosos es un aristócrata al que encerraron medio desnudo?

—¡Elise! ¡No uses esa palabra!

La joven frunció la nariz y miró sobre su hombro en dirección a donde la señora Harrison se dividía entre el sueño y la indignación. Su cabeza oscilaba contra el respaldo del sillón y uno de sus dedos señalaba a su huésped con un gracioso temblor.

—¿Asesinato o desnudo? —Replicó la joven con descaro.

—¡Ninguna!

Elise cabeceó con semblante arrepentido, aunque Lucy pudo advertir que sus ojos, de un pálido azul, brillaban con diversión. Ella no dijo nada más hasta pasados unos minutos, en que notó que la matrona se dormía del todo, y entonces se inclinó hacia Lucy bajando la voz para continuar con su conversación.

—¿Y bien? ¿Es cierto? ¿Mató ese hombre a esa pobre mujer? —insistió.

Lucy llevó las manos a su regazo e hizo como si no fuese consciente de su curiosidad ni la de las otras chicas, que también la veían con interés. Kate iba por su tercera galleta, que degustaba con deleite, y Johanna había sacado una costura, no tenía idea de dónde; pero ambas estaban muy atentas a sus palabras.

Al comprender que tenía que responder o ellas pensarían que le ocurría algo raro, se aclaró la garganta y, tras maldecir a esas lenguas chismosas que habían empezado a correr la voz de lo ocurrido, respondió lo mejor que pudo.

—Aun es pronto para saberlo —indicó—. Es cierto que hubo un crimen terrible y que llevaron a un hombre que parece ser el responsable; pero es posible que haya sido alguien más.

—No puedes creer realmente eso —Elise miró una vez más a la señora Harrison para asegurarse de que, efectivamente, estaba bien dormida, y continuó—: Me dijeron que lo habían encontrado desnudo al lado de esa mujer.

—¿Perdón?

—¡Auch!

Johanna emitió un quejido al pincharse con la aguja debido a la sorpresa, pero Kate le dio un codazo para que bajara la voz; a ambas les bastó con oír eso último para dejar lo que hacían y prestar toda su atención a la charla.

—Bueno, sí, hasta donde sé, eso es cierto —Lucy reconoció aquello con una mueca—; pero eso no es suficiente para acusarlo del crimen. Además, lo liberaron esta tarde, y no lo habrían hecho de considerarlo culpable.

Ella no dijo que eso se debía a que el señor Hayward tenía amigos muy influyentes y que había bastado con que el director viera la nota del duque de Banfield para que su rostro se pusiera lívido y se esforzara por cumplir con su pedido; seguro que tal cosa no habría ayudado a demostrar la inocencia del señor Hayward.

Desde luego, en ese momento ella no se planteó por qué de pronto algo como eso se le antojaba tan importante. Tal vez solo sintiera lástima por él, intentó convencerse, o aun no era lo bastante cínica pese a sus experiencias como para creer en la culpabilidad de un hombre sin pruebas más concluyentes.

—¿Entonces no hizo nada? —Preguntó Elise, curiosa.

—Tampoco puedo asegurar eso —respondió Lucy—. Las investigaciones continúan y no se detendrán hasta dar con el culpable; sea quien sea.

Su tono resultó tan determinante que sus amigas parecieron impresionadas y asintieron,

observándola con cierta admiración.

A Lucy aun le resultaba un poco extraño, pero por algún motivo su trabajo parecía despertar un sorprendente respeto entre sus compañeras. El hecho de que fuera una de las pocas mujeres empleadas en la sede principal de Scotland Yard, y como la secretaria del mismísimo director, además, la había convertido en un objeto de interés.

Ellas parecían creer que cuando no estaba mecanografiando, tomando dictado o corriendo de un lado a otro para cumplir los requerimientos de su jefe, se ocupaba de resolver crímenes codo a codo con los agentes; pero, aunque Lucy se había esforzado por explicar que no era en absoluto así, sino que, por el contrario, sus labores eran aburridas y rutinarias la mayor parte del tiempo, no le creían del todo.

—¿Y cómo es él?

Lucy atendió a la pregunta de Kate con un batido de pestañas, sin ocultar su confusión.

—¿Cómo es quién?

—El hombre al que detuvieron —explicó su amiga— ¿Es atractivo?

—¿Y qué importancia tiene eso?

—¿Por qué no habría de tenerla?

Lucy suspiró. Kate era la más enamoradiza de las cuatro y, pese a que nadie pondría en duda su devoción para con sus estudios, de alguna forma se las arreglaba para dedicar algo de tiempo a hablar de hombres guapos y de cuán interesante resultaría enamorarse. En ese sentido, era la antítesis de Lucy, a quien aquello no podía interesarle menos.

—No me he detenido a considerarlo —respondió ella por decir algo—. No he tenido mayor contacto con él.

De nuevo, mentía, y como una bellaca, tuvo que reconocer con un retortijón en el estómago inspirado por la culpa. Pero nunca había hablado a sus amigas de sus breves, aunque intensos encuentros con el señor Hayward y no pensaba hacerlo entonces. Lo consideraba un asunto un poco tonto al que había dado demasiado importancia en su momento y que solo la pondría en ridículo.

—Qué lástima —Kate se encogió de hombros—: me habría gustado saber cómo es.

—No te preocupes por eso. Si la noticia sigue corriendo por la ciudad como hasta ahora, mañana podrás ver un retrato suyo en la primera página de los principales diarios —Elise intervino con una entonación burlona—. Entonces sabrás si es guapo o no.

Lucy guardó silencio, en absoluto tentada a seguir profundizando en esa charla, y por suerte no hizo falta que lo hiciera porque la señora Harrison eligió ese momento para revolverse en el sillón, murmurando entre sueños, y Johanna se puso de pie con un gemido de cansancio luego de dejar su labor en una cesta.

—Creo que me iré a dormir —dijo, acomodando un rizo tras la oreja, su piel de un tono lechoso y surcada por un reguero de pecas se iluminó a la luz de la chimenea—. Mañana tengo que presentarme una hora antes en el taller.

Las demás hicieron otro tanto y, tal y como acostumbraba cada noche, Lucy se acercó a su casera para darle unos golpecitos en el hombro.

—Es muy tarde, señora Harrison ¿no le gustaría que la acompañemos a su habitación? —Preguntó en tono bajo.

La señora tardó un momento en despertar, y cuando lo hizo, luego de que Lucy repitiera su oferta un par de veces, asintió y se puso de pie con dificultad. La joven enlazó su brazo con el suyo y subieron la escalinata que conducía al piso superior con el corgi trotando tras ellas.

Una vez que dejó a la mujer en la puerta de su habitación y le hubo deseado buenas noches, Lucy se dirigió a la suya y, tan pronto como cerró la puerta tras ella, dejó salir un largo suspiro que sacudió su cuerpo delgado.

Sí que estaba agotada, reconoció mientras se deshacía del traje y se quedaba en enaguas para lavar su cuerpo en una palangana que la señora Harrison se ocupaba de dejar bajo el espejo cada tarde.

Aliviada, se quitó las medias y movió los pies de un lado a otro antes de dejarse caer cuanto larga era sobre su cama mullida.

Había sido un día muy largo; no solo eso, pensó otra vez como venía haciendo en las últimas horas: también había sido raro y ahora lo único que quería era dormir y prepararse para lo que aguardaba por ella al siguiente.

Capítulo 3

A Drake le costó mucho conciliar el sueño aquella noche. Estaba inquieto, preocupado, y temía lo que ocurriría por la mañana.

Aunque había asegurado a Sebastian que dormiría como un bebé y que estaría a primera hora en su oficina para planear lo que harían a continuación, lo cierto era que no tenía idea de qué era eso o si sería capaz de soportarlo.

Aun así, no se permitió hundirse en la autocompasión. Le habría encantado hacerlo, desde luego; pero habría sido una pérdida de tiempo.

Phillips, el hombre que trabajaba para él en las habitaciones que tenía rentadas no muy lejos de la casa de su familia, en Mayfair, se ocupó de entregarle los diarios de la mañana luego de dirigirle una mirada inexpresiva.

Drake se había ocupado la noche anterior de explicarle lo ocurrido a grandes señas; no quería que se enterara por los chismes que, no dudaba, debían de haber empezado a circular por la ciudad. Podía decir en defensa del hombre que apenas pareció alterado; aun más, habría podido jurar que el asunto le resultó tan molesto como a él y, lo que supuso un gran alivio, creía fervientemente en su inocencia.

El apoyo de Phillips sirvió también para pedirle que intentara averiguar lo que se murmuraba acerca de él; nada difícil de conseguir en un círculo tan pequeño como aquel en el que se movían.

Así, esa mañana Drake descubrió que no solo se había ocupado de comprar los diarios más importantes, sino que se había dado el trabajo de buscar cualquier mención a lo ocurrido el día anterior y que había doblado cuidadosamente las páginas para que Drake pudiera encontrarlas de inmediato.

Si no terminaba en la horca, le subiría el sueldo, se prometió Drake una vez que dejó su casa y se dirigió a la que ocupaba su familia con la secreta esperanza de que ellos no se hubieran enterado de nada aún.

No tuvo esa suerte, claro.

Le bastó con ver el rostro pétreo de su padre cuando el mayordomo lo escoltó al comedor familiar donde él y su hermano tomaban el desayuno para saber que la noticia ya había llegado a sus puertas.

Sir Edward le gritó durante cinco minutos, acusándolo de irresponsable y, luego se marchó para dejarlo con su hermano, que le increpó también durante otros diez minutos antes de echar la cabeza hacia atrás y mirarlo como si se encontrara dividido entre la decepción y la lástima.

Drake no pudo soportarlo.

Se marchó sin decir una palabra más; no porque no las tuviera sino porque dudaba de que hicieran alguna diferencia. Quiso pensar, sin embargo, que aun cuando su familia pudiese encontrarse enfadada con él, nadie allí creería que era realmente culpable de lo que se le acusaba.

Él no era un asesino, y si alguien debía de saberlo, esos eran ellos.

Aquella desagradable escena solo sirvió para incrementar sus ansias por comprobar su inocencia; de allí que apenas dudara al presentarse en la agencia de los Wainhouse más temprano aun de lo que había acordado con Sebastian.

No le sorprendió oír un alegre canturreo tan pronto como puso un pie en el recibidor

luego de subir los dos pisos que conducían a las oficinas que su amigo y su hermana habían alquilado en el centro de la ciudad y que ahora solo ocupaba el primero.

—¡Señor Hayward!

El canto se detuvo de golpe y Drake se encontró con la expresión preocupada de Giselle, la esposa de Sebastian, que era también su asistente y quien, para efectos prácticos, mantenía la oficina funcionando.

Giselle había entablado contacto con los Wainhouse hacía algunos años durante la investigación de un caso en el que no solo les ayudó, sino que se ganó la simpatía de Elara, quien no dudó en contratarla como secretaria al conocer su situación desesperada.

Drake no conocía los detalles y jamás se le habría ocurrido preguntar, pero sabía que ella provenía de los bajos fondos londinenses y que se había visto obligada a llevar una vida que muchos reprobarían. Sin embargo, a su parecer aquello no podía importar menos porque Giselle era una mujer noble y encantadora.

Solo eso explicaba que hubiera logrado conquistar a alguien como Sebastian, que no solo vivía para su trabajo, sino que nunca había dado muestras de creer en el amor. Ahora ambos formaban una pareja espléndida y Drake se alegraba mucho por ellos.

—Perdone que me presente tan temprano...

Giselle interrumpió sus disculpas al ir hacia él y observarlo con semblante amable.

—No se preocupe; lo esperábamos. Sebastian dijo que vendría hoy —ella esbozó una media sonrisa— ¿Cómo se encuentra?

Drake hizo una mueca. Era la primera persona con la que hablaba, después de Sebastian, que le hacía esa pregunta; ni siquiera su familia se interesó por ello, sumidos como estaban en el enfado por el escándalo que había desatado.

Tras dirigirle su mejor sonrisa, un tanto forzada, Drake inclinó la cabeza.

—Estoy bien —respondió, con voz a todas luces falsa.

—Señor Hayward, no tiene que mentir; es evidente que no se encuentra bien y aquí nadie lo juzgará por reconocerlo —Giselle frunció un poco el ceño—. Venga, acabo de llevar una bandeja con café a la oficina; Sebastian lo está esperando allí.

Drake la siguió, conmovido por su amabilidad y admirado por la determinación con la que se movía pese a que se hallaba en un estado de embarazo bastante avanzado. A nadie le había sorprendido que cuando anunció meses antes que se encontraba en espera de su primer hijo, asegurara también que estaba dispuesta a trabajar cada día hasta dar a luz.

Sebastian aguardaba por ellos tras el gran escritorio que abarcaba la mitad de la habitación, no muy grande de por sí, pero que él y su hermana habían compartido durante años y convertido en una especie de cueva de los misterios en la que podían pasar horas discutiendo todas las posibilidades de un caso.

—¡Ah, Drake! Supuse que serías tú —Sebastian recorrió su rostro de un vistazo—. Supongo que ya has hablado con tu familia.

Él cabeceó, sin responder, y su amigo pareció tomar aquello como una señal de que lo mejor era no preguntar al respecto. De modo que, luego de parpadear, dirigió su atención a su mujer y Drake reparó en que sus ojos adquirían una calidez que parecía destinar solo a ella.

—¿Por qué no te sientas un momento? Estoy seguro de que a Drake no le molestará que discutamos su caso frente a ti —mencionó.

Drake miró a Giselle y notó que dudaba, algo poco habitual en ella. Habría podido apostar su mano derecha a que estaba enterada al detalle de todo lo ocurrido el día anterior;

Sebastian no tenía secretos con ella, y aunque la idea de que alguien más conociera su humillación no le hizo mucha gracia, lo cierto era que confiaba en ella y tenía en muy alta estima su criterio, que ya les había ayudado muchas veces a resolver algún caso difícil.

De modo que, tras sonreír, le habló en tono amable que, esperó, la convenciera de quedarse.

—Por favor, señora Wainhouse; me hará un favor —aseguró—. Me gustaría saber lo que piensa de todo esto.

Ella cabeceó y se dejó caer sobre un sillón bajo la ventana; su cabello, rojizo con destellos dorados, se iluminó un poco bajo la luz que se filtraba por las rendijas entreabiertas.

—Muy bien —dijo, con una mirada alerta—. No le sorprenderá saber que Sebastian ya me ha contado lo que ocurrió ayer.

Drake asintió.

—Giselle sabe también algo más que no he tenido oportunidad de contarte —intervino Sebastian atrayendo su atención—. Como te dije anoche, tras acompañarte a tu casa fui en busca de Richard Jenkins.

—¿Y qué te dijo? ¿Sabía algo de lo que pasó la noche anterior? ¿Conocía a esa mujer?

Sebastian exhaló un suspiro y unió sus manos bajo su barbilla con los codos apoyados sobre la superficie del escritorio.

—No tuve oportunidad de hablar con él —indicó con el fastidio destilando por su voz—. No se encontraba en casa, y aunque luego fui a buscarlo por los lugares que recordé que acostumbraba visitar, no pude dar con él.

—¿Desapareció? —Preguntó con el ceño fruncido.

—No lo diría así; no aún. Hay otros lugares que pueden haberseme pasado, o tal vez partió al campo; recuerdo que su familia tenía una propiedad en Kent—Sebastian se encogió de hombros—. Hoy seguiré buscando y preguntaré entre nuestros conocidos por si alguien sabe algo de él.

Drake asintió, sin disimular su decepción. Había albergado la esperanza, a todas luces ingenua, de que bastaría con buscar a Jenkins para que él explicara lo que había ocurrido. Según su estúpido razonamiento, su amigo tendría una explicación totalmente razonable que lo dejaría libre de toda sospecha para continuar con su vida.

—Creo que es importante que encuentren a este Jenkins, pero no podemos olvidar que es posible que sea el señor Hayward quien tenga todas las respuestas necesarias para esclarecer este asunto.

Tanto Drake como Sebastian giraron las cabezas de golpe para mirar a Giselle, que luego de permanecer durante unos minutos en silencio, habló en tono reflexivo.

—Pero no puedo recordar nada —respondió Drake, procurando que la impaciencia no se trasluciera en su voz—. Sebastian le habrá dicho...

—Sí, claro que lo hizo, y lo comprendo; vivió y pasó por una experiencia muy trágica —la mujer arrugó el entrecejo—; pero eso no quiere decir que todos sus recuerdos se han borrado ¿cierto? Deben de estar allí, debajo de toda esa confusión. ¿En verdad no hay nada que pueda decir al respecto? Tal vez si se esfuerza; si busca en lo más hondo de su mente.

Drake exhaló un suspiro.

—No hay nada —insistió.

—¿Estás seguro? —Sebastian intervino con esa voz desapasionada que asumía cuando estaba inmerso en una idea—. Coincido con Giselle en que es imposible que lo olvides todo;

tiene que haber algo. Para empezar, y lo que creo que echaría muchas luces sobre todo ¿estás absolutamente seguro de que no conocías a esa mujer? ¿En verdad no la habías visto nunca antes?

Luego de abrir la boca para responder, Drake la cerró de golpe; un recuerdo en forma de fogonazo pareció iluminar su mente. Se vio a sí mismo sentado en el palco del teatro, su mirada perdida en los pasillos debajo de él mientras bostezaba; el espectáculo era decadente y en absoluto interesante; solo un grupo de personas vestidas de forma extravagante dando de saltos sobre el escenario al tiempo que emitían unas frases subidas de tono que ni siquiera le causaron gracia.

Entonces, mientras se preparaba para marcharse, dispuesto a que Jenkins pensara lo que quisiera de él, la vio junto a un pilar y su rostro llamó su atención. Era muy bella, y no recordaba haberla visto antes; no estaba sola, un hombre delgado como un junco se mantenía inclinado hacia ella y le susurraba algunas palabras al oído. Drake no pudo ver su rostro porque le daba la espalda, pero todo en su postura le resultó intimidante.

Entonces la mujer notó su observación y llevó sus ojos sobre él; unos ojos cargados de terror.

El recuerdo desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido y Drake tuvo que parpadear varias veces para volver al presente. Posando la mirada sobre sus amigos, se los contó todo de un porrazo, aun consternado.

—Interesante.

Tanto Drake como Giselle llevaron las miradas al rostro pensativo de Sebastian, pero antes de que él pudiera decir algo, ella se le adelantó al poner en palabras lo que también pensaba.

—¿Interesante? —Repitió en tono escéptico— ¿Es eso lo primero que se te ocurre decir?

Su marido se encogió de hombros.

—Bueno, lo es —respondió—. Esperaba que si Drake recordaba algo relacionado con esa mujer fuese más...

—¿Carnal? —Giselle puso los ojos en blanco y dirigió a Drake una expresión de disculpa—. Lo siento, señor Hayward, pero aun cuando reconozco que compartía la suposición de Sebastian, también es cierto que no me extraña del todo que su primer recuerdo de esta mujer fuese de esa naturaleza. Después de todo, tuvieron que entablar contacto de alguna forma ¿no?

Drake asintió, consciente de que ella tenía razón, y en absoluto azorado de que hablara con esa claridad. Era algo que siempre había encontrado encantador de Giselle: decía lo que pensaba y nunca se andaba con rodeos; además de que no intentaba enmascarar la experiencia que había adquirido en las calles antes de conocer a Sebastian.

—Ya, pero incluso si fuese así debió de impactarte mucho esa escena para que sea lo primero que viniera a tu mente —Sebastian se dirigió a Sebastian; él sí se mostró algo incómodo por la honestidad de su mujer, lo que le habría hecho sonreír en otras circunstancias— ¿Por qué?

Él lo pensó durante todo un minuto antes de responder.

—Lo más sencillo sería decir que me pareció muy bella y eso me deslumbró —hizo una mueca antes de continuar—; pero, aunque en parte es debido a ello, lo cierto es que lo que más me impresionó fue la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que la estaba observando. Se veía muy asustada; he visto pocas veces a alguien que pareciera sentir tanto miedo.

—Muy bien ¿y luego? ¿Puedes recordar algo más? ¿Quizá el momento en que se acercó a ti?

Drake se esforzó por pensar, pero su mente parecía haberse hundido nuevamente en la niebla.

—No, no hay nada más —reconoció de mala gana.

—Seguro que sus otros recuerdos irán volviendo de la misma forma en que lo ha hecho este; no se preocupe —Giselle le dirigió una alentadora sonrisa—. Solo necesita un poco más de tiempo.

—El problema es que tiempo es lo último con lo que contamos —intervino Sebastian sin disimular su inquietud—. El aval de Banfield nos ha sido útil, pero si no avanzamos con la investigación y descubrimos al verdadero culpable, el director Smithson enviará a que arresten a Drake de nuevo y ahora no parará hasta que se le acuse formalmente.

El rostro de Drake adquirió un semblante pétreo al oírlo porque sabía que estaba en lo cierto. Había visto al director en jefe de Scotland Yard en diversas ocasiones; aunque solo habló con él en una de ellas para intervenir cuando estaba a punto de enzarzarse en una discusión con Sebastian por un asunto que ya ni podía recordar.

Lo que sí pudo comprobar entonces era que se trataba de un hombre adusto, autoritario y, lo más resaltante, que esa fue la segunda ocasión en que se encontró con la señorita Hatley y que no fue hasta entonces que descubrió cuál era la labor que ejercía en la policía. Era la secretaria del director y, según Sebastian, la persona en quien él más parecía confiar.

—Pero seguro tendrán en cuenta que el señor Hayward pertenece a una familia muy importante de la ciudad ¿cierto? —señaló Giselle, atrayendo su atención—. No irán a enviarlo a juicio, así como así.

Drake detectó una leve indecisión en sus palabras; parecía dividida entre su esperanza de que así fuera y el desprecio que, en el fondo, le provocaba saber que era así como por lo general funcionaba el mundo en el que vivían. Para alguien que provenía de un origen tan humilde como Giselle, aquello debía de resultar muy injusto, pero era lo bastante generosa y lo apreciaba lo suficiente para estar dispuesta a aceptarlo si eso lo libraba de esa situación.

—De Smithson espero cualquier cosa —indicó Sebastian con una mueca de desagrado—. Está desesperado por hacer méritos ante el primer ministro; ha habido rumores de que él piensa nombrar a alguien más. Hacer parecer como que hace su trabajo y que no se deja amedrantar por el apellido de un sospechoso puede jugar a su favor. Y, la verdad, aunque tu familia es muy distinguida, Drake, lo cierto es que tú te has labrado cierta reputación que no juega a tu favor.

Drake asintió; ¿qué otra cosa habría podido hacer? Todos sabían que era verdad. Seguro que Smithson lo habría pensado dos veces antes de ponerlo en la mira si él fuese su hermano, la imagen del aristócrata de férreos principios que inspiraba respeto y consideración.

Pero no lo era, se recordó, y aunque eso nunca le había importado en absoluto, tuvo que reconocer, siquiera para sí, que no habría estado mal serlo al menos en ese momento.

—Necesitamos dar con Jenkins, y lo haremos; ya he puesto a Jimmy tras eso —continuó Sebastian en tono resuelto pasados unos minutos en que todos permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos; se refería al chico que trabajaba para él investigando en las calles—; pero en tanto tenemos noticias podemos ocuparnos de algo más.

—¿Qué?

Drake hizo la pregunta mientras se ponía de pie, imitando a su amigo, que en ese momento se ajustaba los puños de la camisa con gesto serio.

—Vamos a ir a ese teatro y averiguar todo lo que podamos acerca de esa mujer —anunció—. Es imprescindible que descubramos quién fue realmente, y qué era aquello que la

tenía tan asustada.

Drake cabeceó al comprender y una oleada de expectación lo sacudió de pies a cabeza.

—Porque eso nos dirá qué fue lo que ocurrió —tanteó.

Sebastian cabeceó y le hizo un gesto para que fuera tras él.

—Exacto. Es muy posible que lo que fuera a lo que le temía terminara por matarla, y tenemos que saber qué era eso y cómo fue que tú terminaste involucrado.

No fue difícil llegar al teatro en el que Drake había estado aquella infausta noche.

Aunque era cierto que él no recordaba la dirección con exactitud, Sebastian había indagado entre los agentes que lo arrestaron y ellos le indicaron cuál era. Según ellos, cuando lo hallaron en la habitación del burdel y pudieron conocer la identidad de la mujer asesinada gracias a sus compañeros de vivienda, les informaron también de que acostumbraba trabajar en un teatro no muy lejos de allí.

El nombre de la desafortunada se grabó a fuego en la mente de Drake en cuanto Sebastian lo pronunció.

Flora.

Flora Morrison.

Un nombre encantador, pensó durante algunos minutos mientras él y Sebastian hacía el camino en un coche de alquiler y el conductor se detenía junto a un edificio ruinoso, en el mismo centro del East End.

A Drake siempre le habían fascinado ese tipo de lugares y había perdido la cantidad de líos en que se había metido a lo largo de los años entre sus puertas.

No era de extrañar que el director Smithson estuviese dispuesto en convertirlo en una especie de ejemplo de lo que podía esperar un aristócrata calavera si desataba más escándalos de los convenientes, tal y como le había dicho Sebastian durante el viaje hasta allí, reconoció de mala gana.

Luego de pagar al conductor, que salió pitando tan rápido como sus caballos lo permitieron, se dirigieron a la entrada, que parecía cerrada a cal y canto, pero Sebastian apenas dudó en aporrearla hasta que se oyeron unos pasos arrastrándose al otro lado y, poco después, un rostro asomó por la hoja.

Era un anciano, observó Drake con el ceño fruncido; tenía la cara apergaminada por el paso de los años y la mano que mantenía firmemente asida la madera temblaba un poco; o al menos lo hacían los tres dedos que le quedaban.

—Necesitamos hablar un momento con usted —indicó Sebastian sin que su rostro se alterara lo más mínimo.

El hombre no respondió.

—Habría oído acerca del fallecimiento de una mujer que estuvo aquí hace un par de noches; la encontraron en una casa a solo unas calles —continuó el detective en tono paciente—. Su nombre era Flora Morrison y queremos saber si la recuerda.

La expresión del anciano adquirió una mezcla de enojo y preocupación; pero cuando Drake abrió la boca para insistir, quizá con mayor dureza de la que había usado su amigo, se encontró con que les cerraban la puerta en la cara y si no se llevó un buen golpe en la nariz, fue porque retrocedió con la suficiente rapidez.

—Pero...

—Me lo temía —Sebastian exhaló un hondo suspiro luego de decir aquello—. Vamos.

—¿No vas a tocar de nuevo?

—¿Para qué? No va a abrirnos. Tal vez piensa que somos de la policía, o tiene algo que ocultar.

Drake miró el frente del edificio y sus labios se fruncieron en una mueca de desagrado. No podía recordar ese lugar con claridad, pero estaba convencido de que habían de haber muchos secretos allí dentro.

—¿Ahora qué? —Preguntó a Sebastian cuando este se apartó de la entrada.

Su amigo le dirigió una sonrisa confiada.

—Ahora encontramos otra forma de entrar.

Dieron con una puertecilla apollada en la zona trasera, donde debían de meter los suministros. Era estrecha, y estaba firmemente cerrada con un gran candado, pero Sebastian logró abrirlo luego de bregar con la cerradura durante un par de minutos. Un largo pasillo sumido en la oscuridad se abrió ante ellos.

—Yo voy primero; mantente alerta y, si se acerca alguien por la retaguardia...

—¿Doy la voz de alarma?

—Iba a decir que lo golpees con tu bastón —Sebastian miró sobre su hombro con el ceño fruncido— ¿Dónde está tu bastón?

—Lo dejé en casa.

—Lo dejaste en casa —repitió su amigo, tras dejar escapar un chasquido en señal de recriminación— ¿Y con qué vas a defenderte?

Drake se armó de paciencia. No era esa la primera vez que acompañaba a Sebastian en un asunto de aquellos; en realidad, en los últimos meses lo había hecho con bastante frecuencia, y aunque no le gustaba reconocerlo, en el fondo disfrutaba de esas aventuras tan ajenas a su vida diaria.

Excepto cuando su amigo lo trataba como si fuese idiota.

—Traje mi arma —rumió entre dientes haciéndole una seña para que avanzara—. Eso tendrá que servir.

—El bastón hace menos ruido —replicó su amigo en tono bajo internándose en la oscuridad— ¿No te he dicho mil veces que siempre deberías llevarlo contigo? Has asistido a las clases de *bartitsu*; sabes cuán útil puede ser.

Drake no pudo ocultar una sonrisa de burla al pensar en ese arte marcial que era una de las grandes aficiones de su amigo y a cuyas clases lo había arrastrado con persistente insistencia durante el último par de años.

En realidad, se recordó con una punzada de diversión, sí que le había sido útil. Aquel método de defensa y ataque, que había llegado al país de la mano de expertos de todo tipo, se había convertido en la sensación de Londres. Alguien como Sebastian, siempre interesado en los adelantos y en cualquier cosa que pudiera facilitar su labor de detective, se dejó fascinar de inmediato y decidió que Drake también debía aprenderlo.

Un hombre podía matar a otro con un paraguas, un bastón, o incluso su abrigo. Esas eran algunas de las características del *bartitsu*; además de una endiablada lucha cuerpo a cuerpo, se recordó Drake con una mueca al pensar en la cantidad de veces en que había besado el piso durante las lecciones antes de ser lo bastante hábil como para defenderse de manera adecuada.

Y, sin embargo, pese a que jamás se le ocurriría negar las ventajas de ese arte ancestral y le gustaba pensar que era bastante bueno en su práctica, él seguía prefiriendo su arma.

Eficiente y rápida.

—Dudo de que haya mucha gente aquí ahora; pero no te confíes, tal vez los artistas duerman aquí.

El comentario de Sebastian, hecho en un tono muy bajo, lo obligó a prestar atención.

Avanzaron hasta atravesar el pasadizo y se encontraron ante una pesada puerta que su amigo abrió con la misma facilidad que la primera. Luego, tras dar unos cuantos pasos más, llegaron a una amplia habitación de techos altos que despedía un desagradable olor a linimento; varios montículos de desechos se elevaban en las esquinas.

—Supongo que hay quienes llaman a esto limpiar —murmuró Drake con una ceja alzada.

Sebastian se encogió de hombros.

—Parece una sala de descanso; donde viene la gente en los intermedios —opinó él— ¿Puedes recordarla?

—No. O tal vez sí, no lo sé. Se parece a muchas otras y yo he estado en muchos teatros —alegó él.

—Bueno, entonces avancemos un poco más; quizá demos con alguien que responda a nuestras preguntas. Pero mantente atento.

Drake asintió; su mirada iba de un lado a otro en busca de algo, cualquier cosa que le resultara siquiera remotamente familiar: los candelabros que colgaban del techo, la alfombra raída que recorrieron en dirección al vestíbulo, esos viejos faroles adosados a las paredes para iluminar por las noches.

Sentía que lo había visto todo antes, pero no habría podido asegurar si lo percibía inspirado por ese lugar en específico, o algún otro muy parecido; era difícil saberlo.

—Intentemos entrar a uno de los palcos para ver el escenario —sugirió Sebastian con el bastón bien aferrado entre sus dedos bronceados.

No les tomó mucho llegar allí. Una vez subieron la escalinata principal sin toparse con nadie, lo que en opinión de Drake empezaba a ser perturbador, eligieron uno de los caminos en que se bifurcaba el segundo nivel.

Había un largo pasillo flanqueado por varias puertas; Sebastian abrió la más cercana y se vieron dentro de un palco, tal y como sospecharon. Era un espacio reducido, tan viejo y descuidado como el resto del teatro, pero era evidente que se habían esmerado por limpiarlo un poco mejor y las butacas habían sido recientemente sacudidas.

—Creo... es posible que yo haya estado allí al frente —indicó Drake tras permanecer unos minutos en silencio, inspeccionando lo que le rodeaba—. En la esquina, muy cerca del escenario.

Sebastian se acercó a la barandilla de madera tallada en la que Drake había apoyado las manos para mirar hacia abajo.

—Bien, es un avance —asintió él, satisfecho—. Giselle tenía razón: los recuerdos irán llegando. Lo que tenemos que hacer ahora es dar con alguien que responda a nuestras preguntas acerca de esa mujer y...

Él no dijo más.

No pudo.

Mientras ambos permanecían sumergidos en su charla, sus miradas fijas en los palcos vecinos y en el hoyo oscuro que era en ese momento la zona de la platea, alguien se había acercado con mucho cuidado, sus pasos amortiguados por la moqueta y, en un suspiro, el cuerpo de Sebastian fue empujado por encima de la barandilla.

Todo pareció ocurrir en el transcurso de unos pocos segundos.

Drake vio a su amigo perder el equilibrio, sorprendido por el furioso envite; él ni siquiera se molestó en ver quién demonios había hecho aquello, solo creyó registrar una mata de cabello oscuro y un rostro cubierto por un pañuelo que desapareció de su campo de visión en un suspiro; sus pasos perdiéndose por el corredor.

Sin detenerse a pensar, echó el cuerpo hacia adelante y tuvo la suerte de que Sebastian actuara con la misma rapidez. En el instante en que su amigo logró sujetarse de una saliente del palco, él pudo aferrar su muñeca con unas fuerzas que no tenía idea que poseía.

Las piernas de Sebastian oscilaron en medio de la nada y Drake se encontró con su mirada confusa antes de que ambos asumieran una misma expresión determinada. Ni Sebastian estaba dispuesto a dejarse morir de una forma tan imprevista, ni Drake pensaba permitirlo.

La respiración agitada de Drake quebró el silencio que los envolvía en tanto tiraba sin pausa del brazo de su amigo, sus pies firmemente asentados sobre el borde del palco para resistir su propio peso. No volvió a respirar con normalidad hasta que logró tomar los bajos de la chaqueta de Sebastian y jaló con todas sus fuerzas; un último impulso hasta que su amigo logró entrar del todo otra vez en el cubículo y se dejó caer a su lado con un gemido de dolor.

Ninguno habló durante varios minutos; a Drake le escocía cada músculo, del hombro a la punta de los dedos, en tanto que Sebastian se refregaba la cara una y otra vez como si pretendiera despertar de un mal sueño.

—Han intentado matarme —susurró en tono consternado.

Drake giró para mirarlo y no le sorprendió encontrarse con su mirada furiosa; no era la primera vez que ocurría, pero él siempre parecía tomar aquello como un ultraje.

—No me digas —respondió con un suspiro al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para recuperar el aliento.

—¿Viste quién fue?

Drake negó con suavidad y le habló de lo poco que había podido atisbar: la figura delgada, el cabello oscuro, ese rostro cubierto.

—Supongo que esto significa que estamos en la pista correcta ¿no? —Preguntó él entonces dirigiendo una mirada a su amigo.

Sebastian no respondió, pero Drake notó que endurecía el mentón y que una expresión colmada de rabia le deformaba el semblante.

«Ahora se lo ha tomado personal», pensó con una mueca al tiempo que cerraba los ojos. No supo si alegrarse o preocuparse por ello; pero supuso que pronto lo descubriría.

Capítulo 4

—Lucy ¿puedo tomar tus pinzas para el cabello? No tengo idea de dónde dejé las mías y...

Antes de que pudiese terminar la frase, Kate ya tenía las pinzas de acero en la mano extendida y Lucy había pasado por su lado murmurando una despedida apurada mientras echaba a correr.

Se le había hecho tarde.

Nunca le pasaba, pero la noche anterior tuvo una pesadilla y le costó conciliar el sueño hasta muy avanzada la madrugada. De modo que esa mañana había despertado media hora después de lo habitual, tenía el rostro hinchado por la mala noche y estaba de mal humor.

Odiaba dormir mal.

La señora Harrison tenía la costumbre de dejar fruta y panecillos para sus huéspedes en una fuente en el recibidor porque era consciente de que, siendo todas jóvenes con diversas obligaciones, casi nunca contaban con tiempo para sentarse a tomar un desayuno como Dios manda.

De modo que, tras tomar una manzana y un bollo cuidadosamente envuelto en un pañuelo que debía entregar a su casera al regreso, so pena de que le quitara la palabra durante una semana, Lucy se dirigió a su trabajo con la sensación de que el día no podría haber empezado de peor forma.

La idea no hizo más que asentarse cuando se le removi6 el tac6n del zapato al bajar del tranvía y se vio obligada a hacer el breve camino de la parada a la sede de Scotland Yard con una vergonzosa cojera.

Por suerte, había mucho caos en el edificio, como era habitual, y su jefe no había llegado aún, así que tuvo tiempo para llegar a su escritorio e intentar pegar nuevamente el tac6n para no ir arrastrándose por allí.

Fue un arreglo un poco precario, pero tendría que servir hasta que volviera a casa, pensó mientras revisaba las labores que le quedaron pendientes del día anterior y su vista se vio irremediabilmente atraída por el borrador de una acusación que el director Smithson había dejado para pasar a limpio.

El nombre del acusado destelló ante sus ojos como una bombilla.

El honorable Drake Patrick Hayward Montgomery.

Lucy hizo una mueca.

Drake Patrick. Le sentaba, pensó antes de exhalar un suspiro y leer el documento en su totalidad.

No era nada fuera de lo común; había mecanografiado montones de acusaciones de ese tipo en todo el tiempo que llevaba trabajando allí, y, sin embargo, le resultó muy perturbador ver el nombre de aquel hombre en la casilla del acusado sabiendo lo que eso significaba.

El director estaba convencido de que ni el señor Hayward ni sus amigos de la agencia Wainhouse podría demostrar su inocencia y empezaba a adelantar los pasos para acusarlo formalmente.

Lucy intentó apartar sus pensamientos de aquello y mecanografió cada palabra con su prolijidad habitual. Luego, la puso en una carpeta y la dejó sobre su escritorio para que su jefe la encontrara lista al llegar.

Pese a eso, no pudo quitarse de encima esa sensación desagradable durante el resto de la

mañana, aunque su jefe la mantuvo tan ocupada como siempre.

Pensó en ello mientras tomaba el dictado habitual durante toda una hora en la mañana; también al sentarse para pasar los documentos a limpio, y la acompañó a cada minuto mientras recorría las dependencias para asegurarse de que las órdenes del director habían sido entregadas a los jefes de sección como él había ordenado.

Incluso el agente Rivers pareció advertir su estado de ánimo, más reservado y taciturno de lo normal, porque cuando pasó para hacer una consulta a su superior, se quedó un momento junto a su escritorio observándola como si pretendiera leerle la mente; algo que intentaba con cierta frecuencia y en lo que fallaba una y otra vez.

A Lucy le agradaba Rivers. Aún más, lo consideraba su único amigo en Scotland Yard, lo que no era de extrañar porque también lo veía como el único hombre en el edificio que nunca se le había acercado con intenciones deshonestas.

Quienes no la trataban con desconfianza por el simple hecho de llevar enaguas, se dirigían a ella como si fuese un espécimen que habían puesto allí para su entretenimiento, lo que al principio a Lucy le había molestado y luego aburrido.

Había perdido la cuenta de las veces en que había puesto en su lugar a un agente demasiado atrevido, o a la cantidad de aspirantes a policía a quienes había aterrorizado con una mirada y un par de palabras.

Nada difícil para ella; tenía un carácter enérgico por naturaleza y había crecido con varios hermanos varones de los que aprendió a defenderse tan pronto como empezó a caminar. En comparación, esos hombres eran para ella como niños maleducados.

Los únicos que se libraban de caer en ese saco eran el director Smithson y Rivers.

El primero, porque siempre la había tratado con una cortés distancia que dejaba muy en claro que la veía tan solo como una empleada útil que había terminado por considerar indispensable porque ella parecía adelantarse a todas sus necesidades.

En cuanto a Rivers, era un hombre simpático y de carácter bondadoso bajo esa apariencia distraída e insegura que enmascaraba haciéndose el mandón entre sus subalternos, descubrió ella con rapidez.

Y, por algún motivo, ella parecía resultarle simpática también; de modo que se habían convertido en buenos camaradas.

—Mucho trabajo, por lo que veo.

En ese momento, ella detuvo el furioso tecleo al que sometía a la imponente máquina de escribir que era su objeto favorito en la oficina, y lo observó por encima de la hoja que pretendía llenar con un requerimiento para el primer ministro.

—Nada fuera de lo habitual —respondió ella en tono monocorde—. Terminaré en un minuto.

Rivers hizo una mueca para dar a entender que dudaba de que fuera realmente así y, tras apoyar la cadera contra el borde del escritorio, la observó con una de sus espesas cejas alzadas. Su uniforme le iba un poco estrecho, lo que acentuaba su figura delgada, pero, en contraposición, tenía los carrillos abultados y una nariz que le recordaba a uno de los bulbos que la señora Harrison cultivaba en su jardín.

—El director parece estar más solicitado que nunca —continuó él al cabo de un momento tras dar una rápida mirada a la puerta de roble tras ellos y que conducía a la oficina de Smithson—. He oído que al fin van a enviarnos los fondos que solicitamos hace años.

Lucy asintió.

—Sí, pero temo que el monto podría ser menos de lo que se esperaba —indicó ella señalando la hoja adosada a la máquina con una cabezada—. Es precisamente de eso de lo que trata la carta.

Ella no dijo que había tenido que hacer varios ajustes al documento original dictado por su jefe porque estaba tan lleno de palabras poco amables que dudaba de que el primer ministro fuese a apreciarlo. Ese era uno de los motivos por los que el director estimaba tanto su trabajo: podía ser mucho más diplomática y contenida que él y eso le había salvado de varios problemas con sus superiores en los altos mandos del gobierno.

—Supongo que no debería estar sorprendido —Rivers exhibió una sonrisa amarga—. Esa gente no valora lo que hacemos aquí.

Lucy hizo un gesto vago para dar a entender que estaba de acuerdo porque, en efecto, lo estaba.

Aunque Scotland Yard no era un organismo perfecto, era indudable que, desde su creación, hacía no demasiado tiempo, había contribuido a incrementar la seguridad en Londres, una ciudad siempre convulsa y en la que los índices de delincuencia estaban por las nubes.

Hombres como Rivers se jugaban la vida un día sí y otro también, y pese a ello, las altas esferas del gobierno acostumbraban hacer oídos sordos a sus constantes reclamos para que aumentaran su presupuesto y les asignaran más agentes.

—Con un poco de suerte, ahora lo harán —indicó ella al cabo de un momento intentado imprimir un tono animoso a su voz—. Nadie podría negar todos los avances que se han hecho en los últimos meses. El director insistió, además, en que, junto con esta carta, se envíe al primer ministro un informe detallado de los arrestos y las intervenciones que han culminado con éxito en lo que va del año.

—No serán pocos —aprobó el agente, ufano.

Lucy sonrió.

—No, no lo son —asintió ella.

—Es una pena que no se pueda incluir aun el del amigo de Wainhouse; ese sí que es un pez gordo; aunque a lo mejor y resultaría siendo para mal ¿no? Tal vez al primer ministro no le haga gracia que encierren a uno de los suyos, por muy culpable que pueda ser.

Los dedos de Lucy, que habían empezado a ajustar una pieza de la máquina con movimientos distraídos, se congelaron en el aire de golpe. No dijo nada de inmediato, y dudó al dirigirse al agente, pero su curiosidad le ganó la partida.

—¿En verdad piensa que lo es? —Preguntó en tono bajo.

Rivers parpadeó, confuso.

—¿Que es qué? —Inquirió a su vez.

—Culpable. Me refiero al señor Hayward.

A Lucy le resultó de lo más extraño pronunciar el apellido, como si la hubiesen obligado a masticar vidrio molido. Por suerte, no pareció que el policía lo advirtiera porque, tras encogerse de hombros, respondió en tono tranquilo.

—Para serle sincero, señorita Hatley, no podría asegurarlo a ojos cerrados, pero todo parece indicar que lo es ¿no? Y según pasen los días, no va a quedar más alternativa que aceptar que Wainhouse no podrá probar lo contrario.

—Pero... hace falta más que eso para privar a un hombre de su libertad —objetó ella.

—En un mundo ideal, quizá, pero nosotros no vivimos en uno y solo podemos trabajar con lo que tenemos. Y esos son los indicios que señalan a ese hombre como culpable.

Por algún motivo, a Lucy le costaba estar de acuerdo con ello, pero no se le ocurrió discutir porque temió que Rivers terminara por preguntar qué era lo que le llevaba a mostrarse tan interesada en ese caso.

De modo que desvió la conversación sin abandonar el asunto del todo.

—El señor Wainhouse siempre me ha parecido un investigador muy capaz; él y su hermana, en realidad, aunque supongo que luego de su matrimonio con lord Banfield su participación en la agencia será mucho menor —ella elevó la mirada en Rivers y habló con una entonación determinada que pareció sorprender a ambos—. Si el señor Hayward es inocente, y no podemos descartar esa posibilidad del todo, de la misma forma en que tampoco podemos hacerlo de que sea culpable, estoy segura de que ellos podrán demostrarlo.

El policía no pareció del todo convencido por sus palabras, pero cuando estaba a punto decir algo, quizá para rebatir su declaración, se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta del director y, con un sobresalto provocado por el temor de ser descubierto cotilleando durante su turno, se llevó una mano al sombrero y se alejó con paso apurado.

Lucy también volvió a sus labores; el impacto de sus dedos contra las teclas en un rítmico sonido que, como ocurría siempre, le tranquilizó los nervios alterados. Sin embargo, su mirada se veía irremediablemente atraída, una y otra vez, hacia esa hoja en la que acababa de poner en negro sobre blanco lo que era una especie de sentencia para Drake Hayward.

Y se sintió más culpable de lo que le había ocurrido nunca.

Las reuniones en la mansión de los Banfield pasaron a convertirse en una suerte de rutina durante los días siguientes. Elara había insistido tanto porque así fuera en su búsqueda de mantenerse enterada del caso que no pudo ser de otra forma, y lo cierto es que la idea a Drake no le disgustó en absoluto.

Le agradaba mucho la hermana de Sebastian, y su marido, el duque, era un hombre simpático una vez que entrabas en su círculo de confianza, cosa bastante difícil en un aristócrata reservado hasta el delirio y muy consciente de su propia importancia.

Cuando Sebastian le dijo que su hermana había insistido en que se reunieran en el lugar que ahora era su casa, él ni siquiera dudó. Como indicó su amigo entonces; no había nada que necesitaran que no pudieran encontrar allí y sería sencillo mover los hilos que hicieran falta desde la mansión.

Giselle se ofreció de inmediato a ocuparse de la oficina y prometió que le haría llegar una nota a su marido si había algún asunto que requiriera su atención inmediata. Por lo demás, las obligaciones de la agencia eran esporádicas y todos estaban de acuerdo, aunque ninguno lo puso en palabras en su momento, en que no había nada más importante que librar a Drake del tremendo problema en el que estaba metido.

De modo que fue así como transcurrieron las siguientes jornadas; con todos cómodamente instalados en el salón de Elara mientras ella y su hermano desgranaban cada detalle bajo la atenta mirada de Drake y, a veces, del mismísimo Banfield.

—Aún no puedo creer que no hayan dado con quien fuera que intentó matarte, Sebastian; ¿estás absolutamente seguro de que esos hombres del teatro decían la verdad?

Drake apartó la mirada de la delicada y antiquísima pieza de porcelana que había estado admirando mientras permanecía apoyado junto a la chimenea y volvió su atención a la respuesta de su amigo. Sabía lo que diría, pero, aun así, creyó importante oírlo.

—Ya te he dicho que sí; una vez que volvimos y enfrentamos a la gente que se encuentra

allí, no fue difícil sonsacarles lo que sabían —Sebastian contestó en tono aburrido—. El problema es que eso no incluye la identidad del verdadero culpable de la muerte de esa mujer ni la del hombre que intentó arrojarme por ese palco.

—Hum...

—¿Dudas de mi capacidad para interrogar a un testigo?

Drake y Edmund, el duque, que en ese momento permanecía sentado en un extremo de la habitación con un diario sobre sus rodillas, intercambiaron una mirada mezcla de exasperación y burla.

No era raro que los hermanos se enfrascaran en largas discusiones por los asuntos más insignificantes; como las capacidades de cada uno para las labores detectivescas. Drake estaba convencido de que aquella no era más que una parte de la rutina que a ambos les resultaba útil para adentrarse del todo en el caso que tenían entre manos.

—Nunca se me ocurriría acusarte de tal cosa —Elara resopló y llevó la mirada a su esposo—. A ti no te ha parecido que pretendía implicar algo como eso ¿cierto?

Edmund se encogió de hombros y llevó nuevamente su atención a lo que fuera que estuviese leyendo, sin responder, lo que le ganó un gesto de indignación que él convenientemente ignoró.

—Creo que deberíamos mantenernos concentrados en lo que verdaderamente importa; como es que mi cuello no termine colgando de una soga —intervino Drake sin ocultar la inquietud en su voz—. Y sí, Elara; tu hermano sometió a esa gente a un interrogatorio bastante detallado; puedo asegurarlo porque, después de todo, yo estuve allí.

Ella frunció el ceño y su rostro adquirió una expresión pensativa.

—Pero no lograron encontrar al anciano que les abrió la puerta la primera vez —señaló ella en tono astuto.

Sebastian asintió de mala gana.

—No. No había rastros de él. Los otros dijeron que se ocupaba de limpiar y de recibir a la gente que lleva los suministros; lo conocen como Alfred, pero puede no ser su verdadero nombre.

—Ya —la joven duquesa echó el cuerpo hacia adelante; la falda de su elegante traje desperdigada a alrededor como una estela azul—. Y no pudieron decirte nada más de él o si tenía algún tipo de relación con la mujer asesinada.

—Nadie sabía nada —repitió su hermano—. Ya te lo dije; la mayor parte de esa gente va y viene; no es un teatro que lleva generaciones en la misma familia, como ocurre con otros en la ciudad. Los dueños actuales lo compraron por una miseria cuando enviaron a los anteriores a prisión por sus deudas; cambiaron a la mayor parte del elenco e incluso los que se encuentran ahora trabajando allí dijeron que les pagan tan poco que muchos compañeros se han marchado en busca de algo mejor y que ellos piensan hacer otro tanto pronto. No es la clase de lugar en el que la gente está muy al pendiente de los demás; solo se preocupan por ellos mismos.

—Bueno, no creo que debamos criticar eso —replicó su hermana en el acto—. Es natural que se muestren tan negligentes si no reciben un trato justo; tendrán familias por las que velar.

A Drake le pareció que lord Banfield exhibía la sombra de una sonrisilla orgullosa tras el diario al oír lo dicho por su mujer; pero antes de que pudiera comprobarlo, Sebastian carraspeó y habló una vez más en tono firme.

—Estoy de acuerdo con eso —reconoció—; pero confieso que me sentiría mucho más tranquilo si hubieran podido decirme algo que nos sea útil en este asunto. Se podría decir que

estamos en el mismo lugar del que partimos.

—No creo que eso sea cierto; después de todo, ahora sabemos algunas cosas acerca de esa mujer, Flora, que no conocíamos antes. ¿Qué fue exactamente lo que dijeron que hacía en el teatro?

Drake se adelantó a responder.

—De todo un poco —indicó él—. Su labor más importante era la de hacer de acompañante a los visitantes, pero también ayudaba a los artistas con sus trajes y a poner orden en el lugar.

—Uno joven muy solícita —murmuró Elara con el ceño fruncido—. No es habitual que alguien de su profesión se muestre tan comedida.

—Pensé lo mismo —asintió su hermano—. Por lo general, las mujeres como ella ganan mucho más ocupándose tan solo de sus... acompañantes.

Drake esbozó una mueca al notar cierto azoro en el rostro de su amigo; aunque él más que nadie estaba acostumbrado a hablar sin ambages, incluso frente a su hermana, era evidente que había ocasiones en las que el asunto lo hacía sentir un poco incómodo. Como al hablar de meretrices y sus ingresos frente a esta y su esposo aristócrata.

Así que fue en su ayuda.

—Tal vez le gustara el teatro —sugirió él.

—Es una posibilidad —Elara cabeceó para reafirmar su sentencia.

—La mujer que se ocupa de los trajes dijo que pasaba mucho tiempo revoloteando por el teatro y que conocía sus escondrijos mejor que la mayoría, aunque insistió en que era una mujer muy reservada y que no hablaba mucho de sí misma.

—¿Y qué ocurre con ese hombre con el que el señor Hayward la vio discutir la noche de su muerte?

Tres pares de ojos giraron a mirar a Edmund, que habló por detrás de su diario desplegado, así que no pudieron hacerse una idea de la expresión de su rostro. Su voz pareció interesada, sin embargo, y antes de que Sebastian pudiese señalar lo curioso que le parecía el interés de su cuñado en el caso, cuando la mayor parte del tiempo se mostraba más bien indiferente a esos asuntos, Drake se apresuró a responder.

—Como no pude verlo bien entonces, me resultó difícil dar una descripción precisa —explicó en tono apagado—; pero, aun así, preguntamos por él. Nadie supo darnos razón al respecto.

—Y, para que lo sepas, Elara, en esta ocasión sí que mentían.

—¿Estás seguro?

Sebastian ignoró el tono burló en la voz de su hermana y, tras dirigirle una mirada altanera, respondió.

—Mucho, sí. Las dos personas a quienes interrogamos al respecto, esta mujer de los vestuarios y un tramoyista, aseguraron que la señorita Morrison no mostraba predilección por nadie en el teatro, pero fue evidente que mentían.

—¿Entonces ese hombre con el que la vio Drake podría trabajar allí?

—No necesariamente —negó Sebastian— Quizá sea un cliente habitual.

—¿Suyo o del teatro?

La pregunta de lord Banfield se ganó una mirada apreciativa de Sebastian. Él admiraba a la gente inteligente y aquella había sido, sin duda, una acotación muy astuta.

—Es posible que de ambos; de allí la renuencia de los empleados a hablar al respecto;

pero no es más que una conjetura en la que aun debemos profundizar.

—¿Y qué ocurre contigo, Drake? —Elara llamó su atención con un gesto del mentón—
¿Se acordaban de ti esas personas?

El aludido dejó escapar un hondo suspiro que pareció contrariar a su amiga.

—Por desgracia, sí —respondió.

—¿Qué significa eso?

—Recordaban haberme visto esa noche —reconoció sin ocultar lo poco que le alegraba eso—; el problema es que también aseguraron haber visto cómo me marchaba muy avanzada la madrugada en compañía de la señorita Morrison.

—¡Oh!

La seca exclamación de Elara pareció describir con acierto la sensación de todos los presentes, que se mantuvieron en silencio durante unos segundos; incluso Edmund hizo su diario a un lado y se quedó observando el vacío con semblante pensativo.

—¿Y esta gente señaló algo en su trato que los llevara a suponer el tipo de relación que mantenían? —Elara hizo la pregunta tras aclararse la garganta con suavidad.

Drake estuvo tentado a poner los ojos en blanco; aquello hubiese sido una grosería, se recordó. Era una pregunta válida, aunque la respuesta a él lo dejara en una pésima posición. Por suerte, o no, Sebastian se le adelantó a responder con su desenfado habitual.

—Todos tenían muy clara la naturaleza de su relación; según indicaron, ambos la dejaron en evidencia durante el poco tiempo que estuvieron en el palco, a la vista de medio teatro —respondió en tono frío—. Lo único que podríamos considerar positivo respecto a este punto en particular, es que también se mostraron convencidos de que nunca habían visto a Drake antes, y sin duda no en compañía de la señorita Morrison. Todo parece indicar que no se conocían de antes.

—Eso yo ya lo había dicho.

Sebastian ignoró la protesta de su amigo y continuó.

—Según quienes los vieron, fue obvio que congeniaron de inmediato, o al menos así lo indica la familiaridad con la que empezaron a tratarse al poco de entablar conversación.

—¿Quién buscó a quién?

—Nadie supo decirlo con seguridad —Sebastian respondió a la pregunta de su hermana con un gesto de malestar—. Me habría gustado saberlo.

—Es muy importante.

—¿Por qué? ¿Qué más da quién se acercó a quién?

Fue Elara quien se dirigió a Drake y nada en su expresión dio a entender que sintiera una especial molestia ante el tono hastiado en la voz de su amigo.

—¿Que qué más da? —Repitió—. Podría hacer toda la diferencia del mundo. Si fuiste tú quien la buscó podría carecer de importancia; Dios sabe que no sería la primera vez que te acercas a una joven solo porque te parece atractiva sin medir las consecuencias —ella lo detuvo con una mano alzada antes de que pudiese interrumpirla—. Si fue, al contrario, sin embargo, podríamos pensar que había algún interés oculto de su parte; y visto el resultado, es posible que así haya sido.

Drake frunció el ceño y una idea desagradable fue tomando forma en su mente. Por la manera en que los Wainhouse lo veían, fue obvio que se trataba de algo en lo que ellos ya habían pensado.

—Esperen un momento —pidió tras sacudir la cabeza de un lado a otro para aclarar sus

pensamientos— ¿Creen que esto se trata de alguna trampa? ¿Que alguien quería incriminarme de forma premeditada?

Elara se cruzó de brazos y sostuvo su mirada con gesto muy serio; sus ojos relampaguearon mientras lo estudiaba con una fijeza un tanto amenazadora.

—No lo sé, Drake, pero no podemos descartar esa posibilidad —indicó ella, para luego agregar en tono aun más ominoso—. Tal vez este sea un buen momento para que repasemos la lista de tus enemigos.

Capítulo 5

Lucy tomó una larga vara que uno de los agentes debía de haber dejado en la sala de pruebas y la sostuvo ante sus ojos con mirada intrigada.

Era muy firme y tenía un mango que su mano sujetó con fuerza mientras la llevaba de un lado a otro, como si fuese una espada.

Siempre había querido aprender a usar ese tipo de armas; pero no tuvo a nadie que le enseñara cuando era una niña. La posibilidad de pedir al agente Rivers que le hiciera de maestro le había pasado por la cabeza, pero dudaba de que el hombre aceptara; aunque era algo menos corto de miras que la mayoría, todavía creía que el lugar de una mujer estaba en su casa, con su familia, y que cualquier interés alejado de la que suponía que debía ser su naturaleza era un asunto un poco raro que, con suerte, se le pasaría con el tiempo.

Por eso, veía a Lucy y su interés por mostrarse independiente como una rareza que, sin embargo, tampoco le disgustaba del todo. Quizá creyera que estaba allí, ganándose el sustento, porque no tenía otra opción, lo que en cierta forma era cierto; pero esa no era la única razón por la que había elegido residir en Londres y optar por ese empleo.

No pensaba decírselo, claro, razonó como ya había hecho antes mientras volvía la vara a su lugar. Él no lo entendería, y ella no tenía mayor interés en explicárselo. Que continuara pensando que era una mujer excéntrica que recobraría la «normalidad» en cuanto diera con un hombre que la volviera al redil, se dijo con una mueca al llevar su atención al listado que debía comprobar según el informe de objetos requisados que el director le había entregado poco antes.

Aunque no era parte de su labor, Lucy agradecía cualquier oportunidad de abandonar la oficina y rondar por el resto del edificio. Así, podía ver a los agentes mientras ejercían sus ocupaciones; se entretenía estudiando sus rostros al rellenar las fichas que debían entregar cada día al culminar su jornada, y también viendo con cierta distancia cuando llevaban a algún detenido para recluirlo en las celdas que había en el sótano.

Las mismas en las que había pasado algunas horas el señor Hayward, se recordó con una mueca.

Al mirar a su alrededor, a esa sala repleta de anaqueles con todo tipo de objetos en un cuidadoso orden, no pudo evitar recordar que había sido precisamente allí donde lo vio por primera vez.

Ella no llevaba mucho tiempo como secretaria del director y aun se encontraba un poco nerviosa ante la idea de que él decidiera que no era lo bastante buena para esa posición. Había usado sus ahorros para dar la garantía en el piso de la señora Harrison, y contaba con el pago de ese mes para comprar algunas cosas que necesitaba, así como para enviar parte de ese dinero a sus padres.

Quería quedarse allí, y para ello necesitaba ser la eficiencia personificada; cualquier error podría echar por tierra sus esperanzas.

De modo que cuando se topó con aquel hombre en esa sala supo que tenía que hacer algo para asegurarse de que no se encontraba allí por las razones incorrectas.

Nadie que no perteneciera al cuerpo de agentes o, como era su caso, que no trabajaran en el edificio, podía entrar a esa zona; estaba estrictamente prohibido. Y, sin embargo, aquel sujeto, todo sonrisas, tuvo el descaro de enfrentarse a ella con una confianza aplastante para asegurar que había ido para acompañar a un amigo.

Lucy aun se ruborizaba al recordar la escena.

Estaba sudorosa y algo enfadada porque, al dirigirse hacia allí, uno de los agentes más jóvenes había atraído su atención con la excusa de que necesitaba consultar algo referido a un informe que ella había redactado.

Más tarde ese día, Lucy se enteraría de que se trataba de un asunto muy distinto. Él y varios de sus compañeros habían hecho una apuesta para probar su teoría de que ella no era tan arisca como aparentaba y que, con las palabras correctas, sería fácil de seducir.

Desde luego, todo había terminado con el agente llevándose un buen rapapolvo y la amenaza explícita de que, si volvía a hacer cualquier tipo de proposición deshonesta, se lo comunicaría de inmediato al director.

De modo que cuando llegó a la sala de pruebas, habría golpeado con gusto a lo primero que se le pusiera por delante. Para su mala suerte, y la de Drake Hayward, en particular, ese fue él.

Al principio no se dio cuenta de que hubiese nada fuera de lo ordinario. Dejó la libretita que lleva siempre con ella sobre una mesa y se encaminó a la sala de evidencias para asegurarse de que no habían echado aun el seguro, cosa de la que se suponía se ocupaba el guardia asignado en ese turno; pero no solo no vio al guardia de marras, sino que notó que la puerta se hallaba entreabierta, lo mismo que otra situada a su lado.

Inquieta, y sin prestar atención a su sentido común, que le susurró que debería dar aviso, entró, y cuál sería su sorpresa al toparse con un hombre de pie junto a una estantería y que giró a mirarla con lo que solo podía considerarse una expresión de culpabilidad que enmascaró con rapidez bajo una esplendorosa sonrisa que por un momento la dejó deslumbrada.

Lucy había visto a hombres atractivos antes; por docenas. Y también a muchos como ese que tenía al frente que poseían además un encanto muy peculiar; del tipo capaz de deshacer una piedra.

De modo que no debería de haberse sorprendido tanto; y, sin embargo, lo hizo.

Porque aquel extraño tenía algo más que no pudo descifrar en ese momento. El brillo de sus ojos claros, la forma desenfadada en que se apoyaba sobre la estantería, el inexplicable movimientos de sus dedos, que se deshicieron del sombrero tan pronto como ella apareció.

—¿Quién es usted y qué está haciendo aquí? —Preguntó Lucy una vez que recuperó el aplomo.

Podría haber echado a correr; nunca había visto a ese hombre y se hallaba en un lugar en el que no estaba permitido el ingreso, pero no lo hizo. Aun más, fue hacia él y lo encaró con el mentón elevado.

—¿Que qué estoy haciendo?

Ella entrecerró los ojos y lo estudió con atención. Su voz era tan atractiva como el resto de él; pero eso no disimuló el hecho de que parecía intentar hacer tiempo para dar con una excusa plausible.

—No trabaja aquí —declaró ella, convencida— ¿No sabe acaso que esta zona está prohibida a los extraños?

Él no respondió. En su lugar, se cruzó de brazos y la observó como si una vez superada la sorpresa de verse descubierto, ahora se encontrara encantado con la idea de que lo hubiese hecho ella.

Lucy podía hacerse una idea de lo que veía. Una mujer joven de gesto adusto y

apariencia insignificante con su escasa estatura y huesos frágiles enfrentada a un hombretón que le sacaba un par de cabezas y que debía de pesar el doble.

Bien; pues estaba en un error si creía que iba a poder subestimarla.

—¿Cuál es su nombre? —Insistió.

—¿Y por qué habría de dárselo?

—Porque, a diferencia de usted, yo sí tengo derecho a estar aquí.

Él dio un paso hacia ella. Luego otro y otro más hasta que se encontró demasiado cerca; pero Lucy no retrocedió. Sus ojos grandes y oscuros se posaron con insistencia sobre aquel hombre para transmitir que si pretendía intimidarla estaba a punto de llevarse un buen chasco.

Un sonido atrajo su atención en la habitación vecina y, tras fruncir el ceño, hizo amago de ir hacia allí, pero él la detuvo con un gesto.

—¿En verdad trabaja aquí? —Preguntó con esa voz profunda de tinte juvenil que le alteró los sentidos de una forma extraña—. ¿Qué es lo que hace?

Lucy apretó los dientes.

—Eso no es de su incumbencia.

Él no pareció oírla.

—No será una de esas agentes femeninas que entraron a servir en Scotland Yard recientemente —élladeó el rostro, con lo que un mechón de cabello dorado cayó sobre su mejilla y la observó con la sombra de una sonrisa—. ¿O sí?

Lucy exhaló un resoplido. No porque la idea le molestara; todo lo contrario, admiraba profundamente a aquellas mujeres tan valientes que se habían incorporado al cuerpo de policía pese a saber que su ingreso se debía a razones políticas, y que veían reducidas sus labores a asuntos con frecuencia tan fútiles como custodiar a las detenidas de su mismo sexo.

No. Le irritó porque algo le dijo que él solo pretendía burlarse de ella. No importaba si lo hacía por malicia o solo con la intención de mantenerla distraída; era igual de molesto.

—¿Debería llamar a uno de los agentes? —Preguntó ella en tono carente de emoción.

Él abrió un poco más los ojos, lo que resaltó sus espesas pestañas doradas, y dejó escapar un suspiro de pesar.

—¿No tiene alguna otra cosa que hacer? —Preguntó entonces.

Lucy encontró bastante satisfactorio el tono de hastío que detectó en su voz y el levísimo rastro de temor oculto bajo él.

Mucho mejor.

—No lo creo —respondió.

—¿Está segura? ¿No tiene a nadie más a quién ir a incordiar?

Fue el turno de Lucy para dar un paso hacia él. Era una temeridad; ya estaban lo bastante cerca, se arriesgaba demasiado y, sin embargo, parecía que su mente se había desconectado del resto de su cuerpo porque actuó sin pensar.

—Creo que no es consciente del gran error que ha cometido, señor —espetó ella con furia—. No puede entrar tan alegremente a un lugar que no le corresponde y...

El sonido en la sala contigua se repitió, ahora más fuerte, como si arrastraran algún objeto por el piso y, una vez más, cuando quiso ir hacia allí, él se lo impidió. No solo eso. Ahora no se contentó con obstaculizar su paso, sino que además rodeó su brazo con una mano enorme y Lucy se sobresaltó como si acabaran de aventarla contra una chimenea encendida.

—Pero ¿qué está haciendo? —Inquirió, enfadada.

—Por favor, váyase; le prometo que no hago nada incorrecto, o nada que pueda

considerarse de esa forma. Solo intento subsanar una injusticia.

Como si el hecho de que ese hombre dijera semejante locura luego de haber estado comportándose como si solo lo hubiera atrapado dando un paseo por allí no fuese suficiente sorpresa, Lucy también detectó algo extraño en su tono y en la forma en que la veía.

Era como si su contacto, por insustancial que pudiera ser, lo hubiera afectado de la misma forma que a ella. Lo vio en sus ojos, que le parecieron aun más brillantes, y en el leve estremecimiento que parecía sacudir la mano que permanecía asida a su brazo.

Con un resoplido de inquietud, ella intentó echarse hacia atrás, pero él no lo permitió. La sujetó con mayor firmeza y Lucy se sacudió hasta que el tacón de su zapato se ladeó y tuvo que apoyarse contra su pecho para mantener el equilibrio.

Fue un gran error; un terrible error, comprendió al sentir el latido de su corazón contra las palmas y el roce de su barbilla sobre la coronilla; sus manos rodeaban ahora su espalda y la atraían hacia sí como si...

¿Qué demonios estaba haciendo?

Ella ni siquiera dudó.

Con un gesto de enfado, hizo acopio de toda su fuerza y, tal y como le habían enseñado sus hermanos, echó una rodilla hacia adelante y golpeó con los dientes apretados.

El hombre emitió un jadeo de espanto, pero ella ni siquiera se detuvo a mirarlo mientras se escurría al suelo con una mano apoyada sobre el borde de un escritorio; se separó con tanta rapidez como le fue posible y si no se apresuró a buscar algo con lo que golpearlo de nuevo fue porque se vio interrumpida por la llegada de un segundo hombre.

A él si lo reconoció ¿Cómo no iba a hacerlo?

Todos en Scotland Yard sabían quién era Sebastian Wainhouse, y cuando él recorrió la escena con una rápida y astuta mirada y aseguró que aquel... sinvergüenza era amigo suyo y que habían ido a hablar con el agente Rivers, ella no atinó a hacer nada más que aceptarlo.

¿Qué más le quedaba?, intentó convencerse luego cuando vio a ambos hombres marchar una vez que les aseguró que el policía no se encontraba en el edificio.

En el fondo sospechaba que mentían, pero no tenía pruebas y, salvo porque se encontraban en un lugar que les estaba vedado, no los había visto cometer ningún crimen. Además, reconoció poco después cuando al fin logró recuperarse de esa experiencia tan extraña; lo ocurrido con ese hombre le había alterado tanto que se alegró de la interrupción del señor Wainhouse porque eso lo apartó de su vista.

Entonces no lo sabía, claro; pero aquella no sería la primera vez que su camino y el del señor Hayward habrían de cruzarse.

Drake no creía tener muchos enemigos; al menos no del tipo que pretenderían arruinar su vida; pero ni Sebastian ni Elara estaban de acuerdo y no lo dejaron en paz hasta que hizo un listado detallado de todas las personas en las que pudo pensar con las que había tenido algún tipo de desencuentro.

Fue una lista muy larga.

—¿Cuándo peleaste con lord Chambers?

Drake puso los ojos en blanco al oír la pregunta de Sebastian, que caminaba a su lado con paso firme mientras estudiaba los nombres en el papel que él había rellenado en casa de Elara antes de que se despidieran con la promesa de volver al día siguiente.

—No peleé con él; no de forma física, si a eso te refieres —explicó él echándose un

mechón de cabello sobre la frente; debería recortarlo, pensó distraído—. Fue más bien una discusión.

—¿Por una apuesta?

—Naipes —asintió Drake—. Una suma insignificante, pero ya sabes cómo es Chambers; odia perder.

Sebastian rumió algo que no pudo entender y él aprovechó aquello para mirar en derredor. Era media tarde, el sol se había ocultado tras un banco de nubes y corría una brisa fresca bastante agradable. De haber sido un día cualquiera, sin aquella espada de Damocles sobre su cabeza, incluso lo habría disfrutado.

—¿A dónde vamos? —Preguntó al cabo de un momento.

Su amigo apenas lo miró antes de responder; pero Drake captó una inflexión indecisa en su tono que lo puso en alerta. Sebastian casi nunca dudaba.

—A Scotland Yard —respondió al fin.

Drake se detuvo de golpe en medio de la acera.

—¿Por qué?

—Necesitamos saber si Rivers tiene alguna pista nueva.

—Pero si siempre dices que Rivers es un tonto y que no podría reconocer una pista fiable ni aunque le golpeará en la nariz.

Sebastian tuvo la gentileza de parecer avergonzado por aquello.

—No es que lo crea en serio; siempre que lo he mencionado ha sido en presencia suya y solo para dejar en claro que no es más listo que yo —reconoció de mala gana, aunque luego asumió un tono algo más ufano—. Desde luego, no lo es; pero eso no quiere decir que sea un absoluto inútil. A veces ha ocurrido que da con una pista a la que yo no tendría acceso con facilidad. Recuerda que es un policía y dispone de medios y contactos que están fuera de nuestro alcance. No perdemos nada con preguntar.

Drake hizo un gesto de fastidio.

—¿Y por qué iba a ayudarnos? Me quiere tras las rejas —indicó.

—Claro que no; Rivers no es un mal tipo; no tiene mayor interés en perjudicarte del que tendría yo —replicó Sebastian sin vacilar—. Smithson, en cambio...

—Exacto. Y él es uno de sus subordinados.

—No vamos a pedirle que se ponga contra su jefe; solo que comparta cualquier cosa que haya logrado averiguar. Soy un investigador privado que ha tomado tu caso para demostrar que eres inocente; él está en la obligación de hablar conmigo. Ahora deja de quejarte y vamos; si lo que temes es que te encierren de nuevo, te prometo que eso no ocurrirá.

Drake no estaba tan seguro de ello, pero sabía que era una niñería poner obstáculos cuando Sebastian solo intentaba ayudarlo, así que cabeceó de mala gana y retomó el paso.

Llegaron a Scotland Yard poco después y, tras identificarse, les permitieron entrar hasta una sala adjunta al vestíbulo, donde aguardaron por Rivers hasta que este apareció unos diez minutos después con paso apurado y una indiscutible expresión de abatimiento.

—Wainhouse. Señor Hayward —saludó a cada uno con una cabezada antes de dirigirse al primero—. Este no es un buen momento.

—Eso veo.

El tono de Sebastian dejó en claro que aquello no le preocupaba mucho y que no veía como podría obstaculizar lo que había ido a hacer. Rivers debió de suponer lo mismo porque, tras abrir la boca como si se encontrara presto a discutir, sacudió la cabeza de un lado a otro y les

hizo un gesto resignado para que lo siguieran al segundo nivel.

Drake nunca había estado en la oficina del policía; en realidad, se sentía orgulloso de poder decir que nunca había estado en la de ninguno. Sus problemas con la ley no lo habían puesto en semejante tesitura, pero mientras atravesaba el largo corredor de puertas acristaladas hasta detenerse junto a una idéntica a todas las demás, supuso que siempre había una primera vez para todo.

Antes de entrar, miró sobre su hombro, preguntándose donde se encontraría la oficina del director y si la señorita Hatley se hallaría allí.

—Drake.

Sacudió la cabeza con brusquedad al toparse con la expresión impaciente de Sebastian, que lo llamaba desde dentro de la oficina, y fue tras él con el mentón apretado.

¿Qué más daba donde se encontraba esa mujer? Si en el mismo piso o en la luna, se reprendió con furia al dejarse caer sobre una silla que había visto mejores días.

El despacho era pequeño, pero con lo indispensable para que un hombre de la ley pudiera desempeñar sus labores con tranquilidad, supuso al observar el techo elevado, el par de estanterías de madera, y el sofá sobre el que Sebastian observaba al policía con gesto serio. Este, como si pudiera hacerse una de los motivos de su visita, permanecía junto a una ventana estrecha a la que no le habría venido mal una buena limpieza.

—Muy bien, Wainhouse. Déjelo salir y yo le diré lo que sé; no exageraba al decir que tengo muchas otras cosas de las que ocuparme.

Sebastian sonrió, satisfecho de que Rivers fuera al grano; Drake supuso que, luego de tratar durante tanto tiempo con él, el policía debía de estar acostumbrado a la falta de paciencia de su amigo y a cómo este valoraba que no le hicieran perder el tiempo.

De modo que, tras intercambiar una rápida mirada con Drake, pasó a señalar toda la información que ellos habían logrado recopilar por su cuenta, aunque fue evidente que se dejaba algunas cosas, como su incapacidad para dar con Jenkins o la interminable lista de personas con las que Drake había tenido algún problema en distintas etapas de su vida.

En lo que sí fue muy claro fue en el asunto del teatro; lo que les dijeron allí sobre la joven asesinada y el ataque al que se vio sometido.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos por sus buenos reflejos, señor Hayward —señaló el agente tras oír lo último; tenía el ceño fruncido y veía a Sebastian con curiosidad, como si le costara imaginarlo muerto—. En cuanto a usted, me pregunto cómo logra poner en riesgo su vida incluso en los casos más insignificantes.

—Bueno, no diría que este lo es —intervino Drake con cierto resquemor—. Le recuerdo que mi cuello está en juego.

Rivers hizo un ademán de disculpa y suspiró.

—Tiene razón; lo siento —se disculpó—; pero ambos deben entender mi situación. No puedo compartir más de lo que ya he dicho.

—¿Pero si no ha dicho nada!

—Eso no es verdad; lo primero que dije mientras veníamos aquí es que no ha habido mayores avances en nuestras investigaciones —señaló el policía ante la exclamación disgustada de Sebastian.

—¿Y se supone que deberíamos quedarnos tranquilos con eso?

—Habla como si se tratara de algún tipo de negligencia, señor Hayward, pero no puede estar más alejado de la verdad. Hemos hecho todo lo que hemos podido para encontrar al señor

Jenkins, pero parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—Entonces tal vez deberían de buscarlo con más ahínco.

—¿De la misma forma en que lo hacen ustedes? —Rivers les dirigió una astuta mirada que dejó en claro que, efectivamente, no era tan tonto como parecía—. No crean que no me he dado cuenta de que apenas lo han mencionado pese a que es un testigo imprescindible para ustedes. Y sin duda lo es también para nosotros; pero insisto en que no hemos logrado dar con él. Seguiremos buscando, desde luego.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, deberían ser más discretos —indicó el agente dirigiéndose a Drake en particular—. Creo que no es consciente de cuán afortunado es al afrontar todo este proceso fuera de prisión, señor Hayward; de no ser por las personas que han intercedido por usted...

—¿Las personas? —Repitió él con el ceño fruncido— ¿Quién más ha intercedido por mí? Creí que Banfield había sido el único.

Rivers se aclaró la garganta.

—Bueno, según tengo entendido, lady Denham envió una extensa carta al señor Smithson para interesarse por su bienestar —señaló él.

Drake no pudo contener una sonrisa al pensar en su tía Minerva; Minnie para la mayor parte de sus seres queridos, que en su posición de condesa de Denham había asumido el papel de matriarca de la familia y siempre había mostrado una especial predilección por él.

Tal vez no todos los Hayward estuviesen en su contra, pensó con cierto alivio, y se prometió que pasaría a visitarla para agradecer su preocupación.

—Sí, lady Denham es una dama muy considerada, pero ¿podemos volver al asunto de los avances en la investigación? —Sebastian intervino en tono impaciente y se dirigió a Rivers—. Me gustaría ver el contenido de la habitación de la señorita Morrison; supongo que habrán trasladado los objetos que consideraran útiles aquí.

Rivers torció el gesto.

—Desde luego —asintió, como si le ofendiera que pudieran pensar lo contrario—. Aunque desde ya les adelanto que no encontramos nada fuera de lo ordinario, trajimos un par de cosas que creemos podrían servir para hacernos una idea más precisa del carácter de la víctima; nos tomamos muy en serio...

—Quiero verlos.

La solicitud de Sebastian no cayó muy bien en el policía, pero una vez más, pareció desistir de reprender su brusquedad porque solo sacudió la cabeza de un lado a otro con reprobación.

—Vamos a la sala de evidencias; pero tendrá que darse prisa, me esperan en media hora al otro lado de la ciudad —indicó haciéndole un gesto para que lo siguiera antes de dirigirse a Drake—. Será mejor que usted espere aquí, señor Hayward; ya he sido bastante permisivo al acceder a que entre al edificio siendo el principal acusado en una investigación tan delicada. Si el señor Smithson lo ve allí abajo...

Rivers dejó la frase en el aire y Drake se hizo una idea de lo que pretendía implicar. No solo despediría al agente, sino que también encontraría la forma de no dejarlo salir. De modo que, tras asentir con gesto adusto, permaneció sentado mientras ellos se marchaban no sin que Sebastian le hiciera un gesto para dar a entender que volvería pronto.

Drake llevó su atención a la ristra de documentos desperdigados por el escritorio y estuvo tentado a tomar alguno, pero logró contener su curiosidad y movió sus pies de un lado a otro con

impaciencia.

Apenas habían pasado unos diez minutos, sin embargo, cuando la puerta se abrió de nuevo tras un breve toque y al llevar la vista hacia allí se topó con el rostro de la mujer acerca de la que había estado preguntándose desde que puso un pie en el edificio.

Lucy apretó contra su pecho la carpeta que el director había enviado a Rivers y, tras adentrarse en la oficina, la dejó sobre el escritorio en el único punto en que no había una pila desordenada.

Luego observó al hombre sentado en una silla que parecía demasiado pequeña para su cuerpo alto y corpulento y permaneció de pie con las manos cruzadas tras la espalda. Debería estar más sorprendida, se dijo, y, sin embargo, algo en su interior le hizo pensar que en realidad no había nada de extraño en que el señor Hayward se encontrara allí, tan cómodo como si solo estuviese visitando a un amigo en un día de verano.

—Espero que el agente Rivers le diera permiso de estar aquí —señaló ella en tono calmado.

Él esbozó una sonrisa que bien pudo ser una mueca burlona y asintió con brusquedad; un mechón de cabello dorado le cubrió un ojo y lo apartó de un resoplido.

—¿Y si le digo que no? —replicó él en tono retador.

—En ese caso, tendría que llamar a los otros agentes; debe haber al menos veinte en este piso —señaló Lucy con sencillez—; pero dudo que eso sea necesario. No sería tan tonto.

—Cuidado, señorita Hatley, voy a pensar que pretende halagarme.

Ella arqueó una ceja, sin responder.

Lo más lógico habría sido que se marchara; no tenía sentido que permaneciera allí en compañía de aquel hombre, pero sus pies se negaron a moverse cuando intentó ordenarles que dieran media vuelta; aun peor, se encontró observándolo sin asomo de discreción e incluso fue lo bastante osada para dirigirse a él sin ambages y poner en palabras algo que venía dando vueltas en su mente desde hacía días.

—El director Smithson está convencido de que es culpable —soltó de golpe.

Allí estaba, se dijo tras exhalar con fuerza, asombrada del alivio que sintió recorrer su cuerpo al dejar salir aquello.

El señor Hayward frunció el ceño, pero aun cuando fue obvio que le había sorprendido, pareció que eso se debía más al hecho de que fuera ella quien mencionara algo que para él debía de ser muy evidente.

—Ya me he dado cuenta de eso —replicó con una entonación burlona.

Lucy dudó un instante de mirar sobre su hombro y dar un paso hacia él.

—No creo que lo entienda del todo —insistió en voz baja—. Para él este caso solo puede tener un resultado y es con usted entre rejas. O colgado.

—Qué imagen más encantadora acaba de evocar, señorita Hatley; creo que me saltaré el almuerzo hoy.

Ella rechinó los dientes y llevó las manos a las caderas; sintió una oleada de enfado trepando por su garganta.

—¿Puede ponerse serio un momento? —lo reprendió—. Estamos hablando de su vida.

El señor Hayward echó el cuerpo hacia atrás e incluso así, en la posición en que se encontraba, sentado y con las piernas extendidas ante él, a Lucy le pareció un gigante un tanto amenazador.

—Estoy muy consciente de eso, no se preocupe —espetó él—; pero sin importar lo que su jefe piense, incluso él tendrá que aceptar que soy inocente de lo que se me acusa.

—¿Y cómo se supone que conseguirá probar eso?

Él se encogió de hombros.

—Aun no estoy seguro —reconoció con cierta amargura—. Pero lo haré. Lo haremos.

Lucy parpadeó y dejó escapar un leve suspiro. De pronto, la idea de discutir con él no le pareció tan tentadora como le ocurría siempre, y al pensar en ello reconoció que tal vez eso se debiera a que aquel asunto era demasiado serio como para dejarse vencer por la desconfianza que inspiraba en ella.

Tal vez el señor Hayward le pareciera odioso la mayor parte del tiempo, pero también era un ser humano cuya vida corría peligro, y ella podía sentir en lo más hondo de su corazón, no muy segura de cómo, que tal vez fuera culpable de muchas cosas, pero no de la que le acusaban.

—El señor Wainhouse tiene una excelente reputación —señaló ella al cabo de un momento en un tono algo menos belicoso, aunque no por ello más amable—. Si alguien puede ayudarlo, supongo que es él.

El señor Hayward esbozó una suave sonrisa que pareció transformar su rostro y encogió los hombros como si sus palabras le hicieran gracia, pero Lucy creyó detectar un atisbo de aprobación en su mirada.

—Tiene razón; no conozco a un mejor investigador que Sebastian —reconoció él—; aunque su hermana no le está muy a la zaga.

—¿Se refiere a la señorita... digo, a lady Banfield?

—Elara, sí —su sonrisa se hizo más amplia—. Me atrevería a decir, incluso, que puede ser aún más perceptiva que Sebastian, pero no se lo diga a ninguno; él se ofendería y ella se pondría insoportable.

Lucy estuvo a punto de sonreír, pero logró contenerse a tiempo; tampoco quería que él pensara que se encontraba a gusto a su lado.

—La admira mucho ¿no? —Preguntó sin disimular su curiosidad—. No la considera poco valiosa por ser una mujer.

El señor Hayward parpadeó y se llevó una mano a la nuca; pareció como si aquello jamás se le hubiera pasado por la cabeza y le asombrara que ella lo mencionara.

—Claro que no ¿por qué iba a hacerlo? —Se preguntó, y Lucy pudo advertir la sinceridad en su voz antes de que asumiera un tono cargado de sospecha y la mirara a los ojos—. Supongo que a usted le ha ocurrido con frecuencia ¿no? Que la subestimen por ser mujer.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada, lo que fue una respuesta en sí misma y él pareció entenderlo así porque asintió con suavidad.

—Ya. Puedo imaginarlo. Bien, si le sirve de consuelo, aunque dudo que sea así en absoluto, a Elara también le ha ocurrido mucho —indicó—. Pero eso nunca la ha detenido de hacer lo que le parece mejor, y algo me dice que a usted le ocurre lo mismo.

Lucy no supo qué replicar a eso. Tenía razón, claro, pero no dejó de parecerle extraño que él hablara con tal certeza. Aquel hombre no la conocía de nada; apenas habían hablado unas cuantas veces y siempre en los peores términos. Que ahora se mostrara tan seguro de conocerla, de poder adivinar la forma en que veía el mundo, lo que estaba dispuesta a hacer para demostrar su valía...

Unos pasos resonaron en el corredor y Lucy supo que tenía que terminar con eso. Aún más, estaba convencida de que una vez que volviera a su escritorio pasaría horas cuestionándose

en qué había estado pensando para hablar con el señor Hayward con esa libertad.

Pero eso sería luego.

En ese momento, retrocedió con brusquedad y lo último que vio antes de abandonar la habitación fue el rostro inexpresivo de aquel hombre observándola con fijeza.

Capítulo 6

Tal y como se había prometido que haría, Drake se presentó esa noche en casa de su tía Minnie para agradecer que hubiera intercedido por él ante Scotland Yard. Desde luego, no le sorprendió en absoluto que una vez que ella se explayara respecto a lo feliz que le hacía verlo y lo preocupada que se mostró por su bienestar, pasara a señalar todo lo que creía que había hecho mal.

—Eres mi sobrino favorito; todos lo saben y no encuentro sentido a negarlo, pero también es cierto que eres el más irresponsable y el que nos provoca mayores dolores de cabeza. ¿Qué lleva a un hombre de tu condición a involucrarse en un asunto tan desagradable?

Drake ahogó un suspiro y procuró prestar atención al sermón de su tía al tiempo que daba una mirada alrededor de su comfortable salón.

Lady Denham era una de las anfitriones más renombradas de la ciudad y una conocida mecenas de las artes. Lo primero la situaba en una posición privilegiada entre sus semejantes, siempre esmerados en adularla y ganarse sus favores, mientras que lo segundo le había granjeado la amistad de grandes artistas y, a veces, algunos problemas, como ocurrió hacía poco más de un año, cuando un avezado estafador intentó aprovecharse de ella y, de no haber sido por la intervención de Sebastian, y la suya propia, la ingenua dama habría terminado en una situación más que delicada.

Ahora, sin embargo, ella parecía haber dejado aquello en el pasado y ni siquiera la certeza de que los inteligentes amigos de su sobrino creían en su inocencia hacía una gran diferencia.

Su tía Minnie confiaba en él, comprendió Drake, y jamás se le pasaría por la cabeza que fuera capaz de cometer un crimen tan espantoso como aquel del que se le acusaba, pero eso no quería decir que fuera a mostrarse tolerante con sus errores.

—He intentado explicarte lo que ocurrió, tía; pero temo que cualquier error que haya podido cometer no hace una gran diferencia ahora sin importar cuán arrepentido me sienta.

Drake esbozó una expresión compungida porque sabía que era lo que su tía esperaba de él, aunque lo cierto fue que no tuvo que esforzarse tanto; su arrepentimiento era sincero. Tal vez no supiera del todo cuál había sido su papel en la muerte de la señorita Morrison, pero tenía claro que él debía de haber hecho algo, por pequeño que fuera, para haber llegado a ese punto, y dudaba que la vida le alcanzara para sentirlo lo suficiente.

Una mujer había muerto, y esa era una desgracia con la que tendría que cargar para siempre.

Lady Denham cabeceó y ahogó un hondo suspiro que le dijo que no pensaba convertirse en una especie de verdugo dispuesta a fustigarlo. Ella conocía lo suficiente a su familia para saber que tanto su hermano, el padre de Drake, como el resto de los Hayward, ya se habrían ocupado de ello.

—¿Y bien? —Preguntó entonces en un tono algo menos crítico— ¿Qué piensas hacer ahora?

—No tengo muchas opciones. Lo único que me queda es continuar ayudando a Sebastian hasta dar con el verdadero culpable y limpiar mi nombre.

—Ah, sí, el señor Wainhouse —la dama hizo un mohín— ¿Cómo se encuentran él y su encantadora esposa?

Drake sonrió. Su tía había conocido a Giselle en medio de las investigaciones del caso de

las piezas de arte robadas, cuando a él se le ocurrió la peregrina idea de hacerla pasar como la esposa de su amigo pese a que entonces ellos no tenían una buena relación. Ahora le alegraba pensar que no había estado equivocado al suponer que había cierta atracción entre ambos y que su mentira se había convertido en realidad.

—Ambos se encuentran bien; se han esforzado mucho por ayudarme —indicó bien.

Lady Denham cabeceó, complacida.

—Me alegra saberlo —dijo—. Supongo que a su hermana no se le habrá ocurrido involucrarse en este asunto tan desagradable; a su señoría le horrorizaría ver a su esposa implicada en algo como esto.

Drake hizo un gesto vago con una mano. Su tía, lo mismo que casi toda la sociedad londinense, encontraba aun sorprendente que el todo poderoso duque de Banfield hubiera decidido casarse con una mujer que no solo era casi una desconocida para ellos, sino que, además, y para más inri, no tenía empachos en considerarse una detective privada que hasta poco antes de su matrimonio recorría los barrios bajos de la ciudad intentando resolver los crímenes más truculentos.

Sí, se dijo él al pensar en ello con una sonrisa que no se molestó en ocultar. Elara nunca pasaba desapercibida, y esa era una de las razones por las que le agradaba tanto.

Pero eso no se lo dijo a su tía, así como tampoco mencionó que, aunque fuera desde su impresionante mansión en Mayfair, su amiga estaba sumergida hasta el cuello en la labor de ayudarlo a demostrar su inocencia.

—Creo que lord Banfield es bastante capaz de entenderse con su mujer sin necesidad de que nosotros demos nuestra opinión —indicó él tras encogerse de hombros.

Lady Denham chasqueó la lengua, pero no discutió aquello. En realidad, pareció que una nueva idea se abría paso en su mente porque, tras observarlo en silencio, lo señaló con el abanico de nácar que sostenía en una de sus manos huesudas.

—Eso es lo que necesitas —sentenció ella en tono firme.

Drake parpadeó.

—¿Un duque? —Preguntó, burlón.

—Una mujer —corrigió su tía en tono admonitorio—. No estarías metido en un lío como este si tuvieras una esposa.

—No vas a empezar...

La dama lo interrumpió echando su rígida espalda hacia adelante.

—Claro que voy a empezar —insistió ella—. Un hombre casado y con un hogar propio no tiene tiempo para esta clase de cosas.

—¡Te sorprendería saber de qué son capaces los hombres casados!

—No te pongas insolente conmigo; sabes que hablo en serio y que lo digo por tu bien —su tía suavizó un poco el tono al continuar—. Estás en edad para formar una familia. Eres un excelente partido; a cualquier joven le alegraría emparentar con los Hayward, y cuentas con los recursos para hacerte cargo de una casa. Me resulta inexplicable el por qué te muestras tan renuente al matrimonio.

Drake ahogó una imprecación e intentó recordarse lo mucho que quería a su tía, y cuán amable y generosa era ella cuando no intentaba decirle cómo debía vivir su vida.

—Sé que no lo reconocerás, pero sabes que el estar o no casado no ejerce una gran influencia en los actos de un hombre; si tienes inclinaciones para el mal, lo harás de una forma u otra —indicó él con tanta tranquilidad como pudo reunir—. Ahora, aunque tengo muchos

defectos, me gusta pensar que no hay nada de maligno en mí.

—Intentas desviar esta conversación...

Drake apoyó los antebrazos sobre las rodillas y sostuvo la mirada de su tía sin parpadear. Se veía muy serio y formal porque se había esmerado al ponerse uno de sus mejores trajes en consideración a la dama; era uno de los detalles que procuraba tener cuando iba a visitarla porque sabía cuán importante era para ella.

—Nunca he evadido tus preguntas y, aunque sabes lo mucho que me molestan, tampoco tus reconvenciones para que me case —recordó él con una mueca; sus ojos de un azul brillante relampaguearon a la luz de la chimenea—. Pero no entiendo qué sentido tiene mencionarlo ahora cuando conoces perfectamente mi respuesta. No me he casado porque no me interesa hacerlo.

La barbilla de lady Denham tembló unos instantes y Drake se preguntó si eso se debería al pesar o al enfado. Quizá a un poco de ambos, supuso mientras la veía asentir de mala gana.

—Cambiarás de opinión —sentenció ella con un ademán determinante—. En cuanto conozcas a una joven adecuada, te darás cuenta de que no podrías vivir sin ella, de la misma forma en que me ocurrió a mí con mi querido Norton.

La mirada de ambos se vio irremediabilmente atraída hacia el gran retrato del difunto conde que presidía la estancia. Todos en la familia conocían bien lo mucho que lady Denham había amado a su marido, de allí que se tomaran tan en serio cualquier mención que hiciera referida a él.

Drake no dijo nada.

Hubiera podido discutirlo, claro; asegurar que el hecho de que ella hubiera encontrado a alguien con quien compartir su vida no significaba en absoluto que eso fuera a ocurrirle a todo el mundo, pero al volver su atención a ella notó una levísima humedad en sus ojos, y se tragó sus palabras.

¿Qué sentido tenía? Habría sido una crueldad, y él no era cruel; mucho menos con alguien como su tía, a quien estimaba tanto.

De modo que se las arregló para llevar la charla por un sendero menos peliagudo y, poco después, su tía reía entretenida por una anécdota que se sacó de la manga referida a un amigo en común que se había visto pillado en una situación bastante ridícula en el último baile al que había asistido.

Drake no abandonó la casa de su tía hasta bien avanzada la noche, después de acompañarla en una copiosa cena y prometerle que volvería a visitarla para mantenerla informada de cómo iba todo con su «desagradable problema», como ella había decidido llamarle.

Mientras hacía el camino de regreso a sus habitaciones, tras elegir la ruta más larga porque, por algún motivo, sintió que necesitaba tomar un poco de aire fresco antes de internarse nuevamente entre cuatro paredes, Drake se dijo que por mucho que disfrutara ver a su tía, aquella visita no lo dejó con una sensación agradable.

Aunque Sebastian se mostró renuente a mencionarlo en su momento, lo cierto era que según transcurrían los días sin novedades que ayudaran a apartar la atención sobre la culpabilidad de Drake en el caso de la mujer asesinada, todos empezaban a ponerse un poco nerviosos.

Por mucho que su amigo se esmeraba por ocultarlo, Drake lo conocía lo suficiente para saber que se sentía un tanto enfadado consigo mismo por no ser capaz con dar con algo, siquiera la más mínima pista que los pusiera en el camino correcto Y Elara no se encontraba en una mejor

disposición que la de su hermano porque la última vez que fueron a hablar con ella, se mostró taciturna y distraída, dando vueltas alrededor de su elegante salón como un león enjaulado.

Debía de estar ansiosa por salir a las calles y hacer sus propias averiguaciones, supuso él. Por suerte, como todos tuvieron ocasión de comprobar solo un par de días después, no pareció que aquello fuese a ser necesario.

Fue Jimmy, el muchacho que trabajaba para los Wainhouse haciendo de todo un poco, en especial investigando entre sus contactos en los barrios bajos, quien les habló acerca de un hecho que, en principio, no pareció tener mayor relación con la situación de Drake, pero que no por ello resultó menos sorprendente.

Drake estaba a punto de despedirse de Sebastian y Giselle luego de pasar la tarde en su oficina, repasando una y otra forma los datos con los que contaban hasta entonces, cuando el chiquillo irrumpió en la estancia sin molestarse en llamar.

—La policía está vaciando los muelles y han estado a punto de echarme al carro junto a otros dos que iban conmigo. Lo siento, pero no voy a poder seguir ayudándolos con el asunto del señor Hayward hasta que las cosas se calmen.

Como hacía siempre, Sebastian oyó con mucha atención lo que el muchacho explicó una vez que Giselle lo invitó a sentarse en una poltrona de la salita que acostumbraban usar para recibir a los clientes.

Jimmy, larguirucho y de mirada despierta, veía a la ahora señora Wainhouse con la misma adoración que le había dispensado cuando era una empleada más en la agencia y lo trataba como a un hermano menor con un pasado tan sacrificado como el suyo.

—¿Cómo es eso de que están vaciando los muelles? —Preguntó Sebastian con el ceño fruncido— ¿Por qué?

El chico se encogió de hombros.

—Parece que han robado algo.

—¿Algo como qué?

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

Drake dejó escapar un bufido; no tanto por la brusca respuesta del chico sino por la mirada de enfado que advirtió en su amigo; a Sebastian lo volvía loco que la gente no le respondiera con claridad cuando les hacía una pregunta puntual.

—A ver, vamos a recapitular —intervino él, más por llamar a la calma que porque el tema le interesara particularmente—. Jimmy, estabas haciendo algunas preguntas en el muelle y la policía los ha echado a ti y a tus amigos porque están en medio de algún tipo de investigación.

Jimmy mordió un buen trozo del bollo que Giselle acababa de ponerle en la mano y asintió.

—Sí, y además se han llevado a un montón de chicos —el muchacho respondió mientras masticaba; un espectáculo no muy agradable—. Los subieron a esos carros en los que llevan a la gente a las jaulas.

Drake supuso que con «jaulas» él debía referirse a las celdas no muy distintas de aquella en la que había estado unas semanas antes. El recuerdo le provocó un escalofrío, pero logró apartarlo con determinación.

—¿Y bajo qué cargo? ¿No les dieron ninguna explicación?

La voz de Giselle sonó preocupada. Ella, que se había criado en las calles, conocía bien a muchos de los chiquillos que pululaba por allí y también sabía de las injusticias que cometían las fuerzas del orden en su contra.

—No dijeron mucho, solo que se los llevaban para hacerles algunas preguntas —Jimmy bufó y tragó el último trozo del bollo; una mezcla de satisfacción y enfado surcaba su semblante —. Les vine a avisar para que no creyeran que no hacía lo que me encargaron por... ¿desidia?

El chico miró a Giselle con expresión indecisa y ella asintió, sonriendo. Se había tomado como un reto personal el intentar afinar las maneras de Jimmy, así como ampliar su vocabulario. Según ella, era tan listo y trabajador que era un desperdicio que viera sus días pasar recorriendo los muelles y metiéndose en peligro constantemente para ganar algunos peniques. Con su ayuda, esperaba que pudiera encontrar un futuro algo mejor, y había convencido a Sebastian de que también le diera algunas lecciones en sus escasos momentos libres.

—Sí, sí, desidia está bien; y no creeríamos que dejes de cumplir con tus obligaciones por eso —fue Sebastian quien intervino entonces, con tono un poco impaciente, pero amable—. Lo importante es saber qué ha llevado a la policía a revolucionar así las calles.

—¿Por qué?

—Sí ¿por qué? —Drake se hizo eco de la pregunta del muchacho— ¿En qué nos afecta eso a nosotros?

Su amigo lo miró con una ceja arqueada.

—Todo lo que ocurre en Londres nos afecta de una forma u otra —señaló él como si se tratase de una obviedad—. Y, a veces, repercute a un grado que no podemos prever hasta que nos pega en la cara.

Lucy tomó el largo listado de detenidos que el agente Rivers había dejado sobre su escritorio solo cinco minutos antes e hizo un mohín en tanto sus ojos se deslizaban de una línea tras otra.

Era demasiada gente y, por lo que parecía, la mayor parte de ellos eran también bastante jóvenes.

Ahogó un suspiro y estudió el carrete de su máquina de escribir con ojo crítico. Iba a necesitar un poco más de cinta...

Acababa de ponerse de pie para dirigirse a la gaveta en la que solía guardar su maletín; esa monstruosidad, como le llamaba Elise, cuando una figura irrumpió en la antesala y se quedó paralizada, mirándolo como si se tratase de un espíritu.

Se trataba de un hombre de espaldas tan anchas como un armario, rostro adusto y arrogante, aunque con cierto atractivo que quedaba discretamente oculto por una barba tupida. Su altura, considerable, le hacía parecer un gigante y cuando sus miradas se encontraron, Lucy sintió el inesperado instinto de correr bajo su escritorio.

Por suerte para ella, y su dignidad, logró recuperarse de la impresión con rapidez y, luego de enderezar el mentón, se dirigió a aquel tipo con gesto serio.

—¿Puedo ayudarlo? —Preguntó en tono firme.

El desconocido la barrió con una mirada en apariencia distraída, aunque Lucy habría podido jurar que vio un brillo alerta en ella, y cabeceó un par de veces. Tenía el cabello de un curioso tono entre castaño y cobrizo, y lo llevaba demasiado largo para lo que se consideraba adecuado, de modo que gruesos mechones le rozaban el cuello de la chaqueta.

—Necesito hablar con Smithson.

Lucy frunció el ceño, dividida entre la sorpresa que le provocó su voz más bien clara y juvenil que calzaba tan poco con su aspecto tosco, y el malestar porque se refiriera a su jefe con tan poco respeto.

—El señor Smithson —indicó ella haciendo énfasis en el tratamiento— se encuentra ocupado en este momento, y no puedo interrumpirlo. No sé cómo entró hasta aquí, pero si es tan importante, puedo organizarle una cita... ¿qué cree que está haciendo?

El hombre pasó por su lado con una rapidez sorprendente y empezó a aporrear la puerta del director con tanto ímpetu que a Lucy le pareció que los cristales de las ventanas vibraban por el impacto.

—¡Oiga! Deténgase inmediatamente o llamaré a los agentes.

Su madre estaría orgullosa, se dijo ella un tanto asombrada de su propio valor cuando se puso frente a aquel sujeto e intentó cerrarle el paso. A su lado parecía una pigmea, y una bastante enclenque; y él debió de pensar lo mismo porque, tras dirigirle una mirada de sorpresa por semejante muestra de coraje, su gesto adquirió una inconfundible expresión de desdén antes de volver a tocar.

—Le he dicho...

La puerta del señor Smithson se abrió con tal brusquedad que Lucy tuvo que hacerse a un lado, pero cuando se recompuso y estaba a punto de abrir la boca para poner a su jefe en antecedentes de lo ocurrido, este miró al intruso a los ojos y apretó los labios con disgusto.

Pese a ello, apenas dudó al asentir de mala gana y, tras hacer un gesto a Lucy sin decir una palabra, se hizo a un lado para invitarlo a entrar. Ninguno de ellos le dirigió una segunda mirada y, cuando el director cerró la puerta de su oficina prácticamente en sus narices, a ella no le quedó nada más que hacer que volver a su escritorio y dejarse caer sobre la silla con un suspiro de aturdimiento.

En todo el tiempo que llevaba allí, no recordaba haber visto nunca a ese hombre, y aun menos haber sido testigo de una conducta tan extraña en el señor Smithson.

Su jefe era un hombre muy apegado a las formas; a veces demasiado. Jamás aceptaba reunirse con alguien que no hubiera concertado antes una cita, y algo tan irrelevante como la forma en que un hombre llamaba a la puerta o se dirigía a él, cobraba una importancia capital en su trato.

Ahora, aquel... energúmeno, no solo había estado a punto de echar abajo su puerta, sino que además lo había tratado sin el más mínimo respeto y, sin embargo, no había dudado en recibirlo.

Era extraño, cuando menos, pensó ella al tiempo que se ponía nuevamente de pie al recordar que necesitaba esa cinta para la máquina y, tras rebuscar en su maletín, tomó la última que le quedaba.

Por más que se esforzó, aguzando el oído por encima del ruido que hacía al golpear las teclas, no logró escuchar nada de la charla en la estancia tras ella. Supuso que debía de tomarlo como una buena señal; aquel desconocido parecía tan presto a la pelea que no le habría extrañado oír muebles impactando contra las paredes.

La puerta no se abrió hasta veinte minutos después, cuando el señor Smithson la abrió de golpe y su curioso visitante salió por ella, los hombros echados hacia atrás y el mentón alzado, la imagen de la arrogancia y la satisfacción.

Esta vez su jefe tampoco dijo una palabra y Lucy se esforzó por no mirar ni a uno ni a otro mientras continuaba tecleando con expresión concentrada. Lo único que percibió fueron los pasos de ambos alejándose por el corredor y, cuando su eco desapareció del todo, alzó el rostro con el ceño fruncido y la sensación de que acababa de ser testigo de algo muy importante, aunque entonces no habría sabido decir qué.

Capítulo 7

—Opio.

Drake parpadeó y la mano que sostenía la cuchara que estaba a punto de llevarse a la boca se detuvo en el aire.

—¿Perdona?

Sebastian ocupó la silla frente a él y desdobló la servilleta de lino con movimientos tranquilos antes de responder.

—Todo ese barullo en los muelles del que habló Jimmy —explicó al tiempo que dejaba caer el trozo de tela sobre su regazo con ademán distraído—. Opio.

—¿Qué pasa con el opio?

La voz cascada de una mujer interrumpió su charla y Drake alzó la mirada para toparse con el ceño arrugado de Hannah, el ama de llaves de los Wainhouse y quien llevaba trabajando para la familia desde mucho antes de que los hermanos nacieran. Era tal la confianza que había adquirido con el paso de los años, que ya casi nadie la veía como una empleada sino como otro miembro de la familia.

Cuando Elara se casó, eligió rehusar su oferta de ir con ella y optó por quedarse con Sebastian. A su parecer, él la necesitaba un poco más, y la llegada de Giselle no había hecho mayor diferencia porque la joven no tenía idea de cómo llevar una casa y la anciana había sido de gran ayuda para instruirla al respecto al tiempo que hacían estupendas migas.

—No pasa nada con el opio, Hannah; ¿te importaría pasarme la sopera?

Sebastian habló con rapidez y sin mirar a la mujer, pero Drake notó que parecía un poco incómodo. El ama de llaves siempre insistía en que le parecía de pésima educación que hablaran de asuntos truculentos en la mesa, y visto que acababa de disponer todo para la cena, a la que Drake había sido invitado, supuso que simplemente se había dejado llevar por el entusiasmo al descubrir una noticia que deseaba compartir y había olvidado que Hannah andaba por allí.

—La sopera. Ya.

El ama de llaves dejó la vasija que despedía un olor delicioso en el centro de la mesa y, tras dirigir a su señor una mirada de desconfianza se marchó con pasos lentos y pesados hasta que se perdieron por el corredor que conducía a la cocina.

—Sabes lo poco que le agrada a la pobre oírte hablar de esas cosas —comentó Drake con una sonrisa al tiempo que se servía un poco de sopa en el plato—. Para ser tan fiera, es bastante sensible.

Sebastian cabeceó de mala gana, pero no dijo nada y dirigió un momento la vista hacia el techo con desconcertante fijeza, casi como si pretendiera atravesar la argamasa que lo cubría para ver a través de ella. Drake supuso que estaría pensando en Giselle, que se había disculpado de acompañarlos porque se sentía un poco indispuesta. Según se aproximaba el momento del parto, parecía cada vez más cansada e inapetente, aunque Hannah ya les había asegurado hasta el cansancio que era algo natural.

De cualquier forma, Drake dudaba de que aquello tranquilizara a su amigo. Si bien a él le gustaba hacer como si no se encontrara en absoluto preocupado por lo que llamaba «un hecho perfectamente natural», cualquiera que lo conociera un poco se habría dado cuenta de que la sola idea de que algo malo pudiera ocurrirle a su mujer lo sumía en la angustia.

Con el fin de distraerlo de esos pensamientos tan lúgubres que no le harían ningún bien,

Drake se aclaró la garganta para llamar su atención.

—¿Qué decías acerca de ese opio? —Preguntó, consciente de que eso obtendría su interés.

Sebastian bajó la mirada y, tras pestañear como si le costara recordar a qué se refería, cabeceó con gesto brusco.

—Ah, sí, el opio —dijo—. Estuve haciendo unas preguntas en las calles esta mañana y todo parece indicar que un importante cargamento fue sustraído de los muelles. De alguna forma, la policía se enteró y ahora están moviendo cielo y tierra para encontrarlo.

—Un cargamento de opio —repitió Drake con una ceja arqueada—. Debe de tratarse de una buena cantidad de dinero.

—Mucho. Y no solo se trata eso. Considera que ya es bastante malo que ese tipo de sustancias se comercialicen tan fácilmente por la ciudad; el hecho de que una cantidad semejante desaparezca, así como así, solo incrementa la humillación para la policía.

—¿Y a quién pertenecía?

—Nadie parece saberlo —Sebastian frunció el ceño, como si aquello fuese lo que más le molestara—. Aun más, no puedo imaginar cómo fue que llegó a oídos de Scotland Yard. Esta clase de cosas siempre se mantienen en secreto, y son las bandas rivales las que se ocupan de resolverlas entre ellos.

—Con muchos muertos de por medio.

Sebastian trozó una pieza de pan e hizo una mueca.

—Desde luego —asintió—. Eso, por lo general, a la policía le importa más bien poco, así que solo hace este asunto más extraño.

—¿Y no tienen ningún sospechoso?

—No que haya podido averiguar, aunque todavía no he tenido oportunidad de hablar con Rivers; es posible que él sepa algo más.

Drake asintió y barrió la superficie de la mesa con la mirada, en busca de la jarra con agua; notó entonces que Hannah la había dejado sobre el aparador y se puso de pie para buscarla. Habría podido tocar la campanilla que la mujer había dejado en medio de la mesa, pero le pareció una tontería no tomarla él mismo.

Aunque los Wainhouse tenían medios más que suficientes para llevar una vida holgada, tampoco eran precisamente ricos, así que el servicio en la casa estaba dispuesto solo por la anciana, una cocinera, y una doncella.

En los inicios de su amistad con Sebastian, a Drake aquello le había parecido extraordinario porque estaba acostumbrado a tener una corte de sirvientes dispuestos a cumplir el menor de sus caprichos, pero con el tiempo se había acostumbrado a ello y no tenía reparo en arreglárselas por sí mismo cuando estaba de visita, tal y como había visto hacer siempre a su amigo y su hermana.

—Dudo de que el agente Rivers esté deseoso de compartir lo que sabe, especialmente contigo; aún debe de encontrarse disgustado de que intentes ayudarme —comentó Drake una vez que se hubo sentado de nuevo.

Sebastian se encogió de hombros.

—Rivers no está disgustado por eso; lo que ocurre es que se muere de miedo de que comprobemos que, en efecto, eres inocente, y él tenga que ponerse a trabajar en serio para dar con el verdadero culpable —señaló él sin ambages—. Además de que le aterra también lo que Smithsonian dirá de ser ese el caso. Ya sabes que el director aguarda con impaciencia poder

encerrarte de nuevo.

Drake sacudió la cabeza de un lado a otro; de pronto, la sopa le pareció un poco menos apetitosa.

—No me lo recuerdes —pidió—. Mejor continúa hablándome del opio. ¿Tienes alguna sospecha de qué puede haber ocurrido?

—Es posible que no sea nada fuera de lo ordinario. Ya ha ocurrido antes; una de las bandas que opera en la ciudad ingresa un cargamento importante, por lo general procedente de Birmingham, pero antes de que pueda distribuirlo en las calles bajo las narices de la policía, se lo roba una banda rival.

Drake asintió porque no era algo que no supiera. Las calles de Londres estaban infestadas de ese tipo de grupos que operaban con impunidad. Sin importar cuánto se esforzara la policía por contenerlos, era prácticamente imposible; nunca daban con los líderes y por un miembro que enviaban tras las rejas, aparecían otros dos o tres. Sebastian sostenía con frecuencia que ese era uno de los motivos por los que las autoridades se mostraban tan negligentes para erradicar ese azote: preferían hacerse de la vista gorda antes que reconocer que la delincuencia simplemente los había sobrepasado.

—¿Y no tienes idea de quiénes pueda tratarse? —preguntó Drake.

Sebastian lo consideró un momento antes de responder.

—Aun no —reconoció con poco entusiasmo—. Quizá más adelante, cuando hable con Rivers; pero incluso si fuese así, no tengo tiempo para involucrarme en algo como esto. Te recuerdo que nuestra prioridad ahora es resolver tu asunto.

Drake cabeceó, pensativo.

Su asunto. Parecía que todo el mundo lo llamaba así.

—¿Hay alguna noticia de Jenkins? —Inquirió ahora.

No le extrañó ver a Sebastian negar; de haber sabido algo relacionado con aquello ya se lo habría dicho, supuso, pero tenía que preguntar.

—Escribí a su hermano en Kent, pero no sabe nada de él; la última carta suya que recibí está fechada hace un par de meses. Jenkins nunca ha sido un hombre muy apegado a su familia.

—No, es verdad —reconoció Drake— ¿Entonces?

—Bueno, ya no podemos negar que estamos en un punto muerto.

—¿Es esa una forma delicada de decir que debería hacerme a la idea de que volveré pronto al calabozo?

Sebastian frunció el entrecejo y lo miró sin disimular su disgusto.

—No, no he querido decir eso en absoluto —negó, tajante—. Esto solo significa que debemos reevaluar nuestra estrategia.

Drake abrió la boca para decir que, en realidad, a él no le parecía que hasta entonces hubiesen tenido una. Iban dando pasos de ciego, desesperados por lanzarse sobre la más mínima pista, el más ínfimo de los detalles que pudiera ayudarles a probar su inocencia; pero ni siquiera habían obtenido eso.

No dijo nada al respecto, sin embargo, porque sabía que eso hubiese sido mezquino. Sebastian solo intentaba ayudarlo; no había hecho otra cosa desde el momento en que supo de su problema, y él le estaba eternamente agradecido. Lo que le angustiaba era que empezaba a creer que había llegado el momento de reconocer que tal vez no hubiera salida para él.

Tal vez pudiera huir a algún lugar en el que la policía no pudiese encontrarlo; quizá poner tierra entre Londres y él, convertirse en un fugitivo...

Un seco golpe sobre la mesa atrajo su atención y tuvo que parpadear para volver al presente. Así, se vio enfrentado a la mirada fría de Sebastian y a su gesto de enfado, el cual parecía del todo dirigido a él.

—Ni siquiera sueñes con intentar escapar —advirtió, y continuó antes de que Drake pudiese preguntar si había cultivado también el talento de leer la mente—. Hacer algo como eso sería como reconocer tu culpabilidad, y tú no eres culpable.

Drake echó la espalda hacia atrás y dejó caer la cuchara que hasta entonces había sostenido con desgana; nada le apetecía menos que continuar fingiendo que disfrutaba de esa comida. En los últimos tiempos no experimentaba nada que lo hiciese ni remotamente feliz.

—¿Y si lo soy? —Espetó con una intención que pareció casi un desafío; no sabía si dirigido a su amigo o a sí mismo—. Nunca lo hemos mencionado, pero ¿qué ocurre si soy culpable?

Sebastian hizo una mueca de desagrado.

—No digas tonterías —replicó.

—Podría serlo ¿Por qué no? —Drake continuó como si no lo hubiese oído—. El hecho de que no lo recuerde no implica que no haya lastimado a esa mujer. Tal vez merezca estar en prisión, después de todo; quizá hemos perdido nuestro tiempo al obcecarnos en probar mi inocencia cuando hemos debido de preocuparnos más por encontrar las pruebas que me señalen como el culpable. Es todo mi culpa. De una u otra forma.

Drake calló de golpe y aspiró con fuerza, casi como si le faltara el aire; su pecho subía y bajaba y su mirada fue de un lado a otro. Sentía como si su corazón fuese a estallar; notó que le temblaban las manos y las dejó caer sobre sus rodillas, apretándolas con fuerza para recuperar el aplomo.

Un pesado silencio se asentó en la estancia luego de su explosión y nadie dijo una palabra durante algunos minutos hasta que Sebastian carraspeó con suavidad y, cuando Drake llevó la mirada hacia él, se encontró con su rostro familiar e imperturbable que lo veía a su vez con un leve rastro de calidez en los ojos.

—¿Te sientes mejor? —Preguntó él entonces.

Drake suspiró y sacudió la cabeza en un gesto incierto. ¿Se sentía mejor? No habría podido asegurarlo. Decir todas aquellas cosas le había significado cierto alivio, en efecto, pero eso fue todo. La angustia permanecía allí, lo mismo que la duda, y su amigo debió de verlo porque, luego de hacer su plato a un lado, apoyó los antebrazos sobre el niveo mantel y se inclinó hacia adelante para observarlo con atención.

—Aún no tengo idea de cuál ha sido tu papel en todo este asunto, Drake, pero sí tengo algo muy claro, y es que tú no asesinaste a esa mujer —aseguró—. No me preguntes cómo lo sé; es algo difícil de explicar, pero puedo decir que he visto a suficientes asesinos en mi vida para reconocer a uno cuando lo tengo frente a mí, y tú no eres uno de ellos.

—Piensas eso porque somos amigos...

Sebastian no lo dejó terminar.

—Esto no tiene nada que ver con nuestra amistad —indicó, convencido, y Drake advirtió que era sincero—. Por mucho que quiera ayudarte, jamás se me ocurriría encubrirte si pensara que eres culpable. Si yo creyera que mataste a esa mujer, te ofrecería todo mi apoyo y simpatía, pero no dudaría en llevarte del cuello a la cárcel.

Drake sostuvo su mirada sin parpadear y asintió con gesto solemne. Sabía que aquellas no eran palabras vacías porque el sentido de la justicia de Sebastian jamás le habría permitido

hacer de la vista gorda en una situación como esa.

Sí, era su amigo, y le importaba; pero si fuese culpable, lo máximo que haría para sostenerlo en esos difíciles momentos sería acompañarlo en el día de su ejecución, no intentar librarlo de un castigo que él se habría ganado.

—Comprendo que es una situación muy difícil y que debes de encontrarte desesperado ante la falta de resultados; pero como ya te he dicho antes, este tipo de asuntos muchas veces se desarrollan de esta forma —Sebastian continuó en un tono algo menos grave al cabo de un momento; su mirada se volvió más persuasiva—. Ten paciencia, Drake, ahora todo parece muy confuso y oscuro, pero en el momento menos pensado se hará la luz y todo empezará a cobrar sentido.

Drake no dijo nada para apoyar esa idea, pero tampoco se obcecó en señalar lo contrario, si bien era eso lo que habría deseado hacer.

Quizá Sebastian tuviese razón, intentó convencerse; solo el tiempo lo diría.

Poco antes de abandonar Bristol, cuando aun no se había atrevido a contar a sus padres que había escrito a una oficina de Londres para responder a un anuncio en que solicitaban una secretaria, Lucy se había llevado un susto de muerte al encontrar a una de las ovejas de su vecina, la señora Riley, decapitada en el patio trasero de su casita en las afueras.

Para entonces, ella ya había visto muchos animales muertos, claro; había vivido siempre en el campo y sus padres poseían una granja en la que criaban a varios de estos. Sin embargo, aquel hecho le impactó de forma especial porque las circunstancias en que encontró a aquella oveja fueron del todo extrañas.

A ella no le tocaba dar de comer ese día a las gallinas que corrían libres por el césped, pero su hermano mayor se lo había pedido con tanta insistencia que no fue capaz de negarse, e iba tan distraída pensando en la respuesta que esperaba obtener para su solicitud de empleo que no se dio cuenta de lo ocurrido hasta que la cabeza del animal le rozó el borde del vestido y, al mirar hacia abajo, buscando qué era eso con lo que había tropezado, se topó con esos ojos sin vida.

Y aunque Lucy se consideraba a sí misma una chica valiente, no dudó en dejar escapar un chillido y echó a correr en busca de su padre para contarle lo ocurrido.

Luego se descubrió que algún tipo de animal salvaje, quizá un lobo, se había acercado demasiado al poblado y que, luego de matar a la oveja y arrastrarla hasta el jardín de los Hatley, había dejado su cabeza y restos del cuerpo desperdigados por allí cuando los perros de la señora Riley notaron su presencia.

Sin embargo, eso no hizo mucha diferencia en la impresión que ese hecho provocó en Lucy. Aunque, tal y como predijo su madre, lo olvidó con el paso de las semanas, en especial luego de recibir la ansiada respuesta en la que le informaban que el puesto era suyo, lo cierto era que había quedado enquistado en su subconsciente y brotaba en los momentos más inesperados.

Como aquella tarde, cuando había terminado de recoger sus cosas y oyó el sonido de unas voces ahogadas provenientes de la oficina del señor Smithson.

Aquel extraño que la había sorprendido tanto en su primera visita se encontraba nuevamente allí. En realidad, se recordó con el ceño fruncido, aquella era la tercera vez que se presentaba en menos de una semana, y en todas y cada una de esas ocasiones, su jefe lo había recibido sin presentar ni la más mínima objeción.

Lucy no se había atrevido a preguntar por su identidad o por el motivo de su visita; sabía

que el director lo habría considerado una impertinencia. De modo que se esmeraba por ocultar su desagrado cada vez que veía aparecer a aquel hombre, tocaba la puerta del señor Smithson para avisarle de su llegada y les ofrecía un refrigerio que ellos siempre rehusaban antes de encerrarse en la oficina hasta que el extraño se marchaba tras dirigirle una mirada velada que le provocaba un estremecimiento.

Algo estaba mal allí, se decía ella en esas ocasiones, consciente de que bastaba con que el hombre desapareciera para que el aire pareciera hacerse más ligero y la corriente de oscuridad que lo acompañaba empezara a disiparse.

Su padre, un hombre de fe y siempre bienintencionado, diría que exageraba, pero su madre, que le había heredado su aguzada percepción y algo de su cinismo, argumentaría que era mejor pensar lo peor para así estar preparada para cualquier escenario.

Esa última reunión se había extendido un poco más de lo que se había hecho común, y las voces provenientes del interior se oían más alteradas de lo habitual, como si los hombres sostuviesen algún tipo de discusión, pero Lucy intentó convencerse de que no había nada por lo que preocuparse.

Estaban en un edificio repleto de agentes de policía, todos a las órdenes del director. Si algo ocurría, si aquel hombre intentara hacer algo incorrecto...

Lucy sacudió la cabeza de un lado a otro, disgustada consigo misma por permitir que su mente fuese por allí.

Con gesto determinado, terminó de meter sus cosas en el maletín y fue al perchero para tomar su sombrero y el abrigo, que se ajustó con movimientos medidos, su vista atraída de cuando en cuando a la puerta cerrada.

Su hora de irse ya había pasado hacía quince minutos, y ella era inflexible al respecto. Salvo que su jefe le avisara con antelación, jamás se quedaba ni un minuto más. El señor Smithson podía amanecerse allí, y en efecto lo hacía con frecuencia, pero jamás le había pedido que se quedara; a lo mucho, cuando Lucy se presentaba a trabajar al día siguiente, encontraba un montón de indicaciones sobre su escritorio de cosas que al director se le habían ocurrido durante la noche.

Pero ahora le sabía un poco mal irse sabiendo que el desconocido estaba allí dentro. ¿Y si el señor Smithson la necesitaba para algo? A excepción de los agentes que permanecían de guardia, la mayor parte de los policías ya se habían marchado a sus hogares o a cumplir con sus turnos en las calles; el resto de empleados que no pertenecían al cuerpo policial, como ella, ya habían terminado también con su jornada.

Tenía que irse, se convenció ella al darse cuenta de que estaba siendo ridícula; su jefe se enfadaría si la encontraba allí montando guardia como un dragón desconfiado cuando debería haberse marchado ya.

De modo que, tras tomar su pesado maletín y asegurarse de que no olvidaba nada, se ajustó los guantes y abandonó la oficina con paso decidido cerrando la puerta tras ella con fuerza para que el señor Smithson la oyera. Podía ser una tontería de su parte, supuso con una mueca avergonzada, pero le pareció importante que él supiera que ella ya no estaba allí y que se quedaba a solas con aquel sujeto para que tomara sus precauciones.

Solo por si acaso.

Apenas acababa de abandonar el edificio cuando reparó en que se había dejado la bufanda y aunque se planteó dejarla hasta el día siguiente, le bastó con andar un par de pasos y sentir el frío metiéndose por el borde del cuello del abrigo para saber que tenía que volver por

ella.

Llegaría a casa con el pescuezo congelado y no podía darse el lujo de enfermarse, ni siquiera con un resfriado. Su trabajo era demandante y requería que estuviese en sus cinco sentidos; el menor malestar habría sido excusa para que otra tomara su lugar y no estaba dispuesta a permitir aquello.

De modo que, tras ahogar un suspiro de enfado dirigido a sí misma por su descuido, volvió sobre sus pasos y se internó nuevamente en el edificio luego de explicar al agente encargado de custodiar las puertas lo que había ocurrido. Dejó el maletín en el vestíbulo con él para no tener que subirlo ya que no pensaba tardar y le alivió comprobar que la puerta de la oficina continuaba cerrada.

Dudó un momento antes de abrir con mucho cuidado para que el señor Smithson no se diera cuenta de su regreso; no quería tener que reconocer ante él su distracción; solo tenía que ir hasta el perchero y tomar la bufanda; no le tomaría más que unos segundos y, en media hora, estaría de lo más a gusto en el salón de la señora Harrison disfrutando del pastel de riñones que había prometido preparar para la cena.

Recuperó la bufanda y apenas acababa de envolverse el cuello con ella cuando lo oyó.

—He dicho que ya no puedo continuar con esto; tienen que entenderlo. Me juego demasiado.

Lucy frunció el ceño al reconocer la voz del señor Smithson; jamás lo había oído hablar en un tono tan alto y alterado. Su jefe era la imagen de la contención y las buenas maneras, y, sin embargo, en ese momento parecía totalmente fuera de sí.

Ese fue el momento en que debió dar media vuelta y marcharse, se dijo Lucy con frecuencia tiempo después. Si había tenido una oportunidad de evitar meterse en esa terrible situación que habría de cambiar su vida para siempre, fue esa.

Desde luego, no siguió sus instintos; todo lo contrario.

Con el ceño fruncido y una inconfundible expresión de curiosidad, fue acercándose a la puerta cerrada y se detuvo a unos pasos, los oídos atentos y la mano aferrada una contra la otra a la altura del pecho. Parte de ella le dijo que debía estar muy atenta porque era posible que el señor Smithson necesitase su ayuda y era la única que podría dar la voz de alarma.

—Sabía perfectamente en lo que se metía cuando aceptó.

La voz del desconocido, alta y vibrante, le resultó tan inquietante que debió tragar espeso para no permitir que la asustara.

—Nunca me dijeron...

—¿Y qué creyó que ocurriría? Este es un juego para hombres, Smithson; tiene que estar preparado para todo y encontrar la forma de resolverlo. ¿No dijo acaso que ya tenía una idea de cómo librarnos de...?

—¡Ni lo diga! Bastante difícil está resultando arreglar ese asunto.

—Pero lo haré.

Lucy sintió un escalofrío al percibir la implícita amenaza en la voz del visitante. Pudo imaginarlo, tal vez de forma exagerada, con su cuerpo robusto inclinado sobre el señor Smithson, que era un hombre más bien enjuto y, en apariencia, nada dado a la violencia. Lo destrozaría de un solo golpe; le abriría la cabeza con un empujón; quizá...

—¡Claro que lo haré! ¿Qué me queda? Gracias a ustedes estoy metido hasta el cuello en este asunto; pero lo otro es demasiado.

La voz enfadada de su jefe interrumpió los pensamientos de Lucy y ella sacudió la cabeza

para prestar nuevamente atención a la charla. El director se oía totalmente hastiado e incluso un poco temeroso, otro rasgo que en todos los años que llevaba trabajando allí jamás había relacionado con él.

—Es el director de Scotland Yard, Smithson; no hay nada que sea demasiado para usted —el desconocido habló al cabo de unos segundos con un retintín burlón en la voz— ¿Por qué cree que lo elegimos, si no?

«¿Lo elegimos para qué?», se preguntó Lucy con un suspiro ahogado, consciente de que se exponía demasiado a permanecer allí. Había pensado que su presencia podría resguardar a su jefe de una situación peligrosa, pero ahora veía que en realidad tal vez no fuera así.

En lo que fuese que estuviese metido el señor Smithson, no parecía que se encontrara en esa situación porque lo habían obligado. Allí había algo más que no entendía, pero eso no lo hacía menos perturbador.

—No puedo prometer nada.

La voz del director se oyó nuevamente, ahora algo menos beligerante y sí más cansada, casi derrotada.

—Pues tendrá que hacerlo de cualquier forma, porque no nos sirve nada menos que eso. Tenga un poco más de valor, hombre; ya sabe que haremos que valga la pena. Solucione esto y tendrá todo lo que le prometimos; y encárguese también del otro asunto; está perdiendo mucho tiempo.

El señor Smithson no respondió y Lucy oyó el sonido de una silla arrastrándose y unos pasos que se dirigían a la puerta. Aterrada, abrió mucho los ojos y se marchó tan rápido como le dieron los pies, procurando no hacer ni el más mínimo ruido, aunque mientras echaba a correr escalera abajo una vez que se encontró fuera de la oficina, cayó en la cuenta de que el bolsito que llevaba colgado del brazo había rozado el pomo al salir y provocado un chirrido casi imperceptible.

Solo esperaba que nadie lo hubiese oído, rogó mientras se apresuraba a tomar el maletín de manos del agente en el vestíbulo, que la miró con cierta sorpresa, como si viera en su cara algo fuera de lo normal. Sin embargo, Lucy no le dio tiempo para preguntar nada, sino que se despidió con una falsa sonrisa y enruébó sus pasos en dirección contraria a la del edificio.

Sus manos temblaron al abrir la puerta una vez que se encontró ante la fachada de la casa de la señora Harrison y tuvo que permanecer un momento en el vestíbulo para calmarse. No se había permitido pensar en lo que acababa de oír mientras atravesaba parte de la ciudad; hubiera terminado bajo las patas de un caballo o algún pilluelo habría aprovechado para robarle el maletín.

Pero ahora, en ese ambiente familiar, logró tranquilizar sus nervios y se permitió considerar todos los escenarios que podrían haber llevado a que una reunión como aquella se realizara. ¿Quién era aquel hombre y qué relación tenía con el señor Smithson?

Lo pensó y pensó hasta que le dolió la cabeza; estaba inmóvil junto al perchero como un maniquí, ni siquiera atinó a sacarse el abrigo; pero no dio con ninguna respuesta que la satisficiera.

Su instinto de supervivencia le dijo que tal vez lo mejor fuese que lo dejase estar. ¿Qué más le daba lo que hiciese su jefe? Y, sin embargo, sabía que no iba a poder quedarse tranquila, que tenía que hacer algo, por pequeño que fuese, para echar luces en ese asunto porque, muy dentro de su mente, en ese lugar afilado, astuto y sensato del que siempre se había sentido siempre tan orgullosa, presentía que acababa de presenciar un hecho importante y que no hacer

algo al respecto no era una opción.

Tenía que aclarar ese asunto, aun cuando fuese para dejar de torturarse por ello, y como estaba visto que no iba a lograrlo ella sola, lo único que le quedaba era buscar ayuda. Y tenía muy claro dónde iba a encontrarla.

Capítulo 8

Drake llegó a la oficina de Sebastian muy temprano por la mañana. Quizá demasiado, se dijo al reparar en el silencio mientras atravesaba el corredor luego de dejar la escalinata que conducía al piso de su amigo.

Pero no había podido dormir y creyó que allí sería más útil, además de que, con seguridad, Sebastian ya estaría allí.

Tal y como supuso, le bastó con abrir la puerta de la oficina tras tocar con suavidad para advertir que no era el primero en llegar. El sombrero y el abrigo de su amigo colgaban del perchero junto a la entrada y las ventanas estaban abiertas de par en par. Sin embargo, no vio a nadie en la sala de recibo, así que se dirigió a la oficina, cuya puerta se hallaba entornada.

Apenas acababa de atravesar el umbral con una sonrisa al ver a su amigo cómodamente instalado tras su escritorio cuando reparó en que no estaba solo. Una figura menuda y envarada se encontraba sentada en la silla opuesta y, cuando ambos advirtieron su llegada, giraron a mirarlo con similares muestras de sorpresa.

—¡Drake! ¿Qué haces aquí tan temprano? —Sebastian fue el primero en reaccionar y se dirigió a él con el ceño fruncido—. ¿Qué pasó con tus modales? ¿Ya no tocas a la puerta?

Drake apretó los labios, en absoluto complacido con esa llamada de atención aun cuando sabía que era la clase de cosas que su amigo, siempre tan sincero y práctico, era capaz de soltar incluso frente a alguien que no dejaba de ser una extraña.

—No tenía cómo saber que estabas acompañado; aun es temprano —él se recompuso con rapidez y asintió en dirección a la mujer que permanecía en silencio con las manos sobre el regazo—. Buenos días, señorita Hatley.

—Buenos días, señor Hayward.

Su voz le sonó tan severa como siempre, aunque creyó detectar un leve rastro de nerviosismo en ella, y algo como eso, que jamás había relacionado con esa mujer, lo sorprendió lo suficiente para que se le quedara mirando con curiosidad.

Ella vestía un traje de falda y chaqueta oscuros y carente de adornos, como había notado que acostumbraba, aunque la blusa delicada de un tono marfil y el camafeo que ajustaba su cuello le daban un aire algo menos formal.

—Estamos en medio de una conversación, Drake, ¿te importaría...?

Drake apartó la atención de la joven para llevarla a Sebastian, más que dispuesto a señalar que era él quien ahora hacía gala de sus malos modales, pero entonces oyó unos pasos tras él y se encontró con el rostro alegre de Giselle, que llegó resollando; su vientre abultado se bamboleaba ante ella, pero no parecía como si eso le molestara. Por el contrario, parecía tan activa como siempre, y Drake supuso que debía de haber dejado atrás las molestias del día anterior.

—Señor Hayward, lamento no haber estado para recibirlo; fui a recibir un paquete que trajo Jimmy —se explicó ella con una sonrisa— ¿Llegó hace mucho?

—No; apenas unos minutos.

—Entonces venga conmigo; le ofreceré un té mientras Sebastian y la señorita Hatley terminan con su charla —sugirió ella tras dirigir una rápida mirada a su marido—. Tengo esos bollos que tanto le gustan.

A Drake no se le ocurrió protestar. Aunque era cierto que se moría de curiosidad por

conocer el motivo que había llevado a aquella mujer a la oficina de su amigo a una hora tan temprana, era consciente de que no podía quedarse husmeando. De modo que, tras forzar una sonrisa en señal de agradecimiento, fue tras Giselle y apretó los labios cuando la oyó cerrar la puerta tras ellos.

Mientras la joven se afanaba sirviendo el té, Drake se acomodó en una poltrona y aguzó el oído tanto como le fue posible para intentar captar alguna palabra proveniente de la oficina, pero no logró oír nada.

—Sin azúcar y con un buen chorro de leche.

Drake parpadeó y centró su atención en el rostro amable de Giselle al tiempo que tomaba la taza de sus manos.

—Gracias —dijo, llevándosela a los labios—. Perdone por haber aparecido tan temprano.

La joven hizo un gesto para restar importancia a aquello al tiempo que se dejaba caer sobre un asiento frente a él.

—No diga eso; sabe que siempre es bienvenido.

—Creo que Sebastian no estará de acuerdo con usted.

Giselle dejó escapar una risa musical y, al mirar su rostro animado y cuán poco dispuesta parecía a creer algo como eso de su marido, Drake se dijo no por primera vez que ella y Sebastian habían tenido mucha suerte al encontrarse porque, si bien eran muy distintos, se conocían y complementaban de una forma extraordinaria.

—No diga eso; a él le hace mucho bien pasar el tiempo con usted, aunque últimamente deban hacerlo por un asunto tan poco agradable—señaló ella, y se encogió de hombros antes de continuar; su rostro pálido esbozó una expresión resignada—. Pero ya sabe cómo se pone cuando está con un cliente; odia que lo distraigan.

«Un cliente», se repitió Drake al oír aquello y se inclinó hacia la joven sin ocultar su curiosidad.

—No sabía que la señorita Hatley fuese cliente de Sebastian —señaló.

—Bueno, no estoy segura de que lo sea aún, pero vino en su busca hace un momento, y fue una suerte que lo encontrara porque acabábamos de llegar.

Drake asintió.

—Claro —dijo—. Lo cierto es que me sorprendió un poco verla; nunca habría pensado que tuviera alguna razón para acudir a Sebastian.

—Bueno, nadie sabe lo de nadie ¿no? Y aunque no tengo idea de qué la ha traído aquí, supongo que ha de ser algo importante porque parece una joven que prefiere resolver sus asuntos en privado.

—¿La conoce bien?

Aquello no se le había ocurrido hasta ese momento, y le pareció importante mencionarlo, aun cuando se esforzara mucho por hacer como si en realidad no le interesara mucho. Y así pareció que Giselle lo había percibido, para su buena suerte, porque ninguna expresión de sospecha asomó a su rostro al responder.

—Solo la he visto un par de veces en compañía del agente Rivers —indicó ella—. Como sabe, lo conozco desde hace tiempo y sé que son buenos amigos.

Drake asintió. En efecto, sabía que ella y Rivers se conocían desde la época en que Giselle vivió en las calles y que el policía le había ayudado en varias ocasiones. Su amistad había continuado cuando pasó a trabajar en la agencia y ella era su principal defensora cuando Sebastian hacía algún comentario poco amable acerca del hombre, lo que ocurría con cierta

frecuencia.

Lo que no sabía, sin embargo, era que la señorita Hatley fuese también amiga de Rivers, y, por algún motivo que en ese momento no se permitió desentrañar, la idea no le resultó en absoluto agradable.

—Creo que vive en una pensión no muy lejos del centro y que fue el agente Rivers quien le facilitó las señas de la que ahora es su casera —continuó Giselle ante su silencio—; pero en realidad no he tenido oportunidad de hablar mucho con ella. De cualquier forma, la considero una joven muy agradable, y valiente. No es sencillo vivir sola en una ciudad como Londres.

Una vez más, Drake cabeceó con una estudiada expresión distraída, aunque por dentro acumulaba un detalle tras otro, un tanto inquieto ante lo importante que le pareció hacerse de toda esa inesperada información acerca de alguien por quien hasta entonces se había convencido de que solo sentía indiferencia.

—Claro. Muy valiente —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza— ¿Y de verdad no sabe...?

La puerta de la oficina se abrió de golpe y Drake se puso de pie con rapidez. Sebastian escoltaba a la señorita Hatley con expresión concentrada, lo que en su experiencia solo podía significar que lo que fuera que le hubiera dicho ella le había resultado extremadamente interesante.

—Gracias por atenderme con tan poca antelación, señor Wainhouse —decía ella con un rostro en el que se disimulaba la sombra de una breve y formal sonrisa.

—Pierda cuidado; me alegra que acudiera a mí. Y recuerde, aunque procuraré investigar por mi cuenta, es poco lo que podré hacer sin la información que usted pueda facilitarme.

—Lo entiendo.

La señorita asintió, su rostro pequeño sumido en pensamientos a todas luces no muy agradables, pero pareció algo más animada al dirigirse a Giselle con una cabezada al tiempo que se ajustaba los guantes.

—Ha sido un placer verla, señora Wainhouse —dijo, para luego dar una corta mirada a Drake—. Señor Hayward.

Tras ello, se dirigió a la puerta, que Drake se apresuró a abrir para ella, pero antes de que se marchara, mientras él se sorprendía inesperadamente atraído por el perfume que emitía y que le resultó del todo desconocido, Sebastian la detuvo con un gesto.

—No olvide tomar en cuenta mi advertencia, señorita; tenga mucho cuidado y si ve u oye algo que le parezca importante, no se le ocurra ponerse en un peligro innecesario; venga a verme de inmediato.

Ella asintió de nuevo, una sombra cruzó su mirada oscura y esos ojos, como dos pozos sin fondo, se posaron un instante en Drake antes de desaparecer por el corredor.

Cuando al fin se quedaron los tres a solas y Giselle se puso en movimiento, rompiendo esa suerte de hechizo bajo la que parecían haber caído luego de la advertencia de Sebastian, Drake se dirigió a su amigo.

—¿Qué fue lo que vino a decirte? —Preguntó.

Sebastian alzó una ceja, pero en lugar de responderle a él, se dirigió a su esposa.

—Giselle, ¿alguna vez te hablo de los casos que llevo? Cuando no están relacionados con nuestro entorno cercano, digo. —Inquirió él en tono tranquilo.

Su esposa esbozó una sonrisa divertida al oír el resoplido de Drake, que ya imaginaba por dónde iba.

—No, lo cierto es que no; nunca me hablas de esas cosas si no tienen mayor relación con nosotros —respondió.

—Porque considero la privacidad de mis clientes extremadamente valiosa —Sebastian se llevó las manos a los bolsillos y miró al fin a Drake—. Visto eso ¿qué te hace pensar que voy a contarte lo que acabo de hablar con la señorita Hatley cuando ni siquiera se me ocurriría decírselo a mi esposa?

Drake sostuvo su mirada; en otras circunstancias, quizá se lo habría tomado a la broma y hubiera replicado alguna tontería solo por el gusto de hacerlo rabiar; pero sentía una desagradable frialdad asentada en el pecho que no sabía cómo desaparecer.

—Lo pregunté porque dijiste que estaba en peligro y creí que podría ayudar —respondió en tono tenso.

—No he dicho eso en ningún momento. Solo le advertí de ir con cuidado precisamente para evitar que se ponga en una situación que sí podría ser peligrosa. Pero la señorita Hatley es una joven juiciosa, como ha demostrado el hecho que viniera a consultarme, así que no creo que haya nada por lo que debamos preocuparnos.

Drake abrió la boca para discutir, pero reparó que aun cuando su amigo lo veía con cierto hartazgo, algo habitual en él, lo que implicaba que encontraba su curiosidad solo molesta y en absoluto importante, Giselle se mostraba algo más interesada, incluso alerta.

—¿Por qué iba a preocuparme? Ella ni siquiera me importa—Replicó él entonces en tono aburrido—. Solo me pareció extraño.

Sebastian se encogió de hombros.

—Bien, en ese caso tendrás que contener tu curiosidad; si las sospechas de la señorita Hatley llegan a algún resultado concreto, tal vez entonces te pida tu ayuda, pero eso será más adelante. Ahora vamos a ocuparnos de algo más importante. Tengo una pista de dónde está Jenkins.

Drake abandonó la expresión de falso desinterés en un instante.

—¿Dónde? —Preguntó sin disimular su ansiedad—¿Estás seguro?

Sebastian asintió y fue al perchero para tomar sus cosas al tiempo que le hacía un gesto para que lo siguiera.

—Muy seguro —declaró—; pero tenemos que movernos ahora mismo. Giselle, si alguien viene a buscarme...

—Le diré que haga una cita —lo atajó su esposa con una sonrisa.

—Exacto —Sebastian le devolvió el gesto, algo que solo parecía hacer cuando se trataba de ella, pero se puso serio al dirigirse nuevamente a Drake—. Vamos ya. Si tenemos suerte y encontramos a Jenkins, quizá podremos resolver este asunto de una buena vez.

Drake se dijo que no debería sentirse sorprendido de que alguien como Jenkins terminara en el lugar al que Sebastian lo llevó luego de tomar un coche de alquiler y recorrer media ciudad.

Los fumaderos de opio eran tristemente populares en Londres y no resultaba difícil encontrar uno si sabías dónde buscar. Drake siempre había considerado una suerte cuán poco atraído se sentía él por esa clase de cosas; tal vez hubiera tenido una mala cabeza en su juventud, como le gustaba señalar a sus padres, pero ahora, siendo un hombre, era consciente de las mil y una ocasiones en que habría podido tomar una decisión que arruinara su vida.

—No iremos por el frente; no nos dejarán pasar del umbral de la puerta en cuanto me reconozcan.

Sebastian se había detenido de golpe en medio de la calle y Drake se obligó a prestarle atención. Había un edificio unos pasos por delante que ocupaba casi toda la esquina y lo reconoció como uno de los que albergaban al menos dos plantas repletas de salas en las que miembros de la sociedad se reunían para jugar y consumir el opio que una corte de sirvientes les ofrecían como si fuesen canapés.

Ser amigo de Sebastian tenía esas cosas, pensó él entonces con una mueca: si había un tugurio en la ciudad, él tenía que conocerlo aun cuando fuese solo de nombre.

—¿Vamos por la entrada trasera, entonces? —Preguntó él en voz baja.

—Mejor una de las laterales; está cerca de las cocinas y el encargado insiste en que se mantenga entreabierta, aunque sin duda tendrá algo de vigilancia —soltó su amigo, sin explicar cómo era que lo sabía—. Espero que ahora sí hayas traído tu bastón.

Drake asintió y lo siguió en silencio cuando se puso en camino. Luego de bordear la entrada, en la que vieron un pequeño grupo agolpado junto a la puerta, se dirigieron al lateral del edificio.

Tal y como Sebastian había advertido, se encontraron con un hombre apoyado junto a una puertecilla abierta de par en par.

—Buenos días —saludó Sebastian con el sombrero en alto tras intercambiar una rápida mirada con Drake—. Necesitamos entrar.

Drake puso los ojos en blanco. Extraordinaria forma de dejar sentadas sus intenciones, se dijo mientras veía al hombre, que era enorme, ir hacia ellos. No habría podido asegurarlo, pero le pareció que, debajo de sus rasgos orientales, había cierto aire escandinavo. Supuso que era uno de los muchos empleados que las mafias chinas contrataban como fuerza bruta; mientras resguardaran sus bienes, sus orígenes les importaban poco.

—Vayan por el frente.

La voz del hombre, ronca y seca, lo puso en alerta. Él no iba a intentar disuadirlos, comprendió, y por la forma en que miró a Sebastian, como si lo reconociera de algo, supo que estaba más que dispuesto a librarse de ellos sin hacer demasiadas preguntas.

Como si Sebastian hubiese llegado a la misma conclusión, Drake lo vio encuadrarse ante el hombre con rapidez y, antes de que este atinara a reaccionar, le propinó un potente empujón que lo hizo trastabillar.

—Drake, el bastón.

Él no necesitó que lo repitiera. Sin vacilar, alzó la vara sobre su cabeza y, cuando el hombre fue hacia adelante para embestir a Sebastian como un toro furioso, le pegó con él en la nuca con un sordo golpe que lo dejó oscilando con pasos débiles y expresión aturdida.

Su amigo, que había sido muy insistente durante sus clases de *bartitsu* respecto a qué puntos debía golpear para sacar de circulación a alguien sin provocarle un daño mayor, se apresuró a sostenerlo por las axilas y, tras arrastrarlo hasta tenderlo tras un grupo de barriles, le hizo un gesto para internarse en el edificio.

«No ha sido muy difícil», pensó Drake mientras iba tras él, sus pasos resonando en el corredor y con el desagradable recuerdo de su visita al teatro todavía latente en su mente. A diferencia de entonces, sin embargo, en que no se habían topado con nadie hasta que aquel desconocido intentó asesinar a Sebastian, ahora sí que se dieron de bruces con un lugar atestado.

Luego de atravesar un corto pasillo, se hallaron en una amplia sala donde la gente iba y venía con prisas. Había hombres con trajes elegantes, aunque sin duda mucho menos de lo que lo eran cuando habían llegado; sirvientes con ropajes coloridos, y algunas mujeres, a todas luces

también empleadas de la casa por la forma en que se afanaban en atender a los clientes mientras ellos les sonreían con expresiones que delataban distintos grados de intoxicación.

—No mires a nadie a los ojos y procura pasar desapercibido; haz como si fueses uno más de ellos. No tengo idea de dónde estará exactamente Jenkins, si es que realmente está aquí, así que vamos a tener que ir con mucho cuidado —susurró Sebastian a su oído.

Drake cabeceó y se mantuvo a su lado en tanto se mezclaban con el resto de la gente. Recorrieron varias salas, primero las más bulliciosas; pero allí solo encontraron a algunos hombres jugando a las cartas congregados en grupos pequeños alrededor de unas mesitas cubiertas por un paño de un rojo encendido. Cada sala estaba custodiada por dos o tres hombres muy parecidos al que habían encontrado al llegar.

Por lo demás, el ambiente era alegre y extremadamente enrarecido; el humo sumía la estancia en una atmósfera extraña y perturbadora que le resultó desagradable. Jamás había logrado tolerar ese olor, aunque por la expresión en el rostro de Sebastian mientras barría cada estancia con expresión alerta, fue evidente que a él no le molestaba tanto; apenas parecía notarlo.

—Vamos al segundo piso; temo que, si Jenkins está aquí, ha de encontrarse en muy malas condiciones.

Drake asintió a las palabras de su amigo sin hacer preguntas; no creyó que fuera el momento y, además, podía hacerse una idea bastante clara de a qué se refería.

Luego de abandonar la última sala, se dirigieron a la escalinata un tanto desvencijada que habían visto a un lado del vestíbulo; parecía que nadie la había encerado en mucho tiempo y gruesas astillas sobresalían de los peldaños. Había menos gente por allí; pero vieron a un par de mujeres sosteniendo a un hombre de complexión corpulenta que apenas parecía tenerse en pie. Ellas lo alentaban a subir susurrándole palabras al oído al tiempo que, notó Drake con astucia, intercambiaban miradas complacidas entre ellas.

«Allí va una víctima para el matadero», pensó él al imaginar todo lo que podrían obtener de aquel desgraciado en ese estado.

Antes de que pudiera decir algo, sintió el brazo de Sebastian alrededor del cuello y se sorprendió cuando tiró de él como si necesitara apoyarse en algo para no terminar tendido sobre la alfombra.

—Sube despacio, que no se te vea muy seguro, y recuerda: no mires a nadie a los ojos —indicó su amigo en tono casi imperceptible.

Drake captó sus intenciones al vuelo y asintió al tiempo que encorbaba los hombros e iniciaba la lenta subida aparentando cierta inestabilidad en sus pasos. Sebastian, en tanto, tenía los ojos entrecerrados y se apoyaba con la mano libre sobre la balaustrada.

Cuando se encontraron en lo alto de la escalinata, dieron una mirada velada por el corredor oscuro en el que se bifurcaba el camino, y Sebastian tiró de su manga para que fuera por el lado izquierdo.

El olor allí era aun más intenso; tanto que Drake tuvo que obligarse a respirar más despacio y con menor profundidad. Las salas dispuestas a lo largo del camino eran muy similares a las del piso inferior, pero tenían menos mobiliario. Varias de las mesas habían sido reemplazadas por mullidos jergones en los que algunos hombres permanecían tendidos en un estado de semi inconciencia mientras seguían con mirada perdida el ir y venir de las mujeres que de vez en cuando se inclinaban sobre ellos para dejar unos paquetitos en sus manos temblorosas.

—Va a ser difícil dar con Jenkins aquí —señaló Drake en tono bajo.

Sebastian cabeceó; él debía de haber llegado ya a la misma conclusión. No solo era

complicado acercarse a alguien sin llamar la atención, sino que la vigilancia parecía ser mayor allí.

—Voy a necesitar que distraigas a los guardias, y a ser posible también a las mujeres mientras yo busco a Jenkins —indicó él en tono determinado.

—¿Y cómo esperas exactamente que haga eso?

—No lo sé. Ya pensarás en algo; siempre se te ha dado bien atraer la atención.

Drake ahogó un resoplido, sin responder. Tal vez tuviera un particular don para cautivar a la gente, pero prefería no usarlo cuando su vida estaba de por medio, pensó mientras se apartaba de Sebastian para hacer lo que le había pedido.

Luego de medir la situación con rapidez, se dirigió a una mujer muy delgada y de rostro apagado que permanecía de pie junto a un mueble. Había varias jofainas sobre él y ella se ocupaba de vaciar el agua limpia que llevaba en una garrafa con expresión concentrada.

—Me duele la cabeza —dijo él con un estudiado tono pastoso— ¿Podría darme un poco de eso?

La mujer levantó la mirada de golpe y Drake notó que era muy joven; además, también le pareció que se veía algo temerosa. Él forzó su mejor sonrisa y eso pareció tranquilizarla porque, tras dudar, tomó un pocillo y lo llenó con un poco de agua que le tendió sin mirarlo a los ojos.

Drake se acercó algo más sintiéndose culpable por lo que iba a hacer. No pretendía asustar a la chica más de lo que se sentía, pero no se le ocurría otra forma de llevar a cabo el plan de Sebastian.

Ella reculó al notar su cercanía y él dio otro paso más. Estuvieron así por algunos segundos hasta que ella, nerviosa, golpeó el codo contra el borde del mueble y una de las jofainas fue a parar contra el piso, arrancando un sonido que en la estancia, medio silenciosa, resonó como un látigo.

Montones de trozos de porcelana se desperdigaron de un lugar a otro y la joven se inclinó para intentar recogerlos; Drake hizo otro tanto, pero tuvo cuidado de dar una puntapié a una de las patas de la mesa para que se desestabilizara y los otros jarrones cayeran también.

Fue tal el estrépito que provocó que no le extrañó que cada uno de los guardias corrieran hacia allí hablando en un idioma que él no entendió. Se deshizo en disculpas con la voz en alto, sus brazos sobre la cabeza al notar la hostilidad con que lo veían; en tanto, buscaba a Sebastian por el rabillo del ojo y notó que se movía por la sala con rapidez, inspeccionando cada rostro que le salía al paso.

«Date prisa», pensó Drake al notar que uno de los hombres lo señalaba con un gesto brusco y que lo veía con desconfianza.

Una vez más, buscó a Sebastian y estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio cuando lo vio hacer un gesto para atraer su atención. Un bulto desmadejado reposaba a sus pies y Drake tuvo la latente sospecha de que acababa de encontrar a Jenkins.

Con una nueva sonrisa, ahora menos brillante, inclinó la cabeza para dirigirse a los hombres en ademán de disculpa, y fue retrocediendo con cuidado, muy consciente de que ellos no le perdían la vista de encima.

No fue con Sebastian; eso habría sido como poner una diana sobre el pecho de ambos y sabía que su amigo necesitaba pasar tan desapercibido como fuese posible si querían salir vivos de allí, así que se dirigió a la puerta con andar desenfadado y se perdió por el corredor hasta llegar al final del mismo. Entonces, se detuvo de golpe y pegó la espalda a la pared.

Esperando.

No pasaron más de diez minutos hasta que vio la alta figura de Sebastian aparecer con un andar tan inseguro como el que había mostrado al subir. Al verlo, asintió, aprobador y le dirigió una breve mirada de reojo.

—Vamos; ya hemos acabado aquí —murmuró él.

—¿Y Jenkins?

—No hay nada que podamos hacer por él ahora.

Drake frunció el ceño, pero confiaba lo suficiente en el criterio de su amigo para saber que él debía de tener razón, y lo lamentó por Jenkins.

Cada paso que los condujo a la salida fue como andar por un campo minado. Andaban con cuidado y mirando sobre su espalda cada dos segundos, inquietos ante la posibilidad de que los siguieran. Habían pasado poco tiempo allí, pero Drake no hacía más que calcular cuánto pasaría antes de que el hombre al que habían dejado fuera de combate en la entrada recuperara la consciencia y diera la voz de alarma.

Pudieron salir con cierta facilidad, sin embargo, y aquello se debió a que, al parecer, se desató cierto alboroto en una de las salas de juego, que atrajo a la mayor parte de los guardias. Mientras ellos se apresuraban a cruzar la puerta de entrada, estos se ocupaban de restaurar el orden.

—Supongo que hiciste algo con las cartas mientras estuviste allí.

Drake hizo el comentario una vez que se hallaron fuera del edificio. El aire, que en una ciudad como Londres estaba lejos de considerarse puro, en ese momento, no obstante, luego del tiempo pasado dentro de aquel tugurio, le pareció el más límpido que había respirado en su vida.

—Tal vez cambié una baraja o dos.

Sebastian respondió con una sonrisa satisfecha luego de hacerle un gesto para que apresurara el paso y así alejarse lo antes posible de allí.

—¡Qué sorpresa!

—Necesitábamos una buena distracción para salir, y ya sabes cómo se caldean los ánimos en ese tipo de lugares. Dudo que pase a mayores, de cualquier forma; esos hombres están demasiado emponzoñados como para mantener la indignación durante demasiado tiempo.

Drake asintió y su rostro adquirió una expresión seria.

—¿Así de mal estaba Jenkins? —Preguntó.

Sebastian exhaló un suspiro de pesar.

—Peor —dijo—. Intenté disuadirlo de que me permitiera ayudarlo a salir de allí, pero no hubo forma, y no pude forzarlo porque eso nos habría puesto a los tres en peligro. Tan pronto como volvamos a la oficina enviaré una nota a Rivers para explicarle lo ocurrido y ver si hay alguna forma de enviar unos agentes para sacarlo de allí.

—Supongo que será egoísta de mi parte esperar que pese a su estado haya podido decirte algo que nos sea de utilidad.

Su amigo hizo una mueca y sacudió la cabeza con suavidad.

—No hay nada de egoísta en eso, Drake; cualquier otro en tu lugar pensaría lo mismo —aseguró—. Y lo cierto es que sí que dijo un par de cosas que creo que podrán servirnos; pero lo mejor será que te lo cuente en la oficina. Quiero poner buena distancia entre ese lugar y nosotros; y escribir a Rivers lo antes posible.

Drake no dijo más, aunque sintió la esperanza renacer en el fondo de su pecho. Mientras tomaban un coche de alquiler que, por indicación de Sebastian, se dirigió a toda velocidad a la agencia, se dijo que tal vez debiera controlarla un poco; solo para evitar llevarse un chasco.

Capítulo 9

Lucy miró su reflejo en el espejito de mano que llevaba en el bolso y procuró que sus manos no temblaran mientras lo sostenía ante ella; su rostro enmascarado en una expresión fría e indiferente que jamás habría engañado a alguien que la conociera bien.

«Era una suerte que su jefe no le hubiera dado nunca ninguna importancia a profundizar en los matices que componían su carácter», se dijo con cierto alivio entonces.

Era una mañana cálida y algo aburrida en la oficina, lo que ella tomó como una oportunidad de hacer lo que el señor Wainhouse le había recomendado.

El señor Smithson aun no había llegado, un hecho poco común; pero Lucy sabía que aquello se debía a que el primer ministro le había hecho llegar una invitación el día anterior para reunirse en el club del que ambos eran miembros. Su jefe no lo mencionó al recibir la nota que Lucy le entregó, pero ella suponía que ese encuentro debía estar relacionado con el último informe que había mecanografiado para que lo enviara a Downing Street.

Tal vez las gestiones del señor Smithson empezaran a dar sus frutos, supuso; o quizá se llevara un regaño por mostrarse demasiado ambicioso respecto al nuevo presupuesto que esperaba que se les asignara.

Como fuera, Lucy calculaba que su jefe no aparecería por allí hasta pasado el mediodía, lo que le daba suficiente tiempo para dar una mirada en su oficina sin despertar sospechas.

Con el corazón acelerado, tomó la libreta que solía usar para tomar el dictado, y unas cuantas carpetas elegidas al azar. Era importante que, si alguien iba a buscarla y la encontraba dentro del despacho, creyera que solo estaba poniendo un poco de orden y preparándose para la llegada del director.

La estancia que el señor Smithson resguardaba como si fuese un pequeño reino era cinco veces más grande que la salita en la que Lucy pasaba buena parte del día. Los paneles de roble que la recubrían, por elegantes que fueran, a ella siempre le habían parecido un poco opresivos; casi tanto como los trofeos de caza que su jefe había hecho colgar con orgullo sobre la chimenea y por encima de su escritorio.

«Monstruosidades», pensó Lucy con una mueca de desagrado mientras procuraba mantener la mirada lejos de la cabeza de ciervo que le recordó dolorosamente a algunos de los animales con los que había crecido.

El señor Smithson era un hombre bastante metódico, de modo que la superficie de su escritorio se veía muy ordenada considerando el volumen de documentos y otras cosas de las que debía ocuparse a lo largo de la jornada. Lucy sabía que había una carpeta específica para cada asunto y que todas se encontraban ordenadas al detalle en las estanterías. Ella las inspeccionaba con frecuencia para tomar algún legajo que debía revisar o introducir sus propios apuntes.

No era allí donde creía que fuera a encontrar lo que buscaba, aunque aún no estuviera segura de qué era eso. Aun así, se permitió dar una mirada para asegurarse de que estaba en lo cierto y, en efecto, tras una inspección detallada, descubrió que así era: no había nada fuera de lo normal.

Con un suspiro, se dirigió al escritorio que dominaba la estancia y revisó cada uno de los papeles que encontró allí, pero todos habían pasado en algún momento por sus manos, comprobó con un gesto de frustración. Revisó los cajones, un poco avergonzada por el simple hecho de hacerlo; jamás se había tomado esa libertad y por un instante estuvo a punto de dar media vuelta

y salir corriendo.

Su padre la sermonearía por horas de saberlo.

Pero entonces recordó la charla que había oído entre el director y aquel hombre, y cómo el señor Wainhouse se había mostrado de acuerdo con ella al encontrar extraño todo aquel asunto cuando le habló al respecto.

No estaba siendo curiosa o indiscreta; allí estaba ocurriendo algo raro que podía tener terribles implicancias para mucha gente y habría sido una negligencia de su parte no hacer algo para descubrirlo.

Con una nueva oleada de determinación, terminó de revisar los papeles y frunció el ceño ante la carencia de resultados, pero no se dejó desalentar; era algo que ya había contemplado y el señor Wainhouse le había dado un par de consejos respecto a qué hacer en ese caso.

Rebuscó en su cabello y tomó una horquilla alargada que sostuvo entre los dedos mientras usaba la mano libre para palpar la superficie del escritorio, pero no percibió ninguna protuberancia que delatara un compartimento secreto. Luego, hizo lo mismo con el borde del mueble y, al fin, se hincó sobre la alfombra para revisar la parte baja de los cajones. No encontró nada en el primero ni el segundo, pero en el último...

Una desigualdad en la madera le llevó a entrecerrar los ojos y se puso casi de cabeza para inspeccionar mejor la zona. Había una leve rendija en la que introdujo la horquilla y fue maniobrando con mucho cuidado, tal y como el señor Wainhouse le había instruido. El chasquido que le arrancó al mecanismo la hizo sonreír, triunfante y, tras atisbar por encima del escritorio para asegurarse de que no había nadie, tiró del cajoncito oculto con mucho cuidado.

Encontró dos folios, unas cuantas plumas, una llave antigua que, estaba segura, no abría ninguna puerta de la oficina y, lo que estuvo a punto de hacerla pegar un brinco, un pesado revólver que no se atrevió a tocar.

Los folios, en cambio, sí que terminaron abiertos sobre su regazo y tardó un momento en desentrañar la letra menuda y algo imprecisa de su jefe. Había cifras, sobre todo, y también muchas abreviaturas, lo que le hizo aún más difícil encontrarle algún sentido, pero entonces dio cuenta de que se trataba de algún tipo de cuentas, y con montos muy elevados.

¿Se trataba de pagos por determinados artículos, o algún tipo de servicios? ¿O tal vez fuesen cobros?

Lucy dejó escapar un resoplido y tomó su libreta para transcribir lo que veía. Los folios eran más bien pequeños, así que no le tomó demasiado tiempo; lo que, como comprobó poco después, fue una suerte porque de otra forma habría sido descubierta.

Acababa de asegurar el panel secreto, rogando porque el director no se diera cuenta de lo que había encontrado, cuando oyó unos pasos en la sala vecina. Asustada, intentó ponerse de pie, pero se enredó con sus faldas y cayó de rodillas sobre la alfombra con las manos ante ella para evitar irse de cabeza.

Fue así como la encontró el agente Rivers, que se detuvo de golpe en el dintel de la puerta y se le quedó mirando con ojos desorbitados antes de atinar a ir hacia ella para ayudarla a levantarse.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Se encuentra bien?

Lucy atendió a sus preguntas con una cabezada y tomó su mano para recuperar el equilibrio mientras se ponía en pie.

—Estoy bien, muchas gracias, es solo que... —ella miró de un lado a otro, titubeante—. Vine a dejar unos papeles para el director y... me tropecé con la alfombra. He estado a punto de

golpearme contra el escritorio.

Se sintió terriblemente culpable al oír la exclamación del policía, que la observó de pies a cabeza como si quisiera asegurarse de que no tenía ninguna herida de gravedad.

—¡Qué barbaridad! —dijo él—. Pero ¿está segura de que no se ha hecho ningún daño?

Lucy sacudió la cabeza de un lado a otro y dio un paso hacia atrás mientras soltaba su mano al darse cuenta de que el agente aun la sostenía con bastante ímpetu.

—Ha sido un descuido de mi parte, pero nada por lo que preocuparse, gracias —ella tomó su libreta y la metió con discreción en el bolsillo de la falda para luego dirigir al hombre una tensa sonrisa— ¿Necesitaba algo?

El agente Rivers suspiró, aun con la mirada prendida en su rostro, y Lucy pensó que tanta atención resultaba un poco desconcertante.

—Nada importante, en realidad —indicó él tras vacilar un momento—. Solo pensé que como el señor Smithson no ha llegado aún, podría pasar a saludarla.

—¡Ah! —Lucy frunció el ceño—. Es muy amable de su parte; supongo que todo debe de estar muy tranquilo allí abajo si tiene tiempo para pasar por aquí.

Supo que había sido un poco brusca en cuanto vio la expresión en el rostro del policía, pero aun estaba nerviosa por haber estado a punto de ser descubierta husmeando entre las cosas de su jefe.

Se obligó a serenarse porque el pobre hombre no tenía la culpa de nada y fue algo más amable al dirigirse a él nuevamente, ahora incluso con una sonrisa animada.

—¿Por qué no me acompaña a beber un poco de té? No he parado en toda la mañana y seguro que a usted le habrá ocurrido lo mismo; nadie nos criticará porque nos tomemos un pequeño descanso —sugirió haciéndole un gesto para que la siguiera fuera del despacho.

Luego de asegurar la puerta tras ella, Lucy se dirigió a un anaquel en el que guardaba un par de tazas y una estufita a parafina que encendió con cuidado. Aquel era el que consideraba el gran lujo de su posición como secretaria del director en aquella entidad. Seguro que sus colegas en las otras dependencias no contaban con algo como eso, supuso en tanto servía unas cuantas hebras de té en las tazas y oía al agente Rivers recitar las que habían sido sus labores del día.

—Como ve, se puede decir que tenía razón hace un momento: no ha sido una mañana muy ocupada —dijo él tomando la taza que la joven le tendió.

—Bueno, ya sabe lo que dicen; a veces estos momentos de calma anteceden a otros muy ajetreados.

—Espero que esté en lo cierto; soy un hombre de acción y estos periodos de inmovilidad pueden resultar muy aburridos.

Lucy ocultó una sonrisa al llevarse la taza a los labios; por lo que había tenido ocasión de ver en todo el tiempo que llevaba conociendo al policía, era evidente que eran precisamente esos momentos de inmovilidad los que más valoraba; pero no se le ocurrió mencionarlo. En su lugar, se encontró haciendo una pregunta que bullía en su garganta desde hacía días y que, si tuviera un ápice de sentido común, se dijo con disgusto, ni siquiera debería haber considerado.

—¿Y cómo va ese desagradable asunto en el que se vio envuelto el señor Hayward? —Inquirió en tono carente de emoción— ¿Ha habido alguna novedad?

El agente Rivers alzó las cejas, como si se encontrara sorprendido por su pregunta, y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nada en especial —respondió tras considerarlo un momento—. Aunque...

Él calló y Lucy frunció el ceño.

—¿Aunque qué? —Indagó ella.

—No creo que sea nada importante.

—¿De qué se trata exactamente?

El policía chasqueó la lengua y miró en dirección a la puerta antes de dejar su taza sobre el escritorio, demasiado cerca de la máquina de escribir para gusto de Lucy, y se acercó a ella con expresión de confidencia.

—Podría no tener mayor importancia; estoy convencido de que así y por eso no se me ha ocurrido comentarlo con el director, pero el señor Wainhouse asegura que ha hecho un descubrimiento importante —confió él en tono bajo.

—¿Qué clase de descubrimiento?

—¿Recuerda a aquel hombre que el señor Hayward mencionó como su acompañante esa noche infausta?

—El que desapareció.

El señor Jenkins, se dijo Lucy con un rayo de entendimiento iluminando su mente. Para su absoluta sorpresa, recordaba con bastante claridad todo lo relacionado con el caso del señor Hayward, aunque en ese momento no se permitió considerar cuál era el motivo de que fuese tan importante para ella.

—El mismo —indicó el agente, al parecer complacido de que pudiera seguirle la línea de pensamiento con tanta rapidez—. Creíamos que se lo había tragado la tierra, lo que, confieso, solo asentó mi idea de que el señor Hayward era en efecto culpable de lo que se le acusa; pero el señor Wainhouse acaba de informarme de dónde se encuentra y, aun más, he enviado ya a un par de hombres para que lo saquen de allí.

Lucy frunció el ceño al reparar en la expresión de disgusto que asomó al rostro del hombre.

—¿Que lo saquen de dónde? —Inquirió ella.

Él se encogió de hombros.

—Un lugar de mala reputación —respondió, sin profundizar en ello—. Lo importante es que Wainhouse asegura que pudo hablar con él y que le aseguró que, si bien no podía recordar con claridad lo ocurrido aquella noche, estaba convencido de que el señor Hayward no solo no conocía a la víctima con anterioridad, sino que dudaba mucho de que él hubiera sido capaz de hacerle algún daño.

Lucy sintió una extraña mezcla de alivio y confusión ante esas noticias, aunque fue la segunda emoción la que cobró mayor importancia cuando sus ojos inspeccionaron el rostro del policía.

—Supongo que eso no será suficiente para librar al señor Hayward de las sospechas —tanteó ella.

—En absoluto; de allí que no le encontrara sentido a mencionarlo al señor Smithson —asintió él—; pero Wainhouse puede ser muy insistente y no me dejará en paz hasta que haya hablado con el tal Jenkins. Él asegura que, una vez que se encuentre... ¿Cómo decirlo? Restablecido, será posible que nos diga algo más. Supongo que lo comprobaremos pronto.

Lucy cabeceó.

—Claro. Comprendo a lo que se refiere —dijo por mencionar algo.

Lo cierto era que no lo hacía mucho; de pronto, sin saber por qué, sintió un pesado fardo de decepción asentado en su estómago.

¿Por qué le importaba tanto?, se preguntó, fastidiada. ¿Por qué no podía solo olvidarlo?

¿Qué más le daba a ella lo que le ocurriera a ese hombre?

—Wainhouse volverá para volverme loco en cualquier momento, ya se lo digo —el agente continuó al cabo de un momento, ignorante de sus desconcertantes pensamientos—. Espero acabar con este asunto pronto porque empieza a resultar molesto. Y ya se lo he comentado antes: lo siento por el señor Hayward, por quien no tengo nada en contra, pero lo mejor será que se den por vencidos y dejen que la ley siga su curso. Si lo que corresponde es que reconozca su culpa, lo más sensato sería que lo haga de una vez.

Lucy hizo un gesto vago y giró para rellenar nuevamente su taza; una garra le atenazó el estómago, pero procuró hacer como si no la sintiera. En su lugar, pensó en el peso de la libreta en su bolsillo e intentó convencerse de que no había nada más por lo que debiera preocuparse.

Lo que ocurriera con el señor Hayward no era asunto suyo y ya era hora de que lo asumiera.

—A ver, vamos a intentarlo de nuevo: es imprescindible que procures enumerar uno por uno todos los recuerdos que conserves de esa noche. Seguro que puedes hacerlo ahora que te sientes un poco mejor ¿no?

Drake tomó una bocanada de aire y apartó la mirada de la ventana para posarla sobre el hombre tendido sobre la cama con doseles que dominaba la estancia en la que se encontraba.

Él y Sebastian habían llegado hacía apenas unos minutos y en ese momento este último permanecía de pie con las manos en los bolsillos y el cuerpo inclinado hacia adelante en ademán atento mientras observaba al desfallecido que apenas lograba mantenerse consciente.

Richard Jenkins había sido un joven atractivo durante su periodo de estudios y siempre había conseguido sacar partido tanto de ello como de la fortuna de su familia; algo similar a lo hecho por Drake, aunque a él le gustaba pensar que allí se acababan las diferencias.

Mientras que Jenkins se había dedicado a malgastar su dinero y labrarse una reputación de botarate perdido, Drake había alternado sus periodos de disipación con otros más productivos, como todos aquellos en los que ayudó a Sebastian y Elara durante la resolución de sus casos más complicados.

Además, había llegado a cierta edad en la que le costaba verse a sí mismo como un ente sin rumbo que vivía el día a día sin considerar el mañana; algo que, era evidente, parecía ser lo único a lo que su viejo compañero de escuela aspiraba.

—Ya te lo dije; apenas recuerdo nada. Creo que si no me hubieran sacado de allí habría terminado muriendo sin poder evocar ni el más mínimo recuerdo. Por como siento la cabeza ahora, creo que eso no habría sido tan malo.

Drake hizo una mueca al oír el tono quejumbroso de Jenkins e intercambió una rápida mirada con Sebastian. Tal y como había anunciado que haría, él se había puesto en contacto con el agente Rivers para hablarle de su descubrimiento acerca del lugar en que se encontraba el testigo que buscaba e incluso se ofreció a ir con los agentes que enviara para mostrarles el camino.

El policía no aceptó, como era de esperar, pero tan pronto como logró arrancar a Jenkins de aquel antro y asegurarse de que sobreviviría, lo envió a casa y avisó a Sebastian con la promesa de que tomaría en cuenta cualquiera cosa que Jenkins dijera cuando lo interrogara. El hombre no lo mencionó entonces, pero todos sabían que Sebastian no iba a esperar a que eso ocurriera; no sin antes hacer por sí mismo las preguntas que considerara pertinentes.

Y por eso se encontraban allí; apenas unas cuantas horas después de que logran

reanimar a Jenkins quien, con una buena cantidad de comida caliente en el estómago y tras una meticulosa sesión de aseo, obra de su sacrificado valet, al menos parecía lo bastante consciente para entablar una charla.

—No dudo de que te sientas mejor pronto, pero tenemos prisa y es imprescindible que hagas un esfuerzo por recordar —Sebastian insistió en tono seco y poco amistoso; a él Jenkins nunca le había resultado ni remotamente simpático—. ¿Qué ocurrió el día que fuiste en busca de Drake?

—Pero eso ya lo sabes ¿no se lo has contado, Drake?

Jenkins dirigió a Drake sus ojos inyectados en sangre, pero antes de que él pudiera responder, Sebastian se adelantó con un chasquido de impaciencia.

—Claro que me lo ha contado; pero también hay vacíos en su historia y el relato de dos personas nunca es idéntico; necesito saber cómo recuerdas tú las cosas y, a ser posible, que sea al detalle.

—Pero...

—Haz un esfuerzo, Jenkins; te recuerdo que nos jugamos la vida al irte a buscar a ese cuchitril y que de no ser por nosotros aun continuarías allí; eso y cuando no te hubieran sacado ya con los pies por delante.

«Qué sutil, Sebastian», pensó Drake con una mueca al oír a su amigo; aunque, por la cara que puso Jenkins entonces, fue obvio que había dicho lo adecuado para forzarlo a ayudarlos.

—Está bien —el hombre echó la cabeza hacia atrás y su cabello oscuro y opaco se desperdigó sobre la almohada—. Pero es poco lo que puedo recordar con claridad.

—Ya veremos.

Luego de exhalar un suspiro, Jenkins inició su historia.

—Una vieja conocida me habló de ese teatro; dijo que había espectáculos muy buenos y que poca gente lo conocía, así que podríamos estar a gusto —dijo él en tono carente de emoción—. Aun así, me pareció que la zona en que se encontraba podía ser un poco peligrosa, así que se me ocurrió invitar a Drake porque a él se le da bien desenvolverse en esa clase de lugares.

El aludido alzó una ceja y contuvo un resoplido.

—¿Y luego? —lo apuró Sebastian.

—Fui a hablar con Drake a su casa y él dijo que iría con mucho gusto —Jenkins puso los ojos en blanco al oír el carraspeo proveniente de Drake—. Está bien. No pareció que la idea le tentara mucho en un primer momento, pero le pedí que lo hiciera como un favor porque no quería ir solo y también lo convencí de que valdría la pena. Acordamos encontrarnos a las afueras del teatro porque él dijo que quería pasar primero a ver a su familia.

A Drake le alivió comprobar que, al menos hasta allí, sus recuerdos coincidían a la perfección.

—Cuando estuvimos en aquel lugar... —el convaleciente hizo una mueca de desagrado — no fue difícil darse cuenta de que ni el teatro era la gran cosa ni los espectáculos valían mucho la pena; pero ya estábamos allí y hubiera sido una tontería marcharnos tan pronto, así que decidimos quedarnos un poco más por si mejoraba. Fue entonces que mi amiga se reunió con nosotros.

—Y no perdiste el tiempo en irte con ella.

El tono de Drake fue un poco acusador, pero no le importó, y Jenkins tuvo la gentileza de parecer avergonzado.

—Tú habrías hecho lo mismo —se defendió con voz tirante—. Estaba aburrido y no se

me ocurrió qué más hacer. Supuse que estarías bien solo, o que encontrarías a alguien más que te hiciera compañía. Y eso fue lo que ocurrió ¿no?

Sebastian intervino antes de que Drake pudiese decir nada; aunque su rostro se veía tan falto de emociones como hasta entonces, había un brillo en su mirada que delataba que habían llegado a un punto que le interesaba de forma especial.

—Es a partir de aquí donde necesitamos que seas extremadamente detallado, Jenkins —indicó, sin que diera la idea de que fuese un pedido amistoso sino una exigencia—. No te dejes nada; ni siquiera el más mínimo detalle, por nimio que pueda parecer.

El hombre suspiró y se llevó una mano huesuda a la sien.

—¿No podría tomar un poco de...?

Drake dio un paso hacia él y lo interrumpió antes de que pudiese terminar.

—No —declaró, tajante—, No vas a tomar un poco de nada ni a ponerte a dormir hasta que hayas terminado de contarnos todo lo que recuerdas.

Sebastian le dirigió una mirada aprobadora; debía de encontrar de lo más satisfactorio que alguien más en la habitación se mostrara tan demandante como él. A Jenkins, sin embargo, no pareció hacerle mucha gracia, pero debió de comprender que lo único que podía hacer era complacerlos.

—Cuando me fui con esta... amiga, bajamos un momento a mirar el espectáculo desde la platea —indicó él con el ceño fruncido como si se esforzara mucho por recordar—. No había una gran vista, pero era más, cómo decirlo, privado.

—Lo imagino —Drake arqueó una ceja.

—Nos quedamos un rato allí; quizá quince o veinte minutos, porque justo en ese momento se anunció un intermedio y mucha gente empezó a dirigirse al vestíbulo. Fue entonces que me fijé en qué estabas haciendo tú, Drake, porque, aunque te cueste creerlo, sí que estaba preocupado por ti. Era consciente de que estabas solo y que tampoco conocías el lugar —Jenkins ahogó un suspiro y parpadeó—. Cuando vi que no estabas solo me quedé mucho más tranquilo.

—Supongo que era la señorita Morrison la que se encontraba con él.

Jenkins cabeceó.

—No he sabido cómo se llamaba hasta que ustedes me hablaron al respecto —aseguró.

—¿Nunca la habías visto antes?

—No. Pero ya les he dicho que era mi primera vez en ese lugar.

Drake se cruzó de brazos e intercambió una mirada con Sebastian; su viejo camarada aun no les decía nada que pudiera serles de utilidad.

—Pero mi amiga... —Jenkins habló de nuevo luego de carraspear con un sonido ronco y grave—. Cuando mencioné que ya no te veías tan enfadado, dijo que era de esperar porque esa chica siempre conseguía poner a todo el mundo de buen humor.

—¿Eso dijo? —Preguntó Sebastian.

—Sí. Aseguró que era muy estimada por allí, y que si no fuera... —Jenkins arrugó el ceño y Drake supuso que estaría rebuscando en sus recuerdos— si no fuera porque le gustaba meterse en líos, le iría mucho mejor.

Sebastian ladeó el rostro en señal de interés.

—¿A qué clase de líos se refería?

—No lo sé.

—¿No?

—¡He dicho que no! —Jenkins golpeó la cama y miró de uno a otro con algo más de vida

en la mirada—. Luego de eso, mi amiga y yo dimos un paseo por el teatro porque quería mostrarme el escenario y después fuimos a uno de los camerinos y... lo que ocurrió luego no tiene nada que ver con esto.

Drake hizo una mueca; tenía una idea muy clara de lo que habría ocurrido luego entre Jenkins y su amiga. Pero, aunque, en efecto, él no creía que aquello tuviera nada que ver con él, Sebastian no pareció tan convencido porque lo observó aun con más curiosidad.

—¿Y luego? —Inquirió en tono frío.

—¿Luego qué?

—Una vez que tú y tu amiga terminaron con sus asuntos ¿qué fue lo que ocurrió? Aun no debía de haber amanecido —dedujo— ¿Volviste con Drake? ¿Oíste algo fuera de lo normal?

Jenkins frunció el ceño.

—No lo creo —él se encogió de hombros—. Cuando regresamos a la platea, tenía la intención de volver con Drake, sí, pero al mirar hacia donde lo había dejado, noté que seguía con esa mujer y que se veían muy cómodos; no le vi sentido a interrumpir. Además, mi amiga insistió en que me quedara con ella, y después...

—¿Después qué?

El hombre se llevó una mano a la sien.

—No estoy seguro; es ahí donde las cosas se ponen un poco borrosas —reconoció él con una mueca—. Creo... no, estoy seguro de que justo entonces se nos acercaron unos hombres.

—¿Qué hombres? —Preguntó Drake, atento.

—Nunca los había visto antes, aunque ellos me hablaban con mucha familiaridad. Ahora que lo pienso, es posible que pertenecieran a esos grupos que pululan en la zona de donde me sacaron.

Sebastian cabeceó.

—¿Serían chinos? —Tanteó.

—Sí, eso creo. En un primer momento me pareció un poco raro, pero entonces mi amiga dijo que los conocía y que querían ofrecerme algo.

Drake pudo hacerse una idea de lo que querían ofrecerle, pero no lo interrumpió.

—Me ofrecieron una bebida, y aunque al principio me resultó extraño, todos parecían tan amistosos que no se me ocurrió rechazarla. Bebimos un rato, y entonces parece que empezamos a hacer mucho ruido porque la gente a nuestro alrededor se quejó y nos pidió que nos marcháramos; estuve a punto de ir a los puños con uno de esos maleducados.

Drake recordó el disturbio que había escuchado en el teatro antes de que sus memorias se difuminaran del todo. Supuso, entonces, que aquello habría sido el altercado del que les hablaba Jenkins.

—De cualquier forma, no pasó a mayores —continuó él—. Uno de estos hombres que nos acompañaban zanjó el asunto con bastante rapidez. Aunque todos se veían muy amables, lo cierto era que también podían mostrarse amenazadores. Luego de eso, es poco lo que recuerdo. Continuamos bebiendo y charlando hasta que todo fue haciéndose más... impreciso, por así decir. No recuerdo mucho más. Lo único que tengo claro es que pareció transcurrir mucho tiempo y luego ya no me vi en el teatro sino en la habitación en la que me encontraron. O tal vez fuera en otra, no lo sé, pero seguro que se trataba del mismo edificio.

Sebastian se llevó las manos a los bolsillos al tiempo que asentía con suavidad.

—No puedes recordar nada más entre un periodo de tiempo y otro —resumió.

—No, en absoluto.

—¿Y sabes qué fue de tu amiga? ¿La señorita que te acompañó esa noche?

—No recuerdo haberla visto en ese lugar —indicó Jenkins—. Debió de quedarse en el teatro cuando me fui.

—Ya.

Un pesado silencio se instauró en la habitación y Drake casi pudo oír los engranajes en la mente de su amigo funcionando a toda velocidad. Cuando al fin habló nuevamente, lo hizo en un tono sosegado que, en su experiencia, significaba que aun había muchos cabos que necesitaba atar.

—¿Le has contado todo esto a la policía? —Preguntó.

—No me encontraba en el mejor estado para ello cuando fueron a buscarme —respondió Jenkins— ¿No debería decírselo cuando me interroguen?

—No. Hazlo, pero deja en claro que no puedes recordar la identidad de los hombres que al parecer te llevaron a ese lugar.

—Bueno, eso es verdad.

—Sí, pero sé muy insistente al respecto cuando se lo digas; que no quede ninguna duda. Jenkins se mostró tan intrigado como se sentía Drake.

—¿Por qué? —Preguntó él.

Sebastian dejó escapar un bufido impaciente.

—Solo hazme caso —ordenó—. Ahora vamos a necesitar las señas de esa amiga tuya.

—No creo que ella tenga nada que ver con esto.

Drake notó que Sebastian esbozaba una sonrisa escéptica.

—Creo que seremos nosotros quienes tengamos que asegurar eso —declaró, convencido—. Ahora danos esas señas y, por lo que más quieras, quédate en esa cama hasta que te hayas recuperado del todo porque te aseguro que ninguno de nosotros moverá un dedo para sacarte de otro tugurio de esos.

El rostro pálido de Jenkins cobró un poco de color al oír aquello y aunque Drake no habría podido asegurar si se debía al enfado o a la vergüenza, no dudó en sostener la mirada del hombre para dejar en claro que, en efecto, podía dar por seguras las palabras de su amigo.

Él ya tenía bastantes problemas por resolver y no pensaba volver a ocuparse de los suyos.

Capítulo 10

Al principio, Lucy sintió que estaba siendo un poco tonta; luego, que se imaginaba cosas debido al constante estado de nerviosismo en que se había encontrado durante toda la semana. Incluso intentó convencerse de que toda la culpa la tenía su mala conciencia.

Sin embargo, según fueron pasando los días y la sensación se hizo más palpable, decidió que ni era boba, ni histérica, y mucho menos culpable de nada.

Alguien la estaba siguiendo.

Era tan evidente para ella que le costaba creer que en algún momento hubiese podido pensar que se equivocaba.

Lo había sentido cuando abandonó el edificio de Scotland Yard hacía varias noches; y la sensación fue aun más notoria cuando se encontró cerca de casa y unos pasos resonaron tras ella durante todo el camino, aunque entonces no se atrevió a mirar sobre su hombro para comprobarlo.

También había sido evidente la tarde en que el señor Smithson la envió a dejar unos sobres en el correo porque el muchacho que se ocupaba de ello en la oficina no se había presentado a trabajar. Y cuando se encontró con una de sus compañeras en la sala de evidencias, esta dejó caer al vuelo que había visto a un hombre preguntando por ella a la anciana que vendía cerillas a unos metros del edificio cuando la temperatura bajaba por las tardes.

Entonces la joven había reído y se sonrojó como si se diera cuenta de que había sido indiscreta, pero a Lucy aquello le puso los pelos de punta. Cuando le preguntó cómo era aquel hombre, la otra secretaria solo mencionó que no lo había visto bien porque estaba de espaldas y que se había marchado con rapidez, pero que le había parecido muy alto y fornido.

De eso habían pasado un par de días y no había pasado un momento en que no hubiera dado un solo paso sin mirar sobre su hombro, angustiada ante la idea de toparse con aquel extraño que había ido a ver a su jefe y, quien creía, era quien debía de estar vigilándola.

«¿Cómo era que lo sabía?», se preguntó ella entonces. «¿Cómo podía haberse enterado de lo que había hecho?»

Lucy estaba convencida de que había sido muy discreta cuando inspeccionó la oficina de su jefe, y aunque desde aquella primera vez se había mostrado curiosa con todo lo que salía de allí; sus órdenes y las visitas que recibía, a su parecer nadie podría tachar su conducta de sospechosa.

Entonces ¿cómo...?

«¿Y si pretendía hacerle daño?», se planteó más de una vez, odiándose por el miedo que sintió al siquiera considerarlo, muy consciente de que aquel peligro no la acechaba solo a ella. Aunque su familia se encontraba lejos de Londres, había otras personas en la ciudad a las que estimaba y a quienes quería mantener a salvo.

La señora Harrison, Elise, Kate, Johanna, que podía ser tan ingenua. Hasta se le pasó por la cabeza que el agente Rivers podría terminar involucrado en algo desagradable por su culpa.

Cada vez que su jefe asomaba la cabeza por la oficina para darle una orden, ella brincaba como si alguien acabara de pincharla con un alfiler. Entonces lo veía con una desconfianza que ya le había arrancado más de un comentario al respecto; pero no podía evitarlo.

Si, como sospechaba, era su continuo visitante quien tenía un ojo puesto sobre ella, hubiera sido raro que él no lo supiera.

Enfadada consigo misma por todas las teorías que su cerebro no podía dejar de entretejer, Lucy sentía que sus nervios estaban a punto de jugarle una mala pasada y, si las cosas no hubieran llegado al punto al que terminaron por llegar sin su intersección, no cabía duda de que hubiera hecho algo que las apresurara.

—Nada. Ni rastro de ella. ¿No te parece absurdo que acabemos de dar con Jenkins luego de buscarlo por toda la ciudad y que ahora tengamos a otra desaparecida entre manos?

Drake percibió la frustración y el enfado en su voz, pero no se molestó en intentar ocultarlos. Estaba furioso, y también un poco decepcionado; empezaba a cuestionar, incluso, si no habría algún poder en el universo que disfrutaba cebándose sobre él.

Luego de que Jenkins les diera las señas de la mujer con la que había estado en el teatro, se apresuraron a ir en su busca, pero no se hallaba en la dirección en la que se suponía que vivía, y tampoco dieron con ella en el teatro.

Él y Sebastian se separaron para indagar por ella en las inmediaciones, pero nadie supo darles razón. Al fin, agotados, acordaron reanudar su búsqueda al día siguiente, pero sus esfuerzos parecieron entonces igual de infructuosos.

—Estas cosas nunca son sencillas, y la mayor parte del tiempo carecen de lógica —respondió Sebastian una vez que iniciaron el camino de regreso a la agencia—; pero, aunque te cueste verlo ahora, a veces este tipo de chascos pueden ser tan útiles como el mayor de los triunfos.

—¿Y eso por qué?

—Porque el hecho de que esta mujer también parezca haber desaparecido, confirma nuestra teoría de que está involucrada de una forma u otra en todo esto.

Drake ya lo había pensado, y en cierta manera le alegró haber sido tan suspicaz como Sebastian, pero en ese momento no le pareció un gran consuelo.

—¿Y ahora qué? —Preguntó.

Su amigo se encogió de hombros.

—Volveremos por la tarde —dijo él—. Y ampliaremos la búsqueda un poco; tal vez demos con ella o con alguien que nos diga donde encontrarla.

Acababan de poner un pie sobre el peldaño del edificio, y Drake se planteaba sugerir que fueran a comer en su club, cuando una sombra rápida como un lince salió corriendo por las puertas de entrada y se dirigió a ellos en medio de un coro de resuellos.

—¡Señor Wainhouse!

Sebastian y Drake ya se habían puesto en alerta y el segundo tenía una mano sobre el arma que llevaba bajo el chaleco, pero la dejó caer al toparse con el rostro conocido de Jimmy, que apenas pareció reparar en su presencia porque toda su atención estaba puesta en su jefe.

—¡Caramba, Jimmy! ¿Cuántas veces te he dicho que no debes sorprender a alguien de esa forma? —Sebastian dejó caer el bastón que había levantado ante él y miró al chico con el ceño fruncido.

Por primera vez desde que Drake podía recordarlo, el muchacho miró a Sebastian con un rastro de exasperación y se acercó aun más con las palmas de las manos hacia arriba; parecía muy nervioso y preocupado.

—Es Giselle, señor —explicó, hablando con voz agitada—. Hannah envió un mensaje para avisar de que se ha puesto de parto. Llevo un buen rato buscándolo.

La transformación que se realizó en Sebastian ante aquella noticia fue extraordinaria. En

un suspiro, cogió a Jimmy por los hombros y lo sacudió un par de veces; sus ojos se veían muy grandes y tenía el semblante demudado.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo está ella?

El chico se echó hacia atrás, impresionado por su respuesta.

—Parece que bien, pero no estoy seguro; no puso mucho en su nota; ya sabe cómo es Hannah —indicó en un rápido balbuceo.

—Tengo que ir para allá —Sebastian buscó a Drake con la mirada como si apenas recordara que también se encontraba allí, y repitió en tono demandante—: Tengo que ir para allá.

Aunque en otras circunstancias Drake habría disfrutado ver a su siempre calmado amigo perder los nervios de esa manera, lo cierto fue que sintió mucha lástima por él. Sebastian no era de la clase de hombres que expresaban sus emociones con facilidad, pero su profundo amor por Giselle estaba fuera de toda duda y la idea de que algo pudiese ocurrirle debía de aterrorizarlo.

De modo que, tras asentir como si hubiese llegado a un tipo de conclusión, fue hacia él y apoyó una mano sobre su hombro intentando infundirle algo de calma.

—Giselle estará bien; es una mujer muy fuerte y si alguien sabe qué hacer en una situación como esta, esa es Hannah —aseguró en tono tranquilo para luego dirigirse a Jimmy— ¿Hace cuánto recibiste esa nota, exactamente?

El chico se encogió de hombros.

—Un par de horas.

—Bien. Una vez oí decir a mi madre que los partos de las primerizas pueden tomar mucho tiempo —dijo, no muy seguro de estar en lo cierto, pero convencido de que eso tranquilizaría a Sebastian—. Vamos a tomar un coche de alquiler para ir ahora mismo a tu casa, Sebastian, y tú, Jimmy, ve de inmediato con lady Banfield y dile lo que ha ocurrido; ella no nos perdonaría que nadie le informe de que está a punto de convertirse en tía.

Jimmy asintió y echó a correr antes de que Sebastian y Drake se pusieran en movimiento. El primero tardó un poco en reaccionar, pero bastó con que su amigo le diera un sólido apretón para que echara a andar.

Llegaron con bastante rapidez gracias a la promesa de Drake de dar al conductor una generosa propina si se daba prisa. Tan pronto como pusieron un pie en la entrada de la casa de los Wainhouse, la puerta se abrió de golpe y la joven criada se hizo a un lado para evitar que Sebastian la arrollara al pasar corriendo camino al piso superior.

Drake sonrió a la chica para tranquilizarla y fue tras su amigo, aunque se quedó en el salón familiar; no creyó que fuera buena idea subir también, seguro de que Giselle apreciaría compartir ese momento solo con Sebastian y Hannah.

El tiempo pasó y apenas media hora después se le unió Elara, que llegó refunfuñando porque nadie le hubiera avisado antes; mientras esperaban, ella le contó que su marido había sugerido que llamaran al médico que se había ocupado de atender a su familia durante décadas, pero Elara le aseguró que dudaba de que fuera a ser necesario. Lo mismo que Drake, estaba segura de que Giselle saldría adelante sin necesidad de involucrar a más personas, como les había mencionado en los meses previos más de una vez.

Las horas pasaron una tras otra y aunque ambos lograron hacer la espera más amena hablando de todo un poco, incluidas las últimas pesquisas que Drake y Sebastian habían llevado a cabo siguiendo el rastro de lo dicho por Jenkins, lo cierto fue que ninguno logró ocultar su nerviosismo.

Elara iba de un lado para otro de la habitación con las manos en las caderas y hablando

entre dientes; Drake no habría sabido decir si murmuraba una oración o masticaba maldiciones; con ella cualquier cosa era posible.

Tan pronto como Elara volvía a su asiento, era él quien se ponía en pie y atisbaba por la ventana, sorprendido al comprobar que el sol empezaba a ocultarse en el horizonte y una leve oscuridad sumía a la ciudad en las sombras del ocaso.

La siguiente vez que Elara se levantó, fue hacia la puerta del salón y Drake supuso que tendría la intención de subir para preguntar cómo iba todo, pero entonces se oyeron unos pasos apurados provenientes de la escalera y la puerta se abrió antes de que ella llegara a tomar el pomo.

El rostro sudoroso de la vieja Hannah asomó por el vano; tenía las mangas del vestido arremangadas y respiraba con dificultad, pero una enorme sonrisa le iluminaba el ajado semblante.

—¡Es un varón! —anunció en tono alegre tras mirar de uno a otro—. Un chico precioso e igualito a su padre.

Drake sonrió y miró a Elara, convencido de que ella, siempre presta a burlarse de su hermano, diría algo como que «precioso» y «Sebastian» no deberían ir en la misma frase, pero se sorprendió al ver que se había dejado caer sobre una butaca y que se había llevado las manos a las mejillas, que en ese momento se veían humedecidas por las lágrimas.

Elara no era una mujer que se dejara atemorizar con facilidad, pero él comprendió que había estado seriamente asustada por el resultado de ese trance y al mirar sus propias manos temblorosas, que había mantenido asentadas sobre las rodillas, Drake se dijo que no había sido la única.

No fue sencillo, pero Drake logró convencer a Sebastian de que debía tomarse siquiera un par de días antes de volver a sus obligaciones en la agencia. Su amigo protestó, pero no tanto como habría cabido esperar, y él pudo entenderlo; estaba ansioso por pasar tanto tiempo como fuese posible junto a Giselle y el bebé, a quien habían llamado Brian en honor al abuelo que había instruido a Sebastian y Elara en el gusto por la investigación.

La única pega que puso Sebastian para volver de inmediato a sus labores fue el hecho de que no tenían tiempo que perder en su búsqueda de pruebas que demostraran la inocencia de Drake, pero él le aseguró que un par de días no harían una gran diferencia, y que, de cualquier forma, él no pensaba quedarse de brazos cruzados.

Mientras Sebastian disfrutaba de su familia, él iría a la agencia para continuar con sus pesquisas y también daría algunas vueltas por la ciudad en busca de la amiga de Jenkins para interrogarla. Si descubría algo, por pequeño que pudiera parecer, se lo haría saber de inmediato, aseguró.

De modo que, tan solo un día después de que Sebastian y Giselle dieran la bienvenida a su primer hijo, Drake pasó casi toda la jornada en la agencia, de la que su amigo le había entregado la llave, sepultado entre documentos y con la sensación de que, tal vez, había sido muy optimista al suponer que podría hacer eso sin él.

Pero se había comprometido a ello y, además, él era el primer interesado en llevar esa gestión a buen puerto, así que se volcó a hacerlo lo mejor posible. Para cuando empezaba a oscurecer y sentía los pies cansados luego de recorrer media ciudad y los ojos vidriosos de leer una y otra vez las notas de Sebastian, Drake decidió que había sido suficiente y se preparó para volver a casa.

Apenas acababa de asegurar la puerta de la oficina y se dirigía a la salida del edificio, sin embargo, cuando reparó en algo que lo puso en alerta.

Un sonido inesperado en el vestíbulo.

Parecían unos pies que se arrastraban con suavidad y, según descendía las escaleras, captó también un leve aroma que despertó sus recuerdos.

¿Dónde había olido algo como eso antes?

Con la mano en la barandilla, fue descendiendo un escalón tras otro al tiempo que parpadeaba para acostumbrar sus ojos a la semi penumbra del edificio. Todas las otras personas que mantenían sus oficinas allí parecían haberse marchado y los cortinajes de las ventanas se hallaban corridos.

La única luz que se filtraba en el vestíbulo provenía de una farola del exterior; un haz débil que a lo mucho iluminaba un pequeño círculo ante la puerta. Drake se dirigió hacia allí con la mano en el arma, algo más tranquilo de lo que se sentiría de no tenerla con él, y se detuvo en medio del pasillo con los sentidos alerta.

Por un instante no pudo oír nada y aquello le llevó a plantearse si tal vez no se lo habría imaginado todo. Tal vez solo estaba muy cansado y eso le llevaba a figurarse cosas; allí no había nada fuera de lo normal.

Acababa de dirigirse a la puerta, dispuesto a marcharse, cuando oyó una vez más el eco de algo arrastrándose y no dudó. Fue hacia allí con una mano en alto y el rostro levantado; y entonces lo vio.

Un bulto pequeño que acababa de incorporarse en la moqueta y que parecía dispuesto a huir; pero él le obstruyó el paso al tiempo que se abalanzaba sobre él, sujetando lo primero que le salió al paso, que resultó ser lo que parecía un brazo delgado y tembloroso.

—¿Qué está haciendo? ¡Suéltame ahora mismo o lo morderé!

De no haber estado tan sorprendido, Drake no habría dudado en echarse a reír. Si alguna vez se hubiera planteado quién en el mundo sería capaz de formular semejante amenaza, sin duda sería la mujer que en ese momento lo veía con ojos fulgurantes por el enfado.

—¿Señorita Hatley? —Preguntó, más porque ella se diera cuenta de quién era él que porque dudara de su identidad; la reconocería en cualquier parte— ¿Se puede saber que es lo que hace agazapada en medio de la oscuridad?

Ella parpadeó y sus grandes ojos oscuros cobraron una expresión de reconocimiento.

—Señor Hayward, no me di cuenta... —carraspeó y miró sobre su hombro con ademán nervioso—. Creí...

—Creyó que era algún tipo de amenaza, por lo que puedo deducir de su comportamiento —terminó él por ella observándola con curiosidad—. Me pregunto qué la hizo llegar a semejante conclusión.

La joven exhaló un suave suspiro e hizo amago de retroceder, pero entonces pareció darse cuenta de que Drake aun la sostenía y dirigió la mirada hacia su brazo. Él sabía que lo correcto hubiese sido que se apartara de inmediato, pero no lo hizo; se sentía embebido de una extraña emoción ante el sutil contacto, y aquel aroma que había percibido al adentrarse en el vestíbulo no hizo más que acentuarse ante la cercanía.

Era ella, por supuesto. Ella, que parecía oler como lo más delicioso con lo que se había topado en su vida; como un pudín de vainilla.

—Un pudín de vainilla —murmuró él, sorprendido de haber pensado algo como eso.

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿Algo de un dulce?

Drake parpadeó y sus ojos se posaron un momento en el rostro terso y confuso de la mujer ante él. Sin detenerse a considerarlo siquiera, la soltó de golpe y dio varios pasos hacia atrás; de haberse molestado en analizar el motivo de su reacción, se habría quedado anonadado al comprender que al apartarse de esa forma pretendía protegerse más a sí mismo que a ella.

—No. Digo, sí, es que no he cenado —él se sintió un estúpido tan pronto como las palabras salieron de sus labios, e intentó que su voz sonara más segura al continuar— ¿Por qué estaba aquí en medio de la oscuridad?

La joven llevó las manos a su pecho y Drake pudo ver que vestía uno de sus severos trajes oscuros, aunque el sombrerito que le cubría la frente tenía una cinta de un tono encendido de verde muy similar al cinturón que ceñía su cintura.

—Necesito hablar con el señor Wainhouse —indicó ella al fin en tono bajo, y Drake captó un leve temblor en su barbilla—. Es imperativo que me entreviste con él ahora mismo.

Drake cabeceó.

—Supongo que tiene sentido que así sea porque no puedo pensar en nada más que la obligara a venir aquí a esta hora, pero temo que no va a ser posible —explicó él—. La señora Wainhouse acaba de tener un bebé y, como podrá imaginar, Sebastian ha decidido tomarse un par de días del trabajo para pasar el tiempo con ellos.

La señorita Hatley abrió mucho los ojos y, tras considerarlo un momento, asintió con un suspiro que se le antojó de pesar.

—No tenía idea... —murmuró antes de dirigirse nuevamente a él—. Espero que todo haya salido bien.

—Sí, claro; tienen un niño muy saludable que, según entiendo, es idéntico a su padre —explicó Drake con una sonrisa burlona.

Entonces ocurrió algo extraordinario y que él supo que habría de atesorar durante toda su vida: ella le sonrió en respuesta. Por primera vez, en todo el tiempo que llevaba de conocerla, luego de las varias ocasiones en que prácticamente se habían enfrentado y dejado de manifiesto su mutuo desagrado, la señorita Hatley abandonó su actitud reprobadora y esbozó una hermosa sonrisa dirigida solo a él.

Y eso a Drake le provocó una sensación de lo más inquietante.

Permanecieron así durante algunos segundos, mirándose el uno al otro con franca camaradería hasta que ella pareció reparar en lo raro de su actitud y, tras carraspear, su rostro retomó ese semblante poco expresivo que le era más familiar.

—Bueno, entiendo entonces que sería una imprudencia de mi parte esperar que pueda verme ahora —indicó en tono vacilante.

—Como le dije, volverá en un par de días; Sebastian no soportaría estar mucho tiempo lejos del trabajo.

—Claro. En ese caso, debería marcharme y volver luego —comentó la joven.

Pero no se movió, y Drake reparó en que sostenía su bolsita con fuerza y que, cada tantos segundos, volvía a mirar sobre su hombro en dirección a la puerta cerrada como si aguardara que alguien irrumpiera por allí en cualquier momento.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, señorita Hatley? —Preguntó él entonces— ¿Qué es lo que la tiene tan alterada?

Ella parpadeó y una vez más, Drake se sorprendió de lo expresivos que podían ser sus ojos pese a que ella se esforzara por ocultar sus emociones; y pudo ver que en ese momento se encontraba muy asustada.

—No es nada importante —dijo ella tras un instante de silencio.

—Estoy seguro de que le molestará que lo diga, pero me cuesta creerle.

—¿Cómo se atreve...?

Drake la interrumpió antes de que pudiese terminar de expresar su indignación.

—Le dije que le molestaría —comentó él en tono risueño; pero se puso serio al continuar

—. Vamos, señorita Hatley, es evidente que algo le preocupa; no se encontraría aquí de no ser así.

Ella vaciló un momento y Drake decidió aprovecharlo para insistir.

—¿Por qué no sube un momento y me cuenta de qué se trata todo esto? —sugirió—. No soy Sebastian ni poseo su aguzado ingenio, pero tengo dos oídos y sospecho que le hará bien compartir lo que le preocupa.

Por un instante pareció que ella iba a negarse; Drake casi pudo imaginarla abriendo la boca para decir que estaba loco si pensaba que iba a confiarle algo remotamente personal; pero entonces advirtió que no solo se veía inquieta sino también cansada.

Y aquello, la imposibilidad de continuar fingiendo que todo estaba bien, pareció ser lo que terminó por convencerla de hablar con él.

—Está bien —aceptó al fin.

Drake cabeceó y rehízo el camino para dirigirse nuevamente a la oficina, consciente de los pasos menudos y apurados tras él y de ese aroma que, sospechó, habría de perseguirlo hasta el último de sus días.

Capítulo 11

Cuando Lucy terminó con su narración de los que habían sido los últimos días en la oficina, deteniéndose un momento para rememorar los mil y un motivos que le llevaban a considerar que, en efecto, no estaba imaginando nada y que alguien la seguía, se permitió observar al señor Hayward con atención para intentar hacerse una idea de lo que pensaba.

Él apenas la había interrumpido durante todo el tiempo que habló salvo para invitarla a ocupar un sillón en la sala de espera luego de advertir que ella se mantenía de pie junto al perchero como si estuviese inmovilizada.

Luego de eso, la había oído con atención y a lo sumo alzó una ceja cuando Lucy empezó a referirle sus sospechas por la actitud de su jefe y el extraño visitante que había acudido a su despacho. Todo eso se lo había contado ya al señor Wainhouse al detalle, pero fue evidente que él no lo había compartido con su amigo y agradeció su discreción.

Ahora, sin embargo, la invadió un enorme alivio al poner todo aquello en palabras, en especial cuando llegó a la parte en que reconoció, no sin cierta vergüenza, que había entrado en pánico y eso la había llevado a correr hacia allí en busca de ayuda.

—Reconozco que mi reacción puede parecer un poco exagerada; después de todo, no me he sentido realmente en peligro en ningún momento, pero creí que era importante que se lo contara al señor Wainhouse —terminó ella luego de aclararse la garganta con suavidad.

El señor Hayward no dijo nada de inmediato; solo permaneció repantigado sobre el sillón contrario al suyo con la espalda echada hacia adelante y los codos apoyados sobre las rodillas en una postura despreocupada. Pero, al mirarlo a los ojos, Lucy comprendió que se trataba de una impresión engañosa; su mirada, de un límpido azul que la mayor parte del tiempo le recordaba a un mar en calma, en ese momento le hizo pensar en una quieta tormenta cerca del estallido que habría de arrasarlo todo a su paso.

—Ha hecho bien —dijo él entonces en tono sereno—. Y estoy seguro de que, de encontrarse aquí, Sebastian estaría de acuerdo conmigo. Lo cierto es que no tenía idea de que estuviera involucrada en un asunto tan...

—¿Extraño?

—Inquietante —el señor Hayward arqueó una ceja y sonrió—. Parece que se encuentra metida en un buen problema.

Ella se puso inmediatamente a la defensiva.

—Solo pretendía hacer lo correcto —espetó.

—No dudo de que así fuera, y eso la honra; pero ahora es imprescindible que encontremos la forma de mantenerla a salvo porque si tiene razón en que alguien la está siguiendo, y que ese alguien puede estar relacionado con cualquier hecho ilícito que esté llevando a cabo su jefe, eso la convierte en una presa.

Lucy se vio dividida entre la desagradable sensación que la embargó cuando él expuso con tanta crudeza sus circunstancias, y la sorpresa que resultó que pareciera dispuesto a involucrarse en aquello.

«Mantenerla a salvo», había dicho. ¿Acaso pensaba hacerlo él? Y aun más importante, decidió con cierto malestar ¿qué le hacía pensar que ella lo iba a permitir?

—Creo que ahora es usted quien exagera, señor Hayward —señaló ella tras carraspear, orgullosa de lo segura que se oyó su voz—. Aunque no pretendo restar importancia a lo ocurrido,

y es por ello por lo que me encuentro aquí en primer lugar, soy perfectamente capaz de mantenerme a salvo por mí misma.

Él no se mostró muy impresionado por su rapto de independencia, pero Lucy pudo reconocer en su mirada que aquello no se debía a que infravalorara sus capacidades sino a que le parecía rematadamente tonta por permitir que su vanidad se impusiera al sentido común.

Y, aunque la idea no le hizo mucha gracia entonces, en el fondo casi que estaba de acuerdo con él.

—Señorita Hatley, creo que debería ser más consecuente con sus actos —el señor Hayward volvió a hablar luego de permanecer pensativo unos momentos—. Si vino en busca de Sebastian fue porque está convencida de que su jefe está involucrado en algo turbio y el hombre que ha estado visitándolo en su oficina le inspira mucha desconfianza, ¿cierto?

Ella asintió de mala gana y él continuó.

—Entonces, si reconoce que se encuentra ante una sospecha con cierto asidero y ha notado que alguien está siguiéndola, tiene que aceptar que, en efecto, se encuentra en peligro. No puedo imaginar qué clase de peligro sería este; si solo pretenden intimidarla o algo más —Lucy tembló un poco al sostener su mirada—; pero estoy seguro de que, de encontrarse aquí, Sebastian diría lo mismo que yo, y eso es que debe anteponer su seguridad a cualquier otra cosa y mantenerse a buen resguardo.

Lucy era cabezota; siempre lo había sido y quienes la conocían bien acostumbraban burlarse de ella debido a eso; pero no era tonta y tenía un instinto de supervivencia tan desarrollado como el que más, así que supo que no podía discutir un argumento tan sensato aun cuando hubiese sido expresado por alguien a quien siempre había considerado el más insensato de los hombres.

—He pensado enviar una nota al señor Smithson para informarle de que no me encuentro bien de salud y que tendré que ausentarme de la oficina durante un par de días —le confió ella a regañadientes—. supuse que sería una forma de mantenerme fuera de la mira de quien fuera que estuviera siguiéndome y también que daría tiempo al señor Wainhouse para ayudarme a descubrir lo que está ocurriendo.

Lucy pensó que era ridículo sentirse orgullosa por la expresión de conformidad que apareció en el semblante de ese hombre, pero así fue.

—Una estupenda idea —aprobó él.

—Sí, y también decidí tomar una habitación en un hotel apartado del centro para evitar que alguien de la oficina pueda verme y contárselo al señor Smithson.

El señor Hayward frunció el ceño.

—¿Un hotel? —Repitió él— ¿Por qué no esa casa de huéspedes en la que vive?

A Lucy le sorprendió que él supiera eso, pero lo dejó pasar, más preocupada por terminar con esa conversación. Llevaba varios días durmiendo a cuentagotas y antes de decidirse a ir a la oficina del señor Wainhouse había dado al menos cuatro vueltas a la manzana.

—No quiero exponer a mi casera y mis amigas —explicó ella—. Tal vez esto no sea tan terrible como pensamos y sea una preocupación vana, pero no me sentiría tranquila sabiendo que quien sea que me esté siguiendo pueda hacerles algún daño. Mientras más lejos esté de casa por ahora, será mejor.

El señor Hayward asintió.

—No puedo menos que estar de acuerdo con usted —reconoció—; pero no deja de parecerme una mala idea que se aísle en un lugar extraño. ¿No tiene a alguien más...?

—Toda mi familia reside en Bristol, pero incluso si estuviesen aquí, no se me ocurriría acudir en su busca.

—Comprendo.

Él tomó aire y la miró durante todo un minuto antes de hablar de nuevo al tiempo que se ponía de pie con un movimiento resuelto.

—Creo que tengo idea de cómo resolver su problema, o al menos el más inmediato —indicó él.

Lucy lo observó con curiosidad, sorprendida por el hecho de que, de pronto, aquel hombre que se mostraba siempre tan despreocupado y seguro de sí mismo pareciera un poco nervioso, o eso indicaba el que le rehuyera la mirada.

—¿A qué se refiere? —Preguntó ella empezando a sentir una inquietud desconocida.

Él dudó un momento, lo que fue aun más extraordinario porque nunca lo había visto dudar y, tras cabecear, esbozó una mueca y se dirigió a ella en un tono indiferente que le sonó más bien falso.

—Señorita Hatley —dijo él—; estoy a punto de hacerle una propuesta que, sospecho, tampoco le va a gustar.

Drake encuadró los hombros e hizo como que no era consciente del aire de enfado y reprobación que sentía emanando de la mujer que caminaba a su lado con paso desafiante.

Pero al menos continuaba caminando, se dijo al intentar convencerse de que no acababa de cometer la más grande de las locuras, y para un hombre con sus antecedentes, eso no era poco decir.

Oyó a la señorita Hatley mascullar algo entre dientes, pero procuró no prestarle mucha atención porque estaba seguro de que no le iba a gustar. Ella no había dejado de mirarlo con creciente enfado desde el momento en que abandonaron la agencia y dudaba de que eso fuese a cambiar pronto.

Aun así, era lo bastante justa para no expresarlo de forma más abierta, lo que él agradeció. Después de todo, le había costado mucho hacer la propuesta que se le había ocurrido y aunque ambos podían estar de acuerdo en que no carecía de sentido, eso no la hacía menos extraña.

—Es la última puerta; al final del pasillo.

Drake señaló el lugar con un extremo del bastón y advirtió que de pronto la joven se detenía de golpe en medio del corredor y que alzaba el rostro para mirarlo con el ceño fruncido y una, para él, inconfundible expresión de desconfianza.

—Insisto en que le estoy muy agradecida por su oferta, señor Hayward, pero no sé en qué estaba pensando al aceptar; creo que ambos nos hemos dejado llevar por lo apremiante del momento...

Antes de que ella pudiese terminar, o Drake interrumpirla, la puerta al final del pasillo se abrió de golpe y el rostro rubicundo de Phillips asomó por el vano. Al verlos de pie, uno enfrentado al otro y con similares expresiones de terquedad, el sirviente carraspeó y se hizo a un lado con semblante inmutable.

—Buenas noches —dijo, sin parecer que se dirigía a nadie en particular.

Drake suspiró y miró de un lado a otro, agradecido de que aquel piso albergara tan solo sus habitaciones; si tuviese vecinos más cerca, ellos sin duda encontrarían de lo más curioso verlo en medio del corredor discutiendo con una mujer que parecía tan alterada.

—Señorita Hatley ¿le parece si entramos? Creo que le vendría bien una bebida caliente —sugirió en un tono más tenso de lo que le habría gustado.

Ella abrió la boca como si estuviese dispuesta a protestar, pero luego de alternar la mirada de su rostro al del sirviente en la puerta, alzó la barbilla con gesto arrogante y cabeceó de mala gana.

A Drake le gustaba pensar que su casa era un lugar bastante confortable, aunque estaba lejos de ser tan opulenta como la mansión en la que había crecido. Mientras se adentraba en el vestíbulo, con Phillips pisándole los talones y haciendo como que no le parecía extraordinario que se hubiese presentado acompañado y precisamente por una mujer, se sorprendió pensando que le gustaría que la señorita Hatley encontrara también el lugar agradable.

—Vamos a necesitar un poco de té, Phillips, y algo para comer —indicó él luego de que el sirviente recibiera sus cosas— Y ocúpate de que la habitación de huéspedes esté preparada.

—Desde luego, señor.

Un delicado carraspeo atrajo la atención de ambos y Drake estuvo a punto de reír al toparse con la expresión confusa del valet al verse taladrado por la mirada oscura de la señorita Hatley.

—No hará falta que prepare esa habitación —declaró ella.

Phillips giró el rostro de golpe para llevar su atención a su señor y Drake estuvo tentado a poner los ojos en blanco. ¿No acababan de pasar todo el camino hacia allí discutiendo precisamente por eso?

Con un suspiro, se dirigió al sirviente y mantuvo un tono tan carente de emoción como le fue posible, aunque en el fondo empezaba a perder la paciencia. ¿Quién lo mandaba meterse en cosas que no le incumbían?

—El té, Phillips, y los bocadillos; ya veremos qué hacer con la habitación luego —indicó, pero cuando el sirviente cabeceó e hizo amago de marcharse para cumplir con sus órdenes lo detuvo con un gesto—. Tómame tu tiempo, no hay prisa.

El hombre pareció captar al vuelo la orden implícita en sus palabras y, tras asentir una vez más, desapareció por una puerta disimulada junto a la entrada.

Cuando se quedaron a solas, Drake se dirigió a la joven que se mantenía de pie en medio de la pequeña antecámara con las manos tras la espalda. Había permitido que Phillips le ayudara a quitarse el abrigo al entrar, y también se había deshecho del sombrero y los guantes, pero permanecía tan rígida como si llevara encima un fardo que pesara una tonelada.

—¿No quiere sentarse? Se ve cansada.

Ella recibió su sugerencia con una breve cabezada y, tras dudar, lo siguió al interior de un saloncito que era en realidad el único de la casa. Si exceptuaba la sala que había convertido en biblioteca y donde redactaba la correspondencia, aquel era su lugar favorito. Allí recibía a su familia cuando iba a visitarlo y era donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando no se encontraba fuera.

—Phillips volverá en un momento...

—Señor Hayward —ella lo interrumpió tras dejarse caer sobre una cómoda poltrona junto a la chimenea—. Ha sido muy amable al ofrecerme venir aquí, pero creo que ha sido un error.

Él se encogió de hombros y apoyó un brazo sobre la repisa del hogar, su mirada fija en su rostro tirante y algo pálido.

—Mi oferta no tiene nada de amable; me pareció que era lo más correcto a hacer.

Después de todo, se encuentra en una situación delicada y por lo que me ha contado, no tiene a nadie más en Londres a quién acudir.

La joven recibió su respuesta con el ceño fruncido.

—Lo hace sonar como si me encontrara desamparada y eso no es verdad —refutó ella.

—Bueno, entiendo que tiene una familia y amigos, pero unos están lejos y a los otros prefiere mantenerlos al margen de este asunto por su propia seguridad; para todos los efectos, sí que está desamparada. Es importante que comprenda que haberle ofrecido que se quede aquí no es un gran gesto desinteresado.

Ella se envaró en el asiento y pareció a punto de ponerse en pie, pero, tras esbozar una sonrisa divertida, Drake sacudió la cabeza de un lado a otro e hizo un ademán para llamarla a la calma.

—Me refería a que es usted una cliente de Sebastian y yo le prometí que me ocuparía de sus asuntos tan bien como lo haría él —explicó—. Mi amigo jamás permitiría que alguien que acudiera a él en busca de ayuda terminara en la calle sin un lugar en el cual mantenerse a salvo; en especial si su seguridad corre algún tipo de riesgo.

—Ya le he dicho que no me encuentro en ningún tipo de peligro.

—Y yo respondí entonces que no estoy de acuerdo —insistió él de inmediato—. Vamos, señorita Hatley, es usted una mujer muy razonable y jamás se habría puesto en esta posición de no creer realmente que existe algo por lo que deba temer. Hizo bien en seguir sus instintos y ahora debe actuar en consecuencia. No quiere ir a casa y sería una locura que se hospedara en un hotelucho cualquiera sin conocer lo que ocurre a su alrededor o si quien sea que le esté siguiendo la pista ha dado con usted. Le prometo que aquí se encontrará a salvo durante tanto tiempo como necesite, y si le preocupa mi conducta, puede estar tranquila; le aseguro que, aunque le cueste creerlo, soy un caballero la mayor parte del tiempo.

Ella abrió la boca y la cerró de golpe, para luego abrirla de nuevo.

—Nunca he pensado lo contrario —indicó al cabo de un momento de duda y casi como si le arrancaran las palabras— ¿Le he dicho alguna vez que no piense que es un caballero?

Drake se encogió de hombros.

—No, pero es evidente que así es —respondió él, adelantándose antes de que ella pudiese interrumpirlo, como sin duda era su intención—. No es una crítica; en realidad, habla muy bien de su buen juicio que lo tenga tan asumido. Sin embargo, me parece importante recordarle que las apariencias engañan y que, por difícil que pueda parecer, en esto se encuentra equivocada. Usted es una dama y yo un caballero; y me cortaría la mano antes de ofenderla de cualquier forma.

La joven recibió sus palabras con una mueca difícil de interpretar. Al fin, tras aclararse la garganta, se dirigió a él en un tono algo menos beligerante.

—No me enzarzaré en una discusión acerca de si es usted un caballero o no; después de todo, como ha dicho, no lo conozco lo suficiente como para afirmar nada. Pero hay algo que sí puedo asegurar, y es que yo no soy una dama.

—Para mí lo es —Drake habló con una absoluta seguridad—. Y no me venga ahora con que como no proviene de una familia como la mía piensa que ese tratamiento no le corresponde porque pensaré mal de usted. Tengo la impresión de que esa clase de prejuicios le importan más bien poco.

Drake pudo ver en su rostro que había dado en el blanco y parte de él se alegró de ponerla en esa tesitura. La señorita Hatley era una mujer de ideas firmes y estaba muy orgullosa de

considerarse lo bastante moderna e independiente para que todas esas cosas le parecieran ridículas; pero había intentado usar la carta de no ser «una dama» para acentuar sus diferencias con él y así tener una excusa para rechazar su oferta de quedarse allí en tanto resolviera sus problemas.

Ahora, sin embargo, se dividía respecto a qué decir porque sin importar a qué argumento se aferrara, sin duda no quedaría muy bien parada. De modo que Drake tuvo compasión de ella y fue en su ayuda.

—Señorita Hatley —empezó— ¿Me cree capaz de provocarle algún tipo de daño?

Ella lo miró a los ojos y Drake se dijo que tal vez había sido un poco arriesgado de su parte hacer semejante pregunta visto que ambos sabían que era el principal sospechoso del asesinato de una mujer. ¿En qué estaba pensando? Claro que ella desconfiaba de él; sin duda debía de...

—No. No lo creo.

Drake parpadeó, sorprendido tanto por sus palabras como por la seguridad que percibió en su voz, y le costó seguir el hilo de sus ideas. Nunca se había atrevido a preguntarse lo que ella pensaría de todo ese asunto; pero ahora veía que, aun cuando le habría gustado fingir que le daba igual, lo cierto era que le importaba. Le importaba mucho.

—Muy bien —él se aclaró la garganta al darse cuenta de que su voz había brotado demasiado ronca— ¿Y le importa lo que alguien pueda decir si se entera de que se está quedando en la casa de un hombre como yo?

La joven dudó un instante y él supuso que debía de estar pensando en lo que diría su familia al respecto, pero visto que ellos se encontraban muy lejos para enterarse a menos que ella se los contara, no le extrañó mucho su respuesta.

—Eso no puede importarme menos —respondió.

—Entonces no teme por su reputación.

—No creo tener una —la comisura de sus labios se elevó apenas unos centímetros—. Después de todo, como acabo de decir, no soy una dama.

Drake sonrió sin poder evitarlo y asintió con gesto solemne.

—En ese caso, creo que no tiene sentido que discutamos más —sugirió él—. Por favor, acepte mi ayuda y quédese aquí hasta que Sebastian pueda ponerse con su caso; en tanto, prometo hacer lo que pueda por aclarar todo este enredo. ¿Qué dice, señorita Hatley? ¿Puedo llamar a Phillips para que nos traiga ese té?

Ella vio dudar. Fueron apenas unos segundos en los que recorrió su rostro de cabo a rabo antes de llevar la mirada a sus manos unidas sobre el regazo. Cuando respondió, sin embargo, lo hizo con esa seguridad que había empezado a admirar en ella y que le convenció de que esa mujer nunca daría un paso sin haberlo considerado al milímetro y que, si tomaba una decisión, haría falta una fuerza superior para convencerla de lo contrario.

—Muy bien, señor Hayward, pida ese té —aceptó—; y diga a ese criado suyo que no olvide los emparedados.

Lucy examinó el hermoso labrado de la mesilla sobre la que Phillips había dejado una jofaina con agua tibia y exhaló un hondo suspiro. Luego, sumergió las manos en su interior y las dejó allí durante algunos segundos, sorprendida por la aplastante sensación de alivio que la envolvió.

Después de haber pasado casi todo el día dando tumbos de un lugar a otro, con el miedo

asentado en su garganta y la persistente sospecha de que se había metido en un lío del que no iba a ser capaz de salir, ahora las tornas habían cambiado de forma dramática.

Estaba a salvo, o tan a salvo como se podría estar en sus circunstancias.

Luego de lavarse el rostro y pasar un paño húmedo por sus hombros y brazos, dejó todo tal y como le había indicado el sirviente, que fue muy claro respecto a lo poco que estaba dispuesto a tolerar que intentara hacer su trabajo, como dijo cuando ella ofreció llevar la jofaina después de usarla.

Le habían asignado una habitación de lo más agradable; la más bonita que había ocupado alguna vez, tuvo que reconocer al deshacerse del traje y meterse en la cama mullida que estuvo a punto de engullirla cuando se dejó caer contra las almohadas.

Su habitación en casa de sus padres había sido pequeña y jamás la tuvo para sí sola; la compartió hasta su marcha con Emily, una de sus hermanas. Y aunque en casa de la señora Harrison sí que disponía de un lugar del todo suyo, este palidecía frente a la amplitud y el lujo de aquella en la que se encontraba en ese momento.

Era una pena que no tuviese un camisón, pensó entonces; pero jamás se le ocurrió llevar con ella ese tipo de cosas cuando abandonó su hogar esa mañana. Su plan había sido buscar un hotelito discreto y, cuando al fin hubiese dado con uno que la convenciera, reunir unas cuantas prendas y decir a la señora Harrison que debía viajar a Bristol de inmediato con alguna excusa que se le ocurriera sobre la marcha.

Pero sus planes no parecían salir últimamente como ella esperaba, reconoció de mala gana dando vueltas entre las sábanas. No solo se hallaba en el último lugar de la tierra en el que había esperado terminar, sino que tendría que encontrar la forma de hacerle llegar a su casera una nota para explicar su ausencia e intentar hacerse con parte de su ropa mientras tuviera que quedarse allí.

«Solo serán un par de días», se prometió antes de que sus ojos se cerraran del todo debido al cansancio.

Había aceptado la oferta del señor Hayward porque estaba desesperada, pero aquel asunto se resolvería pronto y, aun cuando no fuera así, ella no pensaba quedarse allí ni un día más de lo necesario.

Con esa idea se entregó al sueño y, por asombroso que pudiera ser, no la asoló ni una sola pesadilla.

Capítulo 12

—Ponga algo más en ese plato, señorita Hatley, o Phillips pensará que no le ha gustado su comida.

Drake dejó de fingir que encontraba interesante el diario que había encontrado junto a su plato esa mañana y miró a la joven que en ese momento se llevaba un trozo de pan a la boca con semblante pensativo.

—No podría ni aunque lo intentara; estoy más que satisfecha —ella buscó la mirada del sirviente, que en ese momento acababa de entrar con un nuevo cargamento de café y le sonrió con amabilidad—. Es usted un cocinero maravilloso, Phillips. ¿Hay algo que no sepa hacer?

El hombre frunció el ceño y pareció que meditaba la pregunta con mucha seriedad antes de negar.

—No, lo cierto es que no, señorita —indicó.

La joven sonrió y Drake se encontró conteniendo el aliento. En las últimas horas la había visto hacerlo más que en todo el tiempo que llevaba de conocerla y le pareció extraordinario que así fuera.

Tenía una sonrisa preciosa que le iluminaba el semblante y la hacía parecer menos hosca de lo que lucía siempre.

—Cuidado. Phillips no necesita que lo halaguen; bastante orgulloso está de sí mismo —terció él, sonriendo también.

El sirviente no respondió, pero no hizo falta; cuando se marchó, iba andando con tantos aires que fue un milagro que no echara a levitar.

—Un hombre simpático —comentó la joven una vez que sus pasos se perdieron por el corredor— ¿Lleva mucho tiempo a su servicio?

—Cinco años.

—Debe de conocerlo bien.

—Casi tanto como mi madre —Drake hizo una mueca y terminó de un largo trago lo que le quedaba de su bebida—. Aunque si le pregunta, ella dirá que no me conoce en absoluto.

Una vez más, ella pareció divertida ante sus palabras y Drake pensó que podría acostumbrarse a la sensación agradable que lo embargaba cada vez que hacía o decía algo que pareciera gustarle.

—Creo que todas las madres piensan eso —opinó ella.

—¿También la suya?

—Especialmente la mía.

Drake dudó antes de decir lo que se le pasó en ese momento por la cabeza, lo que, de saberlo, Sebastian habría considerado extraordinario porque según él uno de los grandes defectos de Drake era que nunca pensaba antes de hablar.

—Cuénteme acerca de su familia —pidió con el tono más indiferente que pudo fingir, y tras llevar la mirada a su plato—. Dice que son de Bristol ¿cierto?

Cuando creyó que ella no respondería, o que solo lo haría para decir que eso no era asunto suyo, lo sorprendió al hablar con una voz cálida y titubeante que le provocó un tirón en algún lugar entre el estómago y el esternón.

—Sí; mi familia ha vivido allí durante los últimos doscientos años, creo.

Drake detectó cierta alegría en su tono y estuvo seguro de que, de haberla mirado, la

habría encontrado sonriendo.

—¿Tiene hermanos?

—A veces he pensado que demasiados.

—¿Tanto así?

—Somos ocho en total.

Drake exhaló un bufido.

—Sí, sin duda parecen demasiados —bromeó él—. Yo solo tengo uno y le sorprendería la cantidad de veces en las que he pensado que lo habría pasado mejor siendo hijo único.

Ella no dijo nada y cuando él, extrañado, alzó la mirada, se topó con su ceño fruncido.

—No lo dice en serio —indicó la joven.

—¿En este momento? —Drake hizo una pausa dramática—. No, lo cierto es que no; pero insisto en que a veces se me ha cruzado por la cabeza.

—Supongo que es natural; a mí también me ha ocurrido algo parecido.

—Pero sospecho que menos que a mí. Es evidente, por la forma en que habla de ellos, que quiere mucho a sus hermanos. ¿Es de las mayores o las más jóvenes?

—De en medio —ella dejó su servilleta sobre la mesa y apoyó los antebrazos en el borde.

—Una vez tuve un compañero en la escuela que lo era también y decía que no le gustaba en absoluto; según él, casi todo el mundo pasaba de él.

La joven lo consideró un momento y, al final, cabeceó en señal de asentimiento.

—Creo que su amigo estaba en lo cierto; es posible que así fuese también en mi caso, pero nunca lo he tomado como algo negativo. Por el contrario, creo que me ha concedido una libertad que no habría podido alcanzar de otra forma.

Drake la observó con los ojos entrecerrados y una sonrisa burlona.

—Creo que eso tiene más que ver con su carácter que con el orden en el que nació, señorita Hatley —antes de que ella pudiera preguntar a qué se refería, Drake continuó—. Pero volviendo al asunto de su relación con sus hermanos, creo que es interesante que haya crecido tan bien acompañada; aunque debió de ser mucho trabajo para su madre.

Ella lo estudió durante algunos segundos con expresión indescifrable antes de asentir.

—Es cierto; no debió de ser sencillo para ella, pero nunca nos dio la impresión de que así fuera. Mi madre siempre se ha mostrado feliz de tener una familia tan grande —indicó.

—¿Y su padre?

—Él aún más; cuando éramos todos pequeños bromeaba diciendo que podía reunirnos para que oyéramos sus sermones y fingir que tenía toda una congregación ante la cual ensayar —ella se explicó al ver la confusión en su rostro—. Mi padre es el vicario del pueblo en el que reside mi familia.

Drake alzó las cejas y se le quedó mirando durante un buen rato antes de dar con algo para decir.

—Nunca lo hubiera imaginado —comentó al fin.

—¿El qué?

—Que sea usted la hija de un vicario; es demasiado...

Fue el turno de ella para mirarlo con fijeza y cierto escepticismo.

—¿Demasiado qué? —lo alentó a terminar con una entonación burlona.

—No estoy seguro. Independiente, moderna, enérgica...

La joven se echó hacia atrás y parpadeó como si se encontrara muy sorprendida.

—¿Piensa usted que soy todo eso?

—Desde luego.

Ella entreabrió los labios como si fuese a decir algo, pero entonces los cerró de golpe y algo cambió en su expresión que volvió a Drake incapaz de hacerse una idea de lo que pensaba.

Había hablado sin pensar, comprendió él; pero no lo había hecho con intención de halagarla; fue sincero al poner en palabras la forma en que la veía. Siempre había sido así, incluso en los momentos en que le resultaba insoportable; pero, por algún motivo, eso parecía haberla incomodado, y decidió que lo mejor era que no dijera nada más al respecto.

Así que cuando Phillips irrumpió en el comedor solo unos minutos después, lo tomó como una excusa para cambiar de tema y pasó el resto del desayuno parlotando acerca de la idea que se le había ocurrido la noche anterior para intentar ayudarla a resolver su problema en tanto Sebastian podía ponerse con ello.

Drake pasó casi toda la mañana fuera de casa y, cuando volvió, era ya pasado el medio día y tenía un hambre descomunal, pero se mostró muy satisfecho de todo lo que había sido capaz de hacer.

—Esta señora Harrison de la que me habló es realmente encantadora, aunque temo que no puedo decir lo mismo de su jefe; pero claro, eso ambos ya lo sabíamos.

Lucy contuvo a duras penas una sonrisa al ver la mueca de desagrado que surcó el rostro del señor Hayward al mencionar al señor Smithson y aguardó con paciencia mientras él describía sus ocupaciones del día y las alternaba con los nada discretos mordiscos a un pastelillo que Phillips había puesto ante él luego de que limpiara el primer plato del almuerzo que había sugerido tomar en la biblioteca.

—Pero no habló con él ¿cierto? —Preguntó ella, inquieta ante la posibilidad de que hubiera cometido esa insensatez.

Habían acordado que él iría a casa de la señora Harrison para recoger algunas de sus cosas presentándose con una nota de Lucy en la que lo identificaba como un primo lejano que le haría el favor de acercar el encargo a la estación en la que ella esperaba para tomar un tren a Bristol.

Lucy sabía que su casera se quedaría con muchas preguntas, pero decidió que eso era mejor que nada y que ya se ocuparía de dar las explicaciones necesarias luego. Necesitaba su ropa y el señor Hayward era el único que podía ayudarle con eso.

Luego, él debía dar una vuelta por las afueras de Scotland Yard; aunque en ese caso no tenía ninguna misión definida. Si veía a su jefe, podía intentar analizar si lucía nervioso, y también debía mostrarse atento por si aquel desconocido hacía su aparición.

Cuando llegó le entregó un paquete que la señora Harrison había preparado para ella junto con una nota en la que se interesaba por sus circunstancias y le pedía que le escribiera tan pronto como estuviese en Bristol para mantenerla al tanto de las novedades. Después, se había dejado caer sobre un sillón con un quejido de alivio y se quedó mirándola con fijeza durante varios minutos mientras le informaba de las gestiones del día.

—No me dio tiempo para pasar por casa de Sebastian para informarle de que se encuentra aquí, pero iré por la tarde; él nunca me perdonaría que no se lo contara, además de que será una excusa perfecta para volver pronto al trabajo —mencionó él con una sonrisa torcida.

Lucy no le devolvió la sonrisa; con el fardo apoyado contra su pecho, lo observó con una sensación extraña atravesándole la garganta.

—Entonces la señora Harrison no le dijo nada en particular —recapituló al cabo de un

momento en tono pensativo.

—No, nada en absoluto, fue muy amable; aunque si le soy sincero, tengo mis dudas de que se creyera que somos realmente familia.

Ella hizo una mueca.

No era de extrañar que así fuese, pensó mirándolo de nuevo. No podrían ser más distintos. Mientras que el señor Hayward tenía la complexión de un oso y poseía ese cabello tan rubio y los ojos de un azul deslumbrante; ella era todo lo contrario.

«El día y la noche», se sorprendió pensando sin saber si aquello le molestaba o no.

—Por otra parte, me topé con otra de las jóvenes que viven allí. Su casera no me la presentó, pero ella pareció muy interesada por el hecho de que fuese en su nombre. Era algo tímida, eso sí; me dio la impresión de que quería decirme algo, pero no se atrevió.

Lucy esbozó una débil sonrisa. Esa debía de ser Johanna, supuso; ella era la única de sus amigas que se habría mostrado retraída ante el señor Hayward porque sin duda un hombre como él le resultaría sencillamente intimidante.

No por primera vez, se preguntó como ella y las otras chicas tomarían su marcha, y esperó que no pensarán nada malo de ella. Tenía toda la intención de explicarles lo ocurrido cuando estuviese resuelto, igual que a la señora Harrison.

—Y luego fue a Scotland Yard —Lucy hizo a un lado su preocupación y lo alentó a continuar con sus informes.

Él cabeceó y se estiró sobre el sillón, por lo que se vio obligada a retirar la mirada de inmediato.

¿Cómo era posible que fuese tan... tan... expresivo?, se preguntó con cierta incomodidad. Para ella, que había sido criada en un hogar amoroso pero estricto para disimular sus emociones y a quien su carácter impelía a apenas compartir lo que sentía, la actitud del señor Hayward era extraordinaria.

Él reía cuando quería reír; mostraba su enfado si este lo sobrepasaba; cada uno de sus gestos parecía estar embebido por una fuerza interior tan palpable que a veces Lucy se sentía muy pequeña y apagada en su presencia, y eso no le hacía ninguna gracia.

—Creo que llegué precisamente a la hora en que la mayor parte de los agentes se presentan ante sus superiores para recibir las órdenes del día; Sebastian me ha hablado de eso —respondió él volviendo a su posición desenfadada sobre el sillón y sin duda ignorante de sus pensamientos—. Vi a muy poca gente en las afueras, aunque apostaré mi cuello a que uno de ellos fue el agente Rivers.

Lucy se enderezó en el asiento.

—¿Y él no lo vio? —Preguntó inquieta ante la idea de que así hubiese sido.

Sabía que su amigo policía no apreciaba mucho al señor Hayward y temía que pudiera tomar su presencia como una excusa para acusarlo nuevamente por el crimen del que era sospechoso. Lucy era muy consciente de que, aunque Rivers era un buen hombre, lo cierto era que encontraba injusto que el señor Hayward se hubiese salvado de pasar la investigación tras las rejas debido a sus buenas relaciones.

—No, o al menos eso creo —el hombre arqueó una ceja—. No quiero ser cruel, pero tengo que decir que, para ser un hombre de ley, es bastante despistado.

Lucy apretó los labios, pero no dijo nada al respecto; sabía que él estaba en lo cierto.

—¿Y vio también al señor Smithson? —Preguntó al cabo de un momento.

—Sí, pero él tampoco me vio; bajó de un carruaje y entró pitando al edificio. Parecía

tener mucha prisa y también me dio la impresión de que parecía preocupado.

—Me pregunto por qué.

El señor Hayward se encogió de hombros.

—Es posible que su desaparición sea una de las razones —señaló.

—¿Usted cree?

—¿Por qué no? Si está en lo cierto y él está involucrado en algún asunto turbio, no es descabellado pensar que podría haberse dado cuenta de sus sospechas; si a eso le suma que decidiera ausentarse de su empleo...

Lucy frunció el ceño y contuvo la exclamación de pesar que sintió trepando por su garganta. Estaba asustada, pero no quería que el señor Hayward lo viese.

—¿Piensa que sospecha de mí? —Preguntó en tono tan calmado como le fue posible.

El hombre ante ella pareció darse cuenta de su turbación porque se inclinó para mirarla con mayor esmero; un halo de desasosiego se proyectaba en su semblante.

—Es posible —respondió, y ella agradeció que no intentara mentirle para tranquilizarla —; pero incluso si fuese así, no hay nada por lo que deba temer. Mientras se encuentre aquí estará a salvo. Y en cierta forma, quizá no sea tan malo que él sospeche de usted porque eso lo pondrá nervioso y Sebastian siempre dice que un hombre nervioso comete muchos errores.

El señor Hayward mencionó aquello último con voz levemente risueña y Lucy sintió que parte de su inquietud desaparecía como por encanto. De modo que asintió y se aclaró la garganta antes de hablar nuevamente.

—¿Y no vio a aquel hombre del que le hablé?

—¿El que visita a su jefe? No, en absoluto; y visto que lo describió con bastante claridad, creo que sería imposible que no lo reconociera —respondió él.

—Tal vez esté buscándome.

—Tal vez.

Lucy guardó silencio durante algunos segundos y se miró las manos sobre el regazo; las manchas de tinta, evidentes pese a lo mucho que se esforzaba por removerlas cada mañana, le recordaron su empleo y por un instante se sorprendió de lo mucho que lo echaba en falta. Le gustaba sentirse útil y esa inmovilidad obligada la disgustaba.

—Señorita Hatley.

Ella alzó la vista de golpe para mirar al señor Hayward, un poco asombrada de cuán suave había sonado su voz, y cuando sus ojos se encontraron tuvo que tragar espeso porque él la veía con una expresión de lo más extraña.

Curiosidad, ternura, entendimiento. Y algo más. Algo que en ese momento no quiso analizar, pero que tampoco fue del todo extraño para ella; lo había visto antes, en otros hombres, pero la idea de que él pudiera sentirlo también; que ella fuera capaz de inspirarlo...

Deseo.

—No va a sentirse tranquila hasta que esto se encuentre resuelto del todo ¿cierto?

Lucy parpadeó y bajó la mirada a la alfombra bajo sus pies; le ardía la cara y temía que él fuera capaz de ver lo mucho que le había afectado su descubrimiento. Tras carraspear para aclararse la garganta porque dudaba de que su voz fuera a salir con facilidad, intentó apartar esas ridículas ideas y centrar su atención en aquello último.

—No, claro que no. Es demasiado importante, y ha afectado mi vida a un punto que no puedo pasar por alto —respondió, aliviada de que nada en su tono revelara sus emociones—. Necesito descubrir qué es lo que está ocurriendo para poder volver a mi vida.

El señor Hayward no respondió de inmediato, pero ella no se atrevió a mirarlo; permaneció con la mirada gacha y las manos aferradas al paquete que él le había entregado; en ese momento, le parecía que si lo soltaba corría el riesgo de dejarse llevar por una vorágine de sentimientos que no tenía idea de cómo enfrentar.

—Así será —las palabras del hombre ante ella resonaron en el espacio con la suavidad de una pluma—. Se lo prometo.

Lucy cabeceó, sin responder, y tampoco lo miró entonces; no habría podido ni siquiera de haberlo deseado; se sentía como un animal acorralado por una terrible amenaza y se preguntó, en un raptó de pánico, si no habría cometido un error aun más grande de lo que había imaginado al aceptar la oferta del señor Hayward para quedarse allí.

En ese momento, la posibilidad de que hubiese alguien afuera interesado en encontrarla y hacerle daño le parecía una preocupación nimia en comparación al peligro que significaba pasar tanto tiempo junto a él.

—Jamás se me habría pasado por la cabeza que hicieras semejante locura, Drake; tú, entre todas las personas. ¿No dices siempre que odias mi trabajo? ¿Por qué ahora entonces intentar robármelo?

Drake dejó escapar un bufido y se pasó una mano por el rostro, exasperado.

Desde luego que Sebastian diría algo como eso, pensó con cierto enfado. Él acababa de contarle todo lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas desde que encontró a la señorita Hatley acechando en su oficina, y a su amigo solo se le ocurría señalar un montón de obviedades, amén de acusarlo de intentar hacerse con su empleo.

A veces le costaba recordar por qué lo apreciaba tanto.

—Sebastian —cuando al fin habló, procuró que su voz no delatara lo fastidiado que se sentía—. Continúo pensando que tienes una ocupación horrible, pero jamás he dicho que la odiara y, por otra parte, ¿podrías prestar atención al punto más importante de lo que te he contado? La señorita Hatley está en peligro.

Su amigo frunció el ceño y miró sobre su hombro en dirección a la figura repantigada en un sillón junto a la ventana que había permanecido en silencio hasta entonces.

—¿He dicho en algún momento que eso no me pareciese importante?

Elara, que veía de uno a otro con expresión levemente burlona, entrecerró los ojos y fingió considerarlo antes de negar con suavidad.

—No, creo que no te he oído decir nada parecido —indicó ella.

Mientras Sebastian asentía satisfecho por lo que debía de considerar una muestra de lealtad de parte de su hermana, Drake llevó los ojos al cielo y exhaló un hondo suspiro.

Había ido a ver a Sebastian, tal y como prometió a la señorita Hatley que haría, aunque tuvo que esperar hasta esa mañana porque se le hizo tarde el día anterior y no quiso irrumpir en casa de su amigo con un asunto tan serio a una hora avanzada.

No había esperado encontrar a Elara allí, pero al pensar en ello juzgó que era lógico. Con seguridad, debía de encontrarse encantada luego de haberse convertido en tía y querría tanto ver al nuevo miembro de la familia como ponerse a disposición de su cuñada, por si esta necesitaba algo.

Por lo que Drake había podido comprobar luego de ver un momento a Giselle y felicitarla por el acontecimiento, aquello último no era necesario. Si obviaba el hecho de que, como era de esperar, estaba agotada y aún debía recuperarse del parto, ella se veía también exultante mientras

le presentaba al pequeño Brian y recibía sus felicitaciones.

Luego de eso, había dejado a la nueva madre en compañía de Hannah, que los vigilaba a ella y al niño con ojos de halcón, y se había reunido con Sebastian y Elara para ponerlos al tanto de los últimos hechos.

—Bueno, da igual —habló él una vez que consiguió reunir una buena cuota de paciencia, algo siempre imprescindible en presencia de aquel par—. Hice lo que juzgué que debía hacer en esas circunstancias. No iba a dejar a la señorita Hatley desamparada; en especial si, como creemos, corre algún tipo de peligro.

Antes de que Sebastian pudiese decir algo, sin duda para señalar que a él se le ocurrían mil y otra cosas que Drake habría podido hacer antes de meter a aquella mujer en su casa, Elara se adelantó a dar su opinión.

—Claro que hiciste lo correcto; yo no habría dudado en hacer lo mismo, y tú tampoco, Sebastian —declaró ella en tono que no admitía réplica tras dirigir a su hermano una mirada afilada—. Y, como ha dicho Drake, eso carece de importancia ahora. En lo que deberíamos enfocarnos es en encontrar una solución para el problema de la señorita Hatley. La posibilidad de que el director de Scotland Yard esté metido en algún asunto turbio es preocupante.

—Pero no sorprendente —Sebastian se encogió de hombros—. No sería el primer hombre en un cargo de esa naturaleza que cae en las garras de la corrupción.

—¿Quién ha dicho algo acerca de corrupción? No creo que podamos acusar a Smithson de algo tan delicado sin pruebas —opinó Drake.

—Esa es una extraordinaria muestra de generosidad de tu parte —intervino Elara, dirigiéndole una mirada cargada de aprobación—. Después de todo, él no ha dudado un instante en hacerte responsable del asesinato de esa mujer.

—Creo que son dos cosas distintas.

—Drake tiene razón en parte—Sebastian se llevó las manos tras la nuca y estiró sus largas piernas ante él—. Un asesinato y un hecho de corrupción no son lo mismo; pero también es cierto que, así como no podemos asegurar que Smithson esté involucrado en algo ilegal, de ser el caso, tampoco sabemos aun de qué grado de ilegalidad hablamos. Quizá vaya mucho más lejos de lo que creemos ahora. Y por eso, no tiene sentido adelantarse.

Drake miró a su amigo con los ojos entrecerrados, un poco sorprendido de cuán animado parecía de pronto.

—¿Por qué todo esto parece hacerte tan feliz? —Preguntó.

Sebastian no se molestó en negarlo; por el contrario, exhibió una amplia sonrisa al responder.

—Bien, es posible que te resulte difícil entenderlo, y quizá me juzgues por ello; pero lo cierto es que encuentro bastante emocionante el tener de pronto dos casos tan interesantes entre manos —confesó con un leve rastro de arrepentimiento en la voz; pero se adelantó a continuar antes de que su amigo pudiera expresar su protesta—. Desde luego, pretendo resolverlos ambos y, para cuanto todo esto haya terminado, te aseguro que tú y la señorita Hatley podrán volver a sus vidas como si nada hubiese ocurrido.

Drake dudó mucho que aquello fuese a ser posible, pero no dijo nada; en parte para no decepcionar a Sebastian, pero también porque, en el fondo, deseaba que él tuviera razón.

Capítulo 13

El frío acarició las mejillas de Lucy cuando sacó la cabeza por la ventana del salón que daba a la calle, pero no retrocedió; se mantuvo allí con las manos asentadas en el alfeizar hasta reconocer la figura alta y de andar elegante que acababa de doblar una esquina y que se dirigía a la entrada del edificio.

Abochornada por la idea de que el señor Hayward la pillara espiando por la ventana en espera de su regreso, corrió de vuelta al salón y se dejó caer con rapidez sobre un sillón al tiempo que tomaba el libro que había llevado con ella de la biblioteca esa mañana.

No estaba muy segura de qué trataba; estaba demasiado nerviosa para concentrarse en sus páginas, pero confiaba en que eso no fuese evidente y, tras abrirlo por un lugar indeterminado, fijó la mirada en las letras como si no hubiese nada en el mundo que le interesara más.

Fue así como la encontró el señor Hayward cuando entró en el salón luego de oírlo hablar un momento con Phillips en el vestíbulo, y Lucy fue lo bastante hipócrita para tardar un momento en levantar la mirada y hacer como si le sorprendiera verlo allí.

—¡Ah! Ya está de regreso —dijo en un tono que esperaba resultara convincente—. ¿Cómo se encuentra la señora Wainhouse?

Por la forma en que él la miró, fue obvio que le agradó que su primera pregunta estuviese relacionada con el bienestar de Giselle, porque sonrió y asintió en tanto ocupaba el diván junto a ella, gesto que a Lucy le llevó a arquear una ceja. Había notado que él siempre se esmeraba por poner algo más de distancia entre ambos.

—Radiante —respondió al fin—. Y el niño también se ve muy bien. Para ser un recién nacido, claro.

Lucy no pudo ocultar una sonrisa.

—Puedo hacerme una idea —bromeó ella.

—Claro. Seguro que siendo usted la hermana de en medio de entre tantos, habrá visto a varios.

—Es verdad, aunque no solo se trataba de mis hermanos; mi madre es a quien acuden las mujeres del pueblo para que las ayude en sus partos.

El señor Hayward arqueó una ceja.

—Su madre debe de ser una mujer formidable —comentó él.

—Lo es.

—¿Y su padre?

Lucy advirtió la curiosidad en el tono del hombre y por un momento se planteó dar una respuesta vaga y cambiar de tema. No porque no tuviese mucho que decir acerca de su familia sino porque compartirlo con él se le antojó muy extraño.

Hasta hacía solo unos días, lo veía como el hombre más odioso del mundo y, sin embargo, ahora las cosas parecían haber cambiado y aun le costaba hacerse a la idea de que mucha de esa animadversión que despertara antes en ella no tenía mayor asidero. Aun peor, el tiempo pasado a su lado le había permitido ver un aspecto totalmente distinto de su carácter; uno que encontraba casi atractivo, y con seguridad aquello no podría traer nada nuevo.

—Señorita Hatley ¿se encuentra bien?

Lucy parpadeó y volvió su atención al señor Hayward. No se había dado cuenta, pero se había quedado mirando el libro con expresión concentrada y él debía de pensar que estaba un

poco trastornada. ¿Quién se quedaba callada de golpe en medio de una conversación y actuaba como si estuviese en otro mundo?

—Mi padre es un buen hombre —se sorprendió hablando de golpe y con voz atropellada—. Él es... es una de las personas más inteligentes que conozco.

El señor Hayward asintió, aunque por la forma en que la veía, Lucy supuso que, en efecto, su comportamiento no debía más que confirmar su impresión de que no estaba en sus cabales.

—Ya veo. Es evidente que siente un gran cariño por su familia —comentó él.

—Por supuesto.

—¿Incluso por todos esos hermanos?

Lucy esbozó una pequeña sonrisa.

—Incluso por ellos —asintió.

Él se encogió de hombros y apartó la mirada de su rostro para posarla en el hogar que Phillips había dejado encendido. Las llamas danzaban con suavidad y Lucy las observó también con los párpados caídos.

—¿Por qué no me cuenta algunas cosas?

El pedido del señor Hayward la sorprendió lo suficiente para que girara la cabeza de golpe para mirarlo, pero él no la imitó. Permaneció con la vista fija en el frente y Lucy se quedó observando su perfil iluminado por la luz que se filtraba a través de la ventana. Su cabello dorado parecía irradiar una luz brillante y, no por primera vez, se preguntó cómo era posible que un hombre pudiera ser tan guapo.

—¿Qué clase de cosas? —Preguntó ella en un hilo de voz.

—De su familia, y de su vida en el campo. Si lo desea, y espero que así sea, podría contarme también acerca de su vida en Londres.

—¿Por qué quiere saber todo eso?

Él tardó un momento en responder.

—Para serle sincero, no lo sé.

Lucy entreabrió los labios para decir que esa respuesta no tenía ningún sentido; pero en su lugar se sorprendió diciendo algo totalmente distinto.

—La rectoría en la que crecí estaba en lo alto de un promontorio en las afueras del pueblo; mi abuelo le hizo algunas mejoras poco antes de que mi padre se casara, lo que fue una suerte porque terminamos siendo tantos que habría sido muy incómodo de otra forma.

Ella ahogó un suspiro y conjuró la gran construcción de madera que había sido todo su mundo conocido hasta que decidió ir a Londres. Y por un instante pareció que el señor Hayward podía hacerlo también porque notó que sonreía y, al fin, queladeaba el rostro para buscar su mirada.

Sus ojos se encontraron y permanecieron fijos el uno en el otro durante lo que pareció mucho tiempo antes de que él rompiera el silencio.

—Cuénteme más —pidió en un susurro.

Y Lucy lo hizo.

Era una cosa muy rara, se dijo Drake cuando al fin se retiró a su habitación y cerró la puerta tras él a cal y canto como si pretendiera con eso evitarse a sí mismo el riesgo de cometer alguna imprudencia.

Como levantarse en medio de la noche, tocar a la puerta de la señorita Hatley, que estaba

al final de ese mismo pasillo, y rogarle que le dejara entrar, por ejemplo, reconoció con una mueca mientras se dirigía a la cama y se dejaba caer sobre ella con un resuello.

Sentía como si le costara respirar; una masa de aire alojada en la garganta que no lograba liberar y que, curiosamente, parecía hacerse más grande cada vez que su huésped le sonreía.

Y había pasado con sorprendente frecuencia en las últimas horas, recordó sin poder evitar sonreír también solo al considerarlo; pero su semblante cambió casi como por encanto en cuanto cayó en la cuenta de que aquello era una locura y que más le valía metérselo en la cabeza antes de que hiciese algo de lo que pudiera arrepentirse luego.

La señorita Hatley... Lucy, como pensaba en ella solo para sí, le había resultado atractiva desde la primera vez que la vio en Scotland Yard; pero entonces, luego de su accidentado encuentro, había intentando convencerse de que aquella no había sido más que una reacción natural inspirada por una mujer bonita y que le hubiera ocurrido exactamente lo mismo de haber sido cualquier otra.

Ahora, sin embargo, y con el paso del tiempo, además del grado de cercanía que habían alcanzado, sería una estupidez no aceptar que lo que le atraía de ella era mucho más que eso. Lucy era preciosa a sus ojos; pero también la mujer más inteligente que había conocido, y la más valiente, además de que cuando no parecía interesada en matarlo, podía también ser muy divertida.

Un desastre, sin duda; se dijo Drake llevando una mano a sus ojos para aplastarlos con saña. Si ella se daba cuenta; si era capaz de percibir lo que inspiraba en él...

Entonces sí que intentaría matarlo, supuso con un suspiro de pesar; muy consciente de que tal vez aquello ocurriera más temprano que tarde porque dudaba de que fuera a poder ocultarlo durante demasiado tiempo.

Esconder sus emociones no era un rasgo de su carácter del que pudiera alardear; cualquiera que lo conociera lo sabría. Y algo le dijo que, a esas alturas, Lucy Hatley estaba cerca de conocerlo como el que más.

Lucy recibió una visita inesperada a la mañana siguiente cuando apenas acababa de tomar un desayuno ligero a solas luego de que Phillips le informara de que su señor había salido muy temprano para ocuparse de un encargo del señor Wainhouse del cual, por algún motivo, había decidido no hablarle la noche anterior.

No que él tuviera la obligación de hacerlo, se dijo ella cuando reparó en la molesta sensación que le acompañó durante un buen rato al pensar en ello. Su anfitrión había sido más que considerado al permitirle que se quedara en su hogar y, además, haberse ofrecido a servir de puente entre ella y su amigo para que este pudiese ocuparse de su problema.

No le debía ninguna explicación acerca de sus actos, y sin duda ella no pensaba pedírselos.

En eso estaba, rumiando acerca de cuán sorprendente era que una persona pudiese pensar en cosas tan absurdas en lugar de ocuparse de otras mucho más apremiantes, cuando Phillips apareció en el salón en que se hallaba para anunciar, con el pecho tan henchido como si estuviese a punto de estallar, que la duquesa de Banfield había acudido para hablar con ella.

El sirviente apenas acababa de dejar salir la última sílaba del anuncio cuando el cuerpo menudo y cubierto con un vestido discreto de Elara asomó en el umbral. Tras dirigir al hombre una mirada de disgusto muy mal disimulada, se dirigió a Lucy y le obsequió con una de sus pequeñas sonrisas que, había descubierto, no prodigaba a cualquiera.

—Señorita Hatley; disculpe que me presente sin avisar, pero sospecho que usted y yo sentimos el mismo apego por los convencionalismos sociales —indicó ella.

Lucy le devolvió la sonrisa y asintió al tiempo que se ponía de pie para hacer una reverencia que la otra mujer toleró con lo que solo pudo suponer entonces era una muestra de paciencia poco propia de ella.

A Elara Wainhouse, ahora lady Banfield, no le agradaban las ceremonias, tal y como había dejado tan en claro, comprendió sin el más mínimo asomo de sorpresa.

Una vez que la recién llegada se dejó caer sobre el asiento a su lado e hizo un gesto de asentimiento para aceptar la sugerencia de Phillips de llevar un servicio de té, transcurrieron unos instantes en silencio en los que Lucy se sintió examinada al detalle de una forma en absoluto molesta, aunque sí un tanto perturbadora.

—Phillips dijo que Drake no se encuentra en casa —dijo ella al fin.

Lucy estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio; le gustaba el silencio, pero Elara lo llevaba un poco lejos.

—No. El señor Hayward dejó dicho que debía ocuparse de un asunto para su hermano —explicó.

—¡Ah, sí! Sebastian y sus asuntos —Elara hizo una mueca—. Aunque supongo que en este caso ha de estar relacionado con la investigación del asesinato de esa pobre mujer y también lo suyo, señorita... —ella se echó hacia adelante en el asiento y la miró a los ojos— ¿le importe que la llame por su nombre de pila?

—Por supuesto que no.

—Muy bien. Entonces usted debe llamarme Elara —sin darle tiempo a Lucy para decir lo que opinaba al respecto, continuó—. Mi hermano piensa que su jefe, el señor Smithson, está metido en un asunto bastante turbio.

—Eso creo también, aunque es posible que ambos nos equivoquemos. Lo cierto es que no había pensado en que tal vez este es el peor momento para cargar con trabajo al señor Wainhouse. Él tiene muy difícil buscar las pruebas de la inocencia del señor Hayward, y con lo mío...

Elara hizo un gesto para restar importancia a aquello.

—Le aseguro que él está exultante de tener entre manos dos casos tan interesantes y fuera de lo común —aseguró—. Pero sí, es indudable que necesita ayuda, y aunque procuro hacer lo mejor que puedo, mis circunstancias han cambiado y eso me limita un poco.

Fue evidente que eso a ella no le hacía ninguna gracia, pero Lucy notó que sacudía la cabeza de un lado a otro con suavidad, como si intentara despejar la idea, y cuando habló de nuevo lo hizo en un tono algo más animado.

—Allí entra a tallar Drake, por supuesto —dijo—; a él se le da muy bien tratar con Sebastian y ha sido de mucha ayuda en varios de nuestros casos.

Lucy asintió procurando no parecer tan interesada como se sentía. Aquella era, sin duda, una oportunidad para conocer un poco más acerca del señor Hayward sin exponerse al ridículo de preguntárselo a él mismo.

—Resulta difícil imaginarlo en esta clase de asuntos —dijo con tiento—. Al señor Hayward, quiero decir. Él no parece la clase de hombre que disfruta estar envuelto en misterios.

Elaraladeó el rostro y la observó con más curiosidad, si cabía.

—Eso parece ¿no? —replicó ella—. Creí que a estas alturas ya se habría dado cuenta de que Drake es mucho más de lo que se ve a simple vista.

—Bueno...

—Él y mi hermano se conocen desde hace mucho tiempo, como sin duda sabe, y eso me ha dado oportunidad de tratarlo a fondo. Confieso que al principio no me llevé una muy buena impresión de él y me costó entender cómo él y Sebastian se habían hecho amigos, pero lo cierto es que, con el tiempo, comprendí que no era en absoluto como creía.

Había un rastro de afecto muy notorio en la voz de Elara y Lucy sintió un aguijonazo de envidia taladrándole la piel. Y no le gustó en absoluto porque eso solo podía significar que ansiaba conocer a aquel hombre tan bien como la mujer que se encontraba ante ella y en cuyo juicio confiaba lo suficiente como para percibir que el aprecio que le tenía era bien merecido.

—Dudo de que a Drake le agrade la labor de detective tanto como a Sebastian o a mí; creo, en realidad, que le parece una pérdida de tiempo —Elara se encogió de hombros—. Pero es un hombre inteligente, y curioso, y lo bastante humano como para sentirse intrigado por la conducta de la gente. Además, aun cuando no fuera así, también es muy leal y haría cualquier cosa por mi hermano.

Lucy asintió.

—Estoy segura de que el señor Wainhouse ha de pensar lo mismo respecto a él —comentó.

—Por supuesto. De allí que esté obsesionado por demostrar su inocencia —Elara miró por el rabillo del ojo en dirección a la puerta, donde un atribulado Phillips había aparecido con una gran bandeja de plata—. Phillips, por Dios, no tiene que quedarse allí de pie. Por favor, entre —ella sonrió a Lucy con expresión de disculpa en tanto el sirviente se apresuraba a cumplir su orden—. Lo siento; puedo ser muy mandona; incluso cuando me encuentro en la casa de alguien más.

—No se preocupe. Después de todo, esta no es mi casa y dudo de que al señor Hayward le importe. O al señor Phillips.

El aludido sacudió la cabeza de un lado a otro con rapidez, como si le espantara que Lucy mencionara tal cosa en presencia de la duquesa; pero ninguna le prestó demasiada atención y cuando él se marchó luego de que Lucy se ofreciera a servir el té, Elara miró por la ventana con el entrecejo levemente fruncido.

—Me gustaría ser de más utilidad con su problema, Lucy; pero le aseguro que haré cuanto esté en mi mano por contribuir en lo que sea necesario para que pueda dejar este horroroso asunto en el pasado —indicó en tono resuelto tras volver la atención a su rostro—. No debe dudar en acudir a mí por cualquier cosa que pueda necesitar. Prométame que así lo hará.

Lucy cabeceó, conmovida por esa muestra de generosidad proveniente de alguien a quien apenas conocía pero que ya había dado sobradas muestras de ser una mujer magnífica.

—Se lo agradezco —dijo, sincera—. Le prometo que lo haré.

Elara pareció satisfecha de que aceptara sin poner mayores pegas y sonrió cuando Lucy puso una taza en sus manos. Luego permaneció callada durante unos segundos, sumida en sus pensamientos hasta que sacudió levemente los hombros como si intentara así centrar sus ideas y, tras mirarla con la sombra de una sonrisa y un brillo interesado en sus ojos, le habló de nuevo.

—Cuénteme todo este asunto de su jefe desde el principio —pidió—. Desde el momento en que empezaron las visitas de ese hombre y sus primeras sospechas; no se deje nada.

—Creí que su hermano ya se lo había contado todo.

La duquesa torció el gesto y la sorprendió al reír entre dientes.

—No se lo diga a Sebastian, pero incluso a él se le pueden escapar algunas cosas de vez

en cuando, y a mí me gusta oír los hechos de su fuente inicial —indicó en tono desenfadado.

«Al parecer todo el mundo quiere saber cosas de mí», se dijo Lucy al pensar en todas las preguntas que le había hecho el señor Hayward la noche anterior. Pero mientras intentaba ordenar sus ideas para satisfacer la curiosidad de Elara, no pudo evitar pensar que el interés de su anfitrión, a diferencia del suyo, parecía nacido más en su persona que en las raras circunstancias que la habían llevado hasta allí.

Y, por algún motivo en el que no quiso pensar en ese momento, eso le hizo sentir sorprendentemente complacida.

Capítulo 14

—¿Quién empieza?

Drake aguardó a que Sebastian respondiera a la pregunta sin disimular su impaciencia. Su amigo parecía demasiado pensativo y sorprendentemente callado desde el momento en que se reunieron en la plaza que se hallaba no muy lejos de su hogar.

Sebastian no lo había mencionado cuando acordaron encontrarse allí luego de que le enviara una nota muy temprano esa mañana, pero Drake sospechaba que aquello se debía a que deseaba aprovechar cualquier oportunidad de cumplir con sus labores sin poner demasiado distancia entre él y su familia por si se le necesitaba para algo.

—¿Tienes alguna novedad para compartir?

Sebastian lo descolocó al responder con esa pregunta y Drake tardó un momento en ordenar sus ideas antes de negar con suavidad.

—Temo que nada en particular; ni referido a mi caso ni al de la señorita Hatley —reconoció no sin cierta desazón.

Su amigo asintió como si aquello no le sorprendiera.

—Ya lo imaginaba; de otra forma, te habrías puesto en contacto conmigo para hacérmelo saber —reflexionó en tono tranquilo—. En ese caso, será mejor que empiece yo y luego podré darte una tarea en la que he estado pensando que podría sernos de mucha utilidad.

Drake aguardó en silencio a que continuara.

—Esto que voy a decir no sonará muy bien, pero confío en que lo tomes con tranquilidad...

—¿Debería estar asustado?

Sebastian lo ignoró.

—Encontré a la mujer que estuvo con Jenkins en el teatro aquella noche —anunció él—. Recordarás que había desaparecido también.

—Claro que lo recuerdo —Drake se adelantó en el asiento y miró a su amigo con el corazón palpitando por la anticipación— ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Pudo echar algunas luces acerca de lo que ocurrió esa noche? Se suponía que ella conocía a la señorita Morrison y a esos hombres que creemos que se llevaron a Jenkins a aquel fumadero de opio ¿cierto? Ya sé que tal vez eso último no tenga mucho que ver con lo mío, pero no podemos descartarlo del todo; quizá...

Sebastian hizo un gesto para que guardara silencio y solo entonces Drake reparó en que, además de pensativo, también lucía un poco contrariado.

—Está muerta —dejó caer de golpe—. Lo siento, pero acabo de descubrirlo anoche. Jimmy me hizo llegar una pista; dijo que había logrado arrancarle a un amigo que trabaja como mozo en el teatro las señas de los lugares a los que acostumbraba ir. Uno de ellos es un local de mala muerte en el muelle; de modo que fui para allí durante la madrugada y, luego de hacer algunas preguntas, me dijeron que la habían encontrado con el cuello rebanado hace unos días. Hablé con el hombre que la halló y confirmó todo.

Drake abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe al comprender que, en realidad, no se le ocurría nada que pudiera alcanzar a explicar la sensación de pesar que lo asoló entonces. Por esa nueva desgracia en primer lugar, y por lo que habría de significar para él en segundo.

Como si pudiera hacerse una idea de lo que pensaba, Sebastian le dio un apretón en el hombro, sacudiéndolo para que le prestara atención.

—No negaré que es una mala noticia; pero eso no quiere decir que sea el final. Aunque contábamos con lo que pudiera decirnos esa mujer, aun nos quedan otras vías para explorar. Es posible que ella no supiera nada respecto a lo que te ocurrió —indicó él.

Drake le dirigió una mirada cargada de amargura.

—Sabes que eso no es cierto —espetó sin mayores rodeos—. Y su muerte lo comprueba. Vamos, Sebastian, si a mí me parece sospechoso que todos los relacionados con lo ocurrido aquella noche terminaran muertos o en riesgo de estarlo, como habría ocurrido con Jenkins de no haberlo encontrado, supongo que para ti debe de estar mucho más claro ¿no? Todo esto tiene que ver conmigo; no tengo idea de cómo, pero es así.

Su amigo suspiró y pareció tentado a negarlo, pero eso habría sido una tontería y ambos lo sabían, además de una falta de respeto para con Drake, que no tenía un pelo de tonto y no habría apreciado que intentara consolarlo con esa clase de cosas; así que, tras un momento de duda, cabeceó.

—Es evidente que tienes razón, y suponer lo contrario solo nos retrasaría aún más —reconoció.

—Dudo de que haya algo a estas altura que nos permita avanzar; tenemos que aceptarlo, Sebastian, creo que estoy perdido.

Sebastian sacudió la cabeza de un lado a otro con ademán enérgico y Drake atisbó el brillo de la determinación bullendo en sus ojos. Era una de las cosas que no entendía de su amigo: que mientras más oscuro pareciera todo, y menos posibilidades de triunfo se vieran en el horizonte, más decidido parecía a salirse con la suya.

—Tenemos que dejar de concentrarnos en todo lo que ha ido mal y trabajar con lo que nos pueda ser de utilidad —indicó él, echando un vistazo al frente con la mirada perdida en un punto lejano; las palabras salían de sus labios a toda velocidad—. Lo que le han hecho a esa pobre mujer es terrible y si, como sospechamos, está relacionado de alguna forma contigo, estamos en la obligación de descubrir a los responsables para hacerlos pagar; por ella y por la señorita Morrison, además de que, como has dicho, también estuvieron a punto de matar a Jenkins. Creo que ha llegado el momento de tratar esto como lo que es.

Drake, que lo veía con atención, arqueó una ceja.

—¿Y qué es? —Preguntó.

—Algo más grande que tú y que yo; algún tipo de organización criminal que no duda en deshacerse de quien haga falta para encubrirse. No podemos saber aún cómo fue que terminaste involucrado en esto, pero lo descubriremos y encerraremos a esa gente.

Drake suspiró, consciente de que él estaba en lo cierto. Hacía mucho que sospechaba que aquel asunto en el que se había visto envuelto iba a más allá de cualquier otra correría en la que pudiera haberse metido antes. Como había dicho Sebastian, se trataba de algo mucho más grande y, por ende, más peligroso.

¿Qué hacer?

—Tengo una corazonada —continuó Sebastian ante su silencio—. Creo que debemos dar con los hombres que se llevaron a Jenkins esa noche; los conocidos de su amiga. Si alguien puede darnos una pista de lo ocurrido, son ellos.

Drake hizo una mueca.

—Hasta ahora, cada vez que vamos en busca de alguien con la esperanza de que nos diga

algo que ayude a aclarar todo esto, ese alguien a terminado muerto o en peligro de estarlo — recordó.

Sebastian se giró a mirarlo y asintió con suavidad.

—Es verdad, pero también es cierto que en esta ocasión no iremos en busca de esta gente asumiendo que se trata de testigos inocentes —indicó él.

—Crees que son culpables —Drake dejó caer la sentencia sin vacilar.

Su amigo se encogió de hombros.

—Ya veremos —dijo tan solo—. Por ahora, iremos un paso a la vez. Yo me ocuparé de seguir esa línea de investigación.

—¿Y yo? Dijiste que tenías un trabajo para mí.

—Sí. Necesito que te encargues de un asunto relacionado con el caso de la señorita Hatley.

La mención a Lucy despertó todas las alertas en la mente de Drake y, sin ser consciente de ello, se inclinó hacia adelante con semblante interesado.

—¿Qué quieres que haga? —Preguntó.

Sebastian esbozó una suave sonrisa y lo miró a los ojos con un atisbo de sorna que, por suerte, Drake no logró descifrar en ese momento porque de haber sido distinto se habría enzarzado en una discusión interminable.

—Tienes que seguir a Smithson. Él desconfía de mí, así que no puedo encargarme de eso; seré más útil yendo tras la pista de esos hombres de los que hablamos. Tú, en cambio...

—Te recuerdo que a ese hombre no le soy muy simpático —anotó Drake.

—Cierto. Pero también piensa que eres un irresponsable al que no tardará mucho tiempo en encerrar, y eso es una ventaja para nosotros porque eso quiere decir que te subestima —Sebastian chasqueó la lengua, al parecer satisfecho de tener esa ventaja—. Además, ustedes se mueven en los mismos círculos, así que no juzgará extraño toparse contigo. Tienes que estar muy atento a lo que hace, y a con quienes se reúnen.

—¿Crees que pueda ver a ese hombre del que habló Lucy, digo, la señorita Hatley?

Por suerte, Sebastian estaba tan concentrado en sus ideas que no reparó en su error, o tal vez solo decidiera dejarlo pasar.

—Eso espero; si descubrimos quién es tal vez podamos resolver este caso más pronto de lo que había calculado. Pero ten cuidado; por lo que la señorita Hatley nos ha contado, es obvio que se trata de un tipo peligroso —advirtió.

Drake asintió y se abstuvo de mencionar que algo como eso nunca lo había detenido, y a Sebastian tampoco.

—Muy bien; me ocuparé de eso —aceptó— ¿Alguna idea de por dónde empezar?

Su amigo sonrió y él supo que no hacía falta que dijera más; Sebastian tenía muy claro qué debía hacer a continuación y él estaba a punto de descubrirlo.

—Temo que el señor Wainhouse está siendo un poco imprudente al sugerirle que haga esto. ¿Está totalmente seguro de que no hay otra opción?

Lucy observó al señor Hayward mientras se ajustaba con gesto distraído el nudo de la corbata y su mirada se vio irremisiblemente atraída a la forma en que esta rodeaba su cuello y de allí al corte de la chaqueta, ajustada al milímetro sobre los hombros. Aunque él siempre vestía muy bien, era la primera vez que lo veía de etiqueta y debía reconocer, por mortificante que pudiera ser, que se veía magnífico.

A veces olvidaba que era un aristócrata acostumbrado a vestir con trajes que valían su sueldo de un año y que los llevaba con la misma soltura con la que ella su viejo vestido de andar por casa.

Era un poco injusto, reconoció de mala gana.

—No será un problema, y entiendo por qué Sebastian quiere que lo haga; la mejor forma de descubrir en qué está metido su jefe es verlo fuera de la oficina —el señor Hayward respondió tras fruncir levemente el ceño y dio un nuevo tirón a la corbata—. No sé qué ha hecho Phillips con esto...

Lucy ahogó un resoplido y abandonó el sillón en el que había estado sentada mientras lo veía dar vueltas alrededor del salón para ir hacia él.

—Es usted el que no deja de estropearlo tirando de esa forma. Quédese quieto —ella posó una mano sobre el lazo de seda y procuró hacer como que no se daba cuenta de que le temblaban los dedos—. Deje que le ayude.

Percibió la tensión proveniente del señor Hayward ante su cercanía y en cierta forma le alegró que él no fuera del todo indiferente a ella. ¿Acostumbraban las mujeres de su clase tomarse esas libertades o pensaba que era una descarada?

Descartó la idea de inmediato al recordar que él tenía una bien ganada fama de calavera y que sin duda no habría de tratar mucho con damas sino con otro tipo de mujeres de moral más flexible. Sin duda ninguna de ellas dudaría en ofrecerse a arreglarle el nudo de la corbata; eso y mucho más; quizá incluso...

—Señorita Hatley ¿podría no apretar tanto?

Lucy parpadeó y aflojó el agarre sobre la corbata, de la que había empezado a tirar con cierta saña debido al enfado que había empezado a inundarla solo de pensar en ese hombre en compañía de una corte de mujeres dispuestas a cumplir todos sus caprichos.

¿Estaba perdiendo el juicio? ¿Qué le importaba a ella lo que él hiciera?

—Lo siento; estaba distraída.

—Ya me di cuenta.

Lucy se encogió de hombros y ajustó con movimientos seguros y delicados la tela, fascinada a su pesar por lo suave que se sentía bajo sus dedos y echó la cabeza hacia atrás para contemplar su labor con agrado. El problema fue que al hacer aquello el rostro del señor Hayward también entró en su campo de visión y le sorprendió advertir que él tenía la mirada fija en el suyo.

—Muy bien hecho —dijo él en un tono que le provocó un cosquilleo en la base de la espalda.

—Un padre ministro y tres hermanos varones me han servido de mucha práctica —replicó ella restándole importancia—. Sería un crimen que no pudiera anudar una corbata como Dios manda. Aunque insisto en que Phillips lo hizo perfectamente y que ha sido usted quien lo arruinó. Dígame la verdad: está nervioso ¿verdad?

No se había movido. Todo en su interior le gritaba que debía hacerlo; después de todo, se suponía que solo se había acercado para ayudarlo con aquello y ya estaba hecho. Podía volver a su asiento en lugar de permanecer a solo unos milímetros de él, tan cerca que podía sentir su aliento sobre la frente y el calor que irradiaba quemándole las manos.

Pero algo mantenía sus pies pegados al piso y sus ojos fijos en su rostro serio por... no tenía idea de por qué. No era propio de él parecer tan grave o mirarla de la forma en que lo hacía en ese momento, tan lejos del descaro juguetón que mostraba a veces. Ahora lucía como si

hubiera algo en ella que le atrajera hasta el grado de obligarlo incluso a abandonar la sonrisa.

—Esto es muy importante —respondió él al fin—. Necesitamos saber qué es lo que planea Smithson.

—Lo sé. Y le agradezco que esté dispuesto a que correr este riesgo, pero no quisiera que le ocurriera nada malo por intentar ayudarme.

—¿Por qué?

Lucy parpadeó.

—¿Por qué qué? —Preguntó a su vez.

—¿Por qué le importa?

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

El señor Hayward exhaló un resoplido y ella tuvo que reconocer que conocía el motivo. Él había hecho una pregunta muy clara y ella intentaba darle rodeos para no responder con claridad. Pero ¿qué esperaba que dijera? ¿Que de pronto su seguridad le parecía más importante que recuperar su vida?

Primero muerta.

—Señorita Hatley...

Lucy se obligó a dar un paso hacia atrás y, por un instante, pareció que él estaba dispuesto a detenerla. Lo vio alzar las manos hacia ella como si pretendiera mantenerla a su lado, pero fue lo bastante rápida para poner distancia entre ambos y él tuvo que dejarlas caer con un gesto de frustración.

—Tiene que prometerme que no se pondrá en un peligro innecesario —dijo ella, aliviada al notar que su voz había recuperado la normalidad, o al menos parte de ella.

El señor Hayward sostuvo su mirada durante varios segundos antes de asentir y Lucy dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo. Porque necesitaba que él se lo prometiera para no sentirse tan angustiada y porque quería terminar con aquella conversación antes de decir algo de lo que fuera a arrepentirse por siempre.

—Muy bien —dijo ella con el mentón elevado—. Vamos a repasar entonces el plan del señor Wainhouse y le diré algunas cosas acerca del señor Smithson que tal vez le ayuden en su misión.

Drake dio un largo vistazo al salón y sonrió cuando sus ojos se toparon con una cabellera rala y levemente ondulada.

«Aquí estás» se dijo con la satisfacción bullendo en sus venas.

Cuando Sebastian le dijo que iba a necesitar conseguir una invitación a la velada de la marquesa de Wintrobe se había puesto un poco nervioso. No porque no conociera a la marquesa o no hubiese asistido antes a sus reuniones, pero era consciente de que, en sus circunstancias actuales, acusado de un crimen que incluso había aparecido en la prensa, la alta sociedad había dejado de considerarlo el invitado ideal.

Por suerte, aun contaba con buenos contactos, entre ellos su querida tía Minnie, de modo que no había tenido problemas para conseguir que lady Wintrobe le hiciera llegar una invitación.

Ahora, mientras se entremezclaba con el resto de invitados haciendo como que no era consciente de que la mayor parte de ellos lo veían con curiosidad y cierta desconfianza, Drake mantuvo su mirada fija en la figura enjuta del jefe de Scotland Yard.

Podía decir algo en favor de aquel hombre, pensó mientras se acercaba a la zona en que este departía con un pequeño grupo: mostraba un aplomo impresionante pese a que, como Drake

sabía, estaba involucrado en un asunto a todas luces ilegal y la que debía de considerar la mayor testigo del mismo se encontraba desaparecida.

Lady Wintrobe había contratado a un trío de cuerdas para que amenizara la reunión y los camareros no dejaban de rondar a los invitados con las bandejas a rebosar de copas con champagne. Drake ya se había bebido una, y sostenía otra ante él con ademán despreocupado, aunque estaba determinado a no darle ni un sorbo; necesitaba su mente despejada para lo que le habían encargado hacer.

Según Sebastian, era allí donde Smithson se conduciría más como él mismo y donde posiblemente cometiera algún error que les diera una pista de en qué estaba metido.

Hasta ese momento, sin embargo, Drake no había visto nada fuera de lo normal. El jefe de Lucy se había mantenido en un discreto segundo plano y a lo mucho había bailado una vez con su esposa, una mujer a la que Drake había visto con frecuencia en ese tipo de eventos y que, a diferencia de su marido, parecía mucho más a gusto departiendo con la gente.

Tal vez eso tuviera que ver con el hecho de que se tratara de la hija de un vizconde bastante popular, supuso al llevar la mirada de uno a otro y preguntándose qué habría visto ella en un hombre tan parco y que parecía tan incómodo con todo lo que le rodeaba. Según había logrado averiguar luego de hacer algunas preguntas discretas a su tía, el señor Smithson provenía de un hogar acomodado, pero en absoluto distinguido y se había forjado una carrera en la política gracias a sus buenas decisiones y a un poco de suerte, que lo habían puesto en el camino correcto.

Era conocido que había sido precisamente su matrimonio el que lo ubicó en la esfera social y el que le había permitido hacer los contactos necesarios para escalar a pasos agigantados. Había un grupo importante dentro de la policía que aseguraba que jamás habría llegado a convertirse en jefe de Scotland Yard si su suegro no hubiese movido los hilos para asegurarse de que así ocurriera.

Drake estaba tan distraído haciendo un recuento de lo que sabía de Smithson que, cuando volvió su atención a él, se sorprendió al reparar en que se había puesto en movimiento. El grupo con el que había estado departiendo continuó en su ausencia, pero en ese momento él avanzaba entre la gente con la mirada fija en un punto específico.

Él.

—Señor Hayward, qué agradable sorpresa encontrarlo aquí.

Drake contuvo una sonrisa sardónica, muy consciente de que no había absolutamente nada en el rostro de aquel hombre que llevara a pensar que, en efecto, le agradaba verlo. Aún más, habría apostado cualquier cosa a que su presencia se le había atravesado como una espina en la garganta.

—Señor Smithson —Drake fue la imagen de la cortesía al hacer una leve inclinación hacia él y responder con un acento bien modulado—. No tenía idea de que lo encontraría en este lugar, ¿conoce bien a nuestra anfitriona?

—No, pero mi esposa sí.

—Claro.

—Supongo que usted debe de conocerla mucho mejor.

Drake contuvo un resoplido. Era bien sabido que la marquesa era una viuda bastante sociable y receptiva con los avances de los caballeros que mostraban interés en ella; pero ni Drake había sido nunca uno de ellos ni le pareció de buen gusto que aquel hombre hiciera esa sugerencia.

Sí. Tal vez no fuera más que un advenedizo, pensó mientras redoblada los esfuerzos para que su desagrado no fuese muy evidente.

—Somos meros conocidos —respondió entonces en tono afilado—; pero es buena amiga de mi tía. A decir verdad, fue gracias a ella que recibí una invitación para esta noche. Creo que, de haber sido por la marquesa, habría preferido mantenerme lejos de sus salones.

El señor Smithson arqueó una ceja.

—¡No me diga! —Exclamó.

—Temo que así es; aunque supongo que no será sorprendente para usted. Después de todo, conoce mejor que nadie mis actuales circunstancias.

A Drake le divirtió el gesto de azoro que asomó brevemente al rostro de aquel zopenco.

—Señor Hayward —replicó él en un tono algo más bajo del que había usado hasta entonces—: debe saber que ese no es un tema adecuado a tratar en un lugar como este.

—Ah, pero no tenía mayor interés en profundizar en ello, solo lo mencioné porque me pareció que usted sabría entenderlo. Por cierto ¿cómo van sus avances para mi ejecución? ¿Tiene todo arreglado o aun le faltan algunos detalles por ultimar?

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. El rostro de Smithson cobró un tinte escarlata y echó el cuerpo hacia atrás como si acabara de escupirle. Drake supuso que Lucy reprobaría su comportamiento, pero le consoló pensar que ese no sería el caso de Sebastian, que nunca había dado muestras de tener mucho tacto y quien sin duda pensaría que la mejor forma de obtener una reacción de alguien como ese hombre era dejar las buenas maneras a un lado.

—Señor Hayward...

—Lo siento, pero voy a tener que dejarlo —Drake lo interrumpió tan pronto vio que había recuperado parte del aplomo y se dirigía a él como si estuviese preparado para enfrentarlo—. Prometí a mi tía que bailaré con ella y no quiero que se enfade conmigo; es el único miembro de mi familia que no cree en sus patrañas. Que disfrute de la noche.

Se alejó de él con paso tranquilo y una sonrisa que no llegó a sus ojos pero que a Smithson debió de dejarle en claro el desprecio que le inspiraba.

«Te habrás quedado tranquilo», pensó para sí cuando observó tras su hombro al hombre de pie en medio del salón que acababa de ser abordado por otros dos a quienes reconoció como los hermanos de su anfitriona.

Si estaba en lo cierto, Smithson haría lo que estuviese en su mano por marcharse lo antes posible. La incomodidad que le inspiraba estar en un lugar como aquel solo se habría acentuado desde su breve charla, lo que tal vez lo llevara a tomar una mala decisión.

Y Drake iba a estar muy al pendiente de ello.

Tal y como había esperado, no pasó mucho tiempo para que Smithson empezara a dar muestras de que estaba ansioso por marcharse.

Drake, que no le quitó la vista de encima ni siquiera mientras bailaba con su tía Minnie y esta le hacía una bien detallada reseña de todas las jóvenes casaderas que se encontraban en un radio de veinte metros, notó el momento exacto en que se acercó a su anfitriona y le susurró algunas palabras, así como el breve intercambio con su esposa, a quien pareció decir algo que la disgustó profundamente porque luego de darle la espalda, esta se dirigió a un grupo de damas con las que había estado departiendo.

Smithson quería irse, pero ella no estaba dispuesta a obedecerlo, supuso, y no pudo menos que admirar la rebeldía de aquella mujer que se mostraba renuente a darle el gusto solo

porque se le había agriado la noche.

Convencido de que, de una forma u otra, la señora Smithson se las arreglaría para quedarse y que, a su marido, tan poco inclinado a tener confrontaciones en público, optaría por no insistir y terminaría por marcharse solo, Drake decidió que iba a tener que ser aun más discreto, pero no por ello menos observador.

Siguió al jefe de Lucy en su recorrido por el salón con cuidado de que este no advirtiese su vigilancia. Cada vez que Smithson veía tras su hombro, lo encontraba rondando por allí, sí, pero siempre en compañía de alguien más, al parecer muy entretenido en su conversación y poco interesado por sus asuntos.

Al fin, cuando creyó que él no se marcharía nunca, lo vio dirigirse a la entrada y fue tras él. Lo observó aguardar en el vestíbulo a que el mayordomo le entregara su sombrero y el bastón, que aferró con fuerza entre los dedos, antes de adentrarse en la noche.

Drake pidió también sus cosas, preocupado por la posibilidad de perderlo de vista, pero cuando salió, se topó con un grupo de gente que había decidido retirarse también y que en ese momento aguardaba que les llevaran los carruajes ante la entrada.

Smithson estaba entre ellos, aunque en su caso no parecía atento a la llegada de los vehículos, y Drake supuso que dejaría aquel en el que había llegado para que lo usara su esposa cuando decidiera marcharse.

No. Él veía entre las sombras con el ceño fruncido y estaba tan distraído que apenas advirtió cuando Drake dio unos pasos para ubicarse un poco más cerca y poder seguirlo en medio del gentío. Tuvo la precaución de ponerse el sombrero y calárselo hasta las cejas para que su cabello dorado no llamara la atención en medio de la oscuridad que los envolvía, apenas rota por los leves haces de luz que despedían las farolas de la calle.

Smithson se apartó un poco del resto de la gente y empezó a mirar de un lado a otro, lo que llevó a Drake a pensar que parecía un poco nervioso y que sus gestos daban a entender que esperaba toparse con alguien.

¿Temía que lo estuviesen siguiendo y era por eso por lo que apenas reparaba en Drake?, se preguntó él con el ceño fruncido y la sensación de que, al parecer, las cosas empezaban a ponerse interesantes.

Lucy había mencionado que su jefe parecía temer a ese hombre que había acudido a verlo a su oficina pese a que se esforzara tanto por disimularlo en su presencia. ¿Y si se trataba de eso? ¿Y si esperaba verlo por allí, acechando?

Cuando creyó que se quedaría allí por siempre, mirando de un lado a otro como un lunático, Smithson echó a andar en dirección a una callejuela aun menos iluminada, y Drake se puso también en camino.

Luego de ajustar su abrigo y asegurarse de que el sombrero estaba donde debía estar, metió las manos en los bolsillos y echó el cuerpo levemente hacia adelante, dando algunos traspies de cuando en cuando para simular una incipiente borrachera.

Smithson anduvo sin rumbo al menos durante diez minutos, y aunque en un principio Drake estuvo tentado a suponer que pretendía dirigirse a su casa, bastó con que diera un rodeo para descubrir que no era así. La ruta que tomó se alejaba de las elegantes residencias de esa zona de la ciudad y se acercaba arriesgadamente a otras mucho más peligrosas.

Había gente en las calles; lo habitual a esas horas de la noche, y eso le dio a Drake la seguridad para avanzar con cierta confianza. De no haber sido así, habría sido casi imposible que, por distraído que anduviera, Smithson no reparara en su presencia.

Era una noche cálida, de modo que Drake sintió que se le humedecía la frente cuando tuvo que apresurar el paso al notar que su presa recorría una serie de vericuetos con rapidez. No logró reconocer la zona en que se hallaban y le extrañó que un hombre como Smithson lograra moverse por allí con tal soltura.

Al fin, cuando creía que pasaría toda la noche dando vueltas sin sentido, el director se detuvo en un cruce de caminos y, tras mirar sobre su hombro, lo que obligó a Drake a buscar un lugar en el que ocultarse con premura, llevó una mano a su cabeza y se deshizo del sombrero.

Si aquella fue una especie de señal ya pactada o una simple casualidad, Drake no tuvo cómo saberlo. Lo que sí tuvo claro fue que, de pronto, una sombra amenazadora apareció de la nada y fue acercándose a la figura alargada de Smithson, que sin embargo no pareció en absoluto sorprendido de que así fuera.

Aunque Drake no pudo distinguir con claridad los rasgos del recién llegado, supo sin asomo de dudas que debía de tratarse del hombre que Lucy había señalado como el visitante habitual de su jefe y, todo parecía indicar, quien lo había arrastrado a lo que fuera en lo que estuviese metido.

Smithson dijo algo en tono bajo y Drake frunció el ceño porque le resultó imposible oírlo y estaba demasiado lejos como para intentar descifrar el movimiento de sus labios, como Sebastian le había sugerido que intentara hacer más de una vez.

«¿Qué están diciendo?», se preguntó Drake con una mueca de fastidio mientras veía de un lado a otro, en busca de una oportunidad para abandonar su escondite y avanzar un poco más. Esta se le presentó cuando un carro tirado por un caballo viejo y de andar cansado irrumpió en la calle.

Al pasar por su lado, se resguardó tras él, y fue avanzando con mucho cuidado para no ser visto hasta llegar a solo poco más de un metro de donde los dos hombres hablaban con las cabezas gachas. Tan pronto como el carro lo dejó atrás, se ocultó bajo el saliente de un tejado que había caído debido a las lluvias y que lo cubrió casi del todo cuando se puso de perfil, atento a la escena que se desarrollaba ante él.

—Ya le he dicho que hago lo mejor que puedo ¿cuántas veces voy a tener que repetírselo?

La voz de Smithson resonó, desagradablemente chillona, y Drake hizo un mohín de disgusto al reparar en que el director parecía haber abandonado del todo su talante arrogante y ahora parecía preso de una crisis de angustia.

Al mirar a su interlocutor, comprendió el motivo de ello tanto como el por qué Lucy se había mostrado tan impresionada cuando le habló de sus visitas y de cómo estaba convencida de que tenía a su jefe aterrorizado.

Era... era lo más parecido a un gigante que había visto. Ya Lucy lo había prevenido al respecto, pero verlo con sus propios ojos era totalmente distinto.

Su corpulencia no ayudaba a que pareciera menos intimidante, y aunque su rostro no era desagradable; estaba convencido de que habría muchas mujeres que incluso encontrarían agradable sus rasgos exóticos, lo cierto era que, en ese momento, con la expresión de cruel enfado que exhibía, estaba lejos de parecer atractivo.

—Y yo le he dicho también, y con mucha frecuencia, que eso nos tiene sin cuidado — refutó el hombre con una voz que no calzaba del todo con su aspecto.

«¿Nos?», pensó Drake aguzando el oído.

—Pero es que estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Y no ha sido suficiente —el hombre cortó a Smithson con brusquedad—. Los días pasan y no ha resuelto nada; al contrario, cada vez están más cerca de nosotros. Acordamos que nos cuidaría las espaldas y que recibiría un buen pago por eso.

—Lo sé.

—¿Y de qué nos sirve que lo sepa? Lo que esperamos es que haga su trabajo.

Smithson pareció empequeñecido ante ese rapapolvo y aunque en otras circunstancias a Drake casi le habría agradado verlo metido en esa situación, en ese momento sintió una especie de lástima entremezclada con la preocupación que empezó a embargarlo al comprobar que, en efecto, Lucy había tenido excelentes motivos para huir.

Aquel hombre era peligroso.

—... más tiempo, pero se hará.

Drake parpadeó al darse cuenta de que se había perdido la respuesta de Smithson y oyó con más atención.

—No tenemos más tiempo —el hombre pareció disgustado—. Tenemos que encontrar lo que es nuestro y deshacernos de esa gente.

—No es fácil.

—Si lo fuese, no lo necesitaríamos a usted ¿cierto?

Smithson acusó la burla con una mueca de desagrado.

—Las cosas se han complicado de una forma terrible —objetó—. No solo tenemos que encontrar a aquel hombre y su cargamento, sino que también está el asunto de la mujer...

—... un asunto que debió resolver hace meses.

—Sabe que lo habría hecho si no se hubiera implicado toda esa gente. ¿Cómo iba a imaginar que Banfield se involucraría? ¿Y Wainhouse? —Replicó el director de inmediato alzando una mano ante él para dar mayor fuerza a sus excusas—. Pero no me refería solo a ella, está también la otra. ¿Por qué tenían que matarla también? Hubiera podido arreglarse de alguna forma; tal vez...

Aquel gigante dio un paso hacia él con las manos en las caderas y el ancho torso levemente inclinado hacia adelante, amenazador como un coloso.

—¿Tal vez qué? —Replicó con una entonación de advertencia—. Si actuamos como lo hicimos fue porque usted no hizo nada. Alguien tenía que ocuparse de que las cosas no empeoraran por su descuido.

—Pero aun así...

—¡Pero nada! Usted ha sido una constante decepción, Smithson —espetó—. Y ahora, como si todo eso no fuese suficiente, está el problema de su secretaria.

Drake sintió que los vellos de sus brazos se erizaban como al contacto de un bloque de hielo.

Lucy.

Si todavía le costaba asimilar del todo lo que aquel par había dicho y que parecía relacionar sus actos con sus propias circunstancias, algo que sin duda no había esperado en absoluto, la mención a Lucy terminó por aturullarlo.

—¿La ha encontrado ya? ¿Sabe dónde podría estar?

Drake parpadeó y se obligó a mantener su mente centrada en lo que ocurría ante él. No podía darse el lujo de perder la compostura y enfrentar a esos hombres mientras no supiera de qué demonios hablaban y cuál había sido su papel en el enredo en el que había terminado metido. Necesitaba calmarse y permanecer atento.

—Envié a un hombre al lugar en el que se hospeda, pero su casera le dijo que ella no se encontraba allí; que había tenido que marcharse a Bristol para ver a su familia —la respuesta de Smithson se coló en su entendimiento—. No creo que mintiera, pero de cualquier forma di instrucciones de que vigilaran la casa para asegurarme de que ella realmente no se encuentra allí y, en efecto, no se le ha visto entrar o salir en todo este tiempo.

Aquello no pareció complacer al gigante porque le lanzó una mirada de enfado.

—¿Y eso es todo? ¿Debemos quedarnos satisfechos con la posibilidad de que simplemente decidió escapar?

—Tal vez sea lo mejor. La señorita Hatley es una mujer sensata y pragmática; si tengo razón en mis sospechas, y descubrió algo respecto a nuestra... asociación, ella nunca acudiría a la policía o intentaría hacer algo que pudiera ponerla en peligro.

—Le sorprendería saber lo que una mujer sensata y pragmática es capaz de hacer cuando se encuentra en una situación de esta naturaleza —replicó el otro con un deje de mofa en la voz — ¿Quién sabe? Tal vez resulte que tiene más agallas que usted y termine por darnos problemas.

Drake apretó los dientes, inquieto por ese comentario que tenía tanto de verdad y que ponía a Lucy en una situación aún más vulnerable.

—No lo creo, y si así fuese, le aseguro que yo me encargaré de ella; no se le ocurra buscarla por su cuenta y... no puede hacerlo de nuevo. No lo permitiré.

El hombre dio otro paso hacia él, y luego otro. No se detuvo hasta que tuvo sus largas piernas asentadas a solo unos centímetros de las de Smithson que, como advirtió Drake, habían empezado a temblar de forma casi imperceptible.

—Lo que usted crea que puede o no permitir nos tiene sin cuidado —declaró en un tono bajo y por ello precisamente más peligroso—. Su pequeña secretaria no deja de ser más que otra pieza en este juego, y una muy débil; de modo que haremos con ella lo que creamos conveniente sin importar su opinión. Pero haré algo por usted, Smithson, aunque lo cierto es que no se lo ha ganado: le daré una nueva oportunidad.

Smithson no dijo nada, y él continuó:

—Va a encontrar lo que le encomendamos y, tal y como le indiqué antes, nos dará la ubicación del hombre que tiene lo que es nuestro para que nosotros nos ocupemos de él —ordenó—. Y también arreglará todo para cerrar de una vez por todas ese asunto tan inconveniente de la mujer del teatro. No importa quién esté involucrado, si un duque o la mismísima reina. Resuélvalo ya y todos estaremos contentos. ¿Entendido?

Sus palabras resonaron en medio de la noche como el tañer de una campana en un funeral y aunque a Drake le dio la impresión de que Smithson se encontraba tentado a protestar, debió de comprender que no haría ninguna diferencia porque elevó el mentón en un patético gesto que procuró ser digno y asintió con el cuello rígido.

—Muy bien —el otro hombre esbozó una sonrisa socarrona—. Pasaré a verlo esta semana para saber cómo van las cosas. Ahora vuelva a casa; estas calles pueden ser peligrosas para un hombre como usted.

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta y se alejó con paso tranquilo hasta perderse en medio de la oscuridad.

Drake permaneció con el corazón latiendo a un ritmo irregular y los dientes apretados hasta que vio a Smithson hacer otro tanto, y aunque por un instante dudó respecto a si debía confrontarlo en ese momento, optó por no hacerlo. Nada le aseguraba que fuera a lograr arrancarle la verdad, y aun se hallaba demasiado consternado por todo lo que había oído como

para actuar con sensatez.

Si se acercaba a ese hombre en ese momento, era probable que terminara por darle una paliza y tirarlo al río.

De modo que, tras respirar una y otra vez para recuperar el autodomínio, dio media vuelta y tomó un camino distinto al del director.

Era imprescindible que él y Sebastian sostuvieran una larga charla, y debía ser pronto.

Capítulo 15

Lucy parpadeó cuando sus ojos se encontraron con los del mayordomo que sostenía una taza ante ella y que, no tenía sentido negarlo, la observaba con abierta desconfianza.

Tal vez eso tuviese que ver con el hecho de que era la primera vez que la veía y que su llegada a casa de sus señores había sido, por decir lo menos, peculiar, reconoció ella para sí mientras tomaba la taza de sus manos y procuraba que nada en su semblante delatara su nerviosismo.

Había sido una imprudencia de su parte insistir en acompañar al señor Hayward cuando este le informó de que había arreglado una reunión con el señor Hayward y su hermana en la casa de esta última. Sin embargo, no se arrepentía de ello porque necesitaba no solo conocer al detalle las novedades que, al parecer, tenían tan preocupado al señor Hayward sino también lo que sus amigos y aliados sugerirían hacer al respecto.

Ir de su refugio actual a primera hora de la mañana hasta la mansión de los duques de Banfield había sido toda una aventura y, de no ser por el bueno de Phillips, que se había ocupado de pedir un carruaje para ella y su señor y de encontrar, solo Dios sabía dónde, un largo mantón con el que Lucy pudo cubrirse el rostro para mantener su identidad a buen resguardo por si alguien se encontraba siguiendo al señor Hayward, sin duda hubiera tenido las cosas aun más difíciles.

Ahora, mientras observaba los rostros concentrados del señor Wainhouse y de Elara en tanto el señor Hayward los ponía al tanto de todo lo que había visto y oído la noche anterior, pensó que había tomado la decisión correcta. No dudaba de que ella hubiera terminado por enterarse de todo también, pero habría sido distinto. En cierta forma, allí sentía que contaba con el respaldo de todas esas personas y estaba dispuesta también a que su opinión fuese oída.

—Reconozco que jamás hubiese imaginado que las cosas fuesen así. Drake, ¿estás seguro de que no confundiste las cosas?

El aludido pareció un poco ofendido de que Elara siquiera considerara esa posibilidad porque la observó con el ceño fruncido. Tan pronto como llegaron, el mayordomo los escoltó al salón, donde su anfitriona y su hermano aguardaban por ellos con similares muestras de impaciencia.

—¿Cómo podría? —explicó él desde su lugar junto a la chimenea, donde se había asentado luego de dar un par de vueltas por el salón para poder mirar a todos mientras les narraba al detalles lo ocurrido mientras seguía a Smithson—. Es todo tan extraño que dudo que alguien tuviera la imaginación requerida para confundir algo.

Elara hizo una mueca para reconocer que estaba de acuerdo y su hermano intervino luego de permanecer varios minutos en un silencio pensativo.

—Recapitulemos e intentemos poner un poco de orden en este rompecabezas—dijo, llevando las manos enlazadas a su regazo.

Lucy lo observó con atención y advirtió un par de cosas: se veía un poco pálido y con bolsas bajo los ojos, lo que achacó al hecho de que acababa de convertirse en padre y no era difícil adivinar que un hombre como él, de mentalidad abierta y moderna, se habría implicado de forma directa en la crianza de su hijo; y que, por debajo de ese cansancio manifiesto, era obvio que se encontraba emocionado por la idea de que esos dos casos en los que trabajaba se encontraban evidentemente entrelazados.

—Según oíste, Drake, este hombre con el que Smithson tiene tratos, está involucrado no solo en algunos asuntos turbios, sino que también tuvo algo que ver en el asunto de la mujer por cuyo asesinato te han acusado.

—Y no olvides lo de la segunda víctima, la amiga del señor Jenkins —acotó su hermana.

—Ya iba a eso. Entonces, tenemos que este hombre y su organización, cualquiera que sea, han asesinado a dos mujeres con el fin de convertirte a ti en el chivo expiatorio de sus crímenes.

El señor Hayward torció el gesto porque, aunque era obvio que estaba de acuerdo con su amigo, eso no haría más agradable oírlo.

—Pero ¿por qué? —Preguntó él— ¿Qué puedo haberles hecho?

Elara intervino antes de que su hermano pudiese responder.

—¿Quién dice que tienes que haberles hecho algo? —Inquirió ella a su vez en tono calmado—. Tenemos que considerar todas las opciones y no quedarnos con lo más fácil, que sería asumir que esto se trata de algún tipo de venganza dirigida a ti. Ya hemos descartado que conocieras a la mayor parte de la gente involucrada en todo este enredo y nada hace suponer que alguien a quien le hayas podido ocasionar algún daño en el pasado estaría lo bastante loco como para montar semejante charada.

—¿Entonces?

—Entonces quizá solo estuviste en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió ella con sencillez—. Lo mismo que ha ocurrido con la señorita Hatley.

Lucy frunció el ceño y su mirada se vio irremisiblemente atraída hacia la del señor Hayward, que la veía también con expresión dubitativa. Y no solo eso; ella creyó advertir también el mismo brillo que había captado antes en él cuando se quedaron perdidos el uno en el otro hacía unas noches en el salón de su casa.

La sensación le atenazó la garganta y la obligó a mirar hacia otro lado, incómoda y mortificada ante la posibilidad de que alguien más hubiese podido notarlo. Por suerte, pareció que ese no fue el caso porque cuando el señor Wainhouse retomó la palabra solo unos segundos después, su semblante apenas se mostraba interesado en ellos; estaba totalmente sumergido en las posibilidades que suponían las conjeturas a las que había llegado su hermana.

—Creo que Elara está en lo cierto —dijo confirmando sus sospechas—. No solo eso; tal y como ya habíamos discutido antes, es imposible negar ahora que esto es mucho más grande de lo que habíamos pensado; en cierta forma podemos sentirnos agradecidos de que hayamos llegado a un punto en el que ambos casos se hayan unido.

—Agradécelo tú.

Lucy esbozó una pequeñísima sonrisa ante el comentario del señor Hayward y, por un instante, reprimió el impulso de mirarlo para ver si sonreía también.

—Entiendo que no es una situación agradable, Drake, pero tienes que ser realista —el señor Wainhouse se dirigió a su amigo con un gesto de la mano para apaciguar su malestar—. Ahora el panorama está mucho más claro. Tu situación y la de la señorita Hatley están inevitablemente unidas, y ahora nos resultará más sencillo asegurarnos de que esta pesadilla acabe para ambos. Hasta ahora, hemos dividido nuestro tiempo y recursos para resolver sus asuntos por separado; pero eso se ha terminado. Ustedes son un todo y así lo enfrentaremos.

Lucy se llevó la taza a los labios y bebió el contenido de un trago mientras se revolvía con cierta incomodidad en el asiento que, no tenía sentido negarlo, era en realidad el más confortable sobre el que había estado alguna vez. Sin embargo, las palabras del señor Wainhouse

despertaron cierta inquietud en ella, y no porque no le aliviara que tuviera todo tan claro, pero oír esas continuas referencias acerca de cómo su destino y el del señor Hayward se encontraban unidos era cuando menos extraño.

Muy extraño.

Y perturbador.

—Muy bien, supongo que no te falta razón, Sebastian; pero volvamos a intentar ordenar nuestras ideas —Elara intervino luego de echar una rápida mirada al elegante reloj sobre la chimenea—. Este hombre, el que tiene tan asustado al señor Smithson, trabaja para una organización que, por algún motivo que aun no tenemos claro, decidió matar a la acompañante de Drake en el teatro, culparlo de su muerte y luego no dudó en deshacerse de otra inocente solo para cubrirse las espaldas.

—Y es posible que fuesen también quienes llevaron a Jenkins a ese antro donde estuvo a punto de morir intoxicado por el opio.

La duquesa asintió a las palabras del señor Wainhouse.

—Exacto. Y según les dijo él, fue precisamente todo un grupo de hombres, a todas luces criminales, quienes lo arrastraron allí. Podemos suponer, entonces, que son ellos quienes se encuentran tras todo esto.

—¿Y qué ocurre con eso que oí decir al hombre que amenazó a Smithson anoche? Lo de que debía encontrar lo que era suyo y a quien se los había robado.

Antes de que Elara pudiese responder a eso, su hermano intervino tras ponerse de pie y estirar los brazos como si tuviera los músculos adoloridos. Varias noches en vela al lado de una cuna podían tener ese efecto, supuso Lucy observándolo con atención.

—Tengo una sospecha respecto a ese punto —declaró él, pensativo— ¿Recuerdan que les hablé acerca de una noticia que estuvo dando vueltas por los muelles hace semanas? Más o menos por el tiempo en que este tormento empezó para ti, Drake. Un cargamento desapareció; el contenido de un barco que todo parece indicar contenía...

—¡Opio!

El señor Wainhouse sonrió a su amigo.

—Así es —asintió—. Opio.

—Entonces...

—Entonces, como es habitual en esta clase de asuntos, todo empieza a encajar —replicó él, frotándose las manos y sin ocultar su satisfacción—. Vamos a poner un poco de orden en esto. Olviden cuán extraño pueda parecer; no omitan ningún detalle por considerarlo irrelevante y luego veremos si todo calza.

Lucy observó que Elara encuadraba los hombros como si las palabras de su hermano hubiesen sido un desafío, en tanto que el señor Hayward asintió con talante pensativo mientras se cruzaba de brazos. Ella, en tanto, se inclinó hacia adelante en el asiento y los observó con atención, fascinada por esa dinámica.

—Este grupo de gente es responsable de surtir a los fumaderos de opio que se encuentran en algunos puntos de la ciudad; si consideramos la apariencia de los hombres con los que Drake y yo nos encontramos en el que fuimos para buscar a Jenkins, y el tipo tan exótico del que amenaza a Smithson, asumiremos que son de algún punto de oriente ¿estamos de acuerdo?

Todos, incluso Lucy, asintieron a las palabras de Sebastian.

—Muy bien. Entonces, según sabemos ahora, y por lo que podemos suponer en base a eso, el cargamento que desapareció podría pertenecerles a ellos. Vamos a dejar de lado por ahora

quién lo robó, pero volveremos a ese punto luego —continuó el investigador—. De modo que podría ser este el primer motivo que llevó a esta gente a ponerse en contacto con su jefe, señorita Hatley. Es usual que la policía intervenga en esta clase de asuntos cuando llega a sus oídos, como debió en este caso porque hablamos de una carga importante y en los muelles no se habló de otra cosa durante varios días. Hasta donde sé, y en su momento procuré informarme al respecto, el cargamento nunca apareció.

—Eso termina de calzar con la hipótesis de que se trata de la misma mercancía que aquel hombre quiere que Smithson encuentre —acotó el señor Hayward.

—Exacto. Ahora tenemos este cargamento desaparecido, una organización poderosa que tiene del cuello al jefe de Scotland Yard y que no duda en quitar de en medio a quien se interponga en sus fines.

—Eso tiene sentido, y también que la señorita Hatley se haya visto involucrada en todo esto por el descubrimiento de los actos ilícitos de su jefe, que supongo habrán de estar bien documentados en esas anotaciones que ella encontró en su oficina —Elara esbozó una suave sonrisa en dirección a Lucy y volvió su atención a su hermano—. Pero ¿qué tiene que ver Drake con esto? ¿Fue, tal y como dije antes, algún tipo de casualidad?

—Me inclino por eso —asintió Sebastian—. Pero tendremos que comprobarlo. Algo me dice que la clave está en la señorita Morrison.

—¿La joven que encontraron muerta junto a Drake?

—Sí. Solo piénsenlo ¿por qué alguien asesinaría a una acompañante, como era la señorita Morrison, para luego incriminar a un miembro tan importante de la sociedad? Es obvio que fue un movimiento un poco torpe y sin duda desesperado. Quienes lo hicieron querían librarse de ella sin que los señalaran luego; y ¿qué mejor chivo expiatorio que un aristócrata con fama de calavera que fortuitamente se encontraba por allí y que sería el señalado como culpable cuando lo encontraran en su cama?

Lucy contuvo un gesto de desagrado. No pudo evitarlo. La imagen del señor Hayward compartiendo su cama con una mujer le resultó sorprendentemente violenta, y aunque sabía que aquello era una ridiculez, no pudo reprimir el cúmulo de bilis que le subió por la garganta tan solo al imaginar la escena.

Él, que pareció sentirse igual de incómodo por las crudas palabras de su amigo, lo observó con el ceño fruncido.

—Creo que podemos ahorrarnos esa clase de detalles, Sebastian, muchas gracias; recuerda que hay damas presentes —señaló.

—Por mí no se preocupe; he visto y oído cosas mucho peores —Elara se encogió de hombros y miró a Lucy con una sonrisa de disculpa—. Lo siento, no pretendía...

Lucy apretó los dientes y alzó el mentón, en absoluto dispuesta a que alguien notara su turbación; no había ido allí a hacer el ridículo sino a intentar componer su vida.

—No se preocupe, Elara; ha hablado por ambas —indicó mirando a los hombres en la habitación con gesto muy serio—. Supongamos que están en lo cierto y esta mujer es el centro alrededor del cual ha ocurrido todo esto. ¿Cómo sabremos por qué estos hombres querían librarse de ella?

Tras un momento de duda, en el que ambos se le quedaron mirando como si apenas recordaran que se encontraba allí, lo que dijo a Lucy que había permanecido en silencio durante demasiado tiempo, intercambiaron un rápido vistazo y fue el señor Wainhouse quien respondió.

—Lo descubriremos —aseguró en tono seguro—. Ahora que sabemos de su importancia

en todo esto y de que está relacionada de alguna forma con esta gente de forma directa, será más sencillo hacer ciertas averiguaciones. Todo está conectado, pero también terriblemente enredado, señorita Hatley; sin embargo, a diferencia de lo que han sido las últimas semanas, ahora disponemos de la punta de la madeja y vamos a seguirla con mucho cuidado hasta llegar al centro de ella para obtener las respuestas que necesitamos.

Ella sostuvo la mirada del investigador y vio tal convencimiento en sus ojos que no dudó en asentir.

—¿Y qué es lo que haré yo? —Preguntó entonces Lucy.

El señor Wainhouse parpadeó como si eso fuese lo último que hubiera esperado oír.

—¿A qué se refiere?

—Está muy claro. ¿Cómo puedo ayudarlos?

—Bueno...

Antes de que el señor Wainhouse pudiese responder, sin duda para decir que prefería que se mantuviese al margen, su hermana intervino con una amable sonrisa dirigida a Lucy.

—Es muy amable de su parte ofrecerse a ayudar, Lucy, pero creo que debería continuar oculta en casa de Drake mientras todo esto se resuelve —opinó—. Es obvio que esta situación es aun más peligrosa de lo que habíamos estimado y no creo que sea correcto que se ponga en un peligro aún mayor.

—Le agradezco su preocupación, pero no puedo continuar escondida luego de oír todo esto. Hay dos mujeres, posiblemente inocentes, que fueron asesinadas de la forma más cruel, y aquel hombre ya ha dejado en claro que estaría dispuesto a que me ocurriera lo mismo —Lucy sacudió la cabeza de un lado a otro y su tono cobró una nueva fuerza—. No me quedaré esperando a que vaya a por mí. No quiero ser grosera, pero nunca habrían relacionado al señor Smithson con todo esto de no haber sido por lo que averigüé y merezco participar en esto tanto como ustedes. Prometo que tendré cuidado, pero deben permitir que les ayude; no me sentiré tranquila de otra forma. Señor Hayward, seguro que usted puede entenderme.

No habría sabido por qué dijo aquello último, pero las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerlas y su mirada voló hacia el rostro serio del hombre de pie ante la chimenea que, no le sorprendió, la observaba también con semblante imperturbable.

«Él tiene que saber de qué se trata esto», se dijo con el corazón desbocado por la expectación. Si alguien podía comprender lo que sentía al verse visto arrastrada a una situación tan horrible en la que casi le habían arrebatado su propia vida y dependía de las acciones de otros para recuperarla, ese sin duda era él.

Aguardó en silencio a que dijera algo, lo mismo que los otros, y estuvo a punto de echarse a llorar por el alivio cuando lo vio asentir con solemnidad.

—Lo entiendo, claro —dijo él en un tono que no le había oído antes, más grave y pensativo, pero no por ello menos firme—. Y aunque preferiría que no se ponga en peligro, no seré yo quien intente detenerla. Sebastian —se dirigió a su amigo sin quitar la vista de Lucy—. Danos a la señorita Hatley y a mí algo que hacer.

El señor Wainhouse abrió la boca como si fuese a protestar, pero debió de ver la determinación en ambos porque, tras asentir, empezó a dar algunas indicaciones que Lucy escuchó con atención. Y a cada minuto, mientras las ideas iban formando parte en su mente, mantuvo la mirada asentada sobre el señor Hayward con la sensación de que, en efecto, y por poco que le gustara, sus destinos, al menos por ahora, se hallaban irremisiblemente unidos.

Capítulo 16

—Es solo un nombre, por todos los santos ¿por qué le cuesta tanto decirlo?

Drake aguardó a la respuesta de la señorita Hatley, pero como ella no dijo nada, decidió que el mejor camino era insistir.

—Me niego terminantemente a continuar llamándola «señorita Hatley» —indicó él—. Estamos en medio de una misión suicida; creo que podemos llamarnos por nuestros nombres de pila. Seguro que no piensa que «Drake» suena tan mal.

La joven ahogó un suspiro que le arrancó una sonrisa. Era divertido exasperarla, se descubrió pensando mientras le cedía el paso para que entrara primero a un discreto café situado justo frente al teatro que Sebastian les había enviado a vigilar.

Luego de que ella insistiera con tanto ahínco en que le permitieran participar en esa etapa de la investigación, su amigo había decidido que, si iba a permitirlo, y visto el apoyo de Drake a sus intenciones, tendría que ser así: lo mejor era mantenerla tan lejos como fuese posible de su jefe y de los alrededores de Scotland Yard.

De modo que mientras él se arrogó la responsabilidad de ocuparse de Smithson y las averiguaciones de lo ocurrido con el cargamento del puerto ahora que habían descubierto la supuesta conexión entre ambos, ellos tendrían que rondar por el teatro y dar con alguien a quien pudieran sonsacar alguna información respecto a la señorita Morrison que pudiera haberseles escapado.

—No recuerdo haber mencionado nunca que tuviese algo en contra de su nombre, señor Hayward —respondió ella al fin mientras ocupaban una mesa libre justo frente a la ventana que daba al teatro—; pero no me parece correcto que me tome esa libertad.

—¿Por qué no? Yo le estoy pidiendo que lo haga. Es más, se lo ruego.

—Pero ¿con qué intención...?

—Si usted no acepta llamarme por mi nombre, con seguridad no permitirá tampoco que yo le llame por el suyo, lo que no me parece justo porque estoy harto de llamarla «señorita Hatley». Su nombre es Lucy.

—En realidad, es Lucinda.

—¿Entonces prefiere que la llame así? Porque es también un nombre encantador.

A Drake le pareció adorable la forma en que ella frunció los labios y no pudo resistirse a ceder al pensamiento de cuán suave serían y cómo se sentiría al tocarlos con los suyos.

—De ninguna forma; lo odio; solo mi padre me llama así y lo hace cuando está enfadado conmigo —refutó ella con un mohín— ¿Por qué es tan importante para usted?

—Porque sí.

—Esa no es una respuesta.

—Claro que lo es —Drake hizo un gesto a la camarera para que se acercara.

Lucy dio un golpecito sobre la mesa con el dorso de los guantes que acababa de quitarse y aguardó a que la joven les tomara la orden y se marchara antes de responder. Drake aprovechó ese breve momento de silencio para observarla.

Entre las recomendaciones que les dio Sebastian, estaba que debían ser extremadamente discretos con su aspecto y sus movimientos. De modo que se habían esmerado por usar ropas en absoluto llamativas y Lucy lo había llevado un poco más allá al optar por un vestido de un tono borgoña apagado y un sombrero a juego con una redecilla que le caía sobre el rostro y le cubría

el lustroso cabello oscuro y sus sorprendentes ojos, lo que a Drake le parecía una lástima.

—Es usted agotador —replicó ella con un suave resoplido—. Supongo que ya se lo habrán dicho.

—Con bastante frecuencia.

—¡Qué sorpresa! —Lucy sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de rendición y a él aquello le pareció el triunfo más grande que había obtenido en su vida—. Puede llamarme por mi nombre si es tan importante para usted.

Drake se inclinó hacia adelante y esbozó una gran sonrisa que pareció descolocarla porque se le quedó mirando como si hubiese empezado a bailar sobre la mesa.

—¿Ve que no fue tan difícil? —Replicó él, satisfecho.

Antes de que ella pudiese decir algo, como que más le valía borrar esa sonrisa de su rostro o le pegaría con la sombrilla, la camarera regresó para dejar un brillante juego de té ante ambos y una bandeja con bocadillos sobre el que Drake se abalanzó sin dudar.

Ninguno dijo nada durante algunos minutos hasta que Lucy, que apenas había sorbido parte de su bebida mientras veía con atención a través del cristal, señaló un punto a lo lejos con el ceño fruncido.

—¿Qué es exactamente lo que el señor Wainhouse cree que podamos encontrar aquí? —Preguntó ella.

Drake siguió la dirección de su mirada e hizo un gesto incierto.

—No estoy seguro; Sebastian es siempre así de críptico, aunque a mí me gusta pensar que eso se debe a que la mayor parte del tiempo está tan perdido como el resto de nosotros, solo que odia reconocerlo —indicó con una mueca divertida al pensar en su orgulloso amigo—. Supongo que tiene la esperanza de que nos encontremos con alguien que pueda decirnos algo acerca de la señorita Morrison que explique su conexión con la gente a la que intentamos atrapar.

—Pero creí que ustedes ya habían intentado hablar con toda la gente que la conocía.

—Sí, pero eso fue al principio de todo esto y entonces no sabíamos muy bien por dónde encauzar las preguntas. Además, la mayor parte de sus conocidos me consideran responsable de su muerte, así que tampoco es como que estuviesen ansiosos por hablar conmigo.

—¿Y el señor Wainhouse?

—Él lo intentó también, pero el tacto nunca ha sido su fuerte y temo que pudiera decir algo que consiguió que los otros se cerraran en banda a confiarle algo importante —Drake se encogió de hombros y la miró con atención—. Ahora, sin embargo, la tenemos a usted.

Lucy, que había extendido una mano con semblante distraído para tomar un trocito de un pastel algo rancio, se le quedó mirando con curiosidad.

—¿Cuál es la diferencia conmigo? —Preguntó, desconcertada.

Drake la miró de reojo mientras tomaba el pastel y cortaba un trozo para tenderse con una sonrisa.

—No estoy seguro, pero algo me dice que cuando quiere saber algo, no hay nadie que pueda impedirse —opinó en tono ligero—. ¿Me equivoco?

Ella apretó los labios y tomó el trozo de tarta con cuidado de evitar que sus dedos se tocaran, pero Drake se ocupó de que sí lo hicieran y le pareció de lo más curioso el leve rubor que cubrió las mejillas de la joven tras arrancárselo de las manos con semblante irritado.

—Si se refiere a que puedo ser un poco obstinada, es posible que esté en lo cierto; pero siempre lo he considerado una virtud —señaló ella antes de llevarse el bizcocho a la boca.

Drake siguió el movimiento de sus labios antes de mirarla nuevamente a los ojos.

—No dudo que así sea —replicó él—; aunque supongo que su familia no estará de acuerdo.

Tal y como esperaba, ella se encogió de hombros y dio la impresión de que, si bien le sorprendía ese comentario, no estaba dispuesta a negarlo.

—Mi madre dice que soy la más cabezota de sus hijos —reconoció con cierto orgullo.

—Considerando su número, ese no es poco mérito.

A Drake la bebida que se llevó a los labios le supo más dulce cuando la vio esbozar una pequeña sonrisa.

—Eso me gusta pensar —dijo ella—. No quiero pecar de soberbia, pero con tantos hermanos, cualquier cosa que a una la haga destacarse entre los demás es siempre bien recibida.

—¿Aunque sea el título de «la más cabezota»?

—Incluso eso.

Drake se echó hacia atrás en la silla y la observó con curiosidad.

—Supongo que fue eso precisamente lo que le ayudó a echar abajo todos los obstáculos que debieron de presentarse ante usted cuando decidió venir a Londres —tanteó.

Ella tardó unos segundos en responder, quizá con la intención de negarse en redondo a reconocer algo tan personal, pero terminó por asentir.

—No fue sencillo —aceptó en tono sereno.

—Lo imagino. Pero lo hizo.

—Porque soy cabezota.

—Y muy valiente.

Lucy sonrió.

—Me gusta pensar que así es —reconoció sin disimular su satisfacción.

—A sus padres no debió de alegrarles mucho su decisión.

La sonrisa flaqueó un poco en el rostro de la joven cuando le sostuvo la mirada.

—No, claro que no; pero no porque no quisieran apoyarme. Temían por mí —dijo ella.

—Y hacían bien; Londres es una ciudad feroz, en especial para una joven sola.

—Supongo que tiene razón; pero lo cierto es que me sentí como en casa tan pronto como bajé del tren. Aunque es verdad que a veces también me ha intimidado su grandeza.

Drake asintió.

—Y, sin embargo, es feliz.

Lucy lo miró con una ceja arqueada, como si le sorprendiera, pero se recompuso con rapidez y, tras dudar, asintió.

—Sí, eso creo —aceptó—. Hago algo que me gusta y siento que he logrado valerme por mí misma. Es más de lo que mis vecinos en el pueblo esperaban de la hija cabezota del vicario cuando anunció que iría a buscar su futuro en la gran ciudad.

Drake experimentó una emoción de lo más curiosa al encontrarse con los ojos brillantes y los labios curvados hacia arriba que la joven exhibía. Le pareció tan bonita con esa expresión complacida y un tanto orgullosa, que estuvo a punto de echarse hacia adelante, tomar su rostro entre las manos y acercarlo al suyo para besarla.

Fue cosa de un instante, pero aquel instante hubiera podido resultar en un desastre o en el momento más extraordinario de su vida.

Nunca lo supo.

Porque justo entonces, ella giró el rostro con brusquedad y señaló a la ventana con un dedo.

—¿Conoce a esa mujer? —Preguntó.

Drake parpadeó, procurando volver al presente con rapidez, y miró en la dirección en que señalaba.

Una figura delgada y de andar sinuoso se había detenido junto a la puerta delantera del teatro y en ese momento hablaba a grandes voces con uno de los encargados como si se conociesen de mucho tiempo. Llevaba un abrigo de un rojo chillón y su sombrero estaba rematado por una pluma tan vistosa que costaba creer que fuese natural. Desde la distancia, alcanzó a atisbar su rostro empolvado con una nariz respingona y pómulos altos, además de unos ojos un tanto rasgados que la dotaban de un aire exótico y, sin duda, también atractivo.

—No creo haberla visto nunca —indicó él llevando la mirada a Lucy.

Ella tenía el ceño fruncido y un gesto de concentración.

—Podría no tener nada que ver.

Drake sabía en lo que estaba pensando; una mujer con esa apariencia justo allí, en el teatro donde se había visto a la señorita Morrison por última vez. ¿Y si...?

—Tengo que hablar con ella.

Lucy se puso de pie con un gesto resuelto y las manos firmemente apoyadas sobre la superficie de la mesa, pero antes de que pudiera marcharse, Drake la detuvo sujetándola por la muñeca y ella se le quedó mirando como si acabara de quemarla con un hierro a fuego vivo. Y aunque a él le ocurrió otro tanto; con esa asombrosa llamarada de placer subiéndole desde el punto en que tocaba la suave piel por encima de los guantes, logró recomponerse para enfocarse en lo que en ese momento le pareció más apremiante.

—No puede ir y abordar a una desconocida, así como así —objetó.

—¿Por qué no? Y no me diga «porque no» porque ya le he dicho que no acepto ese tipo de respuestas.

Drake resopló y bajó la voz.

—Podría ser peligrosa —indicó.

—Eso no tiene cómo saberlo.

—Podría. Y sé lo que está pensando porque yo lo hago también: cree que podría tener algo que ver con esa gente que está involucrada en todo esto.

Ella cabeceó de mala gana para dar a entender que estaba en lo cierto, lo que a él solo lo inquietó más.

—¿Y pese a eso está dispuesta a ir a hablar con ella?

—Sí. Porque nada nos asegura que sea peligrosa o que tenga malas intenciones; es posible, incluso, que estemos equivocados y que no tenga nada que ver con esto. Pero para saber eso, es importante hacerle algunas preguntas.

—Entonces deje que lo haga yo.

Lucy le dirigió una mirada burlona y, con un movimiento brusco, se libró de su agarre.

—Según me dijo, no es muy bien recibido en ese teatro —recordó ella—. Es más, entiendo que hubo cierto incidente en el que usted y el señor Wainhouse estuvieron a punto de perder la vida por meter las narices allí. A mí, en cambio, no me conoce nadie y puedo entremezclarme con toda esa gente que entra y sale. Por favor, Drake, deme un voto de confianza y no haga las cosas más difíciles. Estoy aquí para ayudar y esta me parece una ocasión tan buena como cualquier otra para hacerlo.

Drake sostuvo su mirada y apartó la sensación de complacencia que lo asaltó al oírla pronunciar su nombre.

—Lo hará de cualquier forma ¿no? —Preguntó él.

Lucy le obsequió con una media sonrisa.

—Desde luego.

Él suspiró, rendido.

—Está bien; pero tiene que prometerme que tendrá cuidado y que volverá aquí lo antes posible. Además, si ve que las cosas se ponen feas...

—Saldré corriendo.

—¿Segura?

—Tengo siete hermanos, Drake; le aseguro que corro bastante rápido.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro y asintió, lo que llevó a ella a hacer otro tanto, pero antes de que pudiese marcharse, la detuvo con un gesto.

—Por favor, tenga cuidado.

Lucy lo observó por encima del hombro y le dirigió una mirada que no consiguió descifrar pero que le despertó un fuerte calor en el pecho, y cuando ella desapareció tras la puerta del local, llevó su atención a la ventana para verla acercarse a la entrada del teatro.

Lucy no tuvo problemas en entrar al edificio; en realidad, resultó sorprendentemente sencillo, y aunque sabía que hacía mal siquiera al considerarlo, se prometió que se lo mencionaría a Drake solo para hacerlo rabiarse un poco.

Era divertido, pensó mientras se entremezclaba con un grupo de mujeres que se agolpaban ante una puerta una vez que atravesó el viejo vestíbulo que daba la bienvenida al teatro. Aunque él siempre parecía estar de muy buen humor, había notado que estaba lejos de ser una campanilla todo el tiempo.

También tenía sus momentos de seriedad y reflexión, y a veces, como parecía ocurrirle especialmente con ella, se mostraba algo exasperado, lo que a Lucy le causaba gracia porque sentía que había mucho de él que apenas empezaba a conocer.

Durante los días que había pasado en su casa había tenido oportunidad de estudiar sus hábitos y maneras y había descubierto que, por asombroso que pudiera ser, el calavera engreído con una pésima reputación que hasta hacía unas semanas le había desagradado tanto, era en verdad un hombre bastante encantador.

«Mentirosa. No siempre te pareció desagradable. E incluso cuando era así, también te inspiraba muchas otras cosas».

Lucy hizo una mueca y acalló la vocecita en su cabeza mientras se ponía al final de la fila compuesta por todas esas mujeres. Atisbó entre una y otra repartiendo medias sonrisas que, en su mayoría, no fueron recompensadas, y buscó a la mujer que había visto a la entrada del teatro, pero había tanta gente que le costó dar con ella.

La fila se fue acortando según pasó el tiempo y, por algún motivo que no logró desentrañar, hubo un pequeño alboroto a la mitad de esta, las chicas se entremezclaron y ella aprovechó para avanzar.

Fue entonces que la vio.

Se había quitado el sombrero y su precioso cabello de un tono oscuro como la noche le enmarcaba el rostro nacarado; sus ojos, exóticos y atrayentes, la hacían destacar entre todas las demás.

—¿Por qué esta fila no avanza? No habrán completado ya los puestos y nos tienen esperando por nada.

Una de las mujeres a la fila alzó la voz, un tanto aguda, y se hizo oír por encima del alboroto; pero la callaron con unos abucheos.

Lucy avanzó otro poco más con mucha discreción porque algo le dijo que si la atrapaban colándose tendría un serio problema y, casi sin darse cuenta de cómo, se encontró muy cerca de su objetivo.

—¡Vaya lío! No imaginé que iba a haber tanta gente.

Fue una frase un poco trillada, pero fue lo único que se le ocurrió decir cuando estuvo al lado de la mujer que la veía a su vez con bastante indiferencia.

—Los puestos de corista son muy solicitados —respondió ella con una voz gutural y distraída.

Corista.

«Vaya lío, efectivamente», pensó Lucy con un leve gesto de desconcierto, pero dispuesta a aprovechar esa oportunidad.

—Claro —dijo forzando una sonrisa animada—. Lo cierto es que dudo que tenga alguna oportunidad, pero no quise dejar de intentarlo.

—¿Tiene experiencia?

Lucy intentó descifrar el levísimo acento que captó en la voz de la mujer al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, temo que no; acabo de llegar a la ciudad y apenas tengo referencias —mintió con aplomo—. Aun así, se me ocurrió entrar un momento por si tengo suerte. ¿Y usted?

La mujer dudó un instante antes de responder.

—Yo canto —dijo.

—Ya veo. ¿Y también baila?

Al verla asentir, Lucy dio un paso más hacia ella y bajó un poco más la voz.

—Me han dicho que este es un lugar muy conocido en la zona y que cuenta con una buena reputación —indicó—; aunque también han ocurrido algunas cosas en los últimos meses, ¿cierto? Dicen que una chica que trabajaba aquí tuvo un accidente terrible.

Lucy reparó en que fue precisamente entonces cuando la otra mujer dejó de mirarla con indiferencia.

—¿Quién le dijo eso? —Preguntó, y su acento se hizo más pronunciado.

—Lo oí en la calle.

—¿En cuál?

—No lo recuerdo.

Había hablado demasiado pronto, se reprochó Lucy mientras asumía una expresión contrita y rogaba por parecer más tonta de lo que era.

—Lo siento mucho; no quise decir nada que la ofendiera —se disculpó— ¿Acaso la conocía?

La mujer dudó antes de responder.

—Un poco —reconoció—. Flora era una buena chica; trataba a la gente con amabilidad. Mucho más que la mayoría.

Lucy reparó entonces en algo que le había pasado desapercibido. Aunque se encontraban todas en la misma fila, y muchas de las chicas hablaban entre ellas en distintos grados de confianza, aquella mujer parecía tan sola como se encontraba ella misma; aislada y ajena, como si no perteneciera allí y nadie estuviese dispuesta a hacerle pensar lo contrario.

Le bastó con verla nuevamente, admirar sus rasgos exóticos y su porte un tanto arrogante,

para suponer que eso se debía en gran medida a que era distinta. Preciosa, sin duda, pero para las demás debía de ser casi una forastera.

¿Pensarían lo mismo los encargados de hacer las entrevistas en el teatro para los puestos vacantes?, se preguntó. Esperaba que no, porque era obvio que la joven había ido hasta allí con mucha ilusión.

—Entiendo —dijo Lucy con dulzura—. Era su amiga.

—Nos conocíamos.

—Y dígame ¿sabe qué fue lo que le ocurrió? ¿Quién querría hacerle daño?

Sabía que estaba siendo un poco imprudente al preguntar a bocajarro, que lo ideal hubiera sido aguardar a ganarse su confianza, estar en un espacio más seguro, pero sentía que el tiempo se le acababa porque la fila no dejaba de avanzar y cuando ella entrara perdería su oportunidad.

—No sé por qué me pregunta eso.

—Dijo que la conocía.

—Solo un poco —insistió la otra ante su malestar—. Solo un poco.

—¿No lo suficiente para saber por qué alguien le haría algo tan horrible?

—Arrestaron a un hombre.

Lucy abandonó su actitud simplona y esbozó una mueca.

—Todo parece indicar que es inocente —dijo.

—¿Y cómo es que lo sabe?

—Lo oí por allí.

La mujer le dirigió una mirada astuta.

—Oye muchas cosas ¿no?

—Soy muy curiosa —Lucy se encogió de hombros.

—Ya.

—Le diré la verdad —se arriesgó Lucy dejando de lado la prudencia e intentó no pensar en lo que Drake diría de estar allí—. Vine porque estoy en busca de información para descubrir qué fue lo que le ocurrió a la señorita Morrison.

La mujer entreabrió los labios y sus ojos cobraron un brillo que le habría asustado de no encontrarse tan determinada a salirse con la suya, de modo que cuando ella hizo amago de retroceder dio otro paso en su dirección y agradeció al cielo que un trío de chicas ante ellas hiciera de muralla para impedir que pudiera alejarse más.

—Por favor. Cualquier cosa que sepa, por pequeña que pueda ser, me será de gran ayuda. Si tiene una sospecha de quién pudo hacerle daño a la señorita Morrison, dígamelo ahora y prometo no molestarla más; pero haré todo lo que esté en mis manos para conseguir justicia para ella.

Vio a la mujer dudar. Su mirada fue de un lado a otro y, por primera vez, su rostro cobró una emoción bastante notoria.

Miedo.

—No puedo —murmuró tras atisbar sobre su hombro.

Lucy casi pudo oír el sonido de su corazón golpeando contra el pecho.

—Deme algo, lo que sea —insistió en tono suplicante—. Le juro que nadie sabrá que hablamos. Ni siquiera conozco su nombre, jamás podría delatarla. Solo dígame algo y yo me ocuparé de seguir la pista. Por favor. Por Flora.

Aquello pareció obrar una curiosa magia en ella porque, luego de tragar espeso, con sus rasgos sacudiéndose por la tensión, asintió de forma casi imperceptible.

—Busque en el almacén doce en el muelle; en el cobertizo que está tras la cámara de frío, bajo el hielo. Allí encontrarán un hombre que podrá hablarles de Flora y de por qué le hicieron lo que le hicieron. Pero no puede...

Lucy se adelantó antes de que pudiera terminar.

—Nadie sabrá que usted me lo dijo; se lo prometo —juró, muy seria—. Gracias.

Cuando Lucy abandonó el teatro solo unos minutos después, luego de ver a la mujer entrar a la sala de entrevistas, sintió sus pies asentándose sobre la acera como si pesaran una tonelada. Le temblaba absolutamente todo y si no echó a correr como alma que lleva el diablo para ir al encuentro de Drake fue solo porque su dignidad le impidió hacerlo.

Pero estaba asustada, muy asustada, y algo en su interior le decía a gritos que si estuviera cerca de él se sentiría un poco mejor. Sin embargo, se obligó a caminar despacio y fingir una indiferencia afectada hasta que llegó al café y se detuvo de golpe ante la ventana.

Él tenía la mirada fija en el cristal, atento a cada uno de sus movimientos y ella supo que debía de haberse quedado así desde el momento en que puso un pie fuera del local. Sus ojos se encontraron y se quedaron presos el uno del otro durante lo que pareció mucho tiempo; la sangre de Lucy barboteando en sus venas con el ímpetu de un volcán a punto de erupcionar, hasta que logró ordenar a sus pies que se movieran nuevamente y fue a su encuentro.

Capítulo 17

—Sebastian va a matarme.

A Drake no le hizo ninguna gracia ver la sonrisa en el rostro de Lucy. Había descubierto que le encantaba verla sonreír, pero no tanto cuando lo hacía a costa de él.

—Estoy segura de que el señor Wainhouse alabará nuestra iniciativa.

—No conoce para nada a Sebastian si piensa algo como eso.

La sonrisa se borró del rostro de la joven y se llevó la mano a la cara, pero como se había puesto un pañuelo hasta poco más arriba de la barbilla, hizo un gesto de desagrado cuando estuvo a punto de tirar de él con los dedos.

La necesidad de pasar desapercibidos se había redoblado cuando él tuvo la peregrina idea de aceptar la sugerencia de Lucy de acudir a la dirección que le había dado la desconocida en el teatro para encontrar al hombre que podría darles información acerca de la señorita Morrison.

Drake había refunfuñado cada minuto mientras Lucy lo ponía al tanto del breve encuentro, y no había dejado de hacerlo ni siquiera cuando aceptó, rendido por su insistencia, o cuando buscaron un coche de alquiler que los llevó a la periferia de los muelles.

Él, que tenía más experiencia en la zona por sus correrías con los Wainhouse, tenía claro que lo mejor era que se movieran a pie y con mucha discreción. De allí que hubiese insistido en que Lucy se enrollara aquel pañuelo que llevaba en el bolso alrededor del cuello para cubrir parte de su cara y que él se esmerara por llevar el sombrero bien calado sobre las cejas.

Aquella era una zona peligrosa, y siempre cabía la posibilidad de que alguien intentara asaltarlos antes de que llegaran a su destino.

Drake aferró con fuerza el arma que llevaba bajo el chaleco y rogó por no tener necesidad de acudir a ella. No con Lucy a su lado.

—¿Sabe dónde está ese almacén del que me habló aquella mujer?

Al girar la cabeza para observarla, notó que ella lo veía también y en cierta forma le tranquilizó reconocer la inquietud en su mirada porque eso quería decir que por testaruda que pudiese ser, eso no le impedía mantener cierta prudencia.

—No con exactitud —respondió él—. Pero están bien señalados y conozco el área en que se encuentran los depósitos de hielo, así que tengo una idea de por dónde ir. Solo sígame en silencio y procure no mirar a los lados; mantenga la cabeza gacha y, por lo que más quiera, no se suelte de mí.

Lucy asintió y Drake exhaló un suspiro de alivio; no habría soportado sumergirse en una nueva discusión por eso.

Tan pronto como descendieron del vehículo que los llevó hasta allí, él había dejado muy en claro que ella tendría que seguir sus indicaciones sin rechistar, y que la primera de ellas era que debía mantenerse a su lado pasara lo que pasara, además de conducirse como si fuesen un matrimonio que había acudido a los muelles para interesarse por unos pasajes para viajar a América.

Si alguien los pillaba, ya se ocuparían de urdir alguna excusa para explicar por qué parecían tan interesados en los depósitos en lugar de en los barcos que hacían ese tipo de viajes.

Lucy había protestado entonces asegurando que le parecía una exageración de su parte montar semejante charada, pero Drake se había mostrado inflexible e incluso había amenazado con dar media vuelta y volver por donde habían venido en caso ella no aceptara.

Al final, ella había murmurado algo que a él le sonó bastante a una maldición que no creyó que pudiera conocer y, tras enlazar el brazo con el suyo, lo había mirado con una expresión de adoración tan falsa y bajo la cual latía en realidad un aire de enfado tan evidente, que fue un milagro que lograra contenerse de romper a reír.

Ella lo divertía como no lo había logrado nadie en mucho tiempo, se dijo él en tanto la guiaba por las callejuelas que conducían a la zona de los almacenes, que apenas había visitado un par de veces antes. Y también le inspiraba muchas otras cosas, como curiosidad, deseo, y una sorprendente dicha que no creía haber experimentado nunca.

Era rarísimo, y a veces incluso incómodo porque no sabía como conducirse con ella.

Hasta entonces, Drake estaba acostumbrado a exponer lo que quería con bastante claridad y sin andarse con rodeos.

Si una mujer le resultaba atractiva, se lo hacía saber de inmediato, y como tenía buen cuidado de que estas se encontraran lejos de su círculo social, lo que le ahorra situaciones desagradables, por lo general las cosas acababan muy bien para ambos.

Pero Lucy...

Ella parecía hallarse en un limbo al cual él nunca se había atrevido a mirar. No era una jovencita ingenua e inexperta criada bajo el duro régimen aristócrata del cual él provenía, pero por mucho que le gustara fingir lo contrario, tampoco era una mujer con experiencia, al menos no en el ámbito carnal.

Y aquella certeza lo excitaba tanto como lo obligaba a mantener las formas y moverse a su alrededor como si se encontrara ante un campo minado. Quería seducirla, y al mismo tiempo preservar para siempre esa inocencia que permanecía latente bajo ese exterior distante.

Quería tenerla, pero también protegerla; y lo cierto, por poco que le gustara reconocerlo, era que las jóvenes como Lucy debían ser protegidas precisamente de hombres como él.

—Dijo que era el almacén doce —ella, ignorante de sus pensamientos, señaló un punto a su izquierda—. Allí pone que ese es el nueve ¿deberíamos avanzar o lo rodeamos?

Drake iba a contestar, pero se dio cuenta de que tenía la garganta estrangulada por una emoción que no supo identificar e hizo un gesto vago al tiempo que carraspeaba con suavidad.

—Avancemos; si no me equivoco, estará unos metros más allá —indicó en tono neutro.

Lucy asintió y continuó andando al tiempo que usaba la mano que no se sostenía de su brazo para sujetar sus faldas porque habían llegado a una zona en la que varios charcos de agua maloliente cubrían buena parte del terreno.

Al fin, llegaron ante un gran edificio que tenía garabateado un número doce algo despintado y Drake hizo un gesto a la joven para que lo siguiera.

—Aquella mujer le habló de un cobertizo, ¿cierto? —Preguntó él situándose junto a la entrada.

No había mucha gente circulando por allí, lo que alivió a Drake. Al consultar la hora, dedujo que la mayor parte de los trabajadores debían de haberse marchado a comer, lo que les daría algo de tiempo para ocuparse de lo que habían ido a hacer.

—Por favor...

—No me alejaré de usted; se lo prometo.

Él asintió, agradecido porque Lucy pareciese tan dispuesta a seguir sus indicaciones según se iban acercando al punto más peligroso que veía en el camino.

—Creo que hay una cámara de hielo dentro del almacén, por lo general la hay en los que se encuentran en esta zona porque es donde se guarda la carga que corre el riesgo de echarse a

perder—indicó él en tono bajo—. Vamos a entrar y tendremos mucho cuidado; si nos topamos con alguien, recuerde lo que le dije; finja que se encuentra perdida y yo me ocuparé del resto. Vaya derecho al extremo más apartado del edificio, pero no dé un paso de más si no está segura de que yo voy tras usted ¿está claro?

Ella asintió con gesto serio; Drake apreció la sombra de sus largas pestañas bajo la redecilla del sombrero cuando parpadeó un par de veces como si pretendiera con ello mentalizarse en lo que estaban a punto de hacer.

Tuvieron suerte hasta que se encontraron dentro del edificio. No se toparon con nadie que les impidiera la entrada y, cuando atravesaron una puerta entornada, se hallaron en un espacio repleto de cajas de distintos tamaños con un sinnúmero de sellos que indicaban los exóticos lugares de los que provenían.

Lucy se mantuvo a su lado, pero le había soltado el brazo porque habría juzgado con bastante acierto que ambos necesitarían ambas manos libres. Un aroma penetrante, entre ácido y no precisamente agradable, se levantó según fueron adentrándose en la semi penumbra.

A diferencia de lo que se percibía en el exterior, allí el aire se sentía más frío y húmedo. Drake vio a Lucy estremecerse y contuvo el impulso de pasar un brazo sobre los hombros para atraerla hacia sí.

Aquel era el peor lugar y momento para detenerse a pensar en algo como eso.

Por suerte, o no, dependía de cómo se viese, justo en ese instante le salió al paso un chiquillo que debía de ser uno de los encargados para todo que, entre sus tareas, tendría asignado resguardar el almacén.

Drake se libró de él con bastante rapidez. Bastaron unas cuantas monedas y unas débiles excusas respecto a que se hallaban de paseo y que su mujer quería ver el lugar por dentro antes de continuar su camino para que los dejara en paz.

Se reunió nuevamente con Lucy, que se había mantenido en un discreto segundo plano con expresión de modestia, y la condujo hacia un extremo del almacén. Atravesaron una pequeña puerta medio disimulada tras una ruma de telas gastadas y malolientes, y se encontraron ante un largo corredor.

—El cobertizo debe estar por aquí —susurró ella.

Drake asintió y se puso por delante de ella tras mirar sobre su hombro para asegurarse de que nadie los seguía. Dieron un rodeo, y aunque Lucy no lo mencionó, debía de encontrarse tan asombrada como él por lo grande que era ese lugar pese a que no lo parecía por fuera.

A aquel corredor siguió otro y luego otro más hasta que llegaron ante una puerta cerrada a cal y canto que, por más que lo intentaron, no consiguieron abrir. Drake acercó la nariz a una rendija y sintió un aire frío metiéndosele en los huesos.

—La cámara de hielo —indicó, convencido—. No debemos de estar lejos. Vamos a probar con esa otra puerta.

Lucy dio una cabezada y se adelantó a donde él había señalado; llevó una mano al pomo y la madera crujió. Un halo de luz les impactó en la cara y Drake se adelantó para ir primero luego de, nuevamente, comprobar que no tenían a nadie tras ellos. Sabía que estaba siendo un poco exagerado, pero también que Sebastian aprobaría todas esas precauciones.

Al cruzar la puerta se hallaron en una especie de patio, un enorme espacio que Drake supuso debía de ser por el que se entraba la carga proveniente de los barcos atracados en el muelle. Atisbó de un lado a otro una vez que consiguió acostumbrarse a la brillante claridad luego de la penumbra del interior, y notó que Lucy le señalaba un punto al otro lado de un

pequeño edificio anexo.

—Hay una puertecita allí —dijo ella— ¿No será la entrada al cobertizo?

Drake estaba de acuerdo, así que solo asintió y apretó los labios. Si aquella mujer había dicho la verdad, era posible que fuese allí donde encontraran a alguien que podría aclarar buena parte del desastre en que se había convertido su vida en los últimos meses.

La idea desató una expectativa enorme en su interior, pero se obligó a calmarse y actuar con frialdad.

—Ya sabe...

—Si vuelve a decir que me quede detrás de usted, grito.

Drake buscó el rostro de Lucy y sonrió. Ella se había desatado el pañuelo, sin duda fastidiada de tenerlo pegado al cuello, y había tirado de su sombrero hacia arriba, por lo que pudo ver sus ojos con claridad a la luz de la tarde.

—No quiero que nada malo le ocurra —dijo él.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y se ha dado cuenta también de a qué se debe eso?

La vio tomar aire como si la hubiera sorprendido y aunque parte de él se reprendió por su imprudencia, hubo otra que se encontró satisfecha de haberlo puesto al fin en palabras, por vagas que pudiesen ser.

Le importaba mucho lo que le ocurriera a esa mujer, y no encontraba sentido a ocultarlo, en especial a ella.

—Quizá, pero en este momento prefiero no pensar en eso —respondió ella, evasiva, y echando a andar hacia la puerta.

Drake fue tras ella y aunque no intentó detenerla, anduvo a su lado con la mirada alternando entre aquel trozo de madera y sus mejillas sonrosadas.

—¿Y cuándo, entonces? —Preguntó él.

—Si por mí fuera, nunca.

Drake sonrió.

—¿Le decían en ese pueblo suyo que además de ser la hija del vicario más cabezota era también la peor mentirosa?

Lucy se detuvo de golpe ante la puerta y Drake notó que su rostro había cobrado aun más color, no supo si debido al azoro o al enfado; pero antes de que ella pudiera decir algo, él sacudió la cabeza de un lado a otro y se llevó un dedo a los labios.

—Continuaremos esta conversación en otro momento—prometió en tono grave—; pero ahora...

Señaló la puerta con una cabezada y ella asintió.

La madera cedió con suavidad y Drake agradeció que no chirriara. Allí el aire también era frío y cargado de una humedad notoria, pero no olía tan mal como en el almacén. La antesala, como pudo comprobar cuando él y Lucy se adentraron en el espacio, era más bien pequeña; casi minúscula.

Había un jergón tirado en el piso y un viejo mostrador en el otro extremo, además de unas cuantas cajas. Quizá fuese donde se llevaran las cuentas de la mercancía que entraba y salía de ese almacén en particular, supuso él con el ceño fruncido.

No había nadie allí, y el alivio se entremezcló con la decepción. Sintió un tirón en la mano y al ver hacia abajo se topó con la mirada oscura de Lucy, que señalaba una pared con un gesto. Drake atisbó una rendija de luz y fue hacia allí, atisbando entre la oscuridad hasta que

reparó en una abertura que parecía conducir a un tramo de escaleras.

Sin pensar, tendió una mano tras él y suspiró cuando sintió los dedos pequeños y fríos de Lucy enlazados con los suyos. Empezó a descender sin decir una palabra, atento al menor sonido; pero solo oyó sus pasos y los de Lucy, amortiguados por la capa de polvo que cubría los escalones.

Era un trecho corto y se encontraron al final del camino en unos segundos. Aunque pequeño, el espacio al que llegaron se veía algo menos atestado que el del piso superior. Había otro jergón enrollado contra una pared, una lámpara sobre un cajón que servía de mesilla, y un fardo pequeño del que le pareció atisbar unas cuantas prendas que alguien había dejado tirado con descuido.

Drake hizo el alijo a un lado con el pie e inspeccionó el lugar con cuidado. Era tan pequeño que le costaba imaginar cómo alguien podía vivir allí, que era evidentemente el uso que se le daba en la actualidad, y estaba a punto de comentarlo con Lucy, cuando la oyó soltar una exclamación y la mano que sostenía la suya se soltó de pronto al tiempo que oía unos pasos ágiles yendo hacia ellos.

—¡Drake! ¡Detrás de ti!

Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Con un giro instintivo, se hizo a un lado a tiempo para evitar una porra que se dirigía directamente a su cabeza.

No se detuvo a inspeccionar el rostro de su atacante, pero reparó en un cuerpo delgado y ágil que se movía con tal rapidez que lo descolocó durante algunos segundos hasta que recordó las lecciones de *bartitsu* y la insistencia del maestro en conservar la calma y asumir una pose defensiva antes de dar el primer golpe.

Un pitido resonó en sus oídos cuando advirtió que, ante su falta de respuesta, aquel hombre iba hacia Lucy, que se había quedado pegada a la pared con gesto asustado. Aun así, fue evidente que ella no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados, porque tenía las manos en alto y sus dedos envolvían un objeto puntiagudo que reconoció como un alfiler para el cabello, que en ese momento le caía desordenado sobre los hombros.

Ella lo usaría, no le quedaba duda; pero él no pensaba permitir que se viera obligada a hacerlo.

Con un rugido, apresó al hombre por los hombros y tiró de él con todas sus fuerzas; su espalda golpeó con fuerza contra la pared opuesta y Drake aprovechó su desconcierto para ir hacia él y apoyar el antebrazo sobre su cuello, presionando solo lo justo para mantenerlo inmóvil.

Aquel momento de indefensión, que duró solo unos segundos, le permitió percibir su rostro un tanto pálido y los rasgos exóticos que, aunados a su agilidad, lo hicieron evocar algo; un momento lejano en el tiempo que, sin embargo, había dejado una gran huella en su memoria.

—Tú...

No había terminado de pronunciar la palabra cuando sintió el impacto de una rodilla contra su estómago. El golpe lo tomó por sorpresa, de modo que soltó el agarre, retrocediendo, pero se recompuso casi de inmediato y, antes de que el hombre fuese nuevamente contra él, llevó la mano al cinto con una celeridad que habría enorgullecido a su padre, que fue quien lo adiestró en el uso de las armas, y sostuvo su pistola a medio centímetro de la frente de su atacante.

Sebastian podía decir lo que quisiera; al diablo el *bartitsu*. A veces la solución en un momento como ese era mucho más sencilla.

Drake observó al desconocido sin parpadear, atento a cada uno de sus movimientos, y

cuando este hizo amago de avanzar en un gesto a todas luces suicida, dudó un instante respecto a qué hacer.

Sin embargo, no hizo falta que se preocupara. Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, advirtió una sombra que se cernía sobre su atacante y lo vio caer a sus pies tras exhalar un gemido de asombro.

Al fijar la vista hacia adelante, se topó con el rostro sonrosado de Lucy, que sostenía la pata de lo que parecía una silla con ambas manos y exhibía una inconfundible expresión de complacencia.

Ella alternó la mirada del caído al rostro de Drake y esbozó una sonrisa temblorosa que él correspondió sin poder evitarlo.

Cómo le gustaba esa mujer.

—¿Está seguro de que despertará?

—Por desgracia, sí; es más, parece que está a punto de hacerlo.

Lucy se llevó una mano a la frente sudorosa e hizo un gesto de desagrado. No quería ni imaginar cuán desastrosa debía de verse.

Luego de atar al hombre con una cuerda que encontraron junto a la ruma de muebles destruidos que ella encontró en un rincón, y de donde tomó el trozo de madera con el que lo dejó fuera de combate, lo habían tendido sobre el jergón, aguardando a que despertara para interrogarlo.

No había pasado mucho tiempo, solo unos diez minutos en los que apenas habían abierto la boca; pero sí que se miraron con una curiosa necesidad que, a ella, al menos, la tenía sumida en un estado continuo de inquietud y anhelo que no sabía cómo nombrar.

Drake se había mostrado impresionado por su iniciativa al ayudarlo sin siquiera pensar en el peligro, pero después dejó muy en claro lo preocupado que se había sentido al pensar en lo que pudiera haberle ocurrido.

De nuevo, tal y como había hecho antes de que entraran en ese lugar, no tuvo reparo al señalar lo mucho que le importaba su seguridad. Y, también de nuevo, ella había fingido que eso no la hacía sentir como si un gran agujero se hubiera abierto bajo sus pies y ahora le diera miedo dar hasta el más mínimo paso y caer en él.

Lucy se apartó un mechón de cabello que había intentado volver a su lugar, pero parecía que iba a ser imposible, reconoció con una mueca. Siempre tenía problemas para peinarse por las mañanas porque, además de abundante, era muy liso y debía pasar un buen rato ante el espejo para dejarlo tan tirante como acostumbraba.

Ahora lo sentía flojo sobre la cabeza y, por más que se esforzaba, no había forma de que permaneciera del todo en su sitio, lo que también la ponía de muy mal humor.

—Retrocede; y no importa lo que diga, no te acerques a él.

Lucy parpadeó para volver su atención a lo que ocurría ante ella, sin inmutarse ante la familiaridad con la que Drake le habló. Después de todo, había sido ella quien lo hizo primero cuando pretendió avisarle del ataque del desconocido; a esas alturas, y luego de lo que habían pasado, aquello le pareció más bien irrelevante.

Que la tuteara y la llamara por su nombre si eso quería; lo cierto era que ella no imaginaba que pudiera ser de otra forma porque era lo que ansiaba también.

—Está murmurando unas palabras —advirtió Lucy inclinando la cabeza hacia el hombre, aunque permaneció donde Drake le había indicado—. No entiendo el idioma.

—Tampoco yo, pero supongo que es lo que diría cualquiera cuando empieza a despertar luego de recibir un golpe como el que le diste. Tal vez sea una suerte que no le entendamos porque no ha de ser nada muy agradable.

Lucy esbozó una mueca, divertida a su pesar de que él pudiera conservar el buen humor aun en esas circunstancias.

—Vamos a darle un momento.

En realidad, tomó casi cinco minutos que el hombre despertara del todo y pudiera enfocar con claridad sus rostros; entonces, pareció recordar lo ocurrido y empezó a revolverse intentando librarse de sus ataduras, pero Drake sostuvo su arma ante él y eso pareció aplacarlo.

—Sé que quién eres —dijo, en un tono calmado y por ello más peligroso que Lucy no le había oído antes— ¿Recuerdas quién soy yo?

Ella parpadeó, sorprendida, pero antes de que pudiera preguntar al respecto, Drake habló de nuevo.

—Fuiste tú quien intentó matar a mi amigo en el teatro.

Lucy entreabrió los labios y dejó escapar un jadeo producido por el asombro. ¿Había sido ese desconocido quien intentó arrojar al señor Wainhouse por el palco? Ella conocía bastante bien los detalles del incidente porque Drake le había hablado al respecto durante las largas conversaciones que sostenían desde que se hospedaba en su casa.

Al mirar una vez más a aquel hombre, que apenas parpadeó al oír la acusación, la asaltó una nueva oleada de desagrado. Si había estado dispuesto a matar a un hombre a traición, no quería ni imaginar lo que habría hecho con ellos de habérselo permitido.

—¿No está muerto?

Tenía una voz ronca y algo quebrada; la clase de voz a la que había que prestar atención para descifrar las palabras porque también poseía un acento similar al de la mujer con la que Lucy había hablado en el teatro.

—No, no está muerto, y no gracias a ti, desde luego —Drake se inclinó hacia él y sus ojos claros brillaron en medio de la penumbra— ¿Quién eres y qué tuviste que ver con la muerte de Flora Morrison?

Lucy aguantó, lo mismo que Drake, que aquel hombre se mostrara agresivo al oír la pregunta y que fingiera ignorancia, pero en su lugar, se sorprendió al notar que una sombra de pesar cruzaba su semblante. Pese a ello, no dijo una palabra.

—Sabes de quién hablo —insistió Drake, y no fue una pregunta—. ¿Fuiste tú quien la mató?

El hombre se revolvió entre sus ataduras aun con mayor ahínco y dirigió a Drake una mirada de odio.

—Responde. ¿Mataste a Flora Morrison, así como intentaste hacer lo mismo con mi amigo? ¿Quién eres y qué tienes que ver con todo esto?

Una vez más, obtuvieron solo silencio en respuesta, pero Drake no pareció perder la calma, que era más de lo que Lucy podía decir porque empezaba a sentirse nerviosa.

—Parece que llevas un tiempo oculto ¿no? Al principio, cuando pensé en ti luego de conocer las cosas que hemos ido descubriendo en estos meses, se me ocurrió que debías de trabajar para ese grupo que está en busca del cargamento robado aquí mismo —Drake dio otra dirección al interrogatorio y aquello pareció sorprender al hombre porque parte de su fachada indiferente se resquebrajó—. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan seguro. De ser así, estarías con ellos en alguno de esos lugares que regentan en la ciudad en lugar de estar aquí escondido como

una alimaña.

Lucy mantuvo su mirada sobre el extraño y notó que se dividía entre el enfado y algo parecido al miedo porque debía de reconocer que el hombre ante él sabía mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

—Este amigo mío al que estuviste a punto de asesinar es un maestro en el arte de la deducción ¿sabes? Y me ha enseñado un par de cosas —Drake esbozó una leve sonrisa—. ¿Por qué alguien que tranquilamente podría pertenecer a un grupo tan poderoso de pronto se aparta de ellos y decide esconderse en un lugar como este?

Lucy dio un paso hacia adelante sin saber lo que hacía; estaba fascinada por las palabras de Drake y el aire astuto que parecía emanar. De nuevo, se preguntó cuántas facetas escondía aquel hombre y se vio embargada por una necesidad acuciante por conocerlas todas.

—Lo lógico es suponer que les hiciste alguna jugarreta ¿cierto? De ser al revés, ya estarías muerto —continuó él en tono tranquilo—. Así que, visto que esta gente ha perdido en cargamento valioso y está desesperada por recuperarlo, no es una locura suponer que tú podrías estar relacionado con eso. Ahora, suponiendo que estoy en lo cierto ¿qué relación hay entre ese robo y la señorita Morrison? Y te advierto que más te vale pensar con mucha calma en lo que vas a responder, así como decírnos la verdad, porque según como lo veo, podría dejarte aquí amarrado y ocuparme de que a esta gente le llegue un mensaje acerca de donde encontrarte. ¿Es eso lo que quieres?

Lucy aguantó con la respiración contenida, atenta a cada cambio en el semblante del hombre, que los veía a su vez con una nueva oleada de rabia y frustración.

El tiempo pasó, un minuto tras otro, y ella casi pudo oír el mecanismo de su mente trabajando a toda velocidad en busca de una salida que lo librara de decir la verdad y huir, pero fue obvio poco después que, lo mismo que habría ocurrido con otro en su lugar, tuvo que ceder a la certeza de que, en efecto, no tenía ninguna salida si no deseaba que Drake cumpliera con su amenaza.

—Yo no maté a Flora.

Lucy parpadeó, un tanto desconcertada porque no había esperado que eso fuera lo primero que aquel hombre dijera e intercambió una rápida mirada con Drake; pero al mirarlo de nuevo reparó en un gesto de desaliento en su cara y en que algo en sus ojos parecía albergar una tristeza infinita en la que no había reparado hasta entonces.

—Pero la conocías —dijo Drake en tono bajo.

—Sí.

—¿De dónde?

—De todas partes; de toda la vida.

Aquella fue una respuesta tan extraña y que encerraba tal sentimiento que Lucy sintió un leve tirón en el pecho.

—La querías.

Las palabras de Drake resonaron en el espacio y ella supo que tenía razón incluso antes de ver al hombre asentir.

—Y ella me quería a mí —indicó él con un deje aun más acentuado.

—Ya veo.

—No, no creo que pueda ver nada —espetó el hombre—. Pero sí puede intentar imaginar lo que fue que una mujer como ella quisiera a un hombre como yo.

—¿Porque eres un criminal?

—Entre otras cosas.

Lucy no tuvo problemas para imaginar a qué se refería. En una ciudad como Londres, y visto el oficio al que la señorita Morrison se dedicaba, la condición de delincuente de aquel hombre debía de ser un detalle menor que habría podido impedir una relación entre ambos.

No.

El problema debía de ser otro. Su origen, posiblemente, y los prejuicios que permanecían incrustados en aquella gran ciudad respecto a las relaciones entre personas de distintas etnias pese a que era moneda corriente encontrarse con habitantes oriundos de todos los rincones del mundo.

Drake pareció llegar a la misma conclusión porque Lucy notó que asentía con suavidad y que su actitud agresiva se disolvía un poco.

—De acuerdo. Entonces la querías y ella te quería a ti —resumió Drake al cabo de un momento— ¿Qué pasó después? Y no me digas que no es asunto mío porque te aseguro que tu triste historia de amor no me va a conmovir tanto como para que cambie de opinión respecto a entregarte a esa gente si te atreves a intentar engañarnos.

El hombre suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ya nada importa; dejó de importar cuando Flora murió —musitó él—. No estoy aquí para resguardar mi vida sino para hacer las cosas tan difíciles para ellos como pueda; y también para hallar algo de consuelo en permanecer vivo mientras ellos se desesperan buscándonos a mí y a su cargamento.

Aquella debía de ser la frase más larga que le habían oído, y aunque hubo algunas palabras que a Lucy le costó descifrar, no tuvo problemas para reconocer el rencor y el desprecio latentes en su tono.

—Me alegra que lo veas de esa forma porque, si esta gente es responsable de la muerte de la señorita Morrison y de todo lo demás que sospechamos, son también nuestros enemigos —indicó Drake—. Ahora, continúa con tu historia; y no te dejes nada.

El hombre exhaló un suspiro y Lucy supo en ese preciso momento que les diría la verdad, así como que, no tenía idea cómo podía asegurarlo, gracias a él iban a terminar con ese asunto de una vez por todas.

Capítulo 18

—Si dejamos de lado que es un criminal dispuesto a cualquier cosa y que no habría dudado en rebanarme el cuello a la menor oportunidad, tengo que reconocer que su historia me conmovió un poco.

A Drake no le sorprendió la expresión de desagrado que asomó al rostro de Elara cuando lo oyó, pero en realidad estaba más interesado en la reacción de Sebastian, que había oído su relato con expresión concentrada y sin, cosa extraordinaria en él, hacer ninguna pregunta.

Pero todas ellas vendrían a partir de ese momento, supuso al verlo asentir y abrir la boca para hablar.

—De modo que este hombre estaba enamorado de la señorita Morrison —dijo él.

Drake asintió, pero antes de responder tomó un largo trago de agua. Elara en persona se había ocupado de llenar una bandeja con una jarra, vasos, y unos bollos secos que no tenía idea de dónde sacó cuando todos se reunieron en la oficina de Sebastian luego de que Drake les hiciera llegar un mensaje.

Habían pasado solo unas horas desde que él y Lucy abandonaran los muelles, pero a él le parecían que hubiesen sido días. Percibió la presencia de la mujer sentada a su lado en un extremo del sillón y le alegró de forma casi infantil cuán cercana le pareció entonces. Era como si las barreras que ella había mantenido hasta entonces erigidas entre ambos se hubiesen fundido hasta desaparecer.

—Y ella de él —respondió Drake al fin ahogando un suspiro—. Según nos dijo este hombre...

—Wang.

—Wang, sí. Él dijo que conoció a la señorita Morrison en una de sus visitas al teatro, donde su grupo tiene bastantes intereses. Gracias a los trabajadores, y a las acompañantes que buscan clientes durante las funciones, han conseguido entablar contacto con miembros importantes de la sociedad a los que arrastran a sus garitos.

—Deben de ganar una fortuna —señaló Elara con el ceño fruncido.

—No creo que se trate solo de eso. Imaginen toda la información que podrían obtener de un hombre poderoso e intoxicado por esas sustancias que ellos ofrecen —terció su hermano.

—¿Crees que luego los chantajea?

—¿Por qué no? Tiene lógica. Después de todo, no es muy distinto de lo que hacen ahora con Smithson ¿no? Solo que a él lo tienen amenazado con develar la verdad respecto a sus tratos y cómo ha encubierto sus crímenes.

Elara asintió para dar a entender que estaba de acuerdo con él y a Drake no le sorprendió que fuera ella ahora quien hiciera una pregunta.

—¿Y esta señorita Morrison sabía de las actividades del hombre del que se había enamorado?

—Sí, al detalle. Es más, fue así como se conocieron. Este... Wang, la contactó como había hecho con otras para que aceptara trabajar con ellos por una buena comisión y, con el tiempo, parece que empezaron a sentir cosas el uno por el otro.

—Ya. Pero ninguno abandonó sus actividades.

—Dudo de que en el mundo criminal acostumbren a priorizar sus sentimientos por sobre los negocios.

Drake percibió un hondo suspiro proveniente de Lucy y al mirarla de reojo atisbó un gesto de pesar en sus ojos. Debía de encontrarse agotada después de los acontecimientos del día, y sin duda también un tanto triste por todo lo que habían tenido que oír, pero pese a ello mantenía una fiera expresión determinada que él no pudo menos que admirar.

—Muy bien. Así que este par sostenía un romance secreto a la par que continuaban con sus actividades delictivas, pero eso cambió cuando...

Drake se apresuró a completar lo dicho por Sebastian, que de pronto parecía bastante más atento a su interacción con Lucy.

—Cuando él decidió que ya había tenido suficiente. Entiendo, por lo que dijo, que su grupo empezaba a incordiarlo respecto a su relación con la señorita Morrison. Al principio les había causado gracia, lo mismo que al entorno de ella, pero cuando vieron que parecía algo más serio y pensaron que podría poner en peligro sus planes, quisieron obligarlo a que se librara de ella.

—¡Dios santo!

Drake asintió al oír la exclamación de Elara, que debía de pensar lo mismo que él. Mientras que en su mundo lo habitual habría sido dar por terminada una relación que podía considerarse inadecuada, en la del hampa se optaba por medidas mucho más extremas.

—No es de extrañar que Wang se negara, claro. Él no pensaba hacerle daño a la mujer que amaba o permitir que alguien intentara hacerlo; de modo que la ocultó por un tiempo con la esperanza de que los suyos lo dejaran pasar, pero eso no ocurrió y empezaron a hostigarlo cada vez más.

—Fue entonces que decidieron huir.

Era la primera vez que Lucy abría la boca desde que llegaron, cuando apenas saludó a Elara y Sebastian. Hasta entonces, se había mostrado pensativa y atenta a la explicación de Drake; pero él podía percibir que, en su interior, bullía la necesidad de participar también en la charla.

—Exacto —asintió, observándola.

Ella pareció interpretar su mirada como un gesto de aliento para que continuara con la narración, de modo que, tras asentir, habló una vez más.

—Consiguieron reunir una buena cantidad de dinero entre ambos con la idea de empezar una nueva vida en alguna ciudad alejada de Londres; la señorita Morrison creyó que sería sencillo, pero él no estaba tan seguro. Sabía la clase de gente que era esa; cuán determinados estaban a impedirlo, así que decidió tomar una especie de seguro.

—El cargamento.

Lucy asintió a las palabras de Elara.

—Sí. Él era el encargado de llevar a los hombres que debían bajar la carga a los almacenes, así que tenía bastante poder sobre ello. Tomó una parte y la escondió en un lugar seguro. Luego, acordó con la señorita Morrison los detalles de su huida.

—Fue por eso que ella tuvo que salir de su escondite; acordaron que se reunirían en el teatro durante una de las funciones con la idea de que él pudiera fingir que no ocurría nada extraño y cuando ella llegara saldrían juntos aprovechando la oscuridad de la noche —Drake completó su historia en tono tranquilo.

—No entendí del todo bien qué fue lo que salió mal —comentó Sebastian tras ponerse de pie y echar a andar con las manos en las caderas—. ¿Alguien los delató?

—Quizá; Wang dijo que él no puede asegurar que así fuera. Lo único que sabe es que esa

noche, cuando se reunió con la señorita Morrison en el teatro, todo parecía ir bien, pero entonces sus cómplices empezaron a llegar en tropel y entraron en pánico —se apresuró a responder Lucy.

—Creo que fue entonces cuando sostuvieron algún tipo de discusión ¿recuerdan que les hablé de que recordaba haber visto a la señorita Morrison hablando con un hombre que se hallaba de espaldas? Fue la primera vez que la vi y creo que fue en ese momento que ella me vio también y decidió que podría servirle de tapadera mientras lograba deshacerse de esos hombres que sabía que querían lastimarla.

—¡Fue por eso por lo que se acercó a ti en el palco!

Él asintió en dirección a Elara.

—Sí; y ahora recuerdo un poco mejor que cuando lo hizo me pareció de lo más extraño porque yo no había hecho ningún movimiento para acercarme a ella. No sé si fue cosa suya la idea de suministrarme algo para dejarme sin sentido, o si lo hicieron los compinches de Wang, que pensaron de inmediato en culparme de lo que pensaban hacer con ella. Como fuera, lo que sí sabemos es que a Wang intentaron llevarlo por la fuerza a la calle para obligarlo a confesar qué había hecho con esa parte del cargamento que había desaparecido, y él no tuvo otra opción que huir.

—Y mientras tanto, otros se encargaron de la señorita Morrison —atajó Lucy con gesto sombrío—. La asesinaron de la forma más cruel y pagaron a un par de personas que vivían en el mismo lugar que ella para que les permitieran entrar y montar toda esa escena para culpar a Drake de su muerte.

—Para entonces yo ya estaba fuera de combate, claro —él hizo una mueca, dividido entre el disgusto al recordar aquello y el sorprendente placer que le provocaba que Lucy se refiriera a él con esa familiaridad—. Y aunque los hombres que iban tras Wang lo buscaron por cielo y tierra, no lograron dar con él. Se ocultó en los muelles, que asegura conocer como la palma de su mano, y fue así como se ha mantenido informado hasta ahora de todo lo que ha ido ocurriendo.

—Debió de ser terrible para él enterarse de lo que pasó con la señorita Morrison —comentó Elara.

—Eso supongo. Él nos confesó que fue entonces cuando cometió la imprudencia de salir de su escondite e ir al teatro; perdió la cabeza y eso le llevó a intentar asesinar a Sebastian.

—Sí, bueno, por triste que sea su historia, creo que no es algo que pueda pasar por alto —comentó el aludido con una mueca para luego agregar—: Supongo que parte de su comunidad debía de estar enterada de lo ocurrido.

—Sí, claro, se trata de un grupo muy cerrado, y la mayor parte de ellos están bien informados de las actividades de los otros. Wang no lo mencionó, pero sospecho que lo vieron durante esa última visita al teatro y que por eso sabían que continuaba en Londres.

—Pero no lo delataron con el grupo que lo buscaba —el escepticismo fue evidente en la voz de Elara.

—No todo el mundo es un criminal —acotó Lucy—; quizá ellos solo tenían miedo. Eso fue lo que percibí en la mujer que me dio las indicaciones para encontrarlo. Ahora, al conocer su historia, creo que es posible que no fuese un secreto y que, pese a saber dónde estaba, eligieron protegerlo a su modo porque sabían que lo que le había ocurrido fue atroz.

—No solo a él. También, y, sobre todo, a la señorita Morrison —terció Sebastian con el mentón elevado y voz determinada—. Y creo que ha llegado el momento de que hagamos justicia por ella.

Todos asintieron sin vacilar y aguardaron atentos a que continuara, lo que hizo luego de

llevar las manos a los bolsillos y observarlos durante algunos segundos en silencio.

—Creo que todos tenemos claro quiénes son los responsables de esto; lo que aun debemos aclarar del todo es la responsabilidad de su jefe, señorita Hatley —dijo, dirigiéndose a Lucy—, así como obtener las pruebas que eximan de toda culpabilidad a Drake. De modo que ahora tenemos el camino despejado para dar el primer paso.

—¿Y qué paso es ese? —Preguntó su hermana.

Sebastian sonrió, sin responder de inmediato, y Drake supuso que estaban a punto de conocer el plan que, secretamente, había estado ideando para cuando llegaran a ese momento.

Drake dejó caer su chaqueta sobre un sillón del salón tan pronto como llegaron a su casa y ahogó un hondo bostezo que pareció divertir a Lucy porque la vio esbozar una pequeña sonrisa.

—Podría dormir durante una semana —dijo él.

Ella asintió y alternó la mirada de la chaqueta a su rostro con los ojos entrecerrados; pero antes de que pudiese hacer un movimiento, Drake lo impidió con un gesto.

—No. Ese es trabajo de Phillips —indicó él, observándola con una mueca burlona—. Entiendo que para la ordenada hija de un vicario debe de ser casi insultante ser testigo de semejante desorden, pero te recuerdo que yo soy un aristócrata perezoso y que pago muy bien a mi mayordomo para que se ocupe de estas cosas.

Ella no negó lo de ser la ordenada hija de un vicario, lo que a Drake le hizo mucha gracia, pero apartó la mirada de la prenda y la llevó de un lado a otro con el ceño fruncido.

—¿Y donde está Phillips? —Preguntó.

—Durmiendo cómodamente, supongo, lo que no habla muy bien de él —respondió Drake—. En su defensa, diré que siempre insisto en que no me espere despierto cuando no sé a qué hora volveré. Aquí donde me ves, soy bastante capaz de desvestirme sin ayuda.

Lucy bajó la mirada de golpe y él supo que tal vez había hablado de más, aunque lo cierto fue que tampoco se sintió del todo arrepentido, en especial al ver el adorable rubor que teñía sus mejillas y que solo se acentuó cuando alzó el rostro y lo observó a los ojos.

—Creo que seguiré el ejemplo de tu sirviente y me iré a dormir; mañana nos espera un día muy complicado.

Drake cabeceó, pero no se movió del lugar en que se encontraba, justo entre ella y el arco que conducía a las habitaciones. Lucy se le quedó mirando, insegura, algo tan extraño en esa mujer siempre decidida, que él se sintió igual de indeciso.

—¿Estás segura de que quieres participar en esto? —Preguntó él—. El plan de Sebastian es peligroso.

Ella se encogió de hombros.

—Dudo de que lo sea más que lo hemos tenido que enfrentar hoy.

—Eso no lo sabes.

—Y tú tampoco.

Drake suspiró.

—No, pero esto es distinto. Cuando fuimos a los muelles no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar, pero ahora...

—Ahora tenemos un plan; el plan del señor Wainhouse —lo interrumpió ella con un ademán tajante—. Eso lo hace más seguro.

—Los planes de Sebastian no siempre acaban bien.

—No dije que así fuese; solo indiqué que sería más seguro. Estaremos bien, Drake, no hay nada por lo que debas preocuparte. Para mañana a esta hora, todo esto se hallará resuelto y ambos podremos continuar con nuestras vidas.

Lucy intentó pasar por su lado, pero él la detuvo aferrándola del brazo con suavidad; aunque no se había deshecho del abrigo, la tela que la cubría era tan fina que pudo percibir el calor que despedía su piel, así como la forma en que su respiración se hizo más rápida ante ese sutil contacto.

—No me preocupo por mí —musitó él.

Estaban muy cerca el uno del otro. La luz mortecina de la lámpara de gas que Phillips había dejado encendida iluminaba sus facciones y él notó que los ojos de ella brillaban de una forma sorprendente. Toda esa oscuridad que parecía albergar en su interior contrastó con la luz que irradiaba, dejándolo deslumbrado y sumido en un hervidero de necesidad que le cortó el aliento.

Debería dejarla marchar, se dijo; sería lo más sensato, lo mejor para ambos. Pero no pudo. En su lugar, alzó la mano libre para delinear la línea de sus cejas, curvadas hacia arriba como había descubierto que ocurría siempre cuando estaba inquieta, y la delicada piel de sus mejillas.

—No me preocupo por mí —repitió ante su falta de respuesta.

Lucy se humedeció los labios y él siguió el movimiento de la lengua con un nudo en la garganta.

—¿Recuerdas lo que te dije en el muelle? —las palabras se atropellaron antes de que pudiese detenerlas—. Te prometí que te diría por qué me preocupo tanto por ti, por qué no quiero que nada malo te ocurra nunca...

—Drake, no.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y posó una mano sobre su pecho con la palma abierta. Aquel acto tan simple tuvo el efecto de un ciclón para ambos; Drake pudo verlo porque al tiempo que se le aceleraba el pulso hasta resonar en sus oídos, la vio abrir mucho los ojos y tragar espeso. Intentó bajar la mano, pero él no se lo permitió; la sujetó contra su corazón, enlazando sus dedos.

—No me digas que no puedo decir lo que siento —objetó él dando otro paso hacia ella.

Su pecho latió muy cerca del suyo y sus faldas se enredaron entre sus piernas.

—¿Y qué vas a sentir? —lo desafió ella— ¿Qué vas a sentir que no sea lo mismo que has sentido mil y un veces por muchas otras antes que yo? Sé la clase de hombre que eres, Drake Hayward, siempre lo he sabido, y aunque es cierto que me he dado cuenta de que también tienes muchas cosas buenas, eso no quita que sepa que eres mucho más peligroso para mí que cualquier loca misión que el señor Wainhouse pueda idear.

—¿Y acaso piensas que yo no lo sé también? ¿Crees que no me dije a mí mismo desde el primer instante en que te vi que lo más considerado sería mantener distancia entre ambos sin importar lo mucho que me gustaste desde entonces? —él apretó sus dedos entre los suyos—. He tratado, Lucy; y no ha sido sencillo intentar verte como esa conocida arrogante que procuro evitar con la excusa de que me resulta insoportable.

Ella intentó soltarse una vez más y él pegó la frente contra la suya, hablando sobre sus labios.

—No hay nada de insoportable en ti; si acaso, lo único que me cuesta tolerar es todo lo que siento cuando te veo. Lo que quiero decirte, la forma en que quiero tocarte... —su

respiración se entremezcló con la suya y Lucy entreabrió los labios—. Si fuese un hombre mejor intentaría apartarme de ti, pero no lo soy y no quiero continuar fingiendo que no hay nada en el mundo que ansíe más que a ti. Sé que eres demasiado buena para mí, y que hemos terminado involucrados por los motivos más horribles, pero eso no quiere decir que esté dispuesto a acallar todo lo demás.

Lucy suspiró contra su boca y Drake se inclinó hacia ella para besar la comisura de sus labios. Percibió el temblor que sacudió su cuerpo, sus dedos aferrándose a los suyos como si temiera caer en picada y él fuera lo único que la mantuviera asida a tierra.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —Preguntó ella en un susurró alzando la mirada hacia él.

Drake esbozó la sombra de una sonrisa.

—Todo —respondió—. Todo lo que quieras darme.

—¿Y qué pasa si no sé qué es eso?

—Lo descubriremos juntos.

Él permaneció inmóvil; sentía sus músculos tensos por el esfuerzo de no hacer lo que todo en su interior le gritaba que hiciese. Quería besarla; besarla de verdad, pero algo le dijo que una mujer como Lucy necesitaba ser quien tomara la decisión de si se lo permitía o no.

No importaba cuánto lo deseara, algo que para un hombre con su experiencia estaba muy claro; era algo más complicado, más grande. Ella no acostumbraba dejarse llevar por la corriente o sus impulsos; Lucy siempre daba el primer paso, meditaba sus opciones, y resolvía qué hacer a continuación.

Drake no pensaba quitarle eso porque era uno de los aspectos de ella que más admiraba, por mucho que en ese momento ese instante de duda estuviese a punto de volverlo loco.

Al fin, cuando creyó que se quedarían así por siempre, ella hizo un levisimo gesto de asentimiento y, tras mirarlo directamente a los ojos, emitió un hondo suspiro que culminó sobre sus labios cuando se acercó para besarlo.

Fue la cosa más extraña que Drake había experimentado alguna vez. Había besado a muchas mujeres, en ese momento le pareció que demasiadas y, sin embargo, al sentir la suave turgencia de los labios de Lucy sobre los suyos, la forma en que sus cuerpos se amoldaron uno contra el otro, casi como si hubieran sido hechos para ello, descubrió sorprendido que no se parecía a nada que hubiese conocido antes.

Ella era fuego y hielo al mismo tiempo; luz y oscuridad; suavidad y dureza arraigadas a un exterior hermoso y cargado de misterio que por un instante le dejó entrever la maravilla que suponía que se hubiesen encontrado en ese mundo colmado de gente y horror.

Sus manos rodearon su espalda delicada y tensa al tiempo que ella pasaba el dorso de los dedos sobre su cuello, despertando un sinfín de terminaciones nerviosas que echaron a gritar por el deseo de sentirla más cerca, aunque en ese instante estaban tan juntos que el latido de sus corazones se confundía.

Drake cogió aire una vez, y luego otra, sumergiéndose en esa boca que parecía tan necesitada como él. Aunque inexperta, con la indecisión propia de quien no sabe bien qué hacer, Lucy se mostraba sobrepasada por la necesidad y aquello le pareció tan maravilloso que sintió despertar en su interior un cúmulo infinito de paciencia para intentar mostrarle cómo seguir.

Su lengua atrapó la suya y ella ahogó un jadeo de sorpresa; él sonrió entre un beso y otro y lamió con fruición para hacerse con su sabor, con cada resquicio al que alcanzó a llegar. Era deliciosa, caliente y la deseaba tanto que se le entremezclaron las ideas cuando la separó un

instante para recuperar el aliento y se le quedó mirando como un tonto.

—No tenía idea de que fuera así —murmuró ella con la voz quebrada.

Él asintió y sacudió la cabeza, todo al mismo tiempo.

—Yo tampoco —confesó.

—Cómo no ibas tú a saber...

Drake no permitió que terminara. La besó una vez más, ahora en la boca hasta que la sintió gemir con un ruido sordo que retumbó en su interior; ahora en la suave línea de su mandíbula, en los pómulos, en ese punto en que le latía el pulso entre el hombro y el cuello; acarició con los labios toda la extensión de su frente, la curva de su nariz respingada y volvió sobre su boca hasta que Lucy se apoyó contra él como si sus piernas hubieran dejado de sostenerla.

—Quiero tenerte —susurró él.

—Drake.

—Pero sé que no sería justo. No ahora.

Lucy entreabrió los ojos, que había cerrado en el remolino de la pasión y lo observó con curiosidad.

—¿No? —Preguntó— ¿Por qué?

—Porque sentiría que me aprovecho de ti, y aunque te parezca difícil de creer, no acostumbro aprovecharme de las mujeres.

—Nunca he pensado que lo hicieras.

—Mentirosa —bromeó él—. Claro que sí lo has pensado; y te he dado buenas razones para ello. Pero no, no es la clase de cosas que hago, y definitivamente tú no serás la primera. Eres demasiado importante para mí.

—¿Por qué?

—Siempre haces preguntas difíciles.

—Mi madre dice lo mismo.

Él la sostuvo por los hombros y la alejó un poco más. Se le había desatado el peinado, tal vez hubiera sido obra suya, y gruesos mechones le caían a ambos lados del rostro. Podía sentir su cuerpo tembloroso contra el suyo.

—Qué sacrificada tu madre —comentó él, como ya lo había hecho antes—; pero lo cierto es que sí, siempre haces preguntas que lo ponen a uno a pensar. Para un hombre como yo eso puede ser peligroso, pero contigo no me importa. Y te diré que, si no tomo lo que quiero ahora, si no te hago mía, no es porque no lo desee; no hay nada en el mundo que quiera más. Pero creo haber llegado a conocerte lo suficiente para saber que, si lo hiciera, si permitiera que te llevaras por la pasión, igual a como deseo hacer yo, terminarías por arrepentirte, y no quiero eso.

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

—Acabo de decírtelo: quiero todo de ti.

—Y yo te respondí que no tengo idea de qué es eso.

Drake sonrió.

—¿Vamos a repetir esa conversación una y otra vez hasta que quedemos satisfechos? —Bromeó acunando su rostro entre las manos—. Porque podría, pero no sé qué tan buena idea sea considerando que Sebastian y Elara esperan que nos reunamos con ellos en unas cuantas horas.

Lucy hizo un gesto de malestar y se puso de puntillas; las manos apoyadas sobre sus hombros. Aunque a Drake le dio la impresión de que empezaba a ser nuevamente ella misma, como si hubiera logrado recuperar el control luego de aquel arrebato de pasión, le alegró que no

intentara alejarse; por el contrario, se movió contra su cuerpo con una naturalidad que estuvo a punto de arrancarle un gemido.

De eso se trataba, comprendió de pronto al dar con la respuesta a la pregunta que había venido torturándolo desde que vio a Lucy por primera vez. Todo entre ellos parecía normal, como si hubiesen pasado toda su vida uno al lado del otro, y solo entonces se reconocieran como lo que eran en verdad: un hombre y una mujer atraídos de la forma más feroz y al mismo tiempo unidos por un lazo que iba más allá del deseo.

Una vez había oído a Giselle hacer mención a algo que ella llamó «almas gemelas». A él eso entonces le había parecido ridículo; pero al encontrarse con la mirada de Lucy y sentir el temblor que lo imbuía ante su contacto, se dijo que tal vez no fuese en realidad tan absurdo.

¿Qué probabilidades había...?

—Dijiste que lo descubriríamos juntos —recordó ella, renuente a dar la charla por perdida—. ¿Qué es lo que descubriremos?

—Si te lo dijera perdería la gracia —Drake usó un tono divertido pero su rostro se veía muy serio mientras la miraba— ¿Quieres descubrirlo? Porque el que quieras o no hará toda la diferencia del mundo. No tendría sentido siquiera mencionarlo si no estás dispuesta a intentarlo.

—¿Quieres tú?

—Más que nada en el mundo.

Lucy permaneció en silencio durante unos segundos y Drake se embebió de la misteriosa belleza de su rostro; su mirada siguió el punto en que latía su pulso, aun acelerado, y se detuvo a la altura de su pecho, que subía y bajaba de una forma lenta y profunda que, juzgó, no sería más que un reflejo del suyo.

—Creo que yo también lo quiero.

Drake dejó escapar el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta y sonrió al tiempo que llevaba los labios a su mejilla, embabiéndose de su olor y suavidad. Las manos de Lucy acariciaron su cuello y se sorprendió de su propia determinación porque, en otras circunstancias, no habría dudado en rogarle que le permitiera hacerla suya. Ella habría aceptado, no lo dudaba, pero como ya había dejado claro antes, era consciente de que terminaría por arrepentirse, y él no pensaba dar ni un solo paso que pudiera poner en peligro lo que deseaba construir a su lado.

—Supongo que debería darte las gracias por eso —comentó él en tono ligero por decir algo que restara seriedad al momento.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo observó con los ojos entrecerrados.

—No digas tonterías —espetó, aunque también sonreía.

—Mandona: otra característica que añadir a la hija del vicario —replicó él sin vacilar, pero se puso algo más circunspecto al continuar—. Deberíamos ir a dormir, aunque sea un par de horas; si todo sale bien, para mañana a esta hora habremos dejado todo ese asunto de Smithson y sus cómplices atrás.

—¿Y luego?

Él se apartó lo suficiente para tomar su mano y se la llevó a los labios, rozando cada nudillo con delicadeza.

—Luego nosotros descubriremos esas cosas de las que hablamos —respondió sin vacilar—. Pero esta vez lo haremos solos tú y yo.

Capítulo 19

Tan pronto como el reloj dio las seis, Rufus Smithson abrió los ojos con las pupilas inflamadas luego de pasar buena parte de la noche sin dormir.

Otra más.

Tuvo buen cuidado de no despertar a su mujer, que lo haría horas después con la sensación de que él ni siquiera había pasado la noche allí; tan escasas eran sus interacciones y tan poco se conocían realmente el uno al otro.

Luego, dejó que su valet lo ayudara a asearse y vestirse con uno de los trajes elegantes por los que había pagado una fortuna de la que no disponía, y bajó a tomar algo de comer al comedor familiar, que pequeño y todo como era, en ese momento le pareció enorme, y muy solitario.

Encontró una pila de diarios que fue disponiendo a su alrededor como un abanico, marcando las noticias resaltantes con un pliegue para poder estudiarlas luego con mayor tranquilidad.

La comida, aunque deliciosa, le supo a tierra cuando su mirada se vio atraída por la bandejita de plata que un lacayo dejó ante él poco después. Reconoció la letra de su suegro, que sin duda lo conminaba a visitarlo pronto; aquel hombre tenía la horrorosa costumbre de hacerlo acudir a su casa solo por el placer de interrogarlo y comprobar así si había cometido un error al permitir que se casara con su hija e interceder por él para que alcanzara la posición que ahora ostentaba.

Pero ni siquiera esa carta, que no dejaba de ser moneda corriente, le causó el mismo desagrado que la discreta nota que encontró medio sumergida entre un mar de invitaciones que harían salivar a la señora Smithson.

Ellos.

No la tocó hasta que hubo terminado con el último sorbo de su café, y solo entonces, tras aguardar a que los sirvientes se marcharan, se atrevió a abrirla.

Era breve, como era habitual.

Con una letra un tanto indecisa, como si quien la redactó encontrara difícil manejarse en ese idioma, lo conminaban a seguir sus instrucciones que, al estudiarlas una y otra vez, le parecieron bastante confusas.

¿Qué querían ahora de él?

Una vocecita molesta le recordó que él sabía perfectamente lo que querían de él; el problema era que no había conseguido dárselos y que, visto como iban las cosas, dudaba de que eso fuese a cambiar pronto.

Si al menos hubiese podido encontrar a la señorita Hatley, se reprendió mientras guardaba la nota en el bolsillo de la chaqueta; el contenido de su estómago subió de golpe hasta su garganta solo de pensar en la desagradable entrevista que le aguardaba, pero logró controlar su inquietud y cuando abandonó su casa solo un rato después, se veía tan arrogante y seguro de sí como siempre.

Lo único que le traicionaba era el persistente temblor de la mano que sostenía el bastón y que, temía si no era capaz de resolver ese asunto de una vez por todas, habría de permanecer asentado a él por siempre.

—Me siento de lo más inquieta.

—No es para menos.

—¿Y qué pasa si no conseguimos entrar?

—Déjelo en mis manos.

Lucy resopló y se llevó una mano a la frente a modo de visera para atisbar mejor entre la pequeña multitud que se agolpaba ante la entrada al edificio que albergaba las oficinas en las que había trabajado en los últimos años.

Scotland Yard.

Era lunes, y muy temprano, lo que siempre auguraba esa clase de escenario, tal y como había asegurado al señor Wainhouse para convencerlo de que no tendría problemas para mezclarse entre la gente y entrar sin llamar la atención. Llevaba el rostro cubierto, lo mismo que Elara, que se mantenía de pie a su lado, y por un instante se permitió agradecer mentalmente a Drake por haber insistido en que ella le acompañara.

Aunque se había mostrado muy segura al ofrecerse para cubrir esa parte del plan del señor Wainhouse, lo cierto era que se sentía bastante nerviosa solo de pensar en todo lo que podría salir mal.

—Creo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para entrar —indicó Elara al tiempo que se inclinaba un poco hacia ella para estudiarla con atención—. Sabe que puedo hacerlo sola si así lo prefiere...

Lucy enderezó el mentón y negó con firmeza.

—De ninguna forma; usted no sabría donde buscar y, al fin y al cabo, esta ha sido mi idea, así que tengo que hacerlo. Además, se nos acaba el tiempo.

Con un contundente taconeo, se adelantó hasta llegar a la entrada, consciente de que Elara iba tras ella. Era una mañana fría, así que nadie pareció encontrar extraño que llevaran el rostro bien cubierto; aun así, según fueron dejando atrás al pequeño grupo que los agentes procuraban contener a punta de codazos y amenazas, apenas acababan de llegar ante la puerta cuando otro, algo más robusto, las detuvo con un gesto.

Lucy lo estudió con curiosidad, pero no logró identificarlo y supuso que sería un recién llegado; algo que no había considerado que pudiese ocurrir.

—Buenos días, agente —pese a sus temores, se dirigió al hombre en tono firme y seguro—. Necesitamos entrar.

—Usted y todos los demás —respondió él con un acento cerrado que no logró reconocer.

—No entiende. Yo trabajaba... trabajo aquí —se corrigió Lucy de inmediato—. Necesito tratar un tema importante con mi jefe; no me tomará más que unos minutos.

El policía se llevó una mano a la gorra para echarla hacia atrás y recorrió su rostro y el frente de su vestido con una mirada apreciativa que, sin embargo, no lo llevó a moverse ni un centímetro y Lucy se revolvió con un gesto de desagrado.

—No esperará que le crea eso —espetó él—. Mire, si lo que quiere es ver a algún detenido o visitar a uno de los guardias, va a tener que hacer la fila como todos y luego se verá si le permiten entrar.

Lucy abrió la boca, dispuesta a decirle a aquel patán lo que podía hacer con esos aires de condescendencia, pero antes de que alcanzara a decir una sola palabra, se sorprendió al oír otra voz que se hizo oír por encima del tumulto.

—La señorita está diciendo la verdad; es imperativo que entremos ahora mismo.

Lucy se volvió para mirar a Elara, que había dado un paso hasta situarse a su lado y le sorprendió un poco el sereno aire de autoridad que despedía. Si no fuera porque sabía que ella lo

odiaría, habría mencionado que en ese momento le pareció más que nunca una duquesa.

—¡Otra! —Masculló el hombre mirando a Elara con un gesto de mal disimulada sorpresa — ¿Y usted quién es?

—Soy la duquesa de Banfield y le exijo que nos permita entrar de inmediato.

El agente la observó de la cabeza a los pies y se detuvo un momento en el broche de diamantes que le cerraba la capa y que Lucy sabía que había sido un obsequio de su esposo. Luego, continuó su recorrido hasta toparse con su rostro sereno y sus ojos brillantes por una advertencia imposible de ignorar.

—La duquesa... —murmuró él.

—De Banfield, sí —asintió Elara—. Y aunque no tendría problema en aguardar a que se ocupara de comprobarlo si es que le queda alguna duda al respecto, no tenemos tiempo para esto. ¿Va a dejarnos entrar o no?

El policía se llevó una mano a la sien, donde una espesa pelusa le cubría hasta las orejas y, tras dudar durante un par de segundos, pareció sobrepasado por el miedo a equivocarse y echar a alguien que parecía ser tan importante.

—Está bien —murmuró haciéndose a un lado—. Su Excelencia.

Elara inclinó apenas la cabeza con un ademán tan señorial que Lucy estuvo a punto de echarse a reír. Cuando se encontraron dentro del vestíbulo, y antes de que pudiese decir nada, la primera masculló algo entre dientes y la observó de reojo.

—Por favor, no le diga a Edmund que he hecho eso —pidió en un susurro.

Lucy arqueó una ceja al tiempo que barría el interior de la estancia con atención.

—¿Y eso por qué? Tengo la impresión de que a su señoría le alegraría saber que se encuentra lo bastante a gusto con su título como para hacer uso de él en situaciones como esta.

Elara hizo una mueca.

—Exacto —replicó—. Creo que aun no estoy lista para permitir que se dé cuenta de eso.

—Como quiera —Elara esbozó una sonrisa divertida—. Algo me dice que será usted quien terminará por contárselo, de cualquier forma.

Su acompañante dejó escapar un bufido, pero no lo negó, lo que Lucy tomó como una confirmación de sus suposiciones, pero no quiso molestarla más con eso, así que, tras dar otra rápida mirada, le hizo un gesto para que la siguiera.

—Tenemos que aprovechar que hay tanto trabajo hoy; por lo general hay un par de agentes rondando las escaleras, pero eso no será problema con tanta gente incordiando para entrar —indicó ella apresurándose sin dejar de hablar—. Si llegamos al segundo piso, solo hará falta cruzar el pasillo. Vamos, procure no parecer sospechosa.

Cuando Lucy se dio vuelta para comprobar que Elara seguía sus indicaciones, no le sorprendió ver que había adoptado una expresión plácida y que andaba con una seguridad engañosa.

Desde luego que si alguien sabía cómo mantener una fachada esa era ella; tenía años de experiencia, se dijo con un mohín de admiración.

Llegaron a lo alto de la escalinata sin que nadie le saliera al paso y, tras atravesar el pasillo cuyas puertas aún se encontraban cerradas porque según los cálculos de Lucy, los agentes asignados a esa área aun se encontrarían en el piso inferior a la espera de instrucciones, no se detuvieron hasta encontrarse ante la puerta del despacho del que había sido su jefe.

—Él habrá buscado un reemplazo —indicó Lucy en tono bajo.

Elara asintió como si ya hubiera considerado eso y miró de un lado a otro con el ceño

fruncido.

—Tal vez sea alguien que la conozca —mencionó pensativa antes de dirigirse a ella en tono terminante—. Escóndase tras esa columna y deme luego cinco minutos para librarme de quien sea que esté allí antes de entrar. Luego vaya derecha a la oficina; yo me ocuparé de cubrirla, pero dese prisa.

Lucy asintió y corrió a hacer lo que le había dicho. Desde allí, la vio retocar su sombrero antes de llamar a la puerta y creyó distinguir el rostro de una joven que trabajaba en la sala de pruebas y a quien el señor Smithson debió de haber acudido luego de que desapareciera.

Elara dijo algo y Lucy supuso que habría echado mano nuevamente de su título porque la chica, Margaret, hizo una profunda y algo torpe reverencia antes de hacerse a un lado.

Lucy empezó a contar en silencio hasta que transcurrieron los cinco minutos y entonces, cuando se debatía acerca de si intentar entrar o no, vio la puerta abrirse y a su joven reemplazo desaparecer por el pasillo con andar apurado.

Con un suspiro de alivio, se apresuró a entrar a la oficina y no le sorprendió ver a Elara allí, de pie junto al que había sido su escritorio. Al notar la duda en su rostro, esbozó una seca sonrisa.

—La duquesa de Banfield jamás bebería de una taza desportillada —indicó señalando un juego de té que Margaret debía de haber sacado para ofrecerle un refrigerio—. Ahora vaya a hacer lo suyo antes de que esa joven regrese. Si la oye volver antes de que haya terminado, manténgase allí un momento para que pueda librarme de ella de nuevo y entonces nos marcharemos.

Lucy asintió y se puso en movimiento.

Ella y Elara habían acordado que, si la segunda conseguía entrar primero, se ocuparía de comprobar que el señor Smithson no estaba allí; aunque ambas estaban confiadas en que así sería; Sebastian y Drake se habrían encargado de que así fuese.

Una vez dentro del despacho del director, Lucy tomó aire y miró de un lado a otro con expresión concentrada. Todo estaba tal y como lo había dejado; incluso el contenido del escritorio conservaba el orden que ella había instaurado con el paso del tiempo y del que su jefe había terminado por hacerse eco.

Sacudió la cabeza, preguntándose qué habría sido de ella si las cosas no hubieran dado ese vuelco. Si no hubiera descubierto los tejes y manejes del señor Smithson ¿continuaría ella allí? ¿Habría terminado por quedarse para siempre, viendo los días pasar, aferrada a la rutina que le daba estabilidad a su vida, y sin atreverse a probar algo más? ¿Habría tenido alguna oportunidad de descubrir algún día en otra persona lo que ahora inspiraba Drake en ella?

Le bastó con pensar en el hombre del que se había despedido hacía solo unas horas con la promesa de que se volverían a ver pronto para iniciar esa búsqueda de la que habían hablado para comprender que perdía un tiempo precioso.

¿Qué sentido tenía pensar en lo que pudo haber sido? Su vida nunca sería la misma; lo tenía asumido, y sabía también que, si todo marchaba como esperaba, ante ella se extendía un destino que podría ser tan precioso como nunca se atrevió a soñar.

De modo que, tras exhalar un hondo suspiro, empezó a buscar.

Tal y como había supuesto que ocurriría, no encontró nada en el cajón secreto del escritorio; el director se habría ocupado de moverlo todo tan pronto como se dio cuenta de que ella lo había descubierto.

Así que decidió buscar en otros lugares de la oficina.

Con el paso de los años había llegado a conocer a su jefe al dedillo y sabía que él nunca llevaría las pruebas que lo incriminaban a su hogar; le temía demasiado a su esposa como para exponerse a que lo descubriera. Tampoco tenía amigos cercanos, así que jamás se los habría encargado a ellos. Era ese lugar, esa oficina en uno de los edificios más modernos y renombrados de la ciudad, el que consideraba su reino.

Si quería ocultar algo, lo haría allí aun cuando no dejara de ser una jugada arriesgada luego de que ella lo encontrara en primera lugar.

Ahora, sin embargo, sería más cuidadoso, juzgó Lucy mientras iba de un lado a otro devanándose los sesos.

No en las estanterías, era demasiado evidente; tampoco en el escritorio, ni siquiera a la vista, la nueva secretaría podría dar con ello; quedaban las tablas del suelo, así que se puso a cuatro patas y recorrió la habitación de palmo a palmo, pero no dio con nada.

Con el corazón acelerado, se dirigió a la chimenea para dar golpecitos con la esperanza de dar con algún punto hueco, pero nada. Entonces, cuando casi estaba por darse por vencida, su mirada se vio atraída por la cabeza de venado que dominaba la estancia y que había pasado los últimos años mirando con repugnancia.

La sola idea era horrible, se dijo; pero no perdía nada con probar, así que movió una mesilla para subirse sobre ella y rebuscar tras el soporte del trofeo. Aguantó la respiración pese a que el pobre animal disecado no despedía ningún olor y procuró no mirarle a los ojos carentes de vida.

Sus dedos esculcaron con torpeza hasta que encontró un hueco que la llevó a emitir un jadeo de triunfo y, cuando sacó la mano y la sostuvo ante sí estuvo a punto de echarse a reír.

Allí estaba la prueba que había ido a buscar.

Ahora ella y Elara tenían que ponerse en camino.

Capítulo 20

Drake apretó con fuerza el bastón que sostenía ante él y dio una mirada de reojo a Sebastian, que parecía de lo más tranquilo pese a encontrarse en una de las zonas más peligrosas de la ciudad y ser consciente de que había decenas de ojos desconfiados sobre ellos.

—Preferiría llevar mi arma a la vista —mencionó él.

Su amigo asintió y esbozó una discreta sonrisa.

—Eso sería demasiado descarado, Drake; seguro que puedes arreglártelas en un inicio con el bastón; si hace falta, sacas el arma. Además, recuerda que hemos venido a hablar.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio; no tengo ninguna intención de enzarzarme en una pelea.

Drake dirigió a su amigo una mirada burlona.

—Cuando dices eso es precisamente así como terminan las cosas ¿Cuándo te has metido en un caso tan complicado como este y no he terminado yo con un arma en la mano intentando detener al delincuente de turno?

—Eso es porque eres un buen amigo y nunca te has negado a ayudarme.

El rostro de Drake adquirió una seriedad inusitada al observar el de su amigo, que sondeaba a su alrededor con una atención inquietante.

—Acerca de eso... —carraspeó— No digo que algo malo vaya a ocurrir ahora; estoy seguro de que podremos con esto, pero en caso de no fuese así...

Sebastian se llevó una mano al sombrero y lo apartó de su frente al tiempo que le dirigía una mirada de reojo.

—No —dijo tan solo.

—¿No qué?

—No vengas ahora a hacer declaraciones de amistad o a intentar agradecerme por todo esto.

—Pero es que estoy muy agradecido; has creído en mí cuando nadie más lo hacía, ni siquiera mi propia familia.

Sebastian chasqueó la lengua.

—Tu familia es tonta —replicó él—. No me malinterpretes, me agradan, en especial tu tía, pero dudo de que alguno de ellos te conozca de verdad; era lógico que les costara entender todo este asunto, pero no dudo que serán los primeros en ofrecerte disculpas cuando hayamos descubierto tu inocencia.

—Sí, pero...

—Pero nada. Eres mi amigo, y confío en ti porque nunca me has dado motivos para no hacerlo —el investigador esbozó una pequeña sonrisa—. Eres un buen hombre, Drake, aunque a veces no te haga gracia que te lo digan, y también puedes ponerte un poco sentimental en los momentos menos oportunos, como ahora, así que déjalo ya. Seguro que la señorita Hatley apreciará más ese aspecto de tu carácter; pero eso será luego.

Drake arqueó una ceja y apretó los labios.

—¿Qué quieres decir con eso? —Preguntó en tono de advertencia.

Sebastian ni se inmutó.

—Sabes perfectamente qué quiero decir con eso. Tal vez sea distraído, como les gusta decir a Elara y a ti, pero no estoy ciego y solo uno sería incapaz de ver lo que ocurre entre

ustedes.

—No ocurre nada entre nosotros...

—Ya.

—... Todavía.

Su amigo asintió.

—No dudo de que tú te encargarás de resolver eso —comentó sin dejar de sonreír—. Y me alegra porque la señorita Hatley me parece una joven encantadora y valiente; si alguien podía conquistar al casanova número uno de Londres, esa era ella.

Drake bufó.

—No sé cómo Giselle te tolera —rumió entre dientes.

Sebastian iba a decir algo, pero entonces se oyó un estrépito proveniente del garito en el que habían estado hacía unas semanas, cuando fueron en busca de Jenkins.

Drake no iba a olvidar nunca aquella experiencia, así como tampoco lo que los había llevado allí. Ahora, sin embargo, no iban a ciegas y sin saber lo que encontrarían en su interior; en ese momento tenían muy claro su objetivo, así como el peligro al que se enfrentaban.

—¿Crees que podemos confiar en la palabra del señor Wang? —Preguntó entonces Sebastian, su mirada fija en los carros que iban deteniéndose ante la entrada.

Drake asintió.

—Sí, eso creo, y no debido a que le interese hacernos un favor; si hace todo esto es solo por venganza.

—A veces eso es todo lo que se requiere para tomar las decisiones correctas —asintió su amigo haciendo un gesto despreocupado con la mano.

En opinión de Lucy cuando le habló de aquel plan, era muy posible que el gran Sebastian Wainhouse, investigador de renombre y caballero conocido por su agudo ingenio, hubiese perdido el juicio; pero Drake logró convencerla de que no era así. Sebastian no siempre medía el peligro, eso era cierto, pero no daba puntada sin hilo y si había decidido tomar tamaño riesgo, eso se debía a que creía con certeza que no tenían otra alternativa.

Meterse en la boca del lobo entrañaba muchos peligros, qué duda había de ello, pero si todo salía como esperaban, valdría la pena.

—¿Listo?

Drake parpadeó y reparó en la mirada de su amigo. Había permitido que su mente se abstraiera, pero al mirar en la dirección que él le señaló con discreción, reparó en la figura delgada y de andar arrogante que había descendido del último de los coches tirados por unos caballos inquietos y que en ese momento se apresuraba a ingresar al establecimiento con la cabeza gacha y el sombrero bien calado sobre los ojos.

—Muy bien —cabeceó él—. Acabemos con esto.

Sebastian hizo un ademán para que lo siguiera y sostuvo el bastón ante él con mano firme. Drake hizo otro tanto, aunque él usó la que le quedaba libre para asir también el mango de su pistola. Algo le dijo que, sin importar lo que su amigo asegurara, terminaría por necesitarla.

—Mantén la vista al frente, y no dudes pase lo que pase —rumió Sebastian en cuanto llegaron ante la entrada principal.

A diferencia de la vez anterior, en la que intentaban pasar desapercibidos, ahora no fueron por la lateral; por el contrario, se plantaron como dos nuevos clientes justo ante el guardia que custodiaba esa zona y, cuando este fue hacia ellos, Sebastian alzó una mano y lo detuvo con un gesto tan imperioso que el hombre se paró de golpe, confundido.

—Queremos hablar con el señor Min —indicó, como si fuese habitual que un extraño se presentara allí dando nombres tan alegremente—. Seguro que ahora se encuentra en una reunión con el señor Smithson, pero dígame que es muy importante que hablemos con él. Aquí tiene mi tarjeta.

Drake contuvo el impulso de poner los ojos en blanco cuando vio a su amigo tender el pliego impecable ante los ojos de aquel hombre, que lo vio como si dudara de su cordura o pensara que, tal vez, estaba tan intoxicado luego de salir de allí que no debía ni saber lo que decía.

Pero como Sebastian no se movió y fue evidente que, mal que bien, se encontraba en sus cabales, el guardia pareció decidir que no valía la pena arriesgarse, así que fue nuevamente hacia ellos, pero apenas había dado un paso cuando Drake alzó entre ambos la mano que empuñaba el arma y lo observó sin parpadear.

—Si no quiere empezar una pelea a plena luz del día en medio de la calle, será mejor que haga lo que mi amigo le ha pedido —ordenó en tono firme—. A su jefe le alegrará vernos.

Eso no era estrictamente verdad, pero Drake rogó porque el hombre le creyera, cosa que, si bien no pareció hacer del todo, sí que sirvió para convencerlo de hacer lo que le habían pedido. Drake no tenía idea de qué tanto les entendía, pero supuso que no habría tenido problemas para descifrar la idea principal.

Luego de taladralos con la mirada, el hombre dio media vuelta y se dirigió al interior del lugar; poco después, otros dos salieron a rondarlos como si los hubiese enviado para vigilarlos, pero ni Drake ni Sebastian dijeron nada al respecto. Tenían la mirada fija en el vano de la puerta, de donde poco después surgió el hombre que los había atendido con el mismo semblante que habría mostrado un perro recientemente apaleado.

Con una mirada de odio, hizo un gesto para que lo siguieran y ellos se pusieron en camino.

—¿Cómo sabes que no hay un batallón aguardando por nosotros allí dentro y que no nos matarán antes de que podamos abrir la boca?

Sebastian alzó la comisura de los labios al oír la pregunta de Drake y se encogió de hombros con una tranquilidad que a su amigo le pareció de lo más irritante.

—No intentarán matarnos —aseguró—. Todavía.

Drake suspiró y procuró convencerse de que eso era suficiente por el momento.

Intentó no hacerlo, pero durante todo el camino, que fue algo largo porque tuvieron que dejar atrás varios pasillos y las salas que ellos habían recorrido durante su última visita, no pudo evitar conjurar el rostro de Lucy una y otra vez.

Lucy sonriendo.

Lucy con el ceño fruncido cuando él decía algo que ella encontraba molesto.

Lucy con las mejillas sonrosadas luego de haber sido besada a conciencia.

El camino terminó de golpe y se encontraron ante una entrada estrecha que Drake no recordaba haber visto antes. Estaba medio oculta tras una escalera y solo un hombre algo inclinado podría pasar por ella.

Sebastian hizo un gesto a su guía para que fuera primero, lo que este hizo con un ademán de desagrado, y luego señaló a Drake para dar a entender que él cerraría la marcha.

Llegaron al otro lado con bastante rapidez, y Drake percibió una humedad asentada en las paredes, así como el inquietante sonido de una caída de agua proveniente de no tenía idea dónde.

Un haz de luz cegador los golpeó al dejar atrás el corredor y tuvieron que detenerse un

momento, parpadeando, para ajustar sus ojos a esa desconcertante claridad.

Drake había estado en muchos lugares extraños antes, y se había llevado bastantes sorpresas respecto a lo que la gente podía ocultar tras sus paredes, pero nada lo había preparado para el impacto que produjo en él descubrir lo que se escondía en lo más recóndito de ese lugar.

Un jardín con diversas plantas, todas ellas desconocidas para él, circundaba un espacio despejado, a excepción de las bancas de piedra que, dispuestas en un orden extraño y sin duda con algún tipo de significado que se le escapaba, brillaban como si acabaran de pulirlas.

Sobre dos de ellas se hallaban dos figuras muy distintas la una de la otra que se pusieron de pie tan pronto como los vieron aparecer.

—Señor Wainhouse, qué agradable sorpresa.

Podía decir algo en deferencia a aquel par, pensó Drake mientras examinaba los rostros con tranquilidad: ambos se veían bastante confiados; aunque, al observar al director de Scotland Yard con mayor atención, reparó en que un punto le latía en la barbilla con furia y que sus dedos permanecían aferrados a los bolsillos del chaleco con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos.

Estaba aterrado.

Quien no lo estaba en absoluto era su acompañante, aquel gigante con el que Drake lo había visto antes y del que le hablara con frecuencia Lucy. Allí, a la luz que se filtraba por las claraboyas del techo y tan cerca que podía percibir hasta el leve rastro del aroma exótico que lo envolvía, notó que era, en efecto, un hombre muy grande y corpulento y que no parecía en absoluto sorprendido por su llegada.

—Señor Min —Sebastian dio una cabezada sin despojarse del sombrero—. Me alegra que tenga tan claro quiénes somos; no quiero perder tiempo.

El hombre asintió y Drake lo estudió con ojos entrecerrados. Peligroso, sin duda, concluyó, pero en absoluto infalible; y eso le resultó evidente al notar sus dientes apretados y el disgusto con el que veía a Sebastian.

No iba a permitir que lo vieran con facilidad, pero estaba furioso por su llegada y por las implicancias de la misma.

«No pensabas que llegaríamos tan lejos ¿cierto?», intuyó Drake sin molestarse en ocultar una leve sonrisa de satisfacción solo por el gusto de enfadarlo un poco más, lo que consiguió con bastante facilidad porque entonces el hombre llevó su mirada sobre él y sus ojos oscuros estuvieron a punto de taladrarlo.

—Señor Hayward —saludó—. Espero que tuviera un buen despertar; he oído que a veces se da con algunas sorpresas desagradables.

Drake aspiró con fuerza.

Vaya desgraciado.

—He dormido estupendamente —comentó él en tono burlón—. Aunque temo que de ahora en adelante a usted le resultará muy difícil hacerlo.

—Drake.

Sebastian hizo un gesto para que callara y aunque la idea le resultó insoportable, asintió de mala gana y dio un paso hacia atrás porque sabía que, si continuaba cerca de aquel tipo, no podría fiarse de sus actos.

—Imagino que resultará innecesario andarnos con rodeos, como dicen ustedes —comentó el hombre luego de dirigir a Drake una mirada cargada de malicia.

—Lo apreciaríamos mucho —asintió Sebastian, para luego llevar su atención al hombre

que había permanecido en silencio todo ese tiempo—. Señor Smithson, diría que es un placer verlo, pero...

—¡Cómo se ha atrevido, Wainhouse! Nunca debió involucrarse en esto.

—Lo hice en el momento en que usted tuvo la peregrina idea de pretender responsabilizar a mi amigo de un crimen que él nunca cometió —replicó Sebastian a las palabras del hombre con un gesto de desprecio—. Es usted una vergüenza para la sociedad, Smithson; al menos sus compinches actúan de acuerdo a sus intenciones; mientras que usted finge ser un servidor público que solo se ha aprovechado de su posición para enriquecerse. Estoy convencido de que su suegro estará encantado de conocer cuáles son sus verdaderas actividades y lo que ha hecho con la confianza que depositó en usted.

Drake observó a su amigo y no le sorprendió que pareciera muy enfadado. Lo conocía lo suficiente para saber que había pocas cosas que le disgustaran más que la hipocresía. Él podía encontrar cierto honor en un criminal, o al menos respetar su ingenio si este lo tuviese; pero le ofendía profundamente que alguien se valiera de sus privilegios para engañar a la gente de la forma en la que lo había hecho el director de Scotland Yard.

—Si piensa que voy a permitir que arrastre mi nombre por el fango...

—Eso ya lo ha hecho usted por su cuenta; yo solo me ocuparé de que todos se enteren.

—¡Antes muerto!

—Con mucho gusto.

El que ahora sabían que se llamaba Min dio un paso hacia adelante y detuvo la réplica de su cómplice con una mirada de advertencia.

—¡Basta! —tronó, empezando a mostrar que no se sentía tan tranquilo como aparentaba—. Seguro que ustedes podrán arreglar sus diferencias luego. ¿Ahora por qué no nos ocupamos de lo que en verdad le ha traído aquí, señor Wainhouse? ¿Dónde está lo que me pertenece?

Sebastian se envaró y él y Drake intercambiaron una rápida mirada.

—A salvo —respondió el primero sin fingir que no entendía a qué se refería.

—¿Dónde?

—Donde estoy seguro de que no podrá hallarlo.

El hombre esbozó una seca sonrisa y se llevó las manos tras la espalda.

—¿Esa es su última respuesta? Porque es muy atrevido de su parte venir aquí con la intención de negarme lo que es mío —indicó, las palabras surgieron apretadas por el enfado.

—No vine aquí a negarle nada, y tampoco a otorgárselo —replicó Sebastian sin alterarse—. Después de todo, lo cierto es que no se encuentra en mi poder como para decidir sobre ello.

—No. Lo tiene Wang.

—Exacto. Y tendré que reconocer que le han dado muchos motivos para que él prefiera causarles tanto daño como le sea posible.

Min hizo un gesto de desprecio.

—Por lo de esa mujer —espetó.

—En efecto —asintió Sebastian—. Me atrevería a decir que, de no haber hecho lo que hicieron con ella, él habría terminado por devolver la carga. Ellos solo querían vivir en paz.

—Wang sabía que nunca lo hubiésemos permitido.

—Ese fue su error. ¿No le parece curioso cuán destructor puede ser el poder del amor?

—Amor.

El hombre escupió la palabra como si le desagradara y, al observarlo con mayor atención, Drake reparó no solo en que había empezado a dar vueltas alrededor de sí mismo, sino que

también lanzaba miradas de cuando en cuando tras ellos. Era discreto, y rápido, pero identificó su impaciencia y eso lo puso en alerta, esperanzado en que Sebastian también hubiera reparado en aquello.

Smithson, que por un rato había parecido amedrentado por la furia de su compinche, dio un paso hacia ellos y, tras aclararse la garganta, habló una vez más, ahora en un tono que él debió de juzgar conciliador, pero que a Drake le sonó como el graznido de un ave de carroña.

—Creo que deberíamos intentar llegar a un acuerdo —propuso—. Somos todos caballeros, después de todo —su mirada se vio atraída un momento por el hombre a su lado—. Bueno, nosotros...

Sebastian lo interrumpió antes de que pudiese continuar.

—Ahórrenos la vergüenza, Smithson; ni el señor Hayward ni yo estamos interesados en oír ninguna oferta ofensiva que se le haya podido ocurrir —él miró a Min con gesto serio—. Estará de acuerdo conmigo, supongo.

El hombre asintió.

—Por supuesto —indicó tras dirigir a su cómplice una mirada de desdén—. Pero tengo que decir que, si espera que le haga las cosas más sencillas, está muy equivocado.

—No. Nunca se me ocurriría tal cosa; tengo muy claro que se ha esforzado demasiado por librarse de nosotros como para que ahora se dé por vencido. Para ser sincero, podría ser capaz de respetar la inteligencia con la que se ha conducido de no ser porque no ha dudado en dañar a personas inocentes en el camino —Sebastian endureció el gesto—. Esas mujeres no debieron pagar por sus crímenes.

Min se encogió de hombros, en absoluto afectado por la imputación.

—En esta línea de negocio no hay lugar para el sentimentalismo, señor Wainhouse; y Wang lo sabía bien. De no haber sido por su locura de querer fugarse con esa mujer, nada de esto habría ocurrido. Pero ya ve, hay gente que no entiende cuál es su deber.

—Eso piensa usted. Y, sin embargo, tengo el mío muy claro y ese es encerrar a hombres como usted —Sebastian apartó su atención de él y señaló a Smithson con el bastón—. Y como usted también, Smithson.

Eso pareció ser demasiado para los nervios del director porque, tras emitir un rugido, fue hacia él y lo señaló con un dedo tembloroso.

—Nunca —farfulló—. Está soñando si piensa que podrá culparme de algo; no tiene ninguna prueba, no sabe nada.

Sebastian arqueó una ceja y miró a Drake, que lo mismo que él, había empezado a esbozar una sonrisa divertida.

—Se equivoca —indicó con tranquilidad—. Sabemos todo lo que ha hecho, y en cuanto a lo que no... lo cierto es que no resulta difícil de imaginar. En lo que se refiere a las pruebas, contamos con todas ellas.

—Eso no es verdad.

—¿No lo es? Drake, ¿este hombre tiene razón?

El aludido se encogió de hombros y su sonrisa se ensanchó.

—Según tengo entendido, a estas horas las pruebas de las que hablas habrán sido entregadas al primer ministro y a parte de la prensa —respondió él—. Tengo un amigo en un diario muy influyente que debe de haberse echado a llorar de alegría cuando se las hicieron llegar.

Smithson dio un paso hacia atrás, tambaleante.

—Miente —murmuró—. No puede haber encontrado... ¿cómo? Si nadie... —de pronto, el hombre abrió mucho los ojos y se llevó una mano al pecho— ¡Ella!

Los ojos de Drake adquirieron una expresión misteriosa y aquello pareció convencer al director de que sus suposiciones eran correctas. Habría sido sencillo para él hacer como que no entendía a qué se refería para mantener el nombre de Lucy lejos de aquello, pero él sabía que lo justo era que su antiguo jefe supiese que ella era responsable directa de su caída.

Había jugado con su futuro sin la menor consideración creyendo que no era rival para él, y ahora podía ver que la había subestimado de la forma más estúpida.

—¡La mataré! —gritó, fuera de sus casillas, andando como un borracho—. Voy a matar a esa pequeña zorra con mis propias manos como debí hacer en un primer momento, y después...

No llegó a decir nada más. Cuando iba por la mitad de esa frase, Drake ya había ido hacia él y su puño impactó directo sobre su mentón, arrojándolo sobre el suelo con un ímpetu tan violento que, aunque no se desmayó, pareció perder del todo el hilo de sus ideas, y se quedó balbuceando sin sentido.

—Gracias; empezaba a resultar insoportable.

Drake llevó la mirada a Min, que vio a su antiguo socio con una mueca de asco y, pasando sobre él como si no se tratara más que de un fardo, se acercó a ellos.

—Haga lo que quiera con este pelele; me da igual. De cualquier forma, no nos ha servido en absoluto; es más, si lo desea, puedo decirle en qué banco guarda el dinero que hemos ido entregándole estos meses —ofreció dirigiéndose a Sebastian.

—Un gesto muy considerado —asintió él en tono burlón.

La sonrisa se borró del rostro del hombre y asumió una expresión iracunda que dejó en claro cuán falsa era realmente su cortesía.

—Mi cargamento, Wainhouse —demandó, alzándose como un gigante sobre ellos— ¿Dónde está?

—Ya se lo he dicho; a salvo —Sebastian observó a Drake— ¿No es cierto, Drake? Entiendo que tú lo has visto recientemente.

—Así es.

—Una carga impresionante, según entiendo; muy costosa.

—Apostaría unos cientos de libras a que así es.

Min elevó los brazos y los sostuvo ante ellos con las manos abiertas como garras listas para atacar.

—¿Realmente piensan que saldrán vivos de aquí luego de lo que han hecho? —Preguntó, tan airado que sus palabras eran difíciles de descifrar—. Los mataré antes de que den un paso.

Sebastian y Drake permanecieron inmutables ante la amenaza; aun más, ambos se permitieron unas sonrisas.

—Está usted suponiendo que nosotros lo permitiríamos —indicó el primero, tranquilo—. Hemos llegado demasiado lejos para eso, y usted ha hecho ya suficiente daño, señor Min. Como dije antes, habría sido un placer considerarlo un rival a vencer con el que jugar un poco, pero vista su falta de escrúpulos, ni el señor Hayward ni yo tenemos interés en continuar tratando con usted.

—Pero ¿qué...?

Antes de que él pudiese terminar de decir nada, sus manos alzadas en una pose de ataque, Sebastian alzó el bastón y le dio de lleno en el abdomen con un grito de furia. Drake no recordaba haber visto a su amigo tan imbuido de energía en mucho tiempo, pero supuso que

aquel asunto le había tenido tan tenso como a él mismo, solo que se le daba mejor ocultar sus emociones.

Min trastabilló, sorprendido, y se echó hacia atrás con la mano sobre el punto que había golpeado, pero se recompuso con rapidez y el leve aire de triunfo que había inundado a Drake se disolvió como por encanto.

El hombre gritó unas palabras ininteligibles y, tal y como había temido antes, al menos una docena de sus cómplices acudieron a su llamado, surgiendo de la entrada tras ellos como hienas atraídas por una presa moribunda.

Y como una se sintió Drake tan pronto como se dio cuenta de que estaban rodeados. Al mirar a Sebastian, notó que él también había asumido una postura de ataque y que veía cada rostro amenazante con expresión alerta.

—Sabía que esto iba a pasar —masculló Drake entre dientes.

Su amigo se encogió de hombros, el bastón en alto.

—En mi defensa, procuré ser optimista —señaló.

—¡Optimista tú! —replicó Drake—. Esa debió de ser la primera pista de que todo terminaría así.

Sebastian esbozó una sonrisa, pero esta se borró tan pronto como el primer hombre fue hacia él con unos movimientos decididos y ágiles que a Drake le recordaron mucho a los exhibidos por uno de sus maestros en la academia de *bartitsu*; solo que a diferencia de lo que este les había intentado inculcar, la necesidad de priorizar una defensa sólida, este iba al ataque como un enajenado.

Luego de superar la sorpresa, Sebastian lo recibió con aplomo y se enfrentó a él sin dar mayores muestras de temor. A Drake le habría encantado quedarse a mirar, pero entonces vio que había otro par que iba a hacia él y, luego de conjurar el rostro de Lucy y la promesa que se habían hecho antes de separarse, solo pudo pensar en que tenía que salir vivo de eso.

No tenía idea de cómo lo lograría, pero no pensaba exhalar su último aliento allí, lejos de ella; iba a verla de nuevo, aunque tuviera que echar ese edificio abajo con sus propias manos.

Fue una lucha encarnizada que por momentos le resultó tan difícil que, tiempo después, al pensar en ello, solo pudo reconocer que a su propia desesperación se le había unido la de Sebastian y un gran grado de suerte.

Luego de dejar sin sentido al primer par, unos hombres ágiles y fuertes, pero bastante jóvenes que parecieron sorprendidos por su fiereza y la determinación con la que los enfrentó, Drake fue atacado por otro, y luego otro más. Del primero se llevó un corte en la sien y del otro con seguridad un esguince, aunque en ese momento apenas sintió dolor.

Y cuando tuvo un momento de respiro, antes de que otro fuese contra él, reparó en que Sebastian había sido incluso más eficiente. Cinco hombres respiraban con dificultad ante él mientras azotaba a otro con el bastón; su largo abrigo pendía enrollado del otro brazo para protegerse de los cortes que pretendía infringirle otro atacante.

Era impresionante, y también un poco molesto, se dijo Drake, consciente de que, si salían vivos de aquello, su amigo estaría encantado de echarle en cara su hazaña durante años.

Drake se vio obligado a volver a ocuparse de sus propios problemas al sentir un golpe en el hombro y, al girar para enfrentar a su enemigo, reparó en que se trataba del hombre que había intentado detenerlos en la entrada.

Ni siquiera se detuvo a pensarlo; luego de pegarle en la rodilla con un puntapié, tomó su arma y lo golpeó en el pómulo con la empuñadura, aliviado de verlo caer como una peonza sin

dar muestras de querer levantarse.

Uno menos.

Continuaron así, uno tras otro, hasta que solo quedó Min ante ellos, mirándolos con lo que a Drake le pareció una mezcla de admiración e impaciencia.

—Muy impresionante —dijo este con los dientes apretados mientras veía como el último de sus hombres caía junto a Drake luego de que este le pegara con la misma porra de punta redondeada con la que había intentado sorprenderle—. Supongo que esperarán un aplauso.

—Con una rendición bastará.

La réplica de Sebastian surgió en un tono ahogado y, al mirarlo, Drake reparó en que se sujetaba el costado con una mano y que su rostro se veía teñido por el dolor. Un reguero de sangre fresca le corría por la barbilla, bañando el frente de su camisa.

Él había tenido suerte, comprendió; salvo por el corte en la cara y el dolor en el pie, no creía haber recibido ningún daño importante y su primer impulso fue situarse entre su amigo y aquel hombre para protegerlo, el arma en lo alto.

—No hace falta continuar con esto —indicó él en tono firme—. Smithson sabe que no tiene ninguna oportunidad —señaló al hombre que había permanecido tendido y medio enrollado sobre sí mismo para mantenerse apartado durante la pelea—. Y lo mismo ocurre con usted. Acéptelo ahora y terminemos con esto. Sabe que no tiene oportunidad.

El hombre se llevó la mano a los ojos y los frotó con furia.

—¿No lo tengo? —Preguntó—. No creo que sea usted quien deba juzgar eso, señor Hayward.

—Yo creo que sí.

Min se encogió de hombros y dio un paso hacia atrás, pero Drake fue hacia él sin vacilar; la respiración agitada de Sebastian resonaba en sus oídos.

Caló al hombre con los ojos entrecerrados; era, evidentemente, muy fuerte, pero se preguntó si también sería ágil. Con su peso y corpulencia, lo dudaba, lo que aunado al arma que portaba le daba cierta ventaja.

No iba a dudar, se prometió; si tenía que disparar, lo haría.

Antes de que se viera obligado a tomar esa decisión, sin embargo, Min dejó caer la mano y echó el pecho hacia adelante con un gesto un tanto teatral.

—¿Hago mal al suponer que en este momento la policía debe estar rodeando el edificio? —Preguntó.

Fue Sebastian quien respondió.

—No, es una conclusión muy acertada —dijo—. Tres docenas, según calculo, aunque podrían ser algunos más. Y si el encargado, a quien conozco bien, ha cedido ya a su impaciencia, no dudo de que estén por entrar en cualquier momento.

Drake supo que su amigo tenía razón. Rivers era un cúmulo de nerviosismo cuando se hallaba en situaciones como esa y si a eso se le sumaba lo enfadado que debía de estar luego de recibir la nota de Sebastian en la que le explicaba a grandes rasgos lo ocurrido y lo conminaba a llevar con él a sus hombres para detener a esa organización, debía de estar también ansioso por entrar.

—Claro —asintió Min—. Era de esperar.

Drake tomó la palabra.

—Ríndase ya, hombre, no hay nada que pueda hacer —alentó—. Confiéselo todo y quizá no lo cuelguen.

El hombre se encogió de hombros.

—Creo que no —dijo tan solo.

Contrario a lo que Drake esperaba que ocurriera, que el villano fuese contra él para intentar escapar, lo que hizo lo tomó por sorpresa. Llevó una mano al bolsillo con la rapidez de un rayo y sacó un arma diminuta que sostuvo ante Sebastian.

Drake ni siquiera se detuvo a considerarlo. Se lanzó entre el arma y su amigo como una flecha y sintió el calor abrasador en un brazo al tiempo que tiraba de Sebastian hacia el suelo. Los pasos de Min resonaron tras él, pero no atinó a hacer nada que no fuese mantener la cabeza de Sebastian sobre la tierra y sus ojos firmemente cerrados debido al dolor que recorría cada uno de sus nervios.

Permaneció así durante algunos segundos hasta que sintió un tirón en el hombro y al mirar hacia arriba se topó con el rostro preocupado de su amigo.

—¿Estás bien? —Preguntó.

—Eso creo. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—¿Dónde está Min?

Sebastian refunfuñó al tiempo que se echaba a un lado y le tendía una mano, ayudándolo a incorporarse con dificultad mientras Drake sostenía el punto herido, que no era más que el antebrazo; un roce que unos centímetros más a la izquierda habría resultado fatal. El sonido de unos pasos en el corredor le alertó de la llegada de más hombres, y ambos exhalaban un suspiro de alivio al reconocer el rostro alterado de Rivers, seguido por sus compañeros.

—Escapó, claro, que era lo que siempre pensó hacer —murmuró Sebastian entre dientes—. Pero no te preocupes, lo atraparemos.

—¿Y Smithson?

—Lloriqueando aun en el piso.

—Ya.

Drake suspiró, agotado como si acabara de recibir una paliza, lo cual era cierto, pero le pareció sorprendente que se encontrara con vida. Mientras veía a Rivers acudir junto a Sebastian, interrogándolo con furia, y miraba el bulto indigno en que se había convertido el director de Scotland Yard, solo pudo pensar en una cosa que necesitaba hacer antes de abandonarse al cansancio.

Algo muy claro y tan precioso para él que no creía poder volver a respirar con normalidad hasta que lo hubiese conseguido.

No hubo un segundo durante la espera de Lucy y Elara en que no intentaran darse ánimos la una a la otra, aunque lo cierto fue que ninguna tuvo mucho éxito.

Luego de recabar las pruebas que incriminaban a Smithson, fueron con el amigo periodista de Drake, tal y como habían acordado, y le hablaron del caso. No le entregaron los documentos porque pensaban llevarlos con un alto funcionario del gobierno conocido del marido de Elara, lo que aseguraba su honestidad. Todos tenían muy claro que, en las manos incorrectas, aquello podría terminar oculto bajo la alfombra para proteger al director de Scotland Yard y a quienes lo pusieron en su cargo.

El periodista no puso pegatas a aquello; transcribió algunas anotaciones y se puso inmediatamente a trabajar, entablando contactos con sus fuentes: empleados bancarios que podrían echar luz acerca de dónde había ido a parar el dinero que había recibido Smithson como

soborno. Además, contaba con la declaración de Lucy, a quien sometió a un detallado interrogatorio durante al menos una hora.

Antes de eso, claro, ellas se habían ocupado de que Rivers respondiera a la nota del señor Wainhouse, en la que lo ponía al tanto de lo ocurrido y lo conminaba a ir con sus hombres al lugar en el que se suponía encontrarían a Smithson y a aquel hombre con el que hacía tratos.

Aunque ambas habrían querido ir con él, no obstante, le habían dado su palabra tanto al señor Wainhouse como a Drake de que no lo harían, lo que mantuvo a Elara refunfuñando durante cada minuto que pasaron en su residencia, a la espera de noticias.

No hubo informes de aquel par hasta muy entrada la tarde, cuando Jimmy irrumpió en el salón de la casa dando de voces para informarles de que ambos habían sido heridos y que en ese momento se encontraban en casa de los Wainhouse.

Ellas se pusieron en marcha de inmediato, y aunque ninguna lo dijo, se encontraban tan asustadas que Lucy sintió que tenía el corazón atravesado en la garganta y Elara apenas abrió la boca mientras hacían el viaje hasta allá.

Hannah les abrió la puerta aun antes de que descendieran del carruaje, pero antes de que pudiera decir algo, pasaron por su lado como un par de flechas y si no se dieron de bruces en medio del vestíbulo en su loca carrera fue solo porque Giselle les salió al paso con esa expresión tan suya y que Lucy consideraba la que usaría una madre para calmar a un montón de niños revoltosos.

—Están bien —dijo ella—. Les tomará un tiempo recuperarse; pero no es nada de cuidado. Ahora parece que tengo tres hijos en lugar de uno, y eso que apenas empezaba a acostumbrarme al primero —la hermosa mujer sonrió y arqueó una ceja alentándolas a seguir en dirección a una sala en el primer piso—. Quise que se instalaran en una habitación, pero Sebastian dice que aun tiene mucho trabajo y Drake se niega a quedarse aquí; asumo que eso tiene algo que ver con usted, Lucy.

Ella apenas la oyó. Para entonces, ya habían llegado al salón familiar, donde un hombre rechoncho de cabeza cana auscultaba a Sebastian mientras este hacía un montón de aspavientos, como si lo encontrara molesto, y Drake, que se encontraba tendido sobre un diván en mangas de camisa, intentó ponerse de pie tan pronto como las vio aparecer.

—¡Es que nadie va a hacerme caso! —rugió el que debía de ser un médico con semblante consternado— ¡Señor Hayward, quédese quieto o su herida se abrirá! Y usted, señor Wainhouse, ¿tengo que recordarle que una costilla fracturada requiere absoluto reposo?

Giselle miró a las recién llegadas con una mueca despreocupada.

—Tres hijos —repitió en tono alegre—. Y el más pequeño es el más obediente.

Lucy esbozó una sonrisa temblorosa. Entendía que Giselle, que debía de haberse encontrado igual de preocupada que todos, intentaba aligerar un poco la tensión, pero ella aun no lograba asimilar del todo que aquella pesadilla ya había terminado y que Drake se encontraba a salvo.

Con el corazón a mil, fue hacia él y no le sorprendió ver que mantenía una mano extendida ante ella que se apresuró a tomar. Fue un gesto inconsciente, uno que con el paso del tiempo habría de repetir muchas veces, y en cada una de ellas la haría sentir como si llegara a un lugar largamente anhelado.

Drake la miró a los ojos, pero antes de que ella pudiese hacer una sola pregunta, como qué era lo que había ocurrido y qué le había dejado en ese estado, con el rostro amoratado y las huellas de una herida que se adivinaban bajo su camisa, él se le adelantó al obsequiarle con la

sombra de esa sonrisa que se le había asentado en los huesos y que, empezaba a sospechar, destinaba solo para ella, y tiró de su mano para acercarla hacia sí sin prestar atención a la gente que le rodeaba.

—¿Estás lista? —Preguntó.

Lucy parpadeó, confundida.

—¿Lista para qué? —Inquirió a su vez.

—Para pasar a la última parte de la investigación.

—No entiendo a qué te refieres.

Él fingió que le enfadaba su olvido, pero entonces rompió a reír con un sonido alegre y musical que arrancó una sorda vibración en el pecho de Lucy e inclinó el rostro hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos.

—Tú y yo tenemos un par de cosas que descubrir ¿lo recuerdas?

Y ella lo hizo, claro. Lo recordó todo. Su promesa, la emoción que la había embargado entonces al pensar en el destino cargado de luz que parecía abrirse para ellos; pero, sobre todo, evocó la sensación de las manos de aquel hombre sobre su rostro mientras se lo decía.

No tenía idea de a dónde iba a llevarla aquello; era posible que fuese una locura y que se estuviese dejando llevar por una atracción irresistible que la antigua Lucy habría reprobado, pero hacía un tiempo que había dejado de ser ella. Ahora, se sentía más valiente y atrevida que nunca, y pensaba seguir a su corazón a donde fuese que decidiera conducirla.

Luego... bueno, ya vería qué ocurría luego.

De modo que no dudó al ponerse de puntillas y acunar el rostro de Drake entre las palmas; la aspereza de su piel le arrancó un suspiro.

—Lo recuerdo —dijo con una suave sonrisa— ¿Podemos empezar ahora?

Y así lo hicieron.

Epílogo

Un año después

El suave taconeo de Lucy anunció su llegada mucho antes de que ella apareciera en el salón y, como siempre, Drake sintió que su corazón latía un poco más rápido; solo un poquito, lo suficiente para anunciarle su cercanía, algo a lo que había tenido tiempo de sobra para acostumbrarse.

—¿Se ha marchado ya el señor Wainhouse?

Drake sonrió al ver su expresión consternada.

—Se le hacía tarde para su cita con Boyne y Rivers no dejaba de apurarlo, así que se fueron hace un minuto. Dijo que podías irte antes si lo deseabas porque él no cree que vaya a volver hasta mañana; no sabe cuánto tiempo le tomará esa reunión en Scotland Yard.

Lucy exhaló un bufido y se llevó las manos a las caderas pese a que tenía un legajo de papeles empuñados en una de ellas.

—¡Que puedo irme si lo deseo! —repitió con un mohín—. Tengo demasiado trabajo para eso. Pensaba preguntarle dónde ha dejado los archivos que me pidió que le entregara esta mañana. Lo digo en serio, Drake; nunca imaginé que un hombre tan metódico pudiese ser también tan desordenado.

Drake se encogió de hombros y fue hacia ella, divertido por su enojo, aunque sabía que este no lo duraría mucho; nunca lo hacía. Aunque acostumbraba quejarse por la conducta de Sebastian, lo cierto era que le había tomado mucho aprecio y nada le gustaba más que trabajar a su lado.

Bueno, tal vez hubiera algo que le gustara más, se dijo mientras tomaba sus manos entre las suyas, con lo que los papeles terminaron sobre la alfombra, y buscó sus labios para besarla. Ella hizo amago de resistirse, pero solo hizo falta que pasaran un par de segundos para que Drake la sintiese disolverse entre sus brazos, como ocurría siempre.

Había sido una aventura fascinante descubrir a la mujer apasionada que se ocultaba tras esa joven de semblante ceñudo y maneras estrictas a la que había conocido hacía lo que le parecía una eternidad.

Tal y como se prometieron cuando decidieron reconocer la atracción latente entre ambos, habían dedicado cada minuto del último año a descubrirse el uno al otro y el lazo que los unía.

Drake no lo mencionaba porque le gustaba fingir que ella lo había amado desde el momento en que lo vio, pero era muy consciente de que no había sido así. El suyo había sido un chispazo atronador que los había llevado del odio al deseo y de allí a un profundo sentimiento que habían cultivado con esmero hasta convertirlo en la acuciante necesidad que los mantenía unidos el uno al otro.

Ahora, mientras acariciaba la suave piel de sus mejillas y se apartaba para mirar sus ojos brillantes, no pudo menos que pensar que jamás se le habría podido ocurrir que sería capaz de experimentar algo como eso.

Amar a una mujer y, aun más asombroso, haber construido ese amor día tras día hasta sentir que era tan grande y poderoso que no le cabía en el pecho.

—¿Estás segura de que no quieres irte más temprano? —Preguntó él con la voz agitada por la pasión—. Como dije, a Sebastian no le importará y yo te estaré muy agradecido.

Ella rio y su risa cristalina le acarició el corazón.

—Tal vez pueda terminar con el trabajo un poco antes; pero solo un poco —advirtió ella,

tras capitular—. Todavía tengo que terminar un informe para el archivo y prometí a Elara que pasaría a limpio los últimos capítulos de su libro.

Drake asintió, no muy seguro de qué tanto le alegraba que Lucy se encontrara tan absorbida por sus ocupaciones cuando eso impedía que pasara más tiempo a su lado; pero como había sido precisamente él quien alentó todo aquello en primer lugar, supuso que no tenía derecho a quejarse.

Cuando las aguas se calmaron luego de la detención de Smithson y lograron usar en su contra las pruebas que Lucy había hallado, llevaron al antiguo director de Scotland Yard a juicio, donde todos declararon a fin de demostrar su culpabilidad.

El hombre había sido encontrado responsable de todos y cada uno de los crímenes por los que se le inculpó y lo que lo salvó de terminar en la horca fueron los buenos contactos de su suegro, que asqueado y todo como se hallaba por su conducta, no estaba dispuesto a que su hija pasara por semejante horror, y al hecho de que no tuvo ni el menor empacho en señalar a sus cómplices en sus fechorías.

Según Sebastian, sería interesante saber lo que Min y el resto de su organización pensaban de eso, aunque para ello primero tendrían que encontrarlos. No habían tenido noticias de ellos desde su encuentro en el garito y aunque tanto Drake como Sebastian se habían esforzado por dar con alguna pista, parecía que se habían esfumado; sin embargo, como acostumbraba mencionar el segundo, estaba convencido de que tendrían noticias suyas más temprano que tarde.

La detención y la confesión de Smithson les habían permitido recobrar el cargamento de opio y limpiar la reputación de Drake, además de aclarar las terribles muertes de las mujeres asesinadas por Min y sus hombres, así que aun cuando había aun cosas por lamentar, era justo reconocer que podían considerarse los ganadores de esa partida.

Desde luego, aquello dejó en claro que Lucy tenía madera para formar parte de esa suerte de equipo que los Wainhouse habían ido reuniendo a través de los años, así que Drake no dudó un segundo en proponer a su amigo que le ofreciera un empleo como asistente visto que su esposa había renunciado a ocuparse de ello en favor de la crianza de su bebé.

Giselle aprobó su recomendación y, tan solo unas semanas después, Lucy tomó el timón de la oficina, lo que como reconocía Sebastian de vez en cuando, había sido un gran acierto porque tenía la formación para ello y sus asuntos nunca habían estado más en orden.

Lucy floreció bajo ese nuevo cargo y, al tiempo que ella y Drake profundizaban en su relación, fue tomando cada vez más confianza, por lo que no era raro que a veces se ocupara de entrevistar a sus clientes por sí misma, analizando sus casos para luego discutirlos con su jefe y el mismo Drake, que cada vez pasaba más tiempo en la oficina, aunque como le gustaba bromear a él, lo hacía solo porque eso le permitía pasar más tiempo a su lado.

Había sido todo un viaje, se dijo él en ese momento mientras sentía las suaves formas de Lucy apretadas contra las suyas.

—No puedo creer que lo haya terminado —comentó él entonces al pensar en lo que ella le había dicho—. Cuando Elara dijo que quería escribir un libro acerca de sus experiencias como investigadora, creí que lo abandonaría pronto. Ella nunca ha tenido mucha paciencia.

—Bueno, tal vez no la tenga, excepto en lo que se refiere a las cosas que realmente le importan.

—¿Y qué dice el duque al respecto?

Lucy se encogió de hombros y sonrió.

—Parece estar muy orgulloso, aunque también he notado que es algo crítico; Elara insiste en que haga dos copias de cada capítulo para que él también pueda leerlos y darle su opinión.

—Puedo imaginarlo.

También fue Drake quien sugirió a Elara que dejara que fuera Lucy quien transcribiera sus anotaciones del manuscrito en el que trabajaba y ambas abrazaron la idea con entusiasmo. Según sabía, una vez que estuviese terminado, Elara pensaba llevarlo con un editor para que lo estudiara, aunque aun no estaba segura de si lo publicaría si recibía una oferta; según ella, no le gustaba del todo la idea de que cualquiera pudiese conocer sus experiencias y si sería buena idea hacerlo cuando había asumido una posición tan importante en la sociedad.

Él no lo dijo entonces, pero estaba convencido de que terminaría por hacerlo aun cuando fuese solo por hacer rabiar a Sebastian, que no estaba muy feliz con la idea de que hubiese recopilado los casos al detalle y estuviese considerando hacerlos públicos.

Pero esa sería una batalla que los Wainhouse librarían en su momento y él tenía muy claro de qué parte se pondría entonces.

—Si me das media hora, podré irme contigo —indicó Lucy reclamando su atención—. Dejo algunas cosas listas en la oficina y estaré libre. Trabajaré en el libro de Elara esta noche.

—¿Estás segura?

—Claro. ¿A qué hora veremos a tu tía mañana?

—A las siete, y ya sabes que a tía Minnie no le gustan las tardanzas.

Lucy asintió y sonrió como si fuese algo que ya hubiera considerado.

Ese era otro aspecto de su relación que a él le encantaba. La facilidad con la que se había ganado a su familia, incluso a su exigente padre y a su estirada, aunque adorable tía.

En un principio, cuando él había dejado caer la novedad de que se encontraba enamorado y en una relación seria que se había cuidado de mantener en secreto, su familia había puesto el grito en el cielo, en especial al conocer la identidad de la joven. Alguien sin mayor abolengo o fortuna, nada menos, había clamado su padre.

Sin embargo, a él y a los demás les bastó con ver la determinación en el rostro de Drake para saber que no habría absolutamente nada en el mundo que pudieran decir o hacer para alterar sus planes; de modo que habían terminado por aceptarlo a regañadientes.

A Drake le gustaba decir que, si tomaban en cuenta que nunca habían esperado mucho de él y que se acababa de librar de una acusación de asesinato, aquel era un detalle menor que casi tendrían que agradecer porque, con el tiempo, todos descubrieron que Lucy era una chica estupenda y que había tenido mucha suerte de que hubiera decidido aceptarlo pese a sus múltiples defectos.

La familia de ella había sido algo más fácil. Luego de una breve visita a la casa familiar en Bristol solo un par de meses antes, Drake se había metido al bolsillo a sus padres y hermanos, lo que Lucy consideraba un poco ofensivo porque no le parecía del todo justo que él hubiera nacido con todo ese encanto que le permitía ganarse a la gente con tanta sencillez.

Pero como ella había dado sobradas muestras de amar también ese encanto, él no se había dado por ofendido.

Y allí estaban. Uno en brazos del otro, con un brillante futuro ante sus ojos y la sensación de que no había nada que pudieran anhelar que les estuviese vedado.

Lucy había vuelto a la casa de la señora Harrison, que la recibió luego de someterla a un inmisericorde interrogatorio, pero Drake estaba determinado a que esa situación no durara mucho tiempo más.

La quería con él todo el tiempo, y por eso había aguardado con paciencia de monje a que ella estuviese lo bastante segura para dar un paso adelante en la vida que habían soñado para ambos.

Tenía un precioso anillo que le había cedido su madre en el bolsillo de la chaqueta y toda la intención de ofrecérselo la noche siguiente en el jardín de su tía cuando fueran a la cena a la que los había invitado.

Y muy en el fondo, sabía que Lucy diría que sí. No le quedaba la menor duda, como tampoco le quedó ninguna entonces cuando tiró de ella para tenderla a medias sobre un diván, con lo que ambos terminaron por caer de bruces entre risas y protestas de parte de Lucy, que hizo amago de pegarle en el hombro.

—¿Qué estás haciendo? —lo reprendió—. Alguien podría venir en cualquier momento.

—Claro que no. La puerta está cerrada.

—¿Y si tocan?

—No le abriremos.

Lucy rio y le acarició la mejilla.

—Estás loco —lo acusó con una falsa severidad porque, como ambos sabían, era una de las cosas que más le gustaban de él—. Te recuerdo que tengo mucho trabajo.

Drake buscó sus labios y, tras besarla a conciencia, con lo que le arrancó una retahíla de suspiros, respiró sobre su mejilla sin dejar de mirarla con adoración.

—Y yo que te quiero —dijo él—. ¿Qué es más importante?

Ella fingió considerarlo durante todo un minuto antes de responder.

—Lo cierto es que en este momento solo se me ocurre una cosa —dijo.

—¿Y qué es eso?

—Que yo te quiero más —susurró—. Mucho más.

FIN

Gracias por leer esta novela.

Agradeceré mucho incluyas una valoración en Amazon para ayudar a que llegue a más lectores.

Agradecimientos

Gracias a mis padres, por despertar en mí el amor por la lectura.

Gracias a las estupendas autoras amigas que he tenido la oportunidad de conocer y aprender a admirar y respetar durante todo el tiempo que llevo sumergida en esta maravillosa aventura. No quiero mencionarlas porque temo dejarme alguna, pero estoy segura de que saben quiénes son y lo mucho que significan para mí.

Gracias a mis queridas amigas del Club de lectura Leo Romántica Perú. Este año tortuoso no ha impedido que descubra nuevas y estupendas lecturas a su lado.

Gracias a Tita Pedreros, Eylen Morante, Victoria Delgado, Anabel Reyes, Elizabeth Bowman por estar siempre allí. Esto no sería ni la mitad de divertido sin ustedes.

Gracias a todas y cada una de las personas que han dado una oportunidad a mis historias, que han compartido mi ilusión ante un nuevo proyecto y han replicado las noticias haciéndome sentir arropada y querida.

Y, por último, gracias a ti, que quizá nunca habías leído ninguna de mis historias y decidiste atreverte con esta. Espero que fuera una sorpresa agradable.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Agradecimientos](#)